

XIX

80 (I)

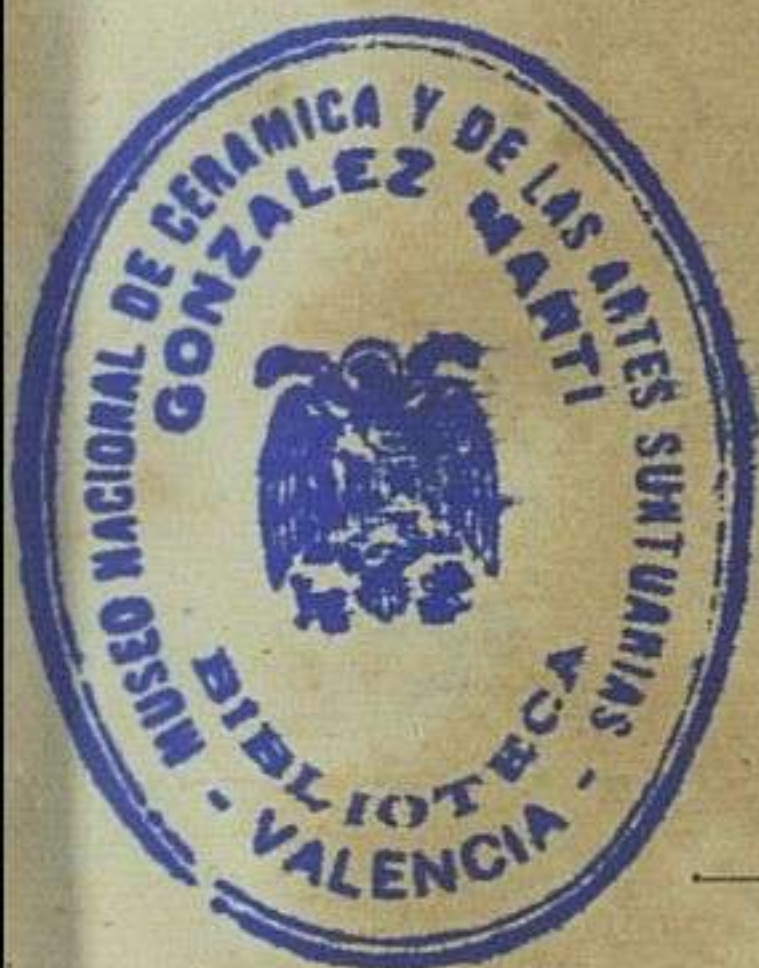


LOS MISTERIOS

DE PARÍS,

POR M. EUGENIO SUË,

Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR J. T. V.



Emilio González Martí

PRIMERA PARTE.

VALENCIA:

IMPRENTA DE D. JOSE MATEU CERVERA,

A CARGO DE V. LLUCH. = 1844.



R. 134

CAPÍTULO I.



LA TASCA.

Tasca, en el dialecto ó lengua vulgar de los malhechores y gente perdida, significa taberna ó almacén de vino, cuya entrada asquerosa conduce mas bien á una bodega que á una habitacion.

Los desertores de presidio y demas gente de este jaez, que en dicha lengua se titulan *burlaorres*, si pertenecen á nuestro sexo, y *burlaoras* si al femenino, ocupan por lo regular semejante sitio, donde se reune la canalla y la hez de la poblacion parisiense; nunca faltan en ellas las reuniones de esta gente perdida y desmoralizada; de manera que efectuado ó cometido un crimen, la policia sabe que encontrará en ellos al criminal que busca.

Estas breves palabras darán á conocer al lector las escenas que se le van á presentar, y si se quiere

penetrará en esas cloacas infectas y escondidas. Tipos horribles pulularán en ellas, como los vichos mas asquerosos en los cenagales y balsas.

Con dificultad habrá una persona regularmente educada, que recorrido no haya alguna vez las obras de Feimoor Cooper, el Walter Scott, en el que se pintan tan al vivo las costumbres feroces de los pueblos bárbaros, y las diversas astucias de que se valen para huir ó perseguir á sus enemigos.

Miedo da el recordar los habitantes de los pueblos cercanos á esas tribus, cuyas sanguinarias costumbres tanto los aleja de las naciones civilizadas.

Presentaremos al lector otros por tan civilizar como aquellos. La única diferencia que existe entre unos y otros, es la de que estos viven con nosotros: nos colocaremos, pues, á su lado para inspeccionarlos mejor, y podremos hacerlo mas fácilmente asistiendo á sus moradas y sitios de sus conciliábulos, donde acuerdan los robos y asesinatos, de cuyas victimas se reparten los despojos.

Los hombres de que hacemos mencion son muy particulares en sus costumbres, sus mugeres exclusivamente para ellos mismos, su lenguaje extraño, misterioso y lleno de ideas funestas y de metáforas sangrientas.

Asi como los salvages, se apellidan entre sí con motes alusivos á su energía, á su ferocidad, ó á ciertas desproporciones físicas.

Desconfiadamente vamos á tocar ciertos hechos de esta historia. Primeramente recelamos de que se nos castigue por haber buscado episodios repugnantes, y aun salvado esto no nos libraremos de la tacha que trae siempre consigo la repetición fiel, vigorosa y atrevida de esas costumbres escéntricas.

Al trazar estas páginas, cuyo solo pensamiento nos intimida, no hemos podido menos de angus-

tiarnos de tal manera, que si no fuera por temor de ser ridiculos, diríamos que nos causa una dolorosa ansiedad.

Pensando que nuestros lectores se afectarían tal vez del mismo modo, nos hemos consultado si deberíamos detenernos, ó seguir la senda que nos habíamos trazado. En esta alternativa, dudábamos si los cuadros que escribíamos debían esponerse al público; mas la imperiosa exigencia de la narracion, nos obliga á colocar en un sitio tan horroroso el hecho que á continuacion se refiere. Ausilia tambien nuestra idea esa especie de curiosidad respetuosa que á veces infunden los espectáculos horrosos, y mucho mas aun el dominio de los contrastes.

Mirado desde este punto de vista, no podrá estar de mas la reproduccion de ciertos caractéres, ciertas exigencias, ciertas figuras, cuyas descripciones tristes y enérgicas, tienen á veces muchos creyentes, y podrán servir de contraste á otras muy diferentes escenas.

Advertido el lector de la escursion que le proponemos, para observar esa gente que llena las cárceles y calabozos, y cuya sangre corre por los cadalsos, no dejará de acompañarnos. Acaso le servirá de novedad esta indagacion: le advertimos, que si de pronto pone el pie en el último tramo de la escalera social, irá divisando cada vez mas clara la atmósfera, á medida que la narracion vaya cun-

diendo.....

 La tarde del 13 de diciembre de 1838, era lluviosa y fria: un hombre de colosal estatura y vestido con una sencilla blusa, pasó al través del *Pontau Change* en direccion á la ciudad por las calles mas oscuras, estrechas y tortuosas que me-

dian desde la cárcel hasta la iglesia de Nuestra Señora.

El barrio de la cárcel es muy reducido, y se halla muy observado, sirviendo por la misma razón de guarida á los malhechores de París. Muy extraño es ver á estos criminales arrastrados por una irresistible atracción, vivir cercados de los tribunales que los han de sentenciar á presidio ó á muerte, como la mariposa cerca de la llama que ha de servirla de sepultura.

En la noche que referimos corria un fuerte viento por los callejones de este melancólico barrio; la luz trémula y vacilante de los faroles, agitada por el aire, reflejaba en el arroyo negro y sucio que corria entre los basureros de aquel inmundo pavimento.

Las casas de color de tierra contenian algunas ventanas sin órden, en cuyas vidrieras carcomidas y rotas, apenas se veía un cristal. Atravesábase portales súcios é infectados para ir á unas escaleras aun mas sucias, donde se respiraba una atmósfera mucho mas mal sana que la anterior; y tan sumamente perpendiculares, que apenas se podia subir por ellas ni aun siquiera con la ayuda de una cuerda fija en la pared por medio de unos clavos y pedazos de herradura.

Las tiendas ó covachas de estas casas las habitaban traperos, carboneros, cortantes ó revendedores de comestibles. Sin embargo de lo insignificantes que son tales mercancías, casi todos estos miserables repuestos se encuentran llenos de candados y cerrojos, y aun algunas puertas de sus inmundas viviendas, claveteadas de hierro: tal desconfiaban sus dueños de las personas de sus compradores.

El hombre de la blusa marchaba con lentitud, y

á veces parándose por la calle de Feves, situada en medio de la ciudad. Nada tenia de particular su andar pausado y tranquilo : ocupaban su imaginacion aquellos barrios y aquella atmósfera.

La noche era tormentosa ; caía el agua á mares, y las fuertes avenidas de aire y lluvia , bañaban aquellas grotescas moradas.

A lo lejos se oyeron diez campanadas producidas por el relox de la cárcel.

Las mugeres , metidas en los pórticos abovedados , oscuros y profundos como cuevas , entonaban á media voz unas cantinelas populares.

El hombre de que hacemos mencion , conocia seguramente á una de estas criaturas , porque al llegar junto á ella la cogió con violencia del brazo.

Esta desgraciada , haciéndose atras , le dijo con voz temblorosa :

— Buenas noches , *Choro* (1).

Este hombre , desertor de presidio , habia tomado este sobrenombre cuando se hallaba en la prision.

— ¿ Eres tú la *Guillabaora*? (2) dijo el hombre de la blusa ; pues me vas á convidar á *peñascaró*, ó te hago bailar un fandango sin música.

— No tengo un cuarto , repuso temblando la muger , porque este hombre intimidaba en el barrio.

— Si no *abillas un calé* (3) , la criada de la *tasca* te lo dejará.

— Pero Dios mio , si soy la deudora de los réditos de este vestido que llevo puesto.

— ¿ Todavía me respondes?... exclamó el choro , pegando una puñada tan violenta en el hombro de

(1) Ladron. (Nos valdremos lo menos posible de esta gerga, dando tan solamente los nombres necesarios.

(2) Cantarina.

(3) Si no tienes un cuarto.

aquella infeliz, que la hizo gritar de dolor.... Esto no vale nada, *Ja* (1), es una advertencia.

Apenas concluyó el asesino estas palabras, exclamó con un espantoso juramento:

— Estoy herido en el costado; ¡ me has pinchado con las tijeras! y frenético se lanza con precipitación sobre la Guillabaora.

— No te arrimes á mí, ó te saco *los secáis con los cizos* (2), dijo ella con resolución. Yo no me metía contigo cuando me pegaste.

— Ahora te lo diré de misas, respondió el bandido adelantándose con la oscuridad de aquella sucia cueva. Veremos á ver quién baila, añadió; y agarraba decidido un puñal.

— ¡Tú!!! respondió una voz bronca y desconocida.

— ¡ Un hombre! dijo el bandido al oír aquella voz desconocida; ¿eres tú, Zurdillo? Responde y deja ese tono fuerte que has tomado.... yo me he presentado en el portal de esta casa, porque ignoraba fuese la tuya.

— No es el Zurdillo, contestó la voz.

— Me alegro. Pero ¿de quién es esta mano que veo aquí?

— Es compañera de esta otra, le dijo la voz. Y bajo la piel fina y suave de aquella mano, que tan bruscamente le tenía agarrado el cuello, sentía el bandido fuertes nervios y una musculatura de hierro.

La Guillabaora, escondida en un extremo del portal, habia subido silenciosamente muchos escalones; y parándose despues un rato, exclamó dirigiéndose al desconocido:

— Os doy infinitas gracias por haberme defendi-

(1) Muchacha.

(2) Los ojos con las tijeras.

do. Me ha maltratado ese hombre, porque no he querido convidarle á aguardiente. Yo me he desquitado, pero no he podido dañarle, porque no tenia otras armas que las tijeras. En fin, ya estoy á salvo, no hacedle caso, y guardaos bien de él.... Es Choro.

Tal horror infundia el solo nombre de este bandido.

—¿Pero no entendeis lo que os estoy diciendo?... Os vuelvo á decir que es Choro, repitió la Guillabaora.

—¿Y qué importa?... yo soy un hombre.... dijo el desconocido.

A poco rato se pusieron á luchar encarnizadamente.

—¿Quieres que te *diñe*? (1) dijo el bandido esforzándose violentamente para deshacerse de su adversario, que tenia una prodigiosa fuerza. Bien, bien; tú pagarás por la Guillabaora y por tí, añadió rechinando los dientes.

—¡Pagar! enhorabuena; pagándome en puñadas no hay inconveniente alguno, replicó el desconocido.

—Si no me sueltas el cuello, te comeré las narices, decia el Choro débilmente y con voz ya ronca.

—Tengo muy pequeña la nariz, buen hombre, y en este sitio no se vé muy bien.

—Entonces vamos á la calle.

—Vamos, replicó el desconocido.... allí nos conoceremos.... en el blanco de los ojos.

Sin mas responder, se echó precipitadamente sobre el bandido, pero sin soltarle el cuello, y le hizo volver atrás hasta la puerta, sacándole con violencia á la calle, donde apenas habia mas luz que el débil resplandor de un farol.

(1) Que te pegue.

El bandido se resbaló con el empellon ; mas al momento volvió en sí , y colérico se lanzó sobre el desconocido , de talle muy delgado y afeminado, que no demostraba el increíble vigor que desplegaba en aquella disputa.

Choro , sin embargo de sus hercúleas formas , y de ser de los mas diestros y afamados en materia de disputas, por cuya razon le apellidaban el *Terrible* , encontró la *horma* de su *zapato* , ó como dicen ellos , su *maestro*.

El desconocido le echó la *zancadilla* (esto es, dar con la pierna en la corba del contrario) con una sin igual destreza , haciéndole besar el suelo tres veces.

El Terrible colérico , y no queriendo reconocer la mayor habilidad de su contrario, volvió á la carga.

Entonces el padrino de la Guillabaora, descargó bruscamente tantas y tan fuertes puñetadas en la cabeza del bandido , que parecia una lluvia de martillazos.

Estas puñadas , que ciertamente admiraria y aun envidiaría el mismo Santiago Turner , uno de los mas afamados quimeristas de Lóndres, eran tan desconocidas y estrañas al modo de pelear del bandido , que cayendo por tercera vez en tierra, murmuró :

— ¡Oh! ¡ qué *pachi!* (1) me has vencido.

— Ya que se dá por vencido, dejadle.... no le mateis ; compadeceos de él.... dijo la Guillabaora, que durante la riña se habia puesto al final de la escalera.... Pero , decidme , prosiguió con asombro : ¿ quién sois? Fuera del Dómine , no hay ninguno en toda la calle de San Eloy y Nuestra Señora , que pueda reñir y vencer del Terrible. Os

(1) Vergüenza.

repito las gracias , cualquiera que seais , porque á no ser por vos , que generosamente me habeis amparado , me aporrea bien á su placer.

No respondió palabra el desconocido , que escuchaba tan solo su voz.

Nunca eco tan suave , tan encantador y tan expresivo habia oido el vencedor del Choro , que hubiese querido conocer la boca de que salia ; mas la demasiada oscuridad de la noche , y la luz del farol muy débil , se lo impedian.

Pasados algunos minutos , el maltratado Choro principi6 á moverse con brazos y piernas , hasta lograr incorporarse del todo.

—Tened cuidado , que se querrá vengar , dijo la Guillabaora cogiendo á su protector por un brazo , y subiendo otra vez con precipitacion la escalera.

—Descuidad , hija mia ; si es su gusto aqui me tiene , y me ofrezco de nuevo á su disposicion.

—Lo que es hoy tengo bastante , contestó Terrible , angustiada y doloridamente.... Puede que en otra ocasion.... añadió con resolucion. Si te vuelvo á ver , hablaremos.

—¿Qué? ¿no estás satisfecho todavia? ¿Echais roncas porque os han parecido flojas las puñadas? ¡Hablad ahora ! exclamó el desconocido amenazándole.

—No , no , yo no me quejo.... te tenia por un cobarde , mas veo que eres un profesor en forma ; dijo en tono insultante el bandido , pero guardando cierto respeto.

Bastante es que hayas salido vencedor en la contienda , para ser compañero de los pocos ; porque has de tener entendido , que menos el Dómine , que necesita tres alcides para desayunarse , nadie hasta ahora puede jactarse de haberme mojado la oreja.

—Y bien , ¿qué quieres dar á entender con eso?

— Quiero darte á entender que ya he hallado mi maestro , y que tambien tú hallarás el tuyo , porque todo el mundo lo encuentra mas tarde ó mas temprano , y no solo los hombres , sino tambien los Dioses , que tienen otro Dios , como nos enseñan los curas. Y puedes lisongearte que habiendo vencido al Terrible, ya no habrá nadie que te pare cara.... Todas las muchachas te pagarán tributo; te acreditarás en todas las *tascas*.... Pero ¿quién eres tú que igualmente *garlas* el idioma de mis antepasados? Si eres un verdadero Choro , yo no lo soy sino en la apariencia ; y eso cuidado con quién me lo dice. Yo no hago mas sino ver todo el mundo rojo cuando se me hinchan las narices , y entonces sacudo á diestro y siniestro ; pero bien caras me cuestan mis aventuras, habiéndolas pagado con diez años de presidio. He cumplido mi condena, y nada debo á los que me juzgaron ; con respecto á lo demas , jamás he robado el valor de un alfiler, y sino lo atestiguo con la Guillabaora.

— Es cierto que nunca ha sido ladron.... dijo la Guillabaora.

— Pues vayamos á beber un poco de *peñascaró*, dijo el desconocido , y con eso me conocerás ; pero pelillos á la mar , y afuera rencores.

— Claro está.... tú eres mi maestro , y te respeto por tal : tienes grande ciencia en manejar las manos ; me se figuraba que se caía el mundo sobre mi cabeza.... Toda la lluvia de puñetazos caía sobre la coronilla. ¡ No he visto jamás cosa semejante ! ¡ Tenéis una mano como una maza de fragua !... Necesario será que me enseñes ese modo de jugar las manos.

— Cuando tú quieras principiaremos.

— ¿ Pero siempre sobre mi cabeza , eh ? ¡ sobre mi cabeza ! pues ahora no me acomoda eso , porque

aun me lastiman tus puñadas. ¿Es cierto que no conocisteis al Zurdillo, hallándoos en el portal de su misma casa?

— ¿Zurdillo?... dijo el desconocido.... ignoro lo que quieres decir; ¿no hay mas vecino que Zurdillo en esa casa?

— Ninguno; él tiene sus motivos para que no le guste vivir con vecinos.... dijo el Terrible con cierta risa particular.

— Tanto mejor para él, contestó el desconocido, á quien al parecer le fastidiaba semejante conversacion. Yo no sé quién es el *zurdo* ni el *derecho*; como estaba lloviendo, me metí en este portal; te ví amenazar á esta chica, y tomé su defensa: es lo único que puedo decirte sobre este asunto.

— Muy bien, dejemos esto ya. En seguida, volviéndose á la muger.... la dijo: ¡Seamos amigos! eres una buena chica: yo te pegué una puñada, y tú me pinchaste con las tijeras; pero te interesaste por mí cuando me viste debajo de este. Nos acompañarás á beber; este amigo paga.

— A propósito, dijo el desconocido, mejor seria que en vez de tanta bebida fuésemos á tomar un bocado á la tasca del *Conejo blanco*.

— Bien está, dijo el valiente; yo pago la cena; ¿Quieres acompañarnos, Guillabaora?

— Bastante hambre tengo, respondió; pero en viendo aquellos platos tan negros y sucios, se me quitan las ganas.

— Toma, eso no importa nada, dijo el Terrible; en compensacion tiene una guisandera que ya! ¡el Conejo blanco, eh!... no hay mas que decir.

Salieron los tres personajes en la mayor armonía, encaminando sus pasos hácia la taberna.

Durante la contienda, un carbonero de elevada estatura, apostado en el portal de enfrente, habia

estado mirando con mucha ansiedad como combatian, sin tomar parte á favor ó en contra de ninguno de los dos que reñian : pero siguiéndolos á la taberna, al tiempo de entrar en ella, y sin que repararan en él los otros dos, dijo en inglés el desconocido:

—Andad con cuidado, señor.

El desconocido volvió la espalda, y se incorporó á sus dos compañeros.



CAPÍTULO II.



LA HOSTALERA.

La hostería ó bodegon del *Conejo blanco*, se halla situada al centro de la calle de Feves. Ocupa esta taberna el piso bajo de una casa grande, que tiene en la fachada dos ventanas de esas que comunmente se llaman á la *guillotina*.

Sobre la puerta de un tenebroso y abovedado portal, hay un farol que en sus rotos y sucios vidrios, medio se distinguen grabadas estas palabras: *Aquí se guisa de comer y se da posada de noche.*

Entraron en la taberna el Terrible, la Guilla-
baora y el desconocido.

La tal taberna tenia una larga sala de techumbre artesonada, llena de hollin, y sostenida por vigas tortuosas y ennegrecidas, á las que se habia pegado todo el humo sofocante y denso que en el tras-

curso de un siglo habia salido de un sucio hornillo de fuego puesto á la entrada de tan asquerosa habitacion, en donde se condimentaba la comida; y tan negro como el techo estaba el farol, que apenas alumbraba las paredes informes, y en las que se leen adagios estraños, marcados con líneas de blanco. Todos los signos mas ó menos perfectos que hay en dicho aposento, manifiestan un acontecimiento memorable, una época la mas sangrienta.

En el suelo empedrado, desigual y mas fangoso que la misma calle, se distinguian unos hoyos que formaban charcos de agua, á causa de las estraordinarias goteras del techo.

Junto al mostrador, situado á la derecha de la puerta, y debajo del farol que iluminaba la casa, habia una copa de barro, en la que se quemaba gran cantidad de paja.

A derecha é izquierda del salon, seis mesas como tablones, fijas por un extremo á la pared, y por el otro sostenidas con unos banquillos compuestos de palos tuertos, pero gruesos, que parecian colocados al intento para resistir los fuertes puñetazos que generalmente daban los consumidores cuando pronunciaban algun juramento. En el centro se divisaba una puerta ó especie de entrada á la cocina, y á la izquierda del mostrador otra por el mismo estilo, que conducia á los dormitorios, en los cuales pernoctaba el que asi lo pedia, pagando cuatro sueldos á la tabernera, de quien hablaremos algo, lo mismo que de sus huéspedes.

Quica era el nombre de esta muger, cuya cuadruple ocupacion consistia en recoger gente de noche, despachar vino á los que fuesen á beber á su establecimiento, vestir á las pobres criaturas que andan desnudas por las calles, y finalmente, pres-

tar dinero con interés mensual de 20 por 100, ó como vulgarmente decimos nosotros, á peseta por duro; ganancia muy módica, que con ella y con la pérdida ó desaparición de las prendas ó alhajas en depósito, se labra la ruina del pobre que se halla necesitado.

Es la Quica de cuarenta años, poco mas ó menos, de estatura alta, robusta y gruesa, color encarnado y con alguna barba negra, la voz fuerte y varonil, los brazos gruesos, y sus manos anchas y largas, demuestran una fuerza mas que de muger; cúbrele la cabeza un pañuelo encarnado y azul, y el pecho una tira ó manteleta de piel de conejo, unida y atada despues en la espalda; un vestido de lana verde algo corto, descubre á veces unas botitas medio chamuscadas por el braserillo que tiene debajo del mostrador; y últimamente, el continuo uso de bebidas espirituosas, ha inflamado y tornado su piel de color de cobre.

El mostrador está cubierto de plomo y cercado de barras de hierro, con algunas medidas de estaño encima de él: fijas en la pared, y á la derecha de la hostalera, hay unas tablas en forma de vasar, sosteniendo varias botellas pequeñas de diferentes colores, y rotuladas *rom, noyó, perfecto amor*, etc.

Y finalmente, inmediato á la Quica habia un disforme gato tan grande como un carnero, con unos ojos centellantes y rasgados como los del diablo, que naturalmente preside estos endemoniados lugares.

Los tales muebles, sin embargo, contrastaban sorprendente y estrañamente con una figura pequeña situada en el centro de aquel espacio, y colocada encima de las botellas; era esta una imágen de la Virgen, tan negra como los demas enseres que alli habia, y adornada con escapularios, cruces y me-

dallas, á la que daba frente la muestra del reloj fijo en la pared.

Hablaban entre sí y con muestras de impaciencia dos hombres de desabrido gesto, erizada barba, y cubiertos de andrajos, sin cuidarse del vino que sobre la mesa tenían.

Particularmente uno de ellos, de semblante muy pálido y casi lívido, que llevaba un gorro griego en la cabeza, se lo echaba varias veces sobre las cejas, ocultando con sumo cuidado su mano izquierda, de la que no hacía uso sino únicamente para empujar el vaso.

A alguna distancia de estos se veía un jóven que apenas tendría diez y seis años, taciturno, y de mirar profundo y melancólico, con cabellos negros y largos que ondeaban por su cuello: el tal jóven, exacto modelo del vicio adelantado, estaba fumando en una pipa blanca. No dejaba la pipa de la boca sino para en cuando en cuando echar un trago de aguardiente del vaso que tenía á su vista, permaneciendo siempre de espaldas á la pared, con las manos metidas en los bolsillos de su blusa, y las piernas puestas sobre el banco en que estaba sentado.

No llamaba la atención ninguna de las personas que por entonces ocupaban la hostería: semblantes estúpidos y un aspecto triste y libertino presentaban generalmente aquellas gentes, tanto los hombres como las mugeres.

En este estado se encontraba el *Conejo blanco* cuando entraron en él el Terrible, la Guillabaora y el desconocido. Es indispensable que nuestros lectores se hagan bien cargo de sus figuras, á la verdad bien significativas, pues son de mucho interés los papeles que representan estos tres individuos.

El Terrible es un hombre de alta estatura y de

formas hercúleas, pelo tan rubio que raya en blanco, con cejas grandes y pobladas, y megillas de un rojo subido.

Las privaciones y miseria, la agitacion y los sufrimientos del presidio, han tornado su semblante triste, pardo, verdinegro, propio tan solo de los presidiarios.

Sin embargo del sobrenombre de asesino, sus hechos, mas que de la ferocidad, son nacidos de una audacia brutal; pero indica la predominacion de vehementes deseos de sangre y fiereza la parte superior de su cráneo visiblemente desenvuelta.

Su vestir es una blusa azul, con pantalones anchos, que han perdido el color por el mucho barro que los cubre.

La Guillabaora presenta en sus facciones una anomalía por cierto bien rara, ofreciendo una cara angelical y cándida, como las que se conservan idealmente en medio de la depravacion y el crimen, como si estos no pudiesen por sí solos romper el sello de la virtud que el criador imprime en sus escogidas criaturas.

Unos diez y seis años y medio cuenta la Guillabaora. Sobre su rostro se descubre una frente pura y blanca que enteramente lo redondea, y sus hermosos ojos azules con muy finas pestañas, se hallan en parte cubiertos por una franja suave y dorada. En sus redondas y sonrosadas megillas, está patente la dulce sonrisa de la juventud. Su nariz afilada y fina, su boca pequeña con labios de coral, y su barba con donosa hendidura, son de una suavidad encantadora. Los cabellos echados por detras de la oreja, se hallan divididos en dos hermosas trenzas que bajan hasta los pliegues del pañuelo que bruscamente cubre los elegantes contornos de su cuello.

Un vestido de alepin negro muy largo cubre su

airoso cuerpo, y un chal ordinario listado de verde, que ondea por las bellas formas de su espalda y pecho, oculta sus puntas en los pliegues de su vestido, que salen desde su delgada y esbelta cintura hasta el suelo de la taberna.

El desconocido defensor de esta deidad, se habia llenado de indecible entusiasmo al oír su encantadora voz. En efecto, esta dulce, armoniosa y vibrante voz, tenia tan admirada y encantada á la turba de asesinos y malas mugeres con quienes se trataba y vivia, que incesantemente la rogaban que cantase, y por esta razon la apellidaban la *Guillabaora*.

Mas seguramente, por la candidéz é inocencia virginal de sus costumbres, la daban tambien otro nombre.

Apellidábanla *Flor celeste*, que en el dialecto que usan los gitanos, significa *La Virgen*. Bien extraño por cierto que en un maldito diccionario, cuyas palabras que determinan el robo y el asesinato, esceden en aversion y horror á las mismas cosas que significan.

La poesia de esta piadosa metáfora demuestra candor y dulzura. ¡Flor celestial! ¡Se han remontado á una santa y sublime poesia los inventores de este inmundo dialecto! Han aumentado los encantos del casto pensamiento que querian representar. Prueba esto, que algunos principios de moral y religion que se imprimen en los mas tiernos años, brillan en las almas mas viles, depravadas y corrompidas. Ejemplos bien frecuentes de esta naturaleza ofrecen los asesinos y ladrones.

Sobre veintinueve años tenia el defensor de la *Guillabaora*, á quien llamaremos Rodolfo: era de estatura mediana, agraciado y bien proporcionado, que no manifestaba el valor que habia sacado á luz

en la riña habida con el mas alto de los bandidos. De su fisonomía no seria fácil deducir con seguridad su carácter: se advertian en ella contrastes muy singulares.

Las facciones de su cara eran tal vez demasiado hermosas para hombre. Su color pálido y muy débil; sus ojos de un pardo oscuro, las mas veces á medio cerrar; su mirar descuidado, su reir irónico, parecia todo anunciar un hombre cansado por los excesos *aristocráticos* de una vida llena de riquezas. No obstante esto, acababa de vencer con su mano fina, elegante y blanca, al bandido mas robusto y fuerte del barrio de los malvados.

Llamamos excesos aristocráticos, porque el atolondramiento producido por un vino generoso, es muy distinto del del vino comun; ó mas pronto, los excesos cambian de síntomas como de naturaleza y especie, á la vista de cualquier observador.

Algunas arrugas en la frente de Rodolfo, anunciaban la profundidad en pensamientos de un hombre esencialmente meditabundo. Con bastante frecuencia se notaba en su mirar cierta tristeza melancólica, y en su semblante de continuo se distinguia la piedad. Al contrario sucedia otras veces: el mirar de Rodolfo era fuerte y amenazador; sus facciones manifestaban la crueldad, y parecia incapaz de probar ningun sentimiento ni emoción dulce.

En la lucha que sostuvo con el Terrible, no habia tenido ni cólera ni venganza para con un enemigo ciertamente indigno de él. Con la seguridad de su fuerza y agilidad, no habia tenido otro sentimiento mas que un desprecio muy natural por la clase de bruto con quien reñia.

En conclusion diremos que su cabello, de un color castaño claro, semejava al de sus cejas, visible-

mente arqueadas, y al del vigote delicado y suave; su barba, un poco larga, y enteramente afeitada.

Finalmente, sus modales y el lenguaje que fingia con asombrosa facilidad, le confundia completamente con los parroquianos de la hostalera. Una corbata negra cubria su cuello esbelto y bien formado, cayendo sus extremos con un descuido elegante sobre la esclavina de la blusa: para acabar de una vez; á no ser en las manos, en nada se diferenciaba de los moradores de aquellas cavernas; le alejaba sobremanera, no obstante, de semejantes seres, su aire noble y resuelto.

Al tiempo de entrar en la tasca, el Terrible, sentando una de sus anchas y musculosas manos en la espalda de Rodolfo, dijo:

— ¡Salud al maestro del Terrible! Sí, amigos míos; este hombre pequeño acaba de derrotarme. Lo digo á los que quieran romperse los riñones ó herirse la cabeza, incluso el Dómine, á quien tambien puede enseñar esta criatura. Y yo salgo responsable de su victoria, yo.

Pronunciadas estas palabras, desde la hostalera hasta el último huesped de la tasca, todos tenian fija su atencion en el vencedor del Choro con un respetuoso temor. Unos movieron sus vasos hácia un extremo de la mesa, para hacer lugar á Rodolfo caso que desease acomodarse allí; otros se aproximaban al Terrible, pidiendo en voz baja les manifestase los pormenores de aquel incógnito que tan bizarramente hacia su primer ensayo y salida al mundo.

Por su parte la hostalera habia mirado á Rodolfo con una de sus mas amables sonrisas, cosa bien extraña, desusada, fabulosa en los fastos del *Conejo blanco*. En el instante dejó el mostrador para tomar

las órdenes del nuevo Alcides, á ver lo que se habia de servir á la gente que le acompañaba, cuyo cumplimiento solo lo gastaba con el Dómine.

Uno de los circunstantes, de muy mal gesto (el mas pálido, que ocultaba la mano izquierda y escondia la frente en el gorro), se dirigió á la hostalera, que estaba absorta con Rodolfo desde que habló el Terrible, y le dijo con voz fuerte y ronca:

— ¿Ha venido el Dómine?

— No, respondió la hostalera.

— ¿Y ayer?

— Sí. ¡Ah! Ya te comprendo: quieres hacerme espía de tus lagartadas. ¿Piensas que yo descubriré mis tácticas de mostrador? dijo la Quica con voz atronadora.

— Esta noche estoy citado con el Dómine; tenemos que hacer los dos juntos.

— Entre asesinos nada mas natural que vivir juntos.

— ¡Asesinos! repitió el bandido en tono amenazante; ¡entonces tú vives á espensas de los asesinos!

— ¿Qué significa esto? ¿quieres turbar la paz de la tasca? exclamó la Quica, levantando la mano con un vaso sobre el camorrista; mas aquel gruñendo se fué á su puesto.

Al entrar en la taberna, la Guillabaora habia saludado amistosamente al jóven descolorido de la pipa, á quien el Terrible le preguntó:

— ¿Oyes, criatura? ¿bebes mucho peñascaró?

— Cuanto puedo.... Porque quiero mas ayunar y ver á mis pies á todos los filósofos del orbe, que estar sin aguardiente en la boca y sin tabaco en la pipa; contestó el jóven con una voz cansada, sin variar de posicion y soltando al aire grandes bocanadas de humo sobre el Terrible.

— Buenas noches, tia Quica, dijo la Guillabaora.

— Muy buenas, respondió la hostelera acercándose á ella para mejor ver el vestido que llevaba puesto, y cuyo importe aun debia á la tabernera. Place mucho dejar que saquen fiado las muchachas como tú.... no tengas cuidado que yo haga lo mismo con las demas del barrio, y particularmente con la *Pregonera*. Tambien es verdad que contigo.... como te he criado despues que te echaron de la cárcel.... Vamos, eres sin duda alguna la muchacha mas apreciable de la ciudad.

La Guillabaora inclinó la cabeza en signo de poco satisfecha de las alabanzas de la hostelera.

— ¡Calla! ¡y está bendita la taberna! dijo Rodolfo señalando un ramo de olivo que habia sobre el relox.

— ¿Qué hemos de hacer? ¿Hemos de vivir como los moros? contestó con candidéz irónica la marrullera tabernera; y dirigiéndose en seguida á la Guillabaora, dijo:

— Dime, Flor celestial, ¿podremos esperar que nos cantes algunas coplitas?

— Luego que cenemos, dijo la Guillabaora.

— Bien está, repuso la Quica. ¿Qué gustais tomar, hombre intrépido? le preguntó á Rodolfo.

— Lo que quiera el Terrible; él convida, y yo pago.

— ¡Vamos tú, gran perro! ¿qué quieres cenar?

— Dos chuletas emparrilladas de á doce, seis pimientos de á cuarteron, una pata de cabrito, media docena de huevos estrellados, tres cuartillos de vino y tres panecillos del dia; dijo el Terrible despues de haber bien discurrido el aderezo de estos artículos.

— ¿Quieres algo mas, querida? dijo Rodolfo á la Guillabaora.

— No.... ya no tengo tanta hambre.

—Vamos, sé franca; dijo el Terrible; ¿qué diantres! ¿tienes miedo de dejarle pobre?

La Guillabaora corrida por estas palabras, bajó los ojos al suelo.

La tabernera volvió á pocos momentos trayendo en la mano un plato grande, una botella y pan, que puso sobre la mesa sin manteles.

—¡Jesus! ¿qué plato! ¿qué plato! ¿esto es un barco! dijo el Terrible. ¿Es menester ser un génio privilegiado para componer una cosa tan esquisita!... Se encuentra aquí comida de todas clases; de esto pueden comer los que gusten de lo gordo y de lo magro; los del paladar salado y los del dulce; los picantes y los agrios.... Es una verdadera merienda de negros esta fuente: aquí la pata del capon se une con la guindilla; la cola del pescado con un pedazo de tocino.... el pimiento, la cebolla.... en fin, hay de todo, porque no se carece de nada: esto se llama *un totum revolutum*. Pero ¿no comes, Guillabaora? ¿Qué piensas?.... ¿has estado de baile esta noche?

—¿De baile?... ¿qué tontería!... he tomado, como acostumbro, un vaso de leche y un panecillo....

Todos pararon la conversacion al ver llegar un nuevo personage, en quien fijaron la atencion como admirados cuantos se hallaban en la taberna.

Era este de unos cincuenta años, poco mas ó menos, robusto y de fibra, con el traje que acostumbran los bandidos, y pidió de cenar en el dialecto que usaba aquella canalla.

Sin embargo de que este personage no concurría al Conejo blanco, no por eso dejó de ser reconocido al momento por los parroquianos perpétuos de aquella cueva. Los tunantes tienen muchísima perspicacia para reconocer á sus iguales en costumbres.

En cuanto entró se posesionó de una mesa frente

á dos hombres mal carados, sin poder ser visto de ellos como él observaba sus acciones.

Anudáronse otra vez las conversaciones interrumpidas con la llegada del nuevo sugeto. El Terrible, á pesar de ser audaz, miraba con cierto respeto á Rodolfo, y no se atrevia á tratarle con familiaridad. Para estos hombres no son nada las leyes, pero la fuerza sí.

—A pesar de lo que me habeis hecho padecer, dijo el Terrible, os confieso á fé mia que me alegro haberos encontrado, y las horas se me antojan largas hasta que envistais al Dómine.

—Pues esperas en vano semejante disparate, porque no pienso agarrarme al Dómine como un perro de presa solo por complacerte.

—No le hace, él se agarrará á vos, y será igual, replicó el Terrible, frotándose las manos de contento.

—Si tal sucediese, tengo aun bastante dinero para satisfacer su audacia, dijo muy sereno Rodolfo; pero pasando á otro asunto: ¿sabeis que hace un tiempo de mil demonios, y que seria mejor pedir unos vasos de agua con azúcar y vinagre, para que la Guillabaora dulcificase su voz, á ver si podia cantarnos alguna cosa?

—¡Bien! ¡muy bien! dijo el Terrible.

—Y cada uno, continuó Rodolfo, contará en seguida su vida y milagros.

—Soldado desertor, fusilero de la diligencia desde que vine de presidio, ayunar la mayor parte de los dias, muerto de frio en el invierno y de calor el verano, hé aqui en resúmen mi corriente, dijo el Terrible á Rodolfo, saludándole militarmente con la mano izquierda. Veamos ahora la vuestra, señor maestro: ¿es esta la vez primera que habeis venido á la ciudad?... Si es asi, habeis hecho vues-

tra entrada en ella á caja batiente sobre mi cabeza. Pero ¡y qué redoblante!... sobre todo los últimos puñetazos.

—Yo me llamo Rodolfo, de oficio pintor de abanicos.

—¡Pintor de abanicos!... sí, ya se conoce muy bien por lo suaves y blancas que teneis las manos, dijo Choro; pero siendo vos un artesano, y quizá hombre honrado, ¿cómo os esponéis á venir á esta cueva donde no se reúnen mas que gentes de mal vivir, como *choros*, *prófugos*, *tamaores del dui* (1), tan sedientos como yo de *caldo colorao*? (2)

—Como me gusta mucho la buena sociedad, por eso me ves aquí.

—¡Diablos!... dijo el truan meneando la cabeza, dando muestras de duda. En fin, si os parece, daré principio á mi historia; pero con la condicion de que me habeis de enseñar á pegar puñadas como las que sabeis.

—Corriente; tú me referirás tu historia, y Guillabaora la suya.

—En recompensa vos nos contareis la vuestra, camarada Rodolfo.

—Sí, yo principiaré.

—Pintor de abanicos es un oficio muy decente, dijo la Guillabaora.

—¿Y cuánto jornal ganais en él? preguntó el Terrible.

—Conforme, porque trabajo por mi cuenta; pero vendré á ganar unos cuatro francos en invierno, y cinco en el verano, que dan mas de sí los dias.

—¿Y teneis muchas obligaciones?

—Sí, tantos gastos como puede mi jornal; lo primero dos francos que pago por la cama.

(1) Ladrones, desertores y rateros.

(2) Sangre.

— Permittedme , caballero.... ¿ dos francos por la cama?

Hizo sonreir á Rodolfo la palabra caballero que con irónica sonrisa pronunció el bandido.

— Pero no creais que la cama tan solo ; estoy con mucha comodidad.

— ¡ Dos francos por la cama ! exclamó el bandido. ¡ No daría tanto un par de Francia , un capitalista !

— Despues entre la comida , el tabaco y el aguardiente , otros dos francos , continuó el pintor.

— ¿ Y vuestra familia ? dijo la Guillabaora.

— No la tengo ; mis parientes todos eran comerciantes , y perecieron cuando el cólera.

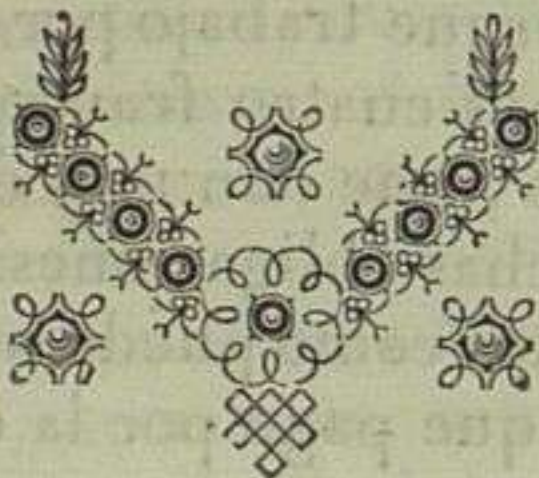
— ¿ Y habeis vendido la herencia ? dijo el Terrible.

— No , porque era niño aun , y asi que he llegado á la edad , el tutor me ha dado treinta francos por toda herencia.

— ¿ Y quién es vuestro maestro de abaniquero en el dia de hoy ?

— M. Borel , calle de San Nicasio ; es un ladron , que permite antes que le arranquen una oreja , que pagar corriente á sus oficiales. Yo he sido su aprendiz desde edad de cinco años , y mi nombre es Rodolfo Duran. Ya sabeis mi historia.

— Ahora te toca á tí , Guillabaora , dijo el Terrible ; yo seré el último , porque seguramente la mia será la mas divertida.



CAPÍTULO III.



HISTORIA DE LA GUILLABAORA.

Principiemos por tu nacimiento, dijo el Terrible.

— Sí, sí, di.... ¿quiénes son tus parientes? añadió Rodolfo.

— No conozco á ninguno: nací tras de una mata; como suele decirse de los huérfanos.

— Pues entonces somos de una misma familia, respondió el Terrible: mi padre es el suelo de París, y los cuatro elementos mis parientes.

— Pero ¿quién te ha criado? preguntó Rodolfo á la Guillabaora.

— No lo sé tampoco. De lo único que me acuerdo es que cuando tenia nueve ó diez años, me tenia en su poder una vieja tuerta, á quien llamaban Mochuelo, porque tenia la nariz muy larga y encor-

vada, un ojo verde que parecia que se le saltaba, ni mas ni menos que como los de las aves nocturnas.

— ¡Ja, ja! Se me figura tenerla presente ahora mismo, dijo el bandido riendo.

— La tal Mochuelo, continuó la Guillabaora, me hacia pasear los cafés y puestos públicos vendiendo almohadillas y jaboncillos de olor, medio adecuado para pedir limosna. Asi que volvia á su casa, como llevase menos de dos francos, en lugar de cena me zurraba bien á su sabor.

— ¿Y puedes afirmar que esa muger no era tu madre? dijo Rodolfo.

— Vaya si lo puedo afirmar; como que muchas veces la tuerta me ha echado en cara que no tengo padres, diciéndome siempre que me habia encontrado en la calle.

— Es decir, dijo el Terrible, que tenias una patada por cena y una puñada por pan, cuando no llevabas los dos francos.

— Tan solo con un trago de agua me iba á dormir á un pesebre, donde la vieja habia puesto unas cuantas pajas para que me acostase. ¡Y puedo, á fe mia, desmentir á cuantos digan que la paja da calor, porque siempre estaba yo helada de frio! Por la mañana, continuó, me desayunaba con lo mismo, y algunas veces con un pedazo de pan que me daba, el que os aseguro me lo comia todo, sin desperdiciar ni una migaja.

— Con tales ayunos, dijo el Choro, te se ha puesto un talle delicado y elegante, cosa de que estarás contenta. Pero ¿qué le pasa al maestro Rodolfo que pone ese semblante tan triste? Chica, se conduele porque en tu juventud has pasado tanta miseria: ¡vaya un asunto!... todos hemos sufrido los mismos trabajos.

— ¡Oh! ¡yo te prometo que no habrás tu sido tan desdichado como yo!

— Calla , tontuela.... Tu vida es de princesa en comparacion con la mia : tú al menos cuando eras pequeña dormias sobre paja y comias pan ; yo á esos años trasnochaba entre el maderage de las obras ó en la misma calle como un verdadero vago, calentándome cuando mas en lo crudo del frio, con el resplandor de la hoguera que encendia el encargado de custodiar el edificio derribado, y espuesto á cada paso que me despertase la ronda , y me despertaran con poco agrado á la verdad , y cuando nevaba mis carnes estaban cubiertas de blanco.

— Pues tú como á hombre lo podias resistir mejor que una pobre muchacha , dijo la Guillabaora ; á pesar de toda esta mala vida , estaba que no cogía en la piel de gruesa.

— ¿Aun te acuerdas?

— Y bien que me acuerdo : cuando el Mochuelo me pegaba , caía al momento como una bola ; y subiéndose entonces sobre mí , me pateaba diciendo : « ¡Vaya una pobre delicada , que no puede sufrir dos guantadas ! » Despues me llamaba *Alondra* , y este fué mi único bautismo ; no tengo otro nombre.

— Lo mismo ha pasado conmigo : siempre me han bautizado como á los perros callejeros, *Moro*, *Turco* , y por lo regular *Alano*. ¡Estoy admirado de ver en cuantas cosas nos parecemos ! dijo el bandido.

— Verdad es , dijo la Guillabaora á este hombre, á quien dirigia la palabra , mas que á Rodolfo, cuyo respeto le causaba al parecer alguna sensacion, segun lo inmutada que se ponía cuando le miraba. Durante el dia , prosiguió , iba en compañía de la tuerta pidiendo limosna, y en ese tiempo no co-

mia nada ; porque cuando desmayada de hambre la pedia pan , me pegaba una guantada , diciéndome : «Trae dos francos y tendrás cena.» Entonces la misma hambre me hacia llorar , y algunas gentes se compadecian de mí , recogiendo varias noches hasta cinco ó mas francos. En fin , hasta las once de la noche paseaba los cafés con mi tablero al cuello , hora en que me volvia á casa á entregar el diario á la tuerta ; y como ella veía....

—Por una sola ventana , dijo riendo el bandido.

—Es claro ; no tenia mas que un ojo! En fin , como veía el buen efecto de mis lágrimas , siempre me pegaba antes de marcharme ; de manera que ya estaba tan hecha á los golpes , que cuando la veía rabiar porque no lloraba , me daba risa al son de los golpes que descargaba sobre mi cabeza ; y cuando pasaba gente , en vez de llorar cantaba como un canario , porque nunca he tenido envidia á nadie en el canto. Otras veces solia vender romances y azucarillos.

— ¿Azucarillos?... esa fruta , continuamente te proporcionaría muchos golosos : ¡pobre Alondra!

— ¡Ya lo creo! pero lo que es yo , nunca me atreví á comer ninguno , por el anhelo de venderlos. Una noche me robaron el cajon del azúcar , y yo que ya sabia lo que me esperaba con la tuerta , no pude menos de asistir al recibo de los golpes que me dió en abundancia. Y al siguiente dia , antes de salir á mi acostumbrada venta , en vez de darme las guantadas de ordinario , me empezó á tirar de los pelos , haciéndome mucha sangre con tan bárbaro martirio : el pelo que me arrancaba , regularmente era de las sienes , cosa que produce un dolor insupportable.

— ¡Ira de Dios! eso ya pasa de raya , dijo el bandido frunciendo las cejas , y dando un puñetazo en

la mesa. ¡Azotar á una niña, pase.... pero martirizarla.... eso es insufrible!

Rodolfo que habia escuchado con suma atencion las aventuras de Guillabaora, sorprendido de la sensibilidad del asesino, le preguntó:

—¿Qué tienes, hombre? ¿qué es lo que te pasa?

—¿Qué tengo?... ¿qué tengo?... ¡Me gusta la pregunta! ¿No habeis oido lo que acaba de contar esta chica? ¿O teneis un corazon tan duro como los puños?

—Proseguid, Alondra, dijo Rodolfo, sin cuidarse de la interpelacion del Terrible.

—Decia que el Mochuelo me daba martirio para que llorase, y yo firme en mi intencion, cada vez reía mas. Despues, para mas hacerla rabiar, cantaba yo mientras vendia en el puente nuevo y ella estaba rezando oraciones por dinero. Pasado medio año que estaba vendiendo azucarillos, no los habia catado nunca; y tentada un dia del hambre y la golosina, me comí uno.

—¡Bien! así me place.

—En seguida hice lo mismo con otro; mas una revendedora de frutas que me estaba mirando, dijo á la tuerta: «Mochuelo.... la Alondra se está comiendo toda tu hacienda.»

—¡Malo! dijeron á una Rodolfo y el bandido; esto no puede producir cosa buena.

—Este lance fué horroroso, dijo la Guillabaora riendo. La tuerta, indignada de ver que me comia los azucarillos, se la llevaba el demonio de no poderse mover de su puesto, porque pasaba mucha gente por alli.

—¿En verdad que sí? dijo el bandido; ¡vaya un apuro!...

—Pero considerando la paliza que me esperaba, hice mis cuentas: lo mismo me pegarán por tres,

que por cuatro; con que continuemos comiendo. Y así lo verifiqué, sin hacer caso de las amenazas de la tuerta, á quien le tiré uno á la cara.

— ¡Bien hecho! Ahora conozco por qué tuviste valor para pincharme con las tijeras. Pero el Mochuelo debió quemarte viva según su ira.

— A la hora acostumbrada se acercó á mí y me cogió de la mano; me acuerdo de todo, como si ahora mismo me pasara. Tal era el miedo que se apoderó de mí, que á pesar de hacer mucho frío y de no llevar puesta más ropa que un ligero vestido todo lleno de girones, sin más camisa ni cosa alguna, sudaba á mares. Lo que más me intimidaba es que en vez de jurar y maldecir, no hacía más que gruñir entre dientes. Caminábamos tan aceleradas, que para seguirla tenía yo que ir corriendo; y en el camino se me extravió un zapato, cosa que no tuve valor para decírsela, y seguí corriendo con el pie descalzo, de modo que cuando llegamos á casa estaba chorreando sangre.

— ¡Pícaro muger! dijo el hombre que solo se complacía asesinando, y que perpétuamente todo lo veía de color de sangre, por su mucha afición á derramarla. ¡Qué cuadro tan horroroso me presenta pensar en esa vieja ladrona, haciendo correr á una niña pequeña con el pie descalzo y lleno de sangre!

— Entramos en casa de un vecino que vende aguardiente, donde ella compró medio cuartillo de aquella bebida, según acostumbraba.

— ¡Diantre!... por eso te pegaba tan bárbaramente; cualquiera se emborracha con esa cantidad de peñascaró.

— Llegamos á casa, cerró la puerta, y yo me eché á sus pies implorando piedad por mi golosina; pero ella sin atenderme, paseaba hecha una furia, di-

ciendo en voz baja: «¿Qué haré con esta endemoniada criatura que se ha comido el azúcar? ¿qué haré?» y de vez en cuando se paraba para mirarme, moviendo su ojo de gallo.... Yo seguía de rodillas, y la tuerta alegrándose sin duda de la heregia que se le había ocurrido, trajo de pronto unas tenazas.

—¿Para qué? ¿para darte con ellas? dijo Rodolfo.

—¿Para pellizcarte? dijo el bandido; ¿para arrancarte los cabellos?

—¡Ojalá!... Discurrid todos los tormentos del demonio.... Para arrancarme un diente.

El Terrible pronunció una blasfemia espantosa con terribles imprecaciones, y con un tono tan descompuesto, que movió la curiosidad de todos los que se hallaban en la taberna.

—¿Dónde está ese Mochuelo? dímelo. La quiero asesinar. ¿Dónde está? si la encuentro la voy á hacer tajadas.

Las miradas del bandido se cubrieron de sangre al pronunciar estas palabras. Estraño sentimiento de piedad en un hombre tan bárbaro.

—¿Y al fin te arrancó el diente? dijo Rodolfo, no menos afectado que el Terrible.

—¡Yo lo creo que me le arrancó! ¡y no al primer tiron á la verdad!... ¡Cuánto trabajo le costó el sacármelo!... ¡Dios mio! me puso la cabeza entre sus piernas, duras como un hierro, y medio con las tenazas, medio con los dedos, me arrancó el diente, diciéndome: «Cuidado con lo que haces, Alondra, porque cada día te voy á quitar un diente; y cuando no tengas ninguno, verás la que te espera.»

—¿Y qué hiciste despues? preguntó el Terrible.

—A la mañana siguiente, prosiguió la Guillabaora riendo, y enseñando unas encías como la rosa, llenas de blanquísimos dientes; á la mañana, cuando se marchó mi dentista, salí de casa y estuve an-

dando todo el día, prefiriendo pasar todas las penas del mundo, que caer otra vez en manos del Mochuelo.

Como caminé por barrios desconocidos, no encontré á nadie á quien pedir limosna; y cuando se hizo noche, tuve que dormir entre unas piedras, sin haber comido nada en todo el día. Acosada por el hambre, me quedé dormida; y al rayar el día desperté tan hambrienta, que me puse por entretenimiento á morder un pedazo de madera.

El siguiente día lo pasé en un almacén de leña, sin atreverme á salir por miedo de encontrarme á la puerta: allí pude contener un poco el hambre chupando la corteza fresca de los árboles cortados, y aquella noche no tuve frío; pero cuando empezaba á quedarme dormida, sentí muy próximo á mí el ladrido de un perro lebel, que cada vez se acercaba mas al sitio donde yo estaba.

Ladraba el perro, y yo temblaba mas cada vez, cuando oí una voz que me decía: «No cabe duda, alguno hay oculto en la leñera.» «Serán ladrones», dijo otra voz. Y en seguida gritaron: «¡Búscales, búscales!» hasta que el perro se arrojó sobre mí. Yo temí que me mordiera, y principié á gritar cuanto lo permitían mis fuerzas. «Ven aquí, sultan, dijo á este tiempo la voz; parece el lloro de un niño....» De este modo me liberté del perro, encontrándome cara á cara con un hombre muy recio, y otro con una blusa, que parecia su criado. «¿Qué estabas haciendo aquí, bribonzuela?» me dijo el hombre grueso. «¡Caballero!... es que hace dos días que no he comido; y por verme libre de la puerta que me ha sacado un diente.... no tenía donde dormir, y pensando que aquí no incomodaba á nadie....» «Está bien, dijo el amo de la leñera á su doméstico: todo lo que ha dicho es mentira; ha venido á ro-

barme los mejores troncos.» «Pero, señor, contestó el criado: robar esta muchacha unos maderos tan gruesos, cuando apenas tenía ocho años.... no puede ser.» «Tienes razón, dijo el hombre grueso, mas leño seguramente que los mismos troncos de que hablamos; pero si no viene á robar para sí, será espía de algunos rateros. Es necesario presentarla ante el comisario.»

Así lo verificaron, y yo misma tuve que acusarme como vagabunda, por cuya razón me llevaron á la cárcel; de allí me sentenciaron al correccional, donde debia cumplir los diez y seis años. Me consoló mucho esta condena, porque allí al menos me daban de comer y no me pegaban; era para mí una delicia. Además, en aquel puesto aprendí á coser; mas desgraciadamente me gustaba poco el trabajo, y pasaba mejor el tiempo cantando que haciendo labor, con especialidad los dias serenos; así se me figuraba que no estaba presa.

— Es decir, María, con que eres un verdadero ruiseñor de nacimiento, dijo Rodolfo riendo.

— Mil gracias, caballero, por la lisonja; pero ha sido mucho despues de este acontecimiento cuando empezaron á llamarme Guillabaora. En fin, cumplí los ocho años de encierro, y salí al mundo con 16 navidades. A la puerta del correccional encontré al ama de esta hostería con dos ó tres mugeres que diariamente iban á ver á mis compañeras presas, y me tenían prometido que cuando saliera libre me ocuparían en algo.

— ¡Ah que pícaras! dijo el bandido; ya sé lo que querían.

— ¡Angel de mi alma! pronunciaba la hostalera y sus amigas: serafin hermoso, ¿quieres venir con nosotras y te vestiremos ricamente sin que carezcas de nada que te haga falta? — Ya conocerás tú, pro-

siguió María dirigiéndose al bandido, que habiendo estado tambien preso, no estrañaría aquel lenguaje; y así sin aguardar otra cosa, menosprecié las ofertas de aquellas viejas embusteras, diciendo entre mí: yo sé coser medianamente; tengo trescientos francos que he ahorrado durante mi encarcación.... pues á gastarlos, que cuando no me quede ni uno siquiera, ya trabajaré.

Con esto empecé á circular mi dinero; ¡y qué gran error cometí! exclamó María suspirando; pero no tenia quien me guiase.... ya no hay remedio; á lo hecho paciencia. Primeramente compré flores para adornar mi cuarto, porque me gustan mucho las flores; despues un vestido y un chal, y en todo el dia no hacia mas que pasear....

— ¿Con algun galancillo? preguntó el bandido.

— No por cierto; á todas partes me acompañaba tan solamente una amiga compañera de cárcel, jóven y honrada, que se llamaba Rigolette, porque siempre estaba riendo.

— ¿Rigolette? ¿Rigolette? no sé quien es, dijo el bandido como recorriendo la memoria.

— ¡Ya lo creo que no la conocerás! Es una muchacha muy honrada....

— ¿De quién?

— De todo el mundo, que respeta sus virtudes y su aplicacion: diariamente ganaba un franco, y tenia decentemente puesta su casa. Finalmente, á las pocas vueltas que llevó el dinero, me quedaron tan solo 43 francos.

— Bastante dinero para poner una tienda de quincalla, dijo el Terrible.

— Otra cosa mejor hice yo: mi lavandera se llama Rufina, y era una muger gruesa; pero á pesar de esto siempre tenia las manos metidas en el agua, trabajando de su arte. No pudiendo continuar en

su oficio, solicitó ser recibida en el hospicio, y la contestaron que no habia vacante: la desgraciada necesitaba descansar, y no tenia dónde ni cómo. Afortunadamente encontró una noche junto al puente de Nuestra Señora á la Pascuala, que hacia cuatro dias estaba escondida en unas ruinas que habia al lado opuesto.

— ¿Y por qué se escondia la Pascuala de esa manera?

— Por huir de un hombre que la queria asesinar: no salia mas que de noche á comprar pan, y en una de esas veces encontró á mi lavandera aburrida por no tener donde acostarse, pues estaba muy cansada.... Se la llevó á su madriguera, y partió con ella su manta, la paja, y aun el pan que habia comprado.... Mas la Rufina se hallaba embarazada de una niña, y aquel puesto no era á propósito para ella; la infeliz Pascuala, comprometida á salir á costa de su vida, vino á buscarme sabiendo que yo tenia algun dinero. Cuando llegó subiamos Rigolette y yo á un coche para irnos unos dias de campo á disipar los restos de mis ahorros. Pero á pesar de la diversion que encuentro en el campo, en cuanto me enteré del mal estado de mi lavandera, despaché el carruage, y liando un colchon con mis mejores sábanas y mantas, busqué un mozo que lo llevara, y me encaminé á la guarida.... ¡Ah! ¡qué espectáculo!... era admirable ver la alegría de mi pobre Pascuala cuando nos presentamos á ella: seguí prodigándola con mi dinero cuantos cuidados eran necesarios hasta su total restablecimiento, y volvió á ejercer su oficio. Pero seguramente trata de pagarme hoy dia, porque jamás puedo conseguir que me presente la cuenta de mi ropa. En fin, si sigue asi, tendré que mudar de lavandera.... dijo María con cierto aire de importancia.

—¿Y la Pascuala? preguntó el bandido.

—Pues qué, ¿no sabes lo que la sucedió?...

—No: ¿qué hubo?

—¡Pobre muchacha! Salía según costumbre una noche por pan, y su enemigo estaba en acecho y la dió tres puñaladas en el corazón.

—¿Y quizá por ese asesinato va á dejar la piel en manos del verdugo dentro de ocho días?

—Cabalmente, dijo la Guillabaora.

—Y cuando te se acabó el dinero, ¿qué hiciste, pobre niña? dijo Rodolfo.

—¡Toma!... buscar donde trabajar. Sabia coser medianamente, era jóven, y me coloqué en un almacén de modas de San Martín. Lo primero que hice fué decir que habia estado ocho años en el correccional, para que despues no se dieran por engañadas. Pedí de coser, y no me fiaron mas que una camisa, cosa que á la verdad me supo bien mal.... Encontré á la hostalera y á las viejas que me perseguian desde que salí de la cárcel.... las manifesté que no sabia qué determinacion tomar para vivir... Entonces me llevaron consigo, y....

—Ya comprendo, dijo el Terrible; te conozco como si fuese tu padre.... y á la verdad que siendo tú mi hija, no hubieses salido de entre mis brazos.

—Cualquiera dijera que te pones triste de contar tu historia, dijo Rodolfo.

—Si que me abochorno pensando en mi suerte: ¡desde mi niñez tantos trabajos! es la vez primera que los he referido todos.... y estas narraciones á nadie gustan.... ¿es cierto, Terrible?

—Así es, respondió este irónicamente: ¿tú te avergüenzas de haber vendido azucarillos, ó de haber dormido en un repuesto de leña?

—De todo, y de nada; porque teniendo honor....

—¡Honor!... ¡oh! sí, honor.... replicó el bandido

riendo ; pero ¿ por qué miras al suelo? ¿ será tal vez por honrar á tus padres, á quienes no has conocido?

La infeliz huérfana bajó la vista, y su rostro tomó el color de la grana, desapareciendo del todo la sonrisa que poco antes animaba su semblante: trémula y confusa dijo al Terrible:

— No creas tú que yo soy llorona, ni mucho menos exigente.... no, ¡ pero bien conoces que hay pocas criaturas tan desgraciadas como yo!.... ¡ Mis padres!.... ¡ esas personas á quienes respeto sin conocerlas, pero que les debo la vida, me abandonaron en un rincón como un perro!.... ¡ Ah! ¡ tal vez ellos no tengan que comer!....

— Pues señor, no sé lo que te falta para completar tu felicidad, dijo el bandido. Eres linda como el sol ; tienes diez y siete años ; cantas como un canario ; tienes toda la semejanza de una Virgen ; te llaman Flor celestial, y aun no estás satisfecha! vaya, no lo entiendo. ¡ Pues qué dirías si te vieses con seis ó siete cicatrices en la cara, llena de berugas y costurones, puesta encima de una cazuela con lumbre asando chuletas, hasta que tus manos se hicieran incombustibles y quedaran negros tus brazos, como le está sucediendo á la tia Quica!

— ¡ Oh! ¡ no haya miedo! No llegaré jamás á tan triste estado.

— ¿ Gozas de algun privilegio contra las arrugas, ó alguna bula para no hacerte nunca vieja?

— No, pero como he sufrido tanto, me aqueja una tos tan maligna....

— ¡ Hola, me alegro! pues la muchacha no es aprensiva, pero cada dia está pensando en lo mismo.

— ¿ Te asaltan muchas veces esos pensamientos, María? dijo Rodolfo.

— Algunas veces.... Atended, Sr. Rodolfo: cuando salgo por las mañanas á comprar un poco de le-

che, y veo á la lechera acabar de vender su hacienda, y volver á su casa con un carrito tirado por una bõrrica, me lleno de envidia.... Esta feliz muger, me dijo, se va al campo, y entrará en su casa bailando de alegría delante de su familia.... mientras que yo.... ¡desamparada! ¡siempre desamparada! teniendo por morada el portal de una taberna, paso la noche en un rincon del mismo portal, que antes ocupaba el perro.

—Eso no vale nada. Sé muger de bien y honrada, dijo el bandido.

—¡Honrada! ¡Dios mio!... ¿qué tengo yo para ser honrada? El vestido que llevo encima, se lo debo á la hostalera, como igualmente mis trages y el alimento.... no puedo marcharme de su lado; me haria prender por estafadora.... soy toda de esa muger.... ¡no puedo satisfacerle mis deudas!

Al decir estas últimas palabras se puso mas trémula, y cubrió su rostro una palidéz mortal, sin poder seguir su narracion.

—Entonces confórmate con tu suerte, y no te compares con una campestrina, dijo el Terrible. No parece sino que has enloquecido. Mientras tú luces en la capital de Francia, la lechera está dando pasto á su ganado, ordeñando sus cabras, buscando yerba para los conejos, y lo que aun es peor: si tarda en volver á la cabaña, ó se le extravía algun cabrito, su marido empieza á buscarlo, pegándola con el cayado en las espaldas. Ya ves como todas las fortunas tienen sus mas y sus menos.

—Bebamos, amigo, dijo bruscamente Maria despues de un grande intervalo de silencio, y alargó su vaso: no quiero vino, aguardiente.... que no es tan flojo, añadió con dulzura, y haciendo retirar la botella del vino que la arrimaba el bandido.

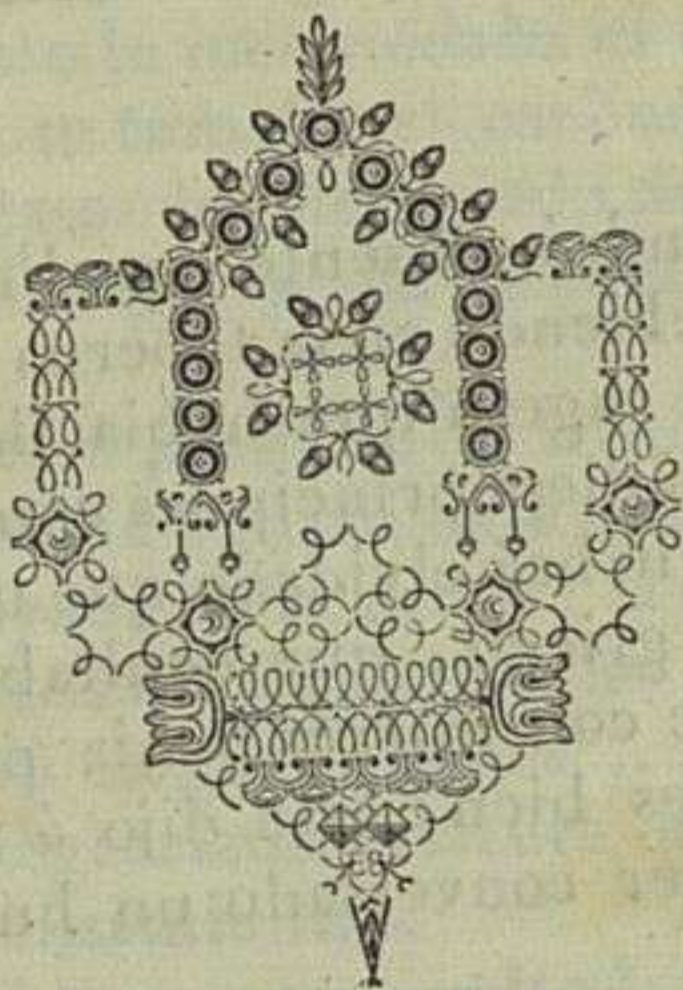
—Eso me gusta, dijo este, sin advertir la lágrima

DE PARÍS.

que sostenia la jóven María en sus pestañas, é iba á caer sobre sus megillas. ¡Eso es lo bueno, peñas-caró!...

—Lástima es que sea tan mala la bebida de aguardiente, porque luego se sube á la cabeza y.... dijo María despues que hubo apurado el vaso con alguna repugnancia.

Rodolfo, aunque con tristeza, prestó su atencion con particular interés á la historia de María. La miseria y el abandono habian hecho desgraciada á aquella criatura dotada de nobles pensamientos y de un fondo de virtud admirable que se notaba en su conversacion.



CAPÍTULO IV.



HISTORIA DEL TERRIBLE.

El lector tendrá presente aquellos dos hombres que estaban bebiendo en la taberna, á quienes observaba el otro sugeto que habia llegado un poco antes que María diese principio á contar su historia.

Tampoco se habrá olvidado que uno de estos llevaba un gorro griego, que ocultaba su mano izquierda, y que con interés habia preguntado por el Dómine. Pues bien: este dijo á su compañero despues de haber conversado un buen rato á media voz:

—El Dómine no viene; advertido por su compañero, no lo he podido asesinar para robarle una parte de su botin.

—Eso hubiera venido muy bien á los que dispusimos de antemano el robo.

El recién llegado que observaba á estos ladrones, se hallaba bastante apartado para escuchar la conversacion de sus vigilados, y despues de haber varias veces mirado un papel que llevaba oculto en el sombrero, se acercó al mostrador, y viendo á la hostalera que dormia descuidadamente con el gato encima de la falda y la cazuela del fuego á los pies, la dijo:

— Echad una mirada sobre mi mesa, que al momento vuelvo, y los buenos vinos no están seguros.

— Andad con Dios y sin cuidado, le respondió, que si el vaso no tiene vino, nadie le tocará.

El espía se marchó riendo de la chanza, sin que nadie reparase en su ida.

Al salir este hombre, Rodolfo vió en la calle aquel carbonero negro y alto de que llevamos hecho mérito; pero Rodolfo tuvo ocasion antes que se cerrara la puerta, de significar por un gesto de impaciencia cuánto le incomodaba el importuno interés que por él se tomaba el carbonero; mas este, no haciendo caso del desagrado de su protegido, se mantuvo siempre á los alrededores de la taberna.

La Guillabaora permanecia triste y melancólica, á pesar del vaso de aguardiente que habia apurado; la espalda apoyada en la pared; la cabeza caida sobre el pecho; sus lindos ojos azules repasando como por máquina su elegante figura.... todo anunciaba que á esta desgraciada criatura la devoraban los mas negros pensamientos.

Habia dos ó tres veces vuelto la vista, al encontrarse con la de Rodolfo, pero disimulando la impresion que le causaba su presencia. Atormentada, oprimida con la vista de Rodolfo, se reprendia á sí misma de mostrarse tan poco agradecida al hombre que la habia libertado de las manos del Terrible;

se avergonzaba de haberle contado con tanta sencillez su vida.

Al contrario el Terrible, estaba alegre y hablador; él solo se había comido el gran plato que debía pagar Rodolfo; la alegría de haber encontrado á su maestro, como él decía, iba cada vez muy en aumento por la manifiesta generosidad de Rodolfo; le consideraba tan superior, que su humillacion degeneraba ya en admiracion, temor y respeto.

La franqueza con que ese hombre confesaba sus crímenes, teniendo por justos los castigos que le habían impuesto; la sencillez con que trataba á su contrario sin rencor alguno; su orgullo en repetir que jamás ha robado, todo probaba que á pesar de sus crímenes no era un ser desnaturalizado. No había dejado de observarlo así con su sagacidad Rodolfo, que se mostraba impaciente por saber la historia del bandido.

La ambicion del hombre es insaciable; sus pretensiones llegan al infinito; Rodolfo deseaba que el bandido refiriese su historia, para hacer mas llevadero el tiempo mientras llegaba el Dómine, á quien se había propuesto dar la misma leccion que al Terrible.

— Vamos, compañero, dijo al Terrible; ya te escuchamos.

El bandido, apurando su vaso, principió del modo siguiente:

— Tú, infeliz María, siquiera fuiste recogida por aquella endemoniada tuerta, á quien Dios confundida: tú tuviste al menos hogar hasta el momento que te prendieron; pero yo no me acuerdo haberme acostado en lo que se dice una mala cama, antes de los diez y nueve años.... preciosa edad, en que senté plaza de soldado.

— ¿Tú has sido militar? dijo Rodolfo.

—Tres años; pero ya llegaremos á esa época. Las piedras del Louvre, los hornos de yeso de Clichy y las canteras de Montrouge, han sido los colegios de mi juventud. Ya veis ... tenia casa en París y en el campo; no se puede desear mas.

—¿Y cuál era tu profesion?

—Estoy hecho un Santo Cristo por haber sido siempre un vago. Mi infancia la pasé con un viejo desabrido que me zurraba de lo lindo; asi es que aborrezco á todos esos verdugos de la juventud que no tienen mas razones que el palo. Mi primer empleo ha sido ayudante de desollador de reses, para desollar caballos, y degollarlos tambien cuando era necesario en Monfaucon. Tenia entonces diez ó doce años: los primeros golpes de cuchilla me causaron algun efecto; pero antes de un mes ya no pensaba en otra cosa sino en hacer trozos aquellos animales, y aun este trabajo me divertia. No habia cuchilla como la mia de bien afilada y suave.... todos los amos me buscaban para trabajar.... Asi que concluía la matanza, tomaba un pedazo de pierna de cualquier caballo de los muertos por enfermedad, porque la carne de los que se mataban se espendia á los pasteleros y fondistas de la ciudad, que hacian con ella ricas y sabrosas lenguas de vaca, escelentes lonjas de ternera, y mas que todo, platos de esquisito estofado.... No envidiaba la suerte de un rey cuando me embutia en el estómago aquellos trozos de jaco: á mi paladar le era indiferente que aquella carne se llamase lengua-estofada, ni torta de jabalí, para que se saborease bien en ella. Cuando habia lugar y me lo permitian los del matadero, condimentaba en sus ollas mi racion de carne; y si no, encendia leña y la asaba; con esto eran mas variadas mis comidas.

—¿Y cuál es tu nombre? preguntó Rodolfo.

— Como entonces mis cabellos eran mucho mas rubios que ahora , los tenia casi blancos , y los ojos siempre brotando sangre , por esta razon me llamaban *Albinos*. (Los albinos son los conejos blancos de los hombres , y tienen los ojos encarnados); añadió el bandido á manera de paréntesis fisiológico.

— ¿Y tus parientes? ¿tu pueblo?

— ¿Mis parientes? Son los mismos que los de María. ¿El sitio de mi nacimiento?... La primera esquina de una calle cualquiera , caminando á la derecha ó á la izquierda , y subiendo ó bajando hácia un arroyo.

— ¿Tú has maldecido á tus padres por haberte abandonado?

— ¿Y qué beneficio me hubiese reportado eso? La mala partida ya me la habian jugado con engendrarme. Lo mejor hubiese sido que me hubieran hecho como Dios debiera haber hecho á los mendigos ; es decir , incapaz de frio , hambre ni sed ; esto seria muy provechoso , y el mas saludable remedio para que todos los pobres fuéramos honrados.

— Pero tú , acosado por el hambre y el frio , ¿no has robado?

— No ; y me he visto muy infeliz.... pero ayunaba , y no pocas veces al extremo , porque se pasaban dos dias sin probar bocado.

— ¿Y no robabas por temor de ir á la cárcel?

— ¡Qué majadería!... ¿dejaría yo de robar pan , por temor de tener pan?... Siendo hombre de bien , me moria de hambre ; siendo ladron , me hubiesen mantenido en la prision.... Pero no robaba porque.... porque.... en fin , porque no entra en mis ideas ser ladron.

Esta generosa contestacion que dió el bandido , acaso sin saber el valor de ella , sorprendió profundamente á Rodolfo. Para este hombre , el infe-

liz y desgraciado que conservaba su honor en medio de las crueles necesidades, se hacia acreedor á toda consideracion: por esta razon tendió su mano al desgraciado salvage, á quien la miseria no habia perdido del todo.

El bandido le miró con asombro y casi con respeto; apenas tenia valor para tocar la mano que le daba su vencedor. Presentia que entre los dos habia un abismo insondable.

—¡Brabo, brabo! dijo Rodolfo; tú tienes aun honor y buen corazon.

—A fé mia ignoro cuanto estais diciendo, contestó el Terrible conmovido; nunca he sentido nada de cuanto habeis dicho.... Lo que sí es cierto que lo que me decis.... y los últimos puñetazos que me disteis al final de este ensayo.... el convite con que me habeis favorecido despues.... En fin, en cualquier apuro que os veais en este mundo ó en el otro, podeis con seguridad contar conmigo.

Rodolfo continuó con mas frialdad, ocultando la emocion que le causaban aquellas palabras.

—¿Fuisteis mucho tiempo ayudante de matachin?

—Bastante.... Al principio solamente me empleaba en desollar caballos; luego no me divertia sino destrozando por mi mano todas las reses que podia cojer; y últimamente, cuando llegué á los diez y seis años, aquella aficion degeneró en un furor, en un pensamiento que me dominaba sin parar.... Para mí era ya una necesidad continuar en aquella profesion.... por ella me dejaba la comida, y aun la bebida.... no pensaba en otra cosa. ¡Cosa de ver era cuando yo estaba en mi trabajo! Estaba siempre desnudo, si se esceptúa un simple pantalon de lienzo. Cuando con mi afilada cuchilla en la mano tendia la vista á mi alrededor y descubria quince ó veinte caballos en fila que estaban aguar-

dando turno.... cuando principiaba á degollarlos, ya no era dueño de mí.... parecía una furia ; los oídos me zumbaban.... todo lo que veía era rojo, y continuaba placentero hiriendo los cuerpos de aquellos infelices animales.... y cortaba.... cortaba hasta que la cuchilla , embotados sus filos y casi ardiendo, me caía de las manos. ¡Oh! ¡qué placer! si yo hubiera sido millonario, hubiese dado todo mi caudal por gozar de aquellos momentos. Pero á la edad de diez y seis años , esta pasión degeneró en un frenesí tan extraño, que una vez puesto ya á desollar me volvía loco y echaba á perder todo el trabajo.... Sí, me ponía como un demonio á dar tajos á derecha é izquierda , cortando la piel en todas direcciones. Repetí esto varias veces, y fui despedido del oficio. Procuré colocarme en alguna carnicería , porque siempre he tenido afición á esta clase de ocupacion.... pero me desecharon. Yo, considerando que era imposible ocuparme, y que ya el oficio de matachin no llenaba mis deseos , traté de ganarme la comida de otro modo : estuve mucho tiempo sin poder encontrar recurso alguno , y lo pasé ayunando hasta que me puse á trabajar en las canteras de Montrouge ; pero á los dos años me cansé de hacer continuamente la ardilla llevando piedras por los caminos por un jornal miserable ; y á los veinte años, encontrándome fuerte y robusto, senté plaza. Me preguntaron cómo me llamaba , la edad que tenía, y me exigían la fé de bautismo. « ¿Mi nombre? Albinos ; ¿mi edad? calculad por mi barba ; ¿papeles? no tengo.» Podía servir en granaderos, y así lo hice ; me tomaron la filiacion.

— Con tu fuerza , tu valor y tus deseos sanguinarios , si hubiera habido guerra hubieses hecho carrera ; acaso serias oficial.

—Bien lo creo: ¡matar ingleses ó prusianos, eh! alguna utilidad mas me hubiese reportado que degollar caballos. Pero ahí teneis una de mis mas grandes desgracias; era tiempo de paz, y habia una rigurosa disciplina.... Un aprendiz torpe ó travieso, suele recibir algunos golpes del maestro; á un muchacho de escuela le castigan cuando mas con llamarle burro y media docena de azotes en amenaza; pero en la milicia es muy distinto. El sargento primero me riñó un dia para que le obedeciese mas pronto: tenia razon, porque yo solia hacer el remolon; me incomodó su tono, y le contesté ágriamente; me amenazó, y le amenacé; me echó mano al cuello, y le pegué una puñada. El sargento cayó encima de mí, y esto me irritó mas; la sangre se me subió á la cabeza, y ya todo lo veía colorado.... tenia una navaja en la mano, y no fué necesario mas. Principié á darle puñaladas con todo rigor.... ¡Maté al sargento, herí á dos soldados!... ¡una verdadera carnicería!... ¡Once puñaladas entre los tres.... sí, once! ¡la sangre corria como un rio!...

El bandido inclinó la cabeza con aire triste, y quedó un momento en silencio.

—¿En qué estás pensando, Albinos? dijo Rodolfo, observándole con interés.

— En nada, en nada, le respondió bruscamente, y volvió á tomar su aire de indiferencia brutal.

— Finalmente, me encausaron y sentenciaron á muerte.

—¿Y cómo te libraste de la pena?

— Yendo quince años á presidio, en lugar de haber sufrido veinticuatro horas en capilla.... Se me ha pasado decir, que tenia en el regimiento dos camaradas, á quienes yo habia salvado de ser ahogados en el Marne cuando estábamos guarneciendo á Melun. Y ahora que me acuerdo, aunque

os burleis y me llameis hombre de agua y fuego, y salvador de hombres y mugeres, os contaré que estando de guarnicion en Rouen, me nombraron para asistir á un fuego, y saqué de entre las llamas á una vieja que se estaba abrasando, sin que nadie se atreviese á libertarla. Pues señor, mi defensor era tan diestro en hablar, que en un instante dió otro giro á la causa, y en lugar de ser fusilado me destinaron quince años á presidio.... Mi primer impulso al saber este cambio, fué agarrar al charlatan y asesinarlo.

—Pues ¿qué te pesaba la conmutacion?

—Sí.... á los que juegan con el cuchillo.... la cuchilla del verdugo: ponerle á un ladron grillos en los pies, es muy justo; ¡pero á un asesino!... ¡Oh! cada uno en su lugar; el que asesina debe morir. Los jueces en esto no saben su obligacion; desconocen lo que le sucede al sentenciado en los primeros momentos.

—¿Has tenido alguna vez remordimientos?

—¿Remordimientos? Despues de haber cumplido la condena, no; pero antes casi todas las noches me atormentaban ensueños terribles, y en todos ellos se me aparecia el sargento y los soldados que asesiné; es decir.... no solos.... añadió el asesino con una especie de terror; venian por docenas, á cientos, á millares, é iban tomando turno como los caballos del matadero.... Entonces veía sombras rojas, y empezaba á desollar.... á matar á los hombres como en otro tiempo lo hacia con los caballos. Pero á medida que iba asesinando soldados, iban saliendo otros nuevos.... Y al espirar me miraban con unos ojos tranquilos.... me echaban unas miradas tan dulces.... que yo me maldecia.... pero sin poder dejar la matanza.... Y no era esto lo peor, sino que yo nunca he tenido un hermano, y

á pesar de esto creía que todas aquellas víctimas lo eran. Finalmente, cuando ya no podía por mas tiempo sufrir aquella opresion, me despertaba, bañado de un sudor frio como la nieve.

— ¡Horribles pesadillas! dijo Rodolfo.

— ¡Oh! sí.... Pues los primeros dias que pasé en presidio, las tuve casi todas las noches.... cualquiera se hubiera vuelto loco.... Dos veces estuve tentado de matarme, y aun quise verificarlo, pero no lo conseguí: ; hasta en eso era desgraciado!... Una vez tomando cardenillo, y la otra apretándome el cuello con una cadena; pero tengo una naturaleza mas fuerte que la de un toro. El cardenillo me dió sed, y nada mas; y la cadena que me rodeé por el cuello, me hizo tan solo una señal amoratada. Despues, acostumbrado á vivir entre aquella gente, adquirí otros deseos; mis compañeros pensaban de distinto modo que yo, y me fué preciso seguir la corriente.

— En buena academia estabas para aprender á robar.

— Sí, pero no me llevaba Dios por ese camino.... Cuando los otros penados querian robarme á mí, yo los azotaba con la cadena, y cada cual satisfacía sus gustos y seguía sus inclinaciones. Entonces conocí al Dómine, temido por sus puños, aunque no tanto como vos.

— ¿Y era tambien presidiario?

— Por toda su vida nada mas; pero él mismo se ha perdonado el resto de la condena.

— ¿Se ha desertado y no hay quien le delate?

— Por lo que respecta á mí, Dios me libre de hacerlo; os he repetido que, aunque no tanto como vos, tiene unos puños admirables.

— ¿Y cómo no cae en manos de la policía? ¿No tiene su filiacion?

— ¿Su filiacion, eh?... Sí que la tiene; pero se ha desfigurado de tal modo para no ser conocido de nadie, que.... solo el demonio podrá acaso descubrirlo.

— ¿Pues cómo se ha trasformado tanto?

— Lo primero rebajándose las narices, que las tenía bastante largas; luego lavándose todo con vitriolo.

— ¿Te chanceas, Albinos?

— Si viene luego, vereis: tiempo atrás tenía una gran nariz como un papagayo; hoy en el día es como un mochuelo; sin contar con las mejillas abultadas como puños, y la cara tan llena de costurones, que parece la capa de un pordiosero.

— Pero ¿tan desconocido está que?...

— Medio año hace que se fugó; los empleados de policia encargados de buscarle, le han encontrado mil veces y no le han conocido.

— ¿Por qué estaba en presidio?

— Por monedero falso, asesino y ladron. Le llaman el Dómine porque escribe muy bien. ¡Oh, es un Séneca!

— ¿Cómo se gobierna para vivir?

— Se cuenta que asesinó y robó hace pocos días á un ganadero muy rico en el camino de Poissy.

— Tarde ó temprano, le prenderán.

— Necesario será que para ejecutarlo sean mas de dos, porque siempre va armado de dos pistolas cargadas y un magnífico puñal. El verdugo lo espera, y no tendrá que trabajar con él mas que una vez: es hombre capaz de asesinar á cuantos quieran prenderle, hasta lograr escaparse: no es hombre que se oculta; y como es dos veces mas fuerte que nosotros dos, costará mucho de vencer.

— Y desde que saliste de presidio, ¿qué has hecho?

— Entré á escoltar la diligencia, y me despedí al

momento ; en el día me gano el sustento haciendo lo que se ofrece en casa de un ropavejero que vive en la calle de San Pablo.

— Pero no siendo ladron, ¿ cómo vives en este barrio?

— ¿ Y dónde quieres que viva? ¿ quién es el que querria tratarse con un licenciado de presidio? Si estuviese solo, me pondria triste ; me gusta mucho la buena sociedad, y en este sitio todos son amigos.... Es un placer tratar con ellos.... Me tienen mas miedo que al diablo, y el comisario no tiene nada que criticarme.

— ¿ Y cuánto ganas de jornal?

— Segun : unos dias con otros vendré á salir por treinta ó mas sueldos ; pero esto no puede subsistir mas que mientras tenga fuerzas, porque el trabajo es muy penoso.

— La verdad es que eres feliz, porque no te juzgas desgraciado.

— ¡ Oh! ¡ yo lo creo! todos los pobres que fuesen como yo ; si no fuera por mis ensueños.... por esas apariciones del sargento y los soldados, que aun muchas veces me atormentan, no me trocaba por nadie ; pero esa pesadilla.... Perdonad.... no quiero acordarme de él.... ya estoy sudando y helado, dijo el asesino ; y cogiendo una brasa de la copilla que habia encima de la mesa, se puso á encender la pipa.

La Guillabaora habia oido la historia del Terrible como distraida, pareciendo que la abismaba algun recuerdo doloroso.

Rodolfo tambien estaba reflexivo. Las dos historias que acababa de oir, le sugirieron ideas nuevas. Un acontecimiento bastante trágico, recordó á los tres el lugar donde se encontraban.



CAPÍTULO V.

—NON—

LA SORPRESA.

El sugeto misterioso que al salir había encargado á la hostalera que cuidase de su vaso y cubierto, volvió con otro personaje, ancho de hombros, y de aspecto imponente.

El primero de estos entró diciendo:

— ¡Qué casualidad haberme encontrado con Borel! Entra y beberemos.

El Terrible dijo en voz baja á Rodolfo y á la Guillabaora, enseñándoles el recién llegado.

— Vamos á tener camorra.... ese es un espía.
¡Atencion!

Los dos bandidos, de los cuales el uno llevaba el gorro griego metido hasta las cejas, se dieron una ojeada rápida, y levantándose con precipitación de la mesa, se fueron hácia la puerta; pero los dos

agentes de policía se echaron sobre ellos, dando un grito particular.

Se enredó en aquel sitio una terrible lucha.

La puerta de la taberna se abrió, y entraron en ella nuevos sugetos, y se vieron relucir á la parte de afuera las armas de los gendarmes.

Aprovechándose de la confusion el carbonero protector de Rodolfo, se acercó al medio de la sala, y mirándole cara á cara, sentó en la megilla el dedo índice de la mano derecha.

Rodolfo le mandó que se retirara con un gesto rápido ó imperioso; el carbonero obedeció al instante, y aquel siguió mirando lo que pasaba en la taberna.

El sugeto del gorro griego gritaba desesperadamente, y se enfurecia de tal manera, que apenas pudieron sujetarlo tres hombres.

El otro preso, sin hacer resistencia alguna, se encontraba triste, melancólico, con el semblante lívido, las megillas hendidas, el labio inferior caído, y convulsivamente alterado: él mismo presentó sus manos á las ligaduras.

La tabernera, sentada detrás del mostrador, y habituada á semejantes escenas, permanecía impassible, con las manos metidas en los bolsillos de su delantal.

— ¿Qué tunantada han hecho estos hombres, M. Borel? preguntó á uno de los agentes, amigo suyo segun se veía.

— Han asesinado ayer una anciana en la calle de San Cristóbal, para robar despues su casa. Antes de morir ha manifestado aquella desgraciada, que habia mordido á uno de los agresores en la mano. Desde entonces perseguimos á estos canallas; mi compañero ha podido descubrirlos, y héles aqui presos.

—La suerte es que anticipadamente me han satisfecho el gasto, dijo la tabernera: ¿quereis tomar alguna cosa, M. Borel? ¿Un vaso de Burdeos, ó de Consolacion?

—Mil gracias, buena muger, mil gracias; es necesario asegurar bien á esta gente. Mirad cómo se resiste uno de ellos.

En efecto, el ladron del gorro griego se defendia con desesperacion. Cuando intentaron meterlo en un coche que aguardaba en la calle, fué tal su resistencia, que les obligó á arrastrarlo para conseguirlo.

Su cómplice se vió atacado de un temblor nervioso que apenas le permitia mantenerse en pie: sus lábios amoratados vibraban extraordinariamente.... Sin resistencia alguna fué arrojada en el carruage aquella masa inerte.

—¡Ah!... ¡no me acordaba!... No os fieis de Zurdillo, dijo Borel á la hostelera; es un pícaro, y puede muy fácilmente comprometeros....

—¡El Zurdillo! Nadie le ha visto en el barrio hace ya tres semanas.

—Siempre acontece lo mismo; aun cuando esté en alguna parte, nadie le vé.... y ya sabeis que su primera habilidad consiste en hacerse invisible. Pero no tomeis de él, ni en depósito, ningun bulto.... ningun envoltorio.... pues esto seria sospechoso.

—¡Dios me asista! mas temo á ese hombre que al mismo Satanás.... nunca se sabe á dónde va, ni de dónde viene. La última vez que hablé con el, me dijo que habia estado en Alemania.

—En fin, tened cuidado, puesto que estais prevenida.

Antes de salirse de la taberna el agente, echó una mirada á todos los demas consumidores, y con un tono casi cariñoso, dijo al Terrible:

— ¡Mira tú, buena alhaja! Ya hace algun tiempo que no te se mienta para nada. ¿No eres aficionado ya á las camorras? ¿Te has reconocido?

— ¿Reconocido? como siempre: ya sabeis que no rompo mas cabezas que las de aquellos que me lo piden asi.

— ¡Pues no faltaba mas á tus grandes fuerzas que la provocacion!

— Sin embargo, mira aqui mi maestro, dijo Albinos poniendo la mano sobre el hombro de Rodolfo.

— Pues no le conozco.... dijo Borel repasando á Rodolfo.

— Y lo que es por mi parte, no haremos conocimiento jamás.

— Asi sea; lo deseaba por vos, dijo el agente; despues, dirigiéndose á la hostelera, continuó: buenas noches, célebre muger: vuestra casa es una escelente guarida; cinco ladrones llevo aprehendidos en ella.

— Yo confio que no sea el último, porque sabeis que está á vuestra disposicion.... dijo con alguna gracia la hostelera, inclinándose con deferencia.

Apenas hubo marchado la policia, el jóven que de nada se cuidaba mas que del aguardiente y el tabaco, y ocupaba una mesa en la taberna, puso tabaco á su pipa, y con voz enronquecida dijo al Terrible:

— ¿Has conocido al valiente que se resistia? es aquel de la otra noche.... el de la reja. En cuanto vi entrar á los mequetrefes, dije para mí: malo, aqui hay algun misterio; ademas, yo habia echado de ver que el Velludo ocultaba misteriosamente su mano izquierda.

— De buena ha escapado el Dómine por no estar aqui, dijo la hostelera; el Velludo me habia preguntado con impaciencia dos veces por él.... Pero

yo jamás haré uso de estas observaciones. Cada cual á su ocupacion.... Bueno es que los prendan, pero no me meteré yo á delatarlos. ¡Hola! en nombrando al ruin de Roma, luego asoma, añadió la tabernera en el instante de entrar en la tasca un hombre y una muger; ahí teneis al Dómine y á su hembra.

Los parroquianos del Conejo blanco, involuntariamente se estremecieron.

El mismo Rodolfo, á pesar de su bizarría, no pudo evitar una pequeña emocion á la vista de este temerario bandido, á quien observó algunos momentos con una curiosidad mezclada de horror.

Albinos habia dicho bien; el Dómine estaba horribilmente mutilado. Imposible era ver una cosa mas espantosa que la cara de este bandido. Su rostro estaba cruzado en todas direcciones por dilatadas cicatrices; el vitriolo habia abultado sus megillas; los cartílagos de la nariz estaban cortados, y en su lugar se veían dos disformes agujeros. Sus ojos verdinegros, brillantes, pequeños y redondos, indicaban la ferocidad; su frente aplastada como la de un tigre, desaparecía en su parte superior bajo una gorra de pieles, por la que salian unos cabellos largos y desordenados....

La estatura del Dómine era de cinco pies y dos ó tres pulgadas; su cabeza, demasiadamente gorda, estaba metida entre sus hombros altos, redondos y musculosos, que se distinguian muy bien á pesar de los pliegues de la blusa; tenia los brazos largos y gruesos; las manos cortas, carnosas y velludas hasta las uñas; sus piernas, un poco torcidas, en figura de arco, con enormes pantorrillas, anunciaban una fuerza mas que natural. Este hombre reunia, sin exageracion, todas las circunstancias que nos presenta el Hércules de Farnesio.

La espresion de ferocidad que se descubria en

este horrible semblante, su mirada impaciente, sanguinaria y ardiente, como la de una fiera, todas son cualidades imposibles de describir.

La compañera del Dómine era vieja, vestida con bastante propiedad, con un zagalejo azul, un pañolón á cuadros encarnados y negros, y una gorra parda.

Rodolfo la miraba de lado y con atención; su nariz grande y encorvada, su ojo verde y salton, su tez tostada, su barba saliente, y la fisonomía á la vez malvada y sagáz, le trajeron á la memoria el Mochuelo de la infeliz María.

Iba á hacer partícipe de estas observaciones á la Guillabaora, cuando al mirar á esta desgraciada criatura, la encontró cubierta de mortal palidéz, mirando con ojos desencajados á la vil compañera del Dómine; últimamente, cogiendo con su temblorosa mano el brazo de Rodolfo, le dijo en voz baja:

— La tuerta.... ¡Dios mio!... La tuerta.... ¡El Mochuelo!

En este instante el Dómine, despues de haber hablado unas pocas palabras con un sugeto de los que allí bebían, se acercó á la mesa de nuestros individuos, y dirigiéndose á María, la dijo con una voz áspera como el rugido de un tigre:

— ¿Oyes tú, hermosa rubia? deja esa gente, y ven-te conmigo.

María sin responder palabra se arrimó á Rodolfo, y sus dientes chocaban unos contra otros por su espanto.

— Lo que es yo no tendré celos, dijo la tuerta riendo descompasadamente, sin conocer aun en aquella muchacha á la Alondra, á su víctima.

— ¿Pero qué es esto, chiquilla?... ¿No oyes lo que te digo? dijo el bárbaro ganando terreno. Si no vie-

nes al instante, te saco un ojo para que te quedes como el Mochuelo; y tú, el de los bigotes.... (dirigiéndose á Rodolfo) si no me mandas esa chica por debajo de la mesa.... tiembla.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡amparadme! exclamó la muchacha levantando las manos hácia Rodolfo. Pensando despues que con aquella súplica podria comprometerle, añadió en voz baja: no, no, estaos quieto; si se arrima, yo pediré auxilio á gritos, y por temor á un escándalo, la misma tabernera me defenderá.

— Sosiégate, María, dijo Rodolfo, mirando con intrepidéz al Dómine. Estás conmigo, y no te moverás de aqui; y como este bruto te amenaza nuevamente, le echaré á la calle.

— ¡Tú!... dijo el Dómine.

— ¡Yo!... replicó Rodolfo.

Y se levantó de la mesa á pesar de los esfuerzos de la Guillabaora.

El Dómine, asustado con la actitud de su contrario, dió un paso atrás.

María y el Terrible se asombraron igualmente al ver la espresion de fiereza diabólica que en aquel momento habia tomado el noble rostro de su compañero. En la riña con Albinos se habia mantenido naturalmente tranquilo é indiferente; pero á la vista del Dómine parecia dejarse llevar de una ira feroz; brillaban extraordinariamente sus pupilas dilatadas por el furor.

Hay ciertas miradas que ejercen un poder magnético é irresistible; algunos afamados duelistas han conseguido sus mejores triunfos por la accion fascinadora de sus miradas, que trastorna y amedrenta á sus contrarios.

Rodolfo tenia ese golpe de vista aterrador que asusta, y que no pueden eludir las personas á quie-

nes se dirige. Mirada que trastorna, que domina; que obra casi físicamente, y sin embargo, que se busca con afán.

El Dómine no tenía confianza en su brazo, á pesar de su fuerza prodigiosa, y principió á buscar el puñal entre los pliegues de su blusa. Una muerte acaso se hubiera verificado si no detiene el brazo del asesino la Mochuelo, diciendo:

— ¡Detente!... ¡detente!... déjame pronunciar una sola palabra: tú harás lo que quieras de esos miserables cuando te dé la gana; no te se escaparán.

El Dómine miró á la tuerta con asombro. Pasados algunos instantes, la Mochuelo estuvo atentamente mirando á María, hasta que bien persuadida por sí misma de que esta era su Alondra, prorumpió levantando las manos al cielo:

— ¡Oh! no cabe duda; es Alondra, la que me robaba los azucarillos.... ¿Dónde has estado, gran pícara? Sin duda es el diablo el que te ha hecho venir aquí, añadió amenazando á la Guillabaora con su descarnado puño; pero por ahora has caído en mi garlito, y no te escaparás. Puedes estar tranquila de que no te arrancaré los dientes, pero te haré salir todas las lágrimas de tu cuerpo. ¡Ah! ¿cómo vas á rabiarse! ¿No sabes lo que hay? sé quienes son tus parientes.... El Dómine ha visto en presidio al sugeto que te puso en mi poder cuando eras pequeña.... Le ha dicho el nombre de tu madre... todos tus parientes son nobles, y muy ricos...

— ¡Oh qué dicha! ¡conoceis á mis parientes! exclamó Flor celeste.

— Sí, mi compañero sabe cómo se llama tu madre.... pero antes le arrancaríala lengua, que permitir que te lo dijera. Ayer mismo vió al hombre que te llevó á mi casa porque no pagaban á su mujer que te había criado.... porque tu madre no

hacia caso alguno de tí, y le hubiera sido ciertamente indiferente el saber que te habias estrellado. Pero eso no importa; mas si tú supieras ahora su nombre, podrias hacerlo valer, y no eres al presente mas que una bastarda.... El hombre de que te hablo, posee papeles y cartas de tu madre.... Sí, Alondra; y si no se sirve de ellos es.... porque hay motivos para no hacer uso.... ¡Hola! ¡tú rabias, eh.... lloras!... no importa: no pienses que por eso vas á conocer á tu madre.... ¡Oh! ¡no la conocerás! — Ojalá que me crea muerta.... dijo Flor celeste enjugando sus lágrimas.

Rodolfo olvidó completamente al Dómine para atender á las palabras de la tuerta, cuya relacion le interesaba bastante.

El bandido durante este tiempo, no estando bajo la influencia de Rodolfo, habia vuelto á adquirir su valor, no pudiendo creer que aquel jóven de mediana estatura y de talle esbelto, estuviera en disposicion de medir con él sus fuerzas: seguro de su fuerza hercúlea, se acercó al defensor de la Guillaora, y dijo á la Mochuelo con autoridad:

—Bastante ha hablado ya ese mozalvete.... voy á darle una buena leccion y quitarle las ganas de ser fanfarron.... para que la bella rubia me encuentre mas garboso que él.

Al oir Rodolfo estas palabras, saltó de un brinco por encima de la mesa.

— ¡Cuidado con mis platos! gritó la tabernera.

Y el Dómine se puso en guardia con las manos avanzadas, con su cabeza hácia atrás, bien apoyado sobre sus robustos riñones, y por decirlo asi, formando un arco sobre una de sus enormes piernas.... lo cual hacia mas insultante su grotesca figura.

En el instante en que Rodolfo se lanzaba sobre su adversario, se abrió violentamente la puerta de la

taberna: el carbonero de quien hemos hablado, que tenia casi seis pies de estatura, se lanzó en la sala, y separando bruscamente al Dómine, se acercó á Rodolfo, y le dijo en inglés al oido:

— Monseñor, Tom y Sarah están á la esquina de la calle.

Rodolfo, al oir estas palabras, hizo un movimiento de mal humor, echó un luis sobre el mostrador de la tabernera, y se dirigió presuroso hácia la puerta.

El Dómine intentó oponerse á la marcha de Rodolfo; mas este, volviéndose de repente, le sacudió en medio del rostro dos puñetazos tan fuertes, que la fiera vaciló aturdido, y cayó medio derribado sobre la mesa.

— ¡Viva la carta! Reconozco estos puñetazos por iguales á los últimos que recibí, exclamó el Terrible. Con pocas mas lecciones como estas, aprendo á sacudir divinamente.

Cuando volvió en sí despues de algunos minutos, el Dómine trató de perseguir á Rodolfo; pero este habia desaparecido con el carbonero por el sombrío laberinto de las calles de aquel barrio, y era imposible poderle alcanzar.

En el mismo momento en que el Dómine volvia á entrar con la boca llena de espumante rabia, dos hombres que venian corriendo de la parte opuesta á la que Rodolfo habia desaparecido, se precipitaron en la taberna, sofocados, como si hubieran dado una rápida carrera. Su primer movimiento fué dar una ligera ojeada por todos los ángulos de la taberna.

— ¡Maldicion! dijo uno de ellos; ¡ya se nos ha vuelto á escapar!...

— ¡Paciencia!... los dias tienen veinticuatro horas, y la vida es larga, respondió el otro.

Los recién venidos hablaban en inglés.

CAPÍTULO VI.



TOM Y SARAH.

Los dos personajes que acababan de entrar en la taberna, pertenecían á una clase mucho mas distinguida que la de los parroquianos de aquella cueva.

El uno de ellos grueso y alto, tenia los cabellos casi blancos, las cejas y las pestañas negras, su cara huesosa y morena, el aspecto duro y severo: rodeaba su sombrero redondo una gasa; su largo leviton negro se abotonaba hasta el cuello, y llevaba sobre su pantalon de paño gris unas botas llamadas en otro tiempo á la *suwarow*.

Su compañero, de muy pequeña estatura, vestido asimismo de luto, era pálido y hermoso. Sus largos cabellos, sus cejas y sus ojos de un negro brillante, hacian resaltar la blancura mate de su ros-

tro: por su andar, por su estatura y por la delicadeza de sus facciones, era fácil reconocer en este personaje á una muger disfrazada en hombre.

— Tom, pide de beber, y pregunta á estas gentes por él, dijo Sarah hablando siempre en inglés.

— Voy al momento, Sarah, respondió el hombre de los cabellos blancos y negras cejas; y sentándose á una mesa, mientras que aquella se enjugaba la frente, dijo á la tabernera en muy buen francés, y casi sin acento.

— Haced que nos sirvan alguna cosa de beber, si quereis.

La entrada de aquellos personajes en el Conejo blanco, habia escitado vivamente la atención: su traje, sus modales, daban á entender que no asistían jamás á aquellas innobles tabernas; y por la afanosa inquietud que se notaba en su fisonomía, daban á conocer que razones muy importantes les conducían entonces á aquel plebeyo sitio.

El Terrible, el Dómine y la Mochuelo, los observaban con ávida curiosidad. La Guillabaora, espantada de su encuentro con la tuerta, y temiendo por las amenazas del Dómine que querria llevársela consigo, se aprovechó de la distracción de aquellos dos miserables, y salió de la taberna, deslizándose sin ser vista, por la puerta que habia quedado entreabierta.

El Terrible y el Dómine, en sus respectivas posiciones, no tenia ninguno interés en entrar en nuevas contiendas. La hostelera, sorprendida por la aparición de tan nuevos parroquianos, participaba del asombro general.

Tom le repitió con impaciencia:

— Os hemos pedido que nos dierais de beber, señora; ¿quereis tener la bondad de servirnos?

La tabernera, lisongeada con semejante cortesía,

se levantó de su mostrador; fué á apoyarse graciosamente sobre la mesa donde se hallaba Tom, y le dijo:

— ¿Quereis un cuartillo, ó una botella entera?

— Dadnos una botella de vino, vasos y agua.

La tabernera les sirvió lo que habian pedido: Tom le arrojó un duro sobre la mesa, y no quiso tomar la vuelta.

— Guardadlo para vos, patrona, y tomad un vaso de vino con nosotros.

— Sois muy generoso, caballero, dijo la tabernera mirando á Tom con mas asombro que agradecimiento.

— Quisiera me dijeseis, repuso este: estamos citados con un amigo en una taberna de esta calle, y me parece que nos habremos engañado.

— Esta es la del Conejo blanco, para lo que gusteis disponer, caballero.

— Eso mismo es, dijo Tom, haciendo á Sarah una señal de inteligencia. Sí, en el Conejo blanco es en donde debia esperarnos.

— Y tengo la vanidad de decir, que no se encuentran en la calle dos Conejos blancos, replicó con orgullo la hostelera. ¿Y que casta de pájaro era vuestro camarada?

— Era un hombre de estatura regular y delgado, cabellos y bigote castaño claro; dijo Tom.

— ¡Ah! ya caigo.... el mismo, el hombre que ha estado hace un momento.... un carbonero de estatura gigantesca ha venido á buscarle, y se han marchado juntos.

— Ellos son, dijo Tom.

— ¿Y han estado solos aqui? preguntó Sarah.

— El carbonero no ha estado mas que un momento; pero vuestro otro camarada ha cenado con la Guillabaora y el Terrible. Y al mismo tiempo se-

ñaló con la vista la tabernera al solo convidado de Rodolfo que continuaba en la taberna.

Tom y Sarah se volvieron hácia el Terrible, y despues de haberle examinado durante algunos minutos, dijo Sarah en inglés á su compañero:

—¿Conoces á ese hombre?

—No. Karl habia perdido la pista de Rodolfo á la entrada de estas calles oscuras; mas viendo á Murf disfrazado de carbonero, que estaba rondando esta taberna y acechaba sin cesar por entre los vidrios, ha sospechado algo y ha venido á advertirnos....

Durante esta conversacion, en voz baja y en lengua estrangera, decíale tambien en voz baja el Dómine á la Mochuelo, mirando á Tom y Sarah:

—Ese señoron delgado ha regalado un duro á la tabernera: estamos cerca de media noche; llueve y hace un viento fuerte; cuando vayan á salir los seguiremos; yo arremeteré al mas fuerte de ellos, y le tomaré el dinero. Va en compañía de una muger, y no se atreverá á respirar.

—Si el pequeño grita, le romperé sobre su rostro la botella de vitriolo que siempre llevo conmigo, dijo la tuerta. Es preciso siempre dar de beber á los chicos para que callen; y luego añadió: ¿oyes, truan? la primera vez que encontremos á la Alondra, será necesario llevárnosla á la fuerza, y asi que esté en nuestro poder, le frotaremos la cara con el vitriolo; ¿no es verdad? Entonces ya no estará tan orgullosa con su hermosura.

—Está bien, Mochuelo; al fin tendré que casarme contigo, dijo el Dómine: eres una muger sin igual por tu travesura y valor.... La noche que ajustamos las cuentas al mercader de bueyes.... conocí de lo que eras capaz, y dije para mí: «Hé aqui una muger digna de ser mi compañera; ella trabajará mejor que un hombre.»

Despues de haber reflexionado un momento, dijo Sarah á Tom señalando al Terrible:

— Si interrogáramos á este hombre, tal vez nos dijera los motivos que han traído aqui á Rodolfo.

— Podemos probarlo, dijo Tom; y dirigiéndose al Terrible, continuó: Camarada, nosotros debíamos encontrar en esta taberna á uno de nuestros amigos, á quien creo conoceréis porque habeis cenado juntos: ¿sabeis donde se ha dirigido?

— Lo conozco tan solamente porque hará unas dos horas que me ha dado unos buenos puñetazos por defender á la Guillabaora.

— ¿Y no le habiais visto jamás?

— Nunca: nos hemos encontrado en el patio del Zurdillo.

— ¡Patrona! gritó Tom; otra botella entera, y que sea de lo mejor.

Apenas Sarah y Tom habian aplicado á los labios su vaso, que cada cual conservaba lleno todavía; mas la tabernera, tal vez por hacer honor á su propia taberna, habia vaciado varias veces el suyo.

— Y nos servireis en la mesa de este camarada, si él no tiene inconveniente, añadió Tom yendo á sentarse con Sarah junto al Terrible, asombrado tambien y halagado por tanta deferencia y cumplido.

El Dómine y la Mochuelo seguian siempre hablando en voz baja de sus siniestros proyectos.

Servida otra nueva botella, y Tom y Sarah sentados en compañía del Terrible y de la tabernera, que habia creído supérflua una nueva invitacion, continuaron su conversacion.

— ¿Con que decis, camarada, que habiais encontrado á nuestro compañero Rodolfo en casa del Zurdillo? dijo Tom trincando con el Terrible.

—Sí, camarada, dijo Albinos vaciando gallardamente su vaso.

—¡Vaya un nombre singular! ¿Zurdillo? ¿Y quién es ese Zurdillo? ¿en qué se ocupa?

—Es un *tomaor del dui por mayor*, dijo con indiferencia el Terrible; y luego añadió: ¡este sí que es famoso vino, Quica!

—Razon por la que no debeis tener el vaso vacío, camarada, repuso Tom llenando de nuevo el del Terrible.

—Vaya, á vuestra salud, dijo este, y á la de vuestro amiguito.... que.... en fin.... basta.... Si la hija de mi abuelo hubiera sido hombre, seria mi tío, como dice el refran.... ¡Es un bello disfraz!... ya lo comprendo.

—Sarah se ruborizó imperceptiblemente. Tom continuó:

—No he comprendido bien lo que me habeis dicho del Zurdillo. ¿Rodolfo saldria de su casa sin duda?

—Os he dicho que el Zurdillo es *tomaor del dui*....

Tom miró con sorpresa al Terrible.

—¿Qué es lo que quiere decir *tomaor del*.... cómo habeis dicho?

—*Tomaor del dui al por mayor*. Hacer el contrabando. Está visto que no *garlais un cristus de caló*.

—Cada vez os comprendo menos, camarada.

—Os digo.... pero ¿qué no hablais caló como Rodolfo?...

—¿Caló? dijo Tom mirando á Sarah con aire de sorpresa.

—Vaya, vaya, sois un pobre hombre.... pero el camarada Rodolfo es un famoso compañero; él sí que lo entiende; á pesar de que no es mas que un pintor de abanicos, puede darme á mí mismo lecciones de caló.... En fin, puesto que no hablais este

hermoso language, os digo en buen francés que Zurdillo es contrabandista; lo digo sin rebozo.... porque él mismo no se oculta, y tiene como un orgullo en alabarse de ello en las barbas de los guardas de las puertas; pero que le busquen y atrapen si pueden.... porque el Zurdillo es endiablado.

—¿Y qué iba á hacer Rodolfo en casa de ese hombre? preguntó Sarah.

—Puedo afirmaros, á fé mia, señor.... ó señora, como queráis, con tanta verdad como tengo este vaso de vino en la mano, que no lo sé. Esta noche quise cascar las liendres á la Guillabaora, sin razon, porque es una escelente muchacha; se refugió en el portal de la casa del Zurdillo, y la perseguí.... estaba oscuro como boca de lobo, y en vez de caer mi mano sobre la Guillabaora, encontré con el señor Rodolfo.... que dejó caer la suya sobre mi cabeza.... y os aseguro que es una mano de hierro: tiene unos puños admirables.... sobre todo los últimos puñetazos. ¡Ira de Dios! Parecia que daba sobre mi cabeza una maza de fragua, y que caía sobre mí el mundo entero. Pero me ha prometido enseñarme á sacudir de ese modo....

—Y el Zurdillo ¿qué especie de hombre es? ¿Qué clase de contrabando es el que vende? preguntó Tom.

—¿El Zurdillo? ¡Buena pregunta! Vende todo lo que está prohibido vender, y hace todo cuanto está prohibido hacer. Hé aqui su tráfico y sus negocios. ¿No es verdad, tia Quica?

—Ya lo creo: es un mozo que tiene muy buena red, dijo la tabernera.

—Y sabe enredar en ella á los empleados en perseguirle, repuso el Terrible. Mas de veinte veces se ha registrado toda su casa, y jamás se ha podido

encontrar nada, y á pesar de ello sale muchas veces con sus fardos.

— ¡Es muy maldito! dijo la tabernera. Se asegura que tiene en su casa un escondite que baja á un subterráneo que conduce á las catacumbas.

— A pesar de ello no se ha podido encontrar jamás, y para conseguirlo seria necesario demoler toda su casa hasta los cimientos, dijo el Terrible.

— ¿Y qué número tiene la casa de ese hombre? preguntó Tom.

— Número 13, calle de Feves: Zurdillo, comerciante universal. Es muy conocido en el barrio, dijo el Terrible.

— Voy á anotar estas señas en mi cartera; si no encontramos á Rodolfo, procuraré informarme sobre él en casa del Zurdillo, repuso Tom. Y escribió el nombre de la calle y el número del contrabandista.

— Y podeis estar orgulloso en tener en mi maestro Rodolfo un amigo sólido.... y un excelente jóven.... dijo Albinos. Si no fuera por el carbonero, hubiera dado una buena leccion al Dómine, que es aquel que está allí en el rincon con la Mochuelo. ¡Ira de Dios! es preciso que me contenga para no estermiar á esa vieja bruja al considerar lo que ha hecho padecer á la pobre Guillabaora.... pero paciencia.... mas dias hay que longanizas, como dijo el otro.

— Pero si Rodolfo os ha sacudido, debeis aborrecerlo, dijo Sarah.

— ¡Aborrecer yo á un hombre que se dá á conocer como él! Muchas veces me sucede eso: en verdad que es mal modo de trabar amistad. Ahí teneis sin ir mas lejos al Dómine, que me ha sacudido varias veces, y que me alegraría muchísimo de verle ahorcar.... Pero en Rodolfo, á pesar de que me ha

casado mas fuerte , me sucede todo lo contrario; no le deseo mas que bien. En fin , me parece que seria capaz de arrojarme al fuego por él ; y eso que no le conozco mas que desde esta tarde.

--Sin duda nos hablas de ese modo porque somos sus amigos.

—¡No lo creais, mal rayo! ¡á fé de Albinos que no miento! Tiene unos puños como de hierro colado, y sus últimos puñetazos.... sin que tuviera ni aun la vanidad de un muchacho: no hay nada que decir.... es un maestro, un maestro consumado.... Y luego os dice unas palabras.... unas palabras que os conmueven el corazon.... y finalmente, cuando os mira.... tiene en los ojos cierta cosa.... Mirad, yo he sido soldado.... pues con un gefe semejante.... creedme, fuera capaz de tragarme la luna y las estrellas.

Tom y Sarah se miraron en silencio.

—¡Será posible que le siga siempre y á todas partes esa increíble influencia dominadora! dijo amargamente Sarah.

—Sí.... hasta que nosotros hayamos conjurado el encanto.... repuso Tom.

—Sí; y aunque esto sucediera, es preciso, es indispensable, dijo Sarah pasando la mano sobre su frente, como para apartar una memoria penosa.

El reloj de la parroquia estaba dando las doce. La lámpara que alumbraba la taberna, no despedía ya mas que una luz pálida, y á escepcion del Terrible y sus dos compañeros, del Dómine y de la Mochuelo, todos los parroquianos de la tasca se habian retirado poco á poco.

El Dómine dijo en voz baja á Mochuelo:

—Vámonos y nos ocultaremos en el portal de enfrente: desde allí podremos ver salir á esas gentes, y les seguimos. Si van hácia la izquierda, les espe-

ramos en la esquina de la calle de San Eloy ; y si á la derecha , nos iremos á esconder en las ruinas de la tripería , en donde hay un hoyo que llena completamente mi intencion.

Y el Dómine y la tuerta se dirigieron hácia la puerta.

— ¿Qué no bebeis nada esta noche? les preguntó la tabernera.

—No , tia Quica.... hemos entrado para resguardarnos del tiempo, dijo el Dómine, y salió con la Mochuelo.



CAPÍTULO VII.



LA BOLSA O LA VIDA.

Tom y Sarah volvieron en sí de la distraccion en que se encontraban, al ruido que hizo la puerta para cerrarse despues de haber dado paso al Dómine y su compañera: se levantaron, y dieron las gracias al Terrible por las noticias que les habia comunicado; pero este les inspiraba menos confianza desde que habia demostrado vulgar, pero sinceramente, su brusca admiracion por Rodolfo.

Salió asimismo el Terrible, y en aquel momento redoblaba la violencia del viento, y la lluvia caía á torrentes.

El Dómine y la Mochuelo, emboscados en un portal que habia enfrente de la tasca, vieron desaparecer al Terrible por el lado de la calle donde

estaba demoliéndose una casa. No tardó mucho á perderse, en medio de los silbidos del viento y del ruido de la lluvia que azotaba las paredes, el eco de sus pasos, un poco entorpecidos por las frecuentes libaciones de aquella velada.

Tom y Sarah salieron de la taberna á pesar de la tormenta, y tomaron una direccion opuesta á la del Terrible.

—Se han perdido, dijo en voz baja el Dómine á la tuerta: saca tu vitriolo, y atencion.

—Quitémonos los zapatos, dijo esta, y no nos oirán por mucho que nos acerquemos á ellos.

—Tienes razon, Mochuelo, mucha razon; jamás se me hubiera ocurrido tal pensamiento; hagamos el menor ruido posible.

La horrible pareja se quitó el calzado y se deslizó en medio de las sombras, pegados á las casas. Gracias á esta estratagema, se amortiguó de tal modo el ruido de los pasos de la Mochuelo y el Dómine, que siguieron casi tocando á Tom y Sarah, sin que estos lo apercibiesen.

—Felizmente nuestro coche está á la esquina de la calle, dijo Tom, porque de lo contrario la lluvia iba á calarnos. ¿No tienes frio, Sarah?

—Tal vez podremos descubrir alguna cosa por ese contrabandista, por ese Zurdillo, dijo Sarah pensativa sin responder á la pregunta de Tom.

Este se detuvo de repente: solo habia una corta distancia del sitio designado por el Dómine para cometer su crimen.

—Nos hemos equivocado de calle, dijo Tom; debiéramos haber tomado á la izquierda al salir de la taberna: antes de encontrar nuestro coche debíamos pasar por delante de una casa arruinada. Volvamos atrás.

Los dos malvados se refugiaron en el cancel de

una puerta para que no los vieran Tom y Sarah, que pasaron casi rozando con ellos.

— A decir verdad, yo prefiero que vayau por el lado de las ruinas, dijo en voz baja el Dómine. Si se resisten, ya sé lo que tengo de hacer.

Tom y Sarah, despues de haber vuelto á pasar por delante de la tasca, llegaron cerca de una casa arruinada. Aquel edificio estaba á medio demoler; sus bodegas descubiertas formaban una especie de cuevas, y en aquel sitio se ensanchaba la calle.

El Dómine dió un salto con el vigor y la agilidad de un tigre, y con una de sus largas manos agarró á Tom por la garganta, y le dijo:

— Dame tu dinero, ó te sepulto en esa caverna.

Y el bandido, empujando violentamente á Tom hácia atrás con una mano, le retuvo por decirlo así suspendido sobre aquella profunda escavacion, mientras que con la otra cogió el brazo de Sarah, apretándolo fuertemente como si lo tuviera en un torno.

Antes que Tom pudiera hacer movimiento alguno, la Mochuelo le habia limpiado con una destreza maravillosa.

Sarah no dió el menor grito ni trató de desembarazarse: únicamente dijo con voz tranquila:

— Dale tu bolsa, Tom; y dirigiéndose al bandido, añadió: No nos hagais ningun daño, puesto que no gritamos.

La Mochuelo, despues de haber escamoteado escrupulosamente los bolsillos de las dos víctimas de sus asechanzas, dijo á Sarah:

— Veamos las manos si tienen sortijas. ¡Nada! añadió la vieja gruñendo. ¿No tienes tú nadie que te regale sortijas?... ¡Qué miserable!

Tom no desmintió su sangre fria durante esta escena tan rápida como imprevista.

—¿Quereis hacer un buen negocio? Mi cartera contiene papeles que os serán inútiles: devolvedmela, y mañana os doy veinticinco luisas, dijo Tom al Dómine, cuya mano le oprimia con menos aspereza.

—Sí, para tendernos un lazo, respondió el bandido. Vamos, marcha sin volver la vista atrás, y dá gracias al diablo de haber salido tan bien librado.

—Espera un momento, dijo la Mochuelo: si este caballero es gallardo, aun hay un medio para que le devolvamos su cartera; y luego, dirigiéndose á Tom, continuó: ¿Conoceis la plaza de San Dionisio?

—Sí.

—¿Sabeis dónde está San Oüen?

—Sí.

—Pues frente de San Oüen, al extremo del camino de la Revolte, en una esplanada que se vé á lo lejos al través de los campos, venid mañana allí solo, traedme el dinero, y me encontrareis con la cartera; y á toma y daca, os la devolveré.

—¿Pero no ves que te hará atrapar, Mochuelo?

—¿Qué tontería! entonces no encontrará á nadie... Yo veo de muy lejos, porque aunque no tengo mas que un ojo.... es escelente: si el señor viene acompañado de otro, no verá á nadie, pues yo me habré escapado.

Sarah pareció herida de una idea repentina, y dijo al bandido:

—¿Quieres ganar dinero?

—Sí.

—¿Has visto en la taberna de donde salimos, porque ahora te reconozco, á un hombre á quien ha venido á buscar un carbonero?

—¿Uno delgado con bigotes? Sí, y me habia propuesto comerme un pedazo de su carátula, pero no

me dió tiempo.... con dos puñetazos me ha atur-
dido y me ha derribado sobre una mesa.... es la
primera vez que me ha sucedido una cosa semejan-
te.... pero yo os aseguro que me vengaré.

—Pues bien, de ese hombre es del que se trata,
dijo Sarah.

—¿De él? exclamó el Dómine. Dadme mil fran-
cos, y le asesino.

—¡Sarah!... interrumpió Tom con espanto.

—¡Miserable! no se trata de asesinarle.... dijo Sa-
rah al Dómine.

—Pues entonces ¿de qué se trata?

—Oidme: mañana ireis á la esplanada de San
Dionisio, donde hallareis solo á mi compañero,
que os dirá lo que debeis hacer. Si cumplís con lo
que os ordene.... podeis contar con que recibireis
dos mil francos en vez de los mil que me pedís.

—Animo, camarada, dijo por lo bajo la Mochuelo
al Dómine. Esta es ocasion de hacer buena pesca:
esta gente que es muy rica, quiere derrotar á su
enemigo, y este enemigo es el tunante de quien tú
querias vengarte.... Es preciso no despreciar la
ocasion.... Déjalo por mi cuenta; yo iré en tu lu-
gar.... ¡Dos mil *balines!* ¡Cáspita! bien vale la pena
de incomodarse.

—Pues bien, mi muger irá, dijo el Dómine: vos
le direis lo que debe hacerse, y veremos....

—Corriente; mañana á la una.

—A la una.

—¿En la esplanada de San Dionisio?

—En la esplanada de San Dionisio.

—Entre San Oüen y el camino de la Revolte, al
fin de la calle.

—Conforme.

—Y yo os llevaré la cartera.

—Y se os entregarán los veinticinco luises prome-

tidos, y alguna cantidad mas á cuenta del otro negocio, si os hallo razonable.

—Ahora marchad por la derecha, y nosotros nos iremos por la izquierda; pero cuidado con seguirnos, porque si no....

Y el Dómine y la tuerta se alejaron rápidamente.

—El demonio se presenta para ayudarnos, dijo Sarah: ese bandido puede sernos de mucha utilidad.

—Sarah, sin embargo, yo temo.... dijo Tom.

—Pues yo estoy muy tranquila, y por el contrario espero.... pero ya voy reconociendo este sitio; nuestro coche de alquiler no debe estar muy lejos.

Y los dos personajes se dirigieron con paso apresurado hácia el pórtico de Nuestra Señora.

Un testigo invisible habia presenciado aquella escena. Era el Terrible, que se habia metido en los escombros para resguardarse de la lluvia.

La proposicion que hizo Sarah al Dómine respectiva á Rodolfo, interesó vivamente al Terrible: asustado por los peligros que amenazaban á su nuevo *amigo*, sentia no poderle preservar de ellos. Tal vez el ódio que profesaba al Dómine y á la Mochuelo, contribuyó tambien á influir en el buen sentimiento de servir á su nuevo camarada.

El Terrible se determinó por fin á avisar á Rodolfo del peligro que corria; pero ¿cómo poderlo conseguir? Habia olvidado las señas de la habitacion del titulado pintor de abanicos. Acaso Rodolfo no volveria á la tasca; y en este caso, ¿dónde ir á buscarle?

Haciendo estas reflexiones el Terrible, habia seguido maquinalmente á Tom y Sarah, y les vió subir en un coche que les esperaba delante de las gradas de Nuestra Señora.

Partió el coche, y habiéndosele ocurrido al Ter-

rible una idea luminosa, subió á la trasera de aquel carruage.

Era la una de la mañana, y el alquilado elemento se detuvo en el baluarte del Observatorio: Tom y Sarah desaparecieron por una de las calles que desembocan en aquel parage.

La noche era muy oscura, y Albinos no pudo encontrar ninguna señal que le sirviera para reconocer con exactitud al dia siguiente el sitio en que se encontraba. Entonces, con una sagacidad de salvaje, sacó su navaja del bolsillo, y dió un largo y profundo corte á uno de los árboles junto á los cuales se habia detenido el carruage. Luego se dirigió hácia su anterior guarida de las ruinas, de la que se habia separado considerablemente.

Era la primera vez despues de mucho tiempo que el Terrible gozaba en su chiribitil de un profundo sueño, que no fué interrumpido por la horrible vision de la *carnicería del sargento* y de los soldados, como él decia en su modo de esplicarse.



CAPÍTULO VIII.

—NON—

EL PASEO.

Brillaba en medio de un cielo puro un radiante sol de otoño en la mañana que siguió á la tormentosa noche, que habia presenciado las diferentes escenas que acabamos de referir. Aunque siempre oscuro el asqueroso barrio donde nos ha acompañado el lector, parecia sin embargo menos horrible por la claridad de un hermoso dia.

Bien sea que Rodolfo no temiera ya el encuentro de las personas que habia huido la vispera, bien que le fuera indiferente, entró hácia las once de la mañana en la calle de Feves, y se dirigió á la consabida taberna.

Rodolfo iba tambien vestido de artesano, pero se observaba en su traje algo mas de esmero: su blusa nueva, abierta sobre el pecho, dejaba ver su

camisa de lana encarnada, cerrada por muchos botones de plata: el cuello de otra camisa de blanco y fino lienzo, caía sobre su corbata de seda negra rodeada á su cuello con negligencia: de su gorra de terciopelo azul celeste, con visera charolada, se escapaban algunos rizos castaños: sus botas, perfectamente lustradas, reemplazando á los gruesos zapatos claveteados de la víspera, ponían en evidencia un hermoso pie, que parecía tanto mas pequeño, por cuanto salía de un largo pantalon de terciopelo verde.

Este traje no perjudicaba en nada á la elegancia de los contornos de Rodolfo, que presentaban un raro conjunto de gracia, agilidad y fuerza.

Nuestros trajes son de tal modo feos, que no puede menos de ganarse cambiándolos, aun por los vestidos mas vulgares.

La tabernera se estaba pavoneando sobre el umbral de la tasca cuando se presentó Rodolfo.

—¡Servidora vuestra, jóven amable! Vendreis sin duda por vuestra moneda de veinte francos, dijo con una especie de deferencia, no atreviéndose á olvidar que el vencedor del Terrible habia arrojado la víspera un luis sobre el mostrador. Os sobran quince francos.... pero se me olvidaba.... Ayer vino á preguntar por vos un señoron muy bien vestido: llevaba unas grandes botas como un tambor mayor, y traía del brazo una muger pequeña disfrazada de hombre. Estuvieron bebiendo del vino superior con el Terrible....

—¡Cómo! ¡han bebido con el Terrible! ¿y qué le han dicho?

—Me equivoco al decir que han bebido, porque no han hecho mas que aplicarse el vaso á los labios, y....

—Yo te pregunto qué hablaron con el Terrible.

—Han hablado de muchas cosas, ¡qué sé yo!... Hablaron del Zurdillo, de la lluvia y del buen tiempo.

—¿Conocen al Zurdillo?

—Al contrario: el Terrible es el que les ha explicado quien era.... y les refirió como vos le habíais zurrado.

—Está bien, pero de eso no se trata ahora.

—¿Quereis la vuelta de vuestra moneda?

—Sí.... y llevarme á la Guillabaora á pasar un dia en el campo.

—¡Oh! eso es imposible, querido.

—¿Por qué?

—¡No faltaba otra cosa para que no volviera! Los vestidos que lleva son míos, sin contar que me debe además doscientos veinte francos para acabar de pagarme sus alimentos y su habitacion desde que está en mi casa. ¡Oh! si no fuese honrada como es, no la dejaria ir á la esquina de la calle siquiera.

—¿La Guillabaora te debe doscientos veinte francos?

—Doscientos veinte francos y pico.... ¿Pero qué os importa todo esto á vos, buen mozo? Cualquiera diria que queríais tomar la deuda por vuestra cuenta. ¡Echadla, echadla de milord!...

—Toma, dijo Rodolfo echando sobre el mostrador de la tabernera once luises. Además, ¿cuánto valen los trapajos que la tienes alquilados?

La vieja, asombrada, examinaba una despues de otra las monedas, con aspecto de duda y desconfianza.

—¿Qué es eso? ¿crees que te doy moneda falsa? Envía á cambiar ese oro, y concluyamos.... ¿Cuánto valen los vestidos?

La tabernera, vacilante entre el deseo de sacar un buen partido de aquella ocasion, el asombro de

ver á un jornalero poseedor de tanto dinero, el temor de ser engañada, y la esperanza de ganar mas aun, guardó silencio por algunos momentos, y luego dijo:

— Sus vestidos valen lo menos.... cien francos.

— ¿Semejantes harapos?... Vaya, vaya.... guárdate la moneda de ayer; te daré otro luis ademas, y basta ya. Dejarse engañar por tí, es robar á los pobres que tienen derecho á las limosnas.

— Como mejor os parezca, querido; yo guardaré mis vestidos, y la Guillabaora no saldrá de mi casa; yo soy dueña de vender mis efectos á aquel y como mas me acomode.

— ¡Que satanás te se lleve y haga contigo lo que mereces! Ahí tienes el dinero; ahora ves á buscarme á la Guillabaora.

La tabernera recogió su oro, pensando que el obrero habia robado, ó al menos adquirido alguna herencia no muy legítima, y le dijo con innoble sonrisa:

— ¿Por qué no subís, hijo mio, á buscar en persona á la Guillabaora?... Esto le gustará mucho.... porque á fé de Quica, sois de los hombres que mas le gustan.

— Vé á buscarla, y dile tan solo que la voy á llevar al campo. Sobre todo que no sepa de modo alguno que te he pagado su deuda....

— ¿Y por qué no?

— ¿A tí qué te importa?

— En verdad que me es igual, y casi prefiero que se crea aun bajo mi dependencia....

— ¿Quieres callar y subir?

— ¡Jesus qué genio! compadezco á las personas á quienes queráis.... Vamos, ya voy.... ya voy....

La tabernera subió, y volviendo algunos minutos despues, dijo:

— La Guillabaora no quería creerme ; se puso como una escarlata cuando supo que estabais aqui ; pero cuando la dije que le daba permiso para pasar el dia en el campo , creí que se volvía loca : por la primera vez en su vida ha tenido gana de abrazarme.

— Eso era... por la alegría de dejarte.

Flor celeste llegó en aquel momento con el mismo traje de la vispera , vestido de alepin oscuro, schal de color de naranja sobre su espalda desnuda, marmota á cuadros encarnados , dejando ver solamente dos gruesas trenzas de cabellos dorados.

A la vista de Rodolfo se ruborizó y bajó los ojos con aire confuso.

— ¿Queréis venir en mi compañía á pasar el dia en el campo, hija mia? la preguntó Rodolfo.

— Con mucho gusto , señor Rodolfo, dijo la Guillabaora , toda vez que la tia Quica lo permite.

— Por mí no hay inconveniente , querida mia ; te lo concedo porque tienes buena conducta, y esto te honra mucho.... Vamos , dame un abrazo.

Y la vieja infernal acercó á Flor celeste su cobrizo rostro. Esta infeliz , superando su repugnancia , aproximó su frente á los inmundos labios de aquella furia ; pero Rodolfo con un codazo rechazó á la vieja sobre el mostrador de la tasca , evitó de este modo que se empañase la frente de María con aquel inmundo aliento, y salió dando el brazo á la Guillabaora , en medio de las imprecaciones de aquel demonio femenino.

— Tened cuidado, señor Rodolfo, dijo María ; esa muger es una energúmena , y os va á tirar alguna cosa á la cabeza.

— Tranquilizaos , hija mia ; ¿pero qué teneis? Estais como cortada.... triste.... ¿Os pesa venir conmigo?

—Al contrario; pero.... como me dais el brazo....

—¿Y qué?

—Sois un jornalero.... pudiera alguno decir al que os dá á trabajar que os ha visto conmigo.... y esto pudiera perjudicaros. Los maestros no quieren que sus jornaleros se extravien.

Y la Guillabaora separó suavemente su brazo del de Rodolfo, diciendo:

—Id suelto.... yo os seguiré hasta las puertas, y una vez que estemos en el campo, me uniré á vos.

—No temais nada, dijo Rodolfo conmovido de esta delicadeza, y volviendo á tomar el brazo de María: mi maestro vive muy lejos de este barrio, y ademas, tomaremos un coche en el malecon de las flores.

—Como mejor os parezca, señor Rodolfo; yo os lo decia para evitaros una incomodidad....

—Lo creo y os lo agradezco. Pero decidme con franqueza: ¿os es indiferente ir á un sitio ú otro del campo?

—Me es enteramente igual, señor Rodolfo, con tal que vayamos al campo. ¡Es tan hermoso!... ¡Me gusta tanto respirar el aire libre! ¿Sabeis que hace cinco meses que el mas largo paseo que he dado es al mercado de Flores? Y aun si la tabernera me permitia salir de su barrio, era porque tenia confianza en mí.

—¿Y cuando ibais al mercado de Flores, era para comprarlas?

—¡Oh! no: como no tenia dinero, iba solamente á verlas, para respirar su aroma. Durante la media hora que la vieja me dejaba pasear sobre el malecon en los dias de mercado, era tan feliz que todo lo olvidaba.

—¿Y asi que volviais á casa la tabernera.... cuando entrabais en esas malas calles?....

—Volvía mucho mas triste de lo que habia ido.... y sofocaba mis lágrimas por temor de que me castigasen. Mirad.... en el mercado.... lo que me daba envidia, ¡oh! mucha envidia, era el ver á algunas costureras muy aseadillas que se iban muy alegres con su maceta de flores en sus brazos.

—Estoy seguro que si hubierais tenido solamente algunas flores en vuestra ventana, hubierais creído estar muy acompañada.

—Teneis mucha razon en lo que decís, señor Rodolfo. Figuraos que sabiendo la tabernera mi afición á las flores, me regaló el dia de su santo un rosal. ¡Si supierais cuan feliz era yo entonces! ya no me fastidiaba; no hacia mas que mirar mi rosal; mi placer consistia en contar todas sus hojas y sus flores.... Pero es tan malo el aire en la calle de Feves, que de alli á dos dias empezó á marchitarse.... Entonces.... pero vais á burlaros de mí, señor Rodolfo.

—No, no, continuad.

—¡Pues bien! entonces pedí á la tia Quica permiso para sacar á pasear mi rosal.... sí.... como lo hubiera podido hacer con una criatura. Lo llevaba al malecon, figurándome que el estar con las otras flores y disfrutar de aquel aire fresco y embalsamado, le mejoraban: bañaba sus pobres hojas marchitas, con el agua clara de la fuente, y luego lo ponía al sol por un cuarto de hora para que se enjugase. ¡Pobre rosal! en mi casa no veía el sol, porque en mi calle solo llega á los techos de las casas.... En fin, volvía á entrar.... ¡Pues bien! señor Rodolfo, puedo aseguraros, que gracias á mis paseos, mi rosal ha podido vivir cuatro dias mas de lo que hubiera vivido sin estos cuidados.

—Lo creo; pero cuando murió, seria para vos una pérdida muy sensible.

— Lo he llorado mucho ; tuve aquel dia un verdadero pesar. Y mirad, señor Rodolfo : puesto que comprendéis que pueda amarse á las flores , puedo deciros una cosa. Sabed que yo le profesaba asi como reconocimiento por.... ¡ Ah ! esta vez si que vais á burlaros de mí....

— No , no ; yo tengo tambien afecto , adoro á las flores : asi es , que comprendo todas las locuras que obligan á hacer , ó que inspiran.

— ¡ Pues bien ! yo estaba reconocida á aquel pobre rosal , porque florecia á mi lado con tanta gentileza , solo para mí , aunque.... en fin.... á pesar de que yo era....

Y María bajó los ojos y se puso encarnada de vergüenza.

— ¡ Pobre niña ! con esa conciencia de vuestra horrible posicion , habeis debido muchas veces....

— ¡ Deseado poner término á mi vida ! ¿ no es verdad , señor Rodolfo ? dijo la Guillabaora interrumpiendo á su compañero ; ¡ oh ! sí , es verdad : muchas veces he mirado al Sena por encima del parapeto ; pero luego he mirado las flores , el sol.... Entonces me decia : el rio siempre estará dispuesto á recibirme ; yo no tengo mas que diez y siete años.... ¿ quién sabe ?

— Cuando deciais *quién sabe* , ¿ esperabais alguna cosa ?

— Sí....

— ¿ Y qué esperabais ?

— No lo sé.... esperaba.... ¡ sí , esperaba casi á pesar mio !... Creía en aquellos momentos que no merecia mi suerte , que habia en mí alguna cosa buena. Decíame á mí misma : Me han atormentado mucho , á pesar de que no he hecho mal á nadie.... ¡ si hubiera tenido alguien que me aconsejara , no estaria donde estoy !... Entonces estas reflexiones

disminuían algun tanto mi tristeza.... y ademas, es preciso confesar que estos pensamientos me habian asaltado despues de la pérdida de mi rosal, añadió la Guillabaora con un tono solemne, que hizo sonreír á Rodolfo.

— ¿Y siempre habeis conservado ese gran sentimiento?...

— Sí.... miradlo : aqui conservo siempre su memoria.

Y María sacó de su bolsillo un paquetito de troncos del rosal, cuidadosamente cortado y atado con una cinta encarnada.

— ¿Y lo habeis conservado?

— Bien lo creo.... esto es todo cuanto poseo en el mundo.

— ¡Cómo! ¿no teneis ninguna otra cosa?

— Nada....

— ¿Pues y ese collar de coral?

— Es de la vieja.

— ¡Es posible! ¿no poseeis ni un vestido, ni un gorro, ni un pañuelo siquiera?

— No, nada.... absolutamente nada.... mas que las ramas secas de mi pobre rosal. Esta es la razon porque yo aprecio tanto....

A cada palabra de María, redoblaba la admiracion de Rodolfo, que no podia comprender aquella espantosa esclavitud, aquella terrible venta de cuerpo y de alma por un abrigo miserable, algunos harapos, y un alimento inmundo (1).

(1) Si pudiéramos entrar en detalles á cuya vista retrocedemos, probaríamos que existe esa servidumbre; que las leyes de policia no lo remedian; que una desgraciada criatura, vendida las mas veces por sus parientes, se vé arrojada en ese abismo de infamia, y está, por decirlo asi, condenada á vivir siempre en él; que su arrepentimiento y sus remordimientos son vanos, y que le es casi materialmente imposible el salir de aquel fango. (El que quiera enterarse mas por menor, que lea la preciosa obra del doctor Parent-Duchatellé, obra de un filósofo y de un gran hombre de bien).

Rodolfo y la Guillabaora llegaron al malecon de las flores; un coche de alquiler les esperaba. Rodolfo hizo subir á María, y subió tras ella, diciendo al cochero:

—A San Dionisio, y luego te diré el camino que hemos de seguir.

El carruaje partió: el sol estaba radiante, el cielo limpio de nubes, el frio un poco vivo, y el aire circulaba fuerte y fresco al través de las ventanillas del coche, que tenian los cristales sin correr.

—¿Qué es esto? ¡un manton de señora! dijo la Guillabaora observando que se habia sentado sobre aquel pañuelo grande que no habia notado.

—Sí, es para vos, hija mia; lo he tomado temiendo que tuvierais frio: arropaos con él.

Poco acostumbrada á esta clase de prevenciones, la pobre muchacha miró á Rodolfo con sorpresa: la especie de intimidacion que este le causaba, aumentaba á cada momento, asi como una tristeza vaga que no podia esplicarse.

—¡Oh, Dios mio! cuán bueno sois, señor Rodolfo; esto me dá vergüenza.

—¿Por qué soy bueno?

—No; pero.... me parece que no hablais ahora como ayer; que habeis variado enteramente y sois otro.

—Y vamos á ver, María: cuál os gusta mas, ¿el Rodolfo de ayer, ó el de hoy?

—Yo prefiero que sea el Rodolfo de hoy.... pero ayer me creía que era mas igual á vos.... y luego se contuvo al momento, y temiendo haber humillado á Rodolfo, continuó:

—Cuando digo igual á vos, señor Rodolfo, yo sé muy bien que esto es imposible....

—Hay una cosa que me asombra en vos, Flor celeste.

—¿Y cuál es, señor Rodolfo?

— Parece que hayais olvidado lo que os dijo ayer la tuerta de vuestros parientes.... que conocia á vuestra madre....

— ¡Oh! no lo he olvidado.... toda la noche lo he estado pensando, y he llorado mucho; pero estoy segura de que no es verdad. La Mochuelo habrá inventado esa historia para hacerme rabiar.

— Y si la tuerta está mejor instruida de lo que creéis: si fuera cierto, ¿no os alegraríais de encontrar á vuestra madre?

— ¡Ay de mí! señor Rodolfo, y si mi madre no me ha amado nunca, ¿para qué me sirve encontrarla? No querrá ni tan solo verme.... y si me ha amado.... ¡qué vergüenza le causaría!... Moriría tal vez....

— Si vuestra madre os ha amado, María, os compadecerá, os perdonará y os amará aun.... Y si os ha abandonado.... al ver el estado horroroso á que os ha reducido su abandono.... se avergonzará, y esta vergüenza suya os vengará.

— ¿Y de qué me sirve la venganza? Y además, que si me vengo, me parece que no tendré derecho para quejarme de mi desgracia.... y muchas veces me consuela el considerarme infeliz sin culpa....

— Sin duda teneis razon.... pero no hablemos mas de eso.

Llegaba en este momento el carruage cerca de San Oüen, á la encrucijada de los caminos de San Diouisio y la Revolte. A pesar de la monotonía del paisaje, María recibió tal alegría al ver los *campos*, como ella decia, que olvidando las tristes ideas que la memoria de la Mochuelo acababa de despertarle, su hermoso rostro se puso radiante de felicidad. Asomóse á la ventanilla del coche palmo-teando de alegría, y exclamó:

— ¡Qué placer, señor Rodolfo!... ¡cuánta yerba! ¡que praderas! si me permitierais bajar.... ¡hace tan buen tiempo!... ¡Cuánto me alegraría correr por esos prados!....

— Vamos, pues, á correr, hija mia.... cochero, pára.

— ¿Qué decis, señor Rodolfo? ¿tambien vos?...

--¿Y por qué no?... Tambien es un gusto para mí.

— ¡Qué felicidad, señor Rodolfo!

Y Rodolfo y Flor celeste se cogieron de la mano, y echaron á correr por un vasto campo de yerba que habia empezado á dar sus tardíos retoños despues de la primera siega.

Querer contar los saltos, los gritos y la inocente alegría de Flor celeste, seria cosa imposible. Aquella pobre gacela, tan largo tiempo prisionera, aspiraba con embriaguéz el aire libre: iba, volvía, se paraba, y corría nuevamente con mayor entusiasmo.

A la vista de una porcion de margaritas y de algunas rosas que habian perdonado las primeras escarchas, no pudo contener María nuevas exclamaciones de alegría, y cogió sin dejar una todas aquellas flores. Cansada, sin embargo, prontamente, de sus carreras por aquellos campos, por lo poco acostumbrada que estaba á aquellos ejercicios, y deteniéndose para tomar aliento, se sentó sobre el tronco de un árbol que estaba derribado junto á un hoyo profundo.

El rostro trasparente y blanco de María, que por lo regular estaba un poco pálido, se habia teñido de los mas vivos colores. Sus grandes ojos azules brillaban dulcemente; sus labios de carmin dejaban ver de cuando en cuando dos filas de hermosas y húmedas perlas; su pecho, con sus movimientos, hacia ondular su schal anaranjado, y apoyaba una

de sus manos contra su corazón para comprimir sus pulsaciones, mientras que con la otra ofrecía á Rodolfo el ramillete de flores campestres que habia cogido.

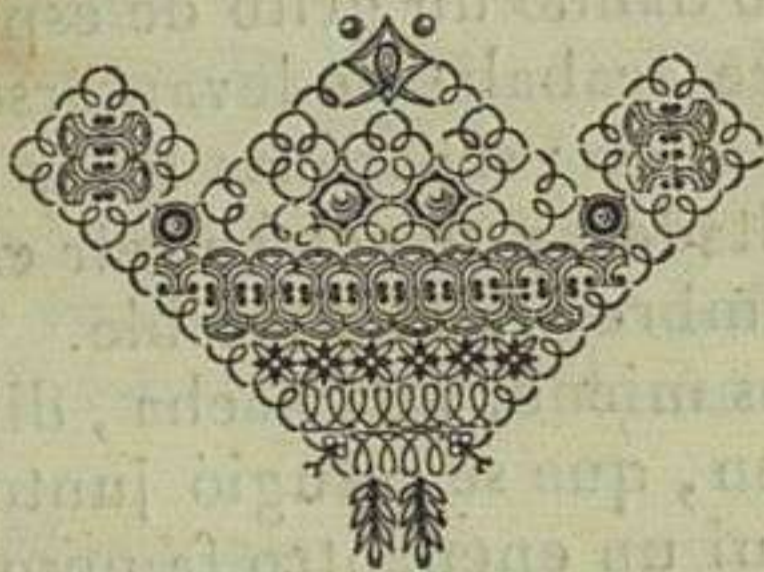
Nada mas bello que la espresion de alegría inocente y pura que radiaba sobre aquella cándida fisonomía.

Cuando María pudo hablar, dijo á Rodolfo con un acento de felicidad profundo y un reconocimiento casi religioso:

— ¡Cuán agradecida estoy al Ser Supremo por haberme concedido tan hermoso dia!

Una lágrima asomó á los ojos de Rodolfo, al oír á aquella pobre criatura abandonada, despreciada, perdida, sin asilo y sin pan, que lanzaba un grito de felicidad y de gratitud inefable hácia el Creador, porque disfrutaba de un rayo de sol y de la vista de los prados....

.....
Un imprevisto accidente, hizo salir á Rodolfo de su contemplacion.



CAPÍTULO IX.

—NON—

EL VIGÍA.

Hemos dicho que la Guillabaora se habia sentado sobre el tronco de un árbol derribado, junto á un profundo foso ; pero de repente la vemos volver hácia Rodolfo dando un grito de espanto.

Un hombre acababa de levantarse del fondo de aquella escavacion : separó las hojas bajo las cuales se habia ocultado , y se echó á reir estrepitosamente. Aquel hombre era el Terrible.

—No tengas miedo, muchacha , dijo al ver el terror de la jóven , que se refugió junto á su compañero : ¡hé aqui un encuentro famoso por vida mia! Apostaría á que no lo esperaba el señor Rodolfo : ni yo tampoco. Luego , con tono sério , añadió : Oid, maestro.... se dirá lo que se quiera.... pero yo estoy persuadido que hay alguna cosa en los aires....

allá arriba.... sobre nuestras cabezas.... Dios ha sido en esta ocasion muy particular: parece que haya dicho al hombre.... Marcha donde yo te mando.... puesto que os ha hecho venir aqui, y esto es cosa diabólica.

—¿Qué haces ahí?... dijo Rodolfo muy sorprendido.

—Estoy guardándoos las espaldas, maestro. Pero, ¡mal rayo! ¿qué diablos de farsa era la que veníais á hacer en las inmediaciones de mi casa de campo? Decid.... aqui hay algo.... no puede menos de haber algo....

—Respóndeme, ¿qué hacías ahí?

—Luego lo sabreis; dadme solamente tiempo para descubrir el horizonte desde vuestro alquilado observatorio.

Y el Terrible corrió hácia el carruage, que se hallaba detenido alli cerca: trepó al pescante, y despues de haber dirigido á todas partes una mirada rápida é investigadora, volvió velozmente al lado de Rodolfo.

—¿Me esplicarás lo que significa todo esto?

—Calma, calma, señor maestro.... Decidme antes: ¿qué hora es?

—Las doce y media, dijo Rodolfo mirando su reloj.

—¡Muy bien! aun tenemos tiempo suficiente. La Mochuelo no vendrá hasta dentro de media hora.

—¡Mochuelo! exclamaron á la vez Rodolfo y la jóven.

—Sí.... la Mochuelo. Voy á contaros la historia en dos palabras. Cuando acababais de salir ayer de la tasca, vino....

—Un hombre alto, con una muger vestida de hombre: preguntaron por mí; ya sé todo eso; ¿y luego?

— Luego me convidaron á beber y hacerme hablar algo respecto á vos.... yo no quise decirles nada.... porque tampoco me habiais comunicado nada mas que el saludo con que me honrasteis.... y no sabia ningun secreto vuestro.... pero sin embargo, aun cuando algo hubiera sabido, lo mismo hubiera hecho: podeis estar seguro en vida y en muerte.... maestro Rodolfo.... Que me lleve el diablo si yo comprendo por qué os profeso un afecto profundo y sincero, maestro Rodolfo.... pero de todos modos me es igual.... y eso es lo cierto. Esa simpatía es mas fuerte que yo, no sé explicarla.... eso tal vez podreis vos conocerlo... y á vos os toca...

— Gracias, amigo mio, gracias, pero continúa.

— Viendo el hombre alto y el hombrecillo fingido que no podian sacar nada de mí, salieron de allí, y yo tras ellos; pero al estar en la calle, se dirigieron hácia la izquierda y yo hácia el lado de la iglesia de Nuestra Señora. Al llegar al fin de la calle, observé que estaba diluviando: me hallaba cerca de una casa que se derribaba, y dije entre mí: si continúa por mucho tiempo esta lluvia, lo mismo he de dormir aqui que en mi casa; y me acurruqué en una especie de bodega, donde me hallaba á cubierto: hice mi cama de unas vigas viejas, puse por almohadas unos ladrillos, y me encontré acostado como un príncipe....

— ¡Adelante!... ¡adelante!...

— Aunque nosotros habíamos ya bebido juntos, maestro Rodolfo, bebí tambien con el hombre grande y su compañera, y todo esto me habia cargado la cabeza extraordinariamente.... en hallándome así, no hay nada que me haga dormir mejor que el ruido de la lluvia. Empecé bien pronto á hacerle como un cachorro; pero de allí á poco rato, á lo que creo, cierto ruido me hace despertar so-

brésaltado: era el Dómine que estaba hablando *amigablemente* con otro.... escucho.... ¡Por vida de Satanás!... ¿y qué es lo que reconozco?... La voz del hombre alto.... ¡la de aquel señor que había venido á la tasca en compañía de la pequeña vestida de hombre!

— ¿Estaban hablando con el Dómine y la Mochuelo? dijo Rodolfo estupefacto.

— Con el Dómine y la Mochuelo.... y quedaron conformes para reunirse á la mañana siguiente....

— Que es hoy.... dijo Rodolfo.

— A la una.

— ¡Dentro de unos momentos!

— En la travesía de la calle de San Dionisio y de la Revolte.

— ¡En este mismo sitio!

— Ni mas ni menos, señor Rodolfo; aqui mismo.

— ¡El Dómine!... tened cuidado, señor Rodolfo, exclamó María.

— Tranquilízate, hija mia.... no es él el que ha de venir.... es la Mochuelo.

— ¿Cómo ha podido ese hombre ponerse en relacion con semejantes miserables? dijo Rodolfo.

— En verdad que lo ignoro.... Además, que talvez me haya despertado hácia la conclusion del negocio, porque el alto hablaba de recobrar una cartera que la Mochuelo debe traerle aqui, en cámbio de quinientos francos; y esto da á entender que el Dómine habria empezado por robarles, y que luego se habrian puesto á tratar como *buenos amigos*.

— Es cosa bien original....

— ¡Dios mio! Tengo miedo por vos, señor Rodolfo, dijo María.

— El maestro Rodolfo no es ningun niño, tonta; pero como tú dices.... podia sucederle algo.... y aqui estoy yo.

—Continúa, querido, continúa.

—El hombre grande y la pequeña, han prometido al Dómine dos mil francos.... si os hacia.... yo no sé qué cosa: la Mochuelo es la encargada de venir aquí dentro de pocos momentos á traer la cartera y saber las órdenes que dispongan para comunicárselas al Dómine, que hará lo demas.

María se estremeció, y Rodolfo se sonrió desdeñosamente.

—¡Dos mil francos para haceros algun daño! maestro Rodolfo.... Esto me hace pensar (sin que os agravie la comparacion) que cuando veo un anuncio en que se ofrecen quinientos francos de recompensa por un perro que se ha perdido, me digo á mí mismo con mucha modestia: Aunque tú te pierdas, animal, ni aun se daría un sueldo por tu hallazgo.... ¡Dos mil francos por haceros algun daño! ¿Qué personage sois, pues?

—Luego te lo diré.

—No hay ninguna necesidad, maestro.... Cuando he oido esa proposicion que han hecho á la Mochuelo, me dije á mí mismo: Es preciso que yo sepa dónde viven y qué objeto llevan esos señorones que quieren soltar al Dómine contra Rodolfo: esto puede ser útil. Cuando se alejaron, salí de mis escombros, y les sigo cautelosamente: el grande y la pequeña se dirigieron á buscar un coche á las gradas de Nuestra Señora; suben dentro, y yo detrás, y llegamos al baluarte del Observatorio. La noche estaba oscura como boca de lobo, de manera que yo nada podia ver, y en este caso hice un corte en un árbol para reconocer el sitio al siguiente dia.

—Perfectamente, amigo.

—Volví esta mañana. A los diez pasos de mi árbol he visto una calle estrecha.... en el lodo de dicha calle se veía impreso el sello de pisadas grandes y

pequeñas.... al fin de la calle una casa que debía ser el nido de vuestros enemigos.

— Gracias, amigo mio; me has hecho sin saberlo un grandísimo servicio.

— Perdonad si no he acertado, señor Rodolfo; pero yo creía que esto pudiera seros útil, y por lo mismo lo he ejecutado.

— Ya lo sé, querido, y quisiera poder recompen- sarte ese servicio de otro modo que dándote las gra- cias.... Desgraciadamente no soy mas que un pobre diablo de artesano.... aunque se den, como tú di- ces, dos mil francos por eso que quieren hacerme; pero voy á esplicarte lo que es.

— Si esto os acomoda, muy bien; pero si no, de- jadlo; porque á mí me es igual.... Se trataba de ha- ceros una jugarreta, y me opuse á ello.... lo demas poco me importa.

— Adivino lo que ellos quieren.... y voy á de- cirtelo. Tengo un secreto para acoplar el marfil de los abanicos hechos con las máquinas; pero este secreto no me pertenece á mí solo: estoy esperando á mi consocio para poner en planta este procedi- miento, y seguramente quieren apoderarse á toda costa del modelo de la máquina que tengo en mi casa, porque con este descubrimiento puede ga- narse mucho dinero.

— ¿Pues qué el grande y la pequeña son?...

— Fabricantes en cuya casa he trabajado.... y á los que no he querido comunicar mi secreto.

Esta esplicacion pareció satisfacer al Terrible, cuya inteligencia no estaba singularmente desarro- llada, y dijo:

— Ya lo comprendo ahora todo.... Demonio de envidiosos.... y ni aun tienen valor para dar por sí mismos ese golpe.... Pero para no ser mas pesado, hé aqui lo que me he dicho á mí mismo esta ma-

ñana : Yo sé la cita de la Mochuelo y del hombre alto : voy á esperarles , puesto que tengo buenas piernas : llego á este sitio , veo este hoyo , voy á tomar allá abajo un brazado de hojarasca , me cubro con ella hasta la cabeza , y espero á la Mochuelo.... Pero hete aquí que vosotros vais corriendo por el campo , y la pobre Guillabaora viene justamente á sentarse al borde de mi parque : entonces me ha ocurrido la idea de gritar como un condenado al salir de mi escondite.

—Y ahora ¿cuál es tu intento?

—Esperar á la Mochuelo , que estoy seguro que llegará la primera , y tratar de oír lo que hable con el hombre alto , porque esto podrá servirnos. En todo el campo no hay mas que este tronco derribado : desde él se distingue toda la llanura , y parece que se halla espresamente colocado para sentarse en él. La cita de la Mochuelo está á cuatro pasos , y casi podría asegurarse que vendrán aquí á hablar. Si no vienen.... si no puedo oírles nada de lo que hablen.... en el momento que se separen me echo sobre la tuerta , lo que creo sucederá de todos modos , le pago lo que la debo por el diente de la Guillabaora , y la tuerzo el cuello hasta que me diga el nombre de los padres de esa pobre muchacha.... ¿Qué me decis de mi determinacion , maestro Rodolfo?

—Hay en ella cosas buenas , amigo mio ; pero es necesario corregir algo de tu plan.

—Sí , sí , Albinos ; no vayais á entrar en una cuestion por mí.... Si sacudís á la Mochuelo , tal vez el Dómine....

—No tengas cuidado , hija mia.... No se escapará de mis manos , y con mucha mas razon por ser el Dómine su defensor.

—Escucha , camarada : yo tengo un medio mejor

para vengar á María de las infamias de la Mochuelo; pero eso te lo diré en otra ocasion. En cuanto ahora, dijo Rodolfo alejándose algunos pasos de la Guillabaora y bajando la voz; en cuanto al presente, ¿quieres hacerme un verdadero favor?

—Hablad, maestro Rodolfo.

—¿La Mochuelo no te conoce?

—Ayer fué la vez primera que la he visto, en la tasca.

—Pues hé aqui lo que es necesario hacer: en primer lugar te ocultas, pero asi que la veas sales de tu jaula.

—¿Para torcerle el cuello?...

—No.... eso ya vendrá.... hoy es únicamente necesario que le impidas hablar con el hombre alto.... Si vé que hay alguien en su compañía, no se atreverá á acercarse; pero si se acerca, no la dejes un momento, y delante de tí no podrá hacerle las proposiciones....

—Si el hombre me encuentra curioso.... ya sé lo que debo hacer.... no es ni el Dómine ni el maestro Rodolfo.

—Yo conozco á ese hombre; no se meterá contigo.

—Está bien: yo sigo constantemente á la Mochuelo como su sombra: el hombre grande no habla palabra alguna que yo no la oiga, y tendrá que venir á parar en tomar soleta....

—Si se dan una nueva cita, tú lo sabrás, puesto que no debes abandonarlos.... Y aun creo que tu sola presencia impedirá que vaya á hablar á la Mochuelo.

—Bueno, bueno. ¿Y luego doy una mano á la tuerta? Tratemos de eso.

—Aun no.... ¿Sabe esa muger si tú no eres ladrón?

—No, á menos que el Dómine no se lo haya dicho....

—Si lo sabe, ¿te atreverás á hacerle creer que has variado de principios?

—¡Yo!

—Tú.

—¡Mal rayo! Señor Rodolfo.... Pero decidme.... yo no puedo entrar en esa farsa....

—Tú podrás hacer lo que quieras.... pero escúchame, y verás que no te propongo ninguna infamia....

—Pues en ese caso me tranquilizó....

—Y puedes hacerlo....

—Hablad.... pues estoy decidido á obedeceros.

—Una vez que el hombre se haya alejado, tratarás de halagar á la Mochuelo.

—¡Yo!... ¿á aquella vieja ganforra?... Antes preferiría batirme con el Dómine. No sé aun cómo podré contenerme en no saltar al momento sobre ella.

—En ese caso todo lo echas á perder....

—Pues entonces, ¿qué es lo que debo hacer?

—La Mochuelo se pondrá furiosa por la buena ocasion que le haces perder: tú tratarás de calmarla diciéndole que sabes un buen golpe de mano que puede darse, y que al efecto estás esperando allí á tu cómplice; pero que si el Dómine quiere ayudarte en ello.... que hay mucho oro que ganar....

—Callad.... callad....

—Pasada una hora de esperar, la dirás: «Mi camarada no viene.... esto es hecho....» y darás una cita á la Mochuelo y al Dómine.... para mañana temprano.... ¿Comprendes?

—Comprendo.

—Y esta noche estarás á las diez en los Campos Eliseos y el paseo de las Viudas: allí iré á buscarte, y te diré lo demás....

— Si acaso es algun lazo , procurad estar prevenido.... El Dómine es muy mal intencionado.... le habeis sacudido, y á la menor duda es capaz de asesinaros.

— No tengas cuidado....

— ¡ Mil rayos ! es una diablura pero haceis de mí lo que os dá la gana.... Aqui hay alguna cosa que me indica que se va á jugar alguna al Dómine y á la Mochuelo.... Decidme una sola palabra , señor Rodolfo.

— ¿ Qué quieres ?

— Juzgo que no debo creeros capaz de tender una trampa al Dómine para hacerle atrapar por la policia.... Es un malvado que merece cien muertes; pero no me parece que deba delatársele.

— Ni yo opino tampoco por eso ; pero tengo que arreglar una cuenta con él y con la Mochuelo, puesto que se conjuran con mis enemigos.... y si tú me ayudas , conseguiremos mi intento. Y si lo alcanzamos , añadió Rodolfo con tono sério y casi solemne , que llamó la atencion del Terrible, te sentirás tan orgulloso como cuando salvaste del agua y del fuego al hombre y la muger que te deben la vida.

— ¡ De qué modo me decís eso , señor Rodolfo !... Jamás os habia observado esa mirada.... Pero pronto, pronto , exclamó el Terrible ; distingo allá, allá á lo lejos un punto blanco, que no debe ser otro que la maldita Mochuelo.... Marchaos, y yo voy á meterme otra vez en mi escondite.

— Y á la noche á las diez....

— Al fin de los Campos Elíseos y paseo de las Viudas : no faltaré....

María no habia oido esta última parte de la conversacion del Terrible y Rodolfo , y subió con su compañero de viage en el coche.

CAPÍTULO X.



LA GRANJA.

Despues de la conversacion con el Terrible, quedó Rodolfo por algunos momentos preocupado y pensativo. María, no atreviéndose á interrumpir el silencio de su compañero, le miraba con tristeza. Rodolfo levantó la cabeza, y le dijo con bondadosa sonrisa:

—¿En qué estás pensando, hija mia? El encuentro del Terrible os ha disgustado sin duda. ¡Estábamos tan alegres!

—Al contrario; yo creo que ha sido un beneficio para entrambos, pues que puede el Terrible seros útil.

—¿Se creía entre los parroquianos de la tasca que este hombre conservaba aun algunos buenos sentimientos?

— Lo ignoro, señor Rodolfo. Antes de la escena de ayer, le habia visto varias veces; pero apenas le habia hablado, y le creía tan malo como á los demas.

— No pensemos ya mas en eso, María; tendria un sentimiento grande si os entristeciera en vez de haceros pasar un dia alegre, que ha sido justamente mi intento.

— ¡Oh! ¡Pues soy muy feliz! ¡Hace ya tanto tiempo que no he salido de París!

— ¿Desde vuestros paseos magníficos con Rigolette?

— Desde entonces, señor Rodolfo.... estábamos en la primavera.... pero aunque ahora estemos en invierno, no por eso recibo menos placer. ¡Cuán hermoso es el sol de este dia!... ¿No veis aquellas lindas flores por allá.... por allá abajo.... y aquella colina.... con sus blancas casas en medio de los árboles?... Pero lo mas asombroso es que no estén despojados de las hojas en el mes de noviembre; ¿no es verdad, señor Rodolfo? En París caen tan pronto las hojas.... Mirad mas allá.... aquella bandada de palomas.... vedlas cómo van á descansar sobre la cubierta del molino.... En el campo jamás se cansa la vista; todo es siempre agradable.

— Es un placer, María, ver cuán sensible sois á esas bagatelas que forman el encanto de la vida campestre.

En efecto, á medida que aquella tierna jóven contemplaba el cuadro tranquilo y risueño que se desarrollaba á sus ojos, su fisonomía tomaba nueva animacion.

— ¿Veis por alli aquel fuego de rastrojos en las tierras labradas, aquel humo blanco que en forma de hermosa nube se dirige hácia el cielo, y aquel arado con sus hermosos caballos tordos?... Si fuera

hombre, ¡con qué placer me dedicaría á la agricultura!... Estar en medio de una llanura silenciosa, siguiendo los surcos que fuera abriendo la reja, viendo á lo lejos grandes bosques en un tiempo como hoy por ejemplo, esto me daría al momento ganas de cantar cosas bien tristes, que hicieran saltar las lágrimas á los ojos.... como la canción de *Genoveva de Brabante*. ¿Sabeis la canción de *Genoveva*, señor Rodolfo?

—No, hija mia; pero tú eres tan amable, que espero me la cantarás cuando lleguemos á la granja.

—¡Qué felicidad! ¿vamos á una granja, señor Rodolfo?

—Sí, á una granja que disfruta mi nodriza, que es una buena y respetable señora que me ha criado.

—¿Y podremos tener leche? exclamó la Guilla-baora saltando de alegría.

—¡Es claro! Leche, excelente crema si quereis, y manteca, que la pastora hará delante de nosotros, y huevos frescos.

—Que iremos á recoger nosotros mismos.

—Ciertamente.

—¿Y veremos las vacas en el establo?

—Por supuesto.

—¿Iremos tambien á la lechería?

—Tambien á la lechería.

—¿Y al palomar?

—Y al palomar.

—¡Ah! señor Rodolfo, es imposible creer lo que me voy á divertir. ¡Qué día tan hermoso! ¡qué día tan hermoso! exclamó la jóven llena de alegría.

Mas de repente, por un súbito cambio de pensamiento, recordando la infeliz que despues de haber pasado en el campo aquellas horas de libertad, volvería á entrar en su infecta vivienda, ocultó su

cabeza entre sus manos, y empezó á llorar amargamente.

Rodolfo sorprendido, la dijo:

—¿Qué teneis, María? ¿qué os causa ese pesar?

—¡Nada.... nada, señor Rodolfo! y enjugó sus ojos tratando de sonreir. Disimuladme si me entristezco.... no hagais ningun caso.... no tengo nada, os lo juro.... no es mas que una idea.... voy á estar alegre....

— Pero, ¿no estabais ahora mismo tan contenta?

—Pues por esa misma razon.... respondió candorosamente María, dirigiendo á Rodolfo sus ojos aun húmedos de lágrimas.

Estas palabras dieron á entender claramente á Rodolfo la causa de su tristeza; y queriendo disipar el humor sombrío de la jóven, la dijo con sonrisa:

—Apostaría que estabais pensando en vuestro rosal. Teneis, sin duda, un sentimiento en no poder hacerle participe de vuestro viage á la granja.... ¡Pobre rosal! ¡hubierais sido capaz de querer hacerle comer tambien un poco de crema!....

La Guillabaora tomó pretesto de esta chanza para sonreirse: poco á poco se fué borrando de su imaginacion aquella ligera nube de tristeza, y no pensó mas que en gozar de lo presente y borrar de su idea el porvenir.

El coche llegaba ya cerca de San Dionisio, viéndose ya distintamente la veleta de su torre.

—¡Oh, qué hermoso campanario! exclamó la Guillabaora.

— Es el de San Dionisio, iglesia magnífica.... ¿quereis verla? Haremos detener el coche.

María bajó los ojos.

—Desde que estoy en casa de la Quica, no he entrado en ninguna iglesia, ni me he atrevido á ello. En la cárcel, al contrario; ¡me gustaba tanto can-

tar en la misa! y en el día de Corpus sobre todo, hacíamos unos ramilletes muy bellos para el altar.

— Pero siendo Dios tan bueno y clemente, ¿por qué teñeis entrar en la iglesia?

— ¡Oh! no, no, señor Rodolfo.... eso sería como una profanación.... Bastante hay con ofender á Dios de otro modo.

Después de un momento de silencio, dijo Rodolfo á María:

— ¿Habeis tenido ya algunos amores?

— Jamás.

— ¿Y por qué razón?

— Ya conocéis la clase de gente que he tratado en la tasca.... y además, que para amar se necesita ser honrada.... no depender más que de sí.... poder.... Mas si os es igual, señor Rodolfo, quisiera que hablásemos de otra cosa.

— Como gustéis, María; hablemos de otra cosa.... pero ¿por qué me mirais de ese modo? Vuestros hermosos ojos están aun llenos de lágrimas.... ¿Os he causado algun pesar?

— ¡Oh! no; muy al contrario; pero sois tan bueno conmigo, que esto me dá gana de llorar.... y luego no me tuteais.... y luego, en fin, cualquiera diría que solo me habeis convidado á salir al campo por mi placer y por el gusto de verme feliz.... No contento con haberme defendido ayer, me quereis proporcionar hoy semejante día en vuestra compañía.

— ¿Y sois verdaderamente feliz?

— Jamás olvidaré esta dicha.

— ¡Es tan rara la felicidad!...

— Oh, sí, muy rara.

— Os aseguro que á falta de lo que no tengo, me complazco varias veces en soñar lo que quisiera tener, y decirme: Hé aqui lo que yo desearia ser....

hé aqui la fortuna que yo ambicionaría.... Y vos, Maria, ¿no teneis algunas veces estos sueños? ¿no formais castillos en el aire?

—Sí, en otro tiempo, cuando estaba en la cárcel: antes de entrar en casa de la hostelera, pasaba mi vida en esas ideas y cantando; pero despues ya ha sido mas raro.... y vos, señor Rodolfo, ¿qué es lo que ambicionaríais?

—Yo quisiera ser rico, muy rico.... tener criados, coches, un palacio, vivir en el gran mundo, ir al teatro todos los dias. ¿Y vos, María?

—Yo no seria tan exigente: pagar á la hostelera lo que la debo; un poco de dinero mas para mantenerme mientras buscaba trabajo; una hermosa habitacion bien limpia desde donde pudiera ver los árboles mientras trabajaba....

—Muchas flores en vuestra ventana....

—¡Oh! seguramente.... habitar en el campo si fuera posible, y nada mas....

—Una habitacioncilla y trabajo, es lo necesario; pero cuando se trata de formar deseos, bien puede uno permitirse lo supérfluo.... ¿No querriais tener carruages, diamantes, vestidos elegantes y otros adornos?...

—Eso es demasiado. Yo me contentaría con mi libertad, vivir en el campo y estar segura de no morir en un hospital.... ¡Oh! sobre todo.... no morir en ese sitio.... ¡Ah! señor Rodolfo, ¡esta idea que me ocurre á menudo, es horrible!

—Ciertamente; nosotros los pobres....

—No lo digo por la miseria.... pero despues.... asi que uno muere....

—¡Qué!

—¿No sabeis qué hacen de nosotros despues, señor Rodolfo?

—No....

—Estando yo en la cárcel conocí á una jóven.... esta jóven murió en el hospital ... y su cuerpo fué entregado á los cirujanos.... murmuró estremeciéndose la Guillabaora....

— ¡Ah! ¡eso es horrible!... ¿Y teneis muy á menudo esas siniestras ideas, María?

—Y eso os admira, ¿no es verdad, señor Rodolfo? ¿os asombra que tenga vergüenza.... para despues de muerta? ¡Ay de mi! ¡Dios mio!... no me ha quedado mas que esto....

Estas dolorosas y amargas palabras conmovieron á Rodolfo. Ocultó su cara entre sus manos estremeciéndose; pensaba en la fatalidad que pesaba sobre María.... y sobre la madre de aquella pobre criatura.... su madre.... era tal vez feliz, rica y honrada....

Honrada.... rica.... feliz.... y su hija, sacrificada sin duda atrozmente á la vergüenza, habia abandonado la buhardilla de la Mochuelo por la cárcel, y la cárcel por la cueva de la hostelera, y de esta cueva podria muy bien verse obligada á ir á terminar su existencia sobre el jergon de un hospital.... y despues de su muerte.... Esta idea era espantosa.

La pobre Guillabaora, viendo el aspecto sombrío de su compañero, le dijo tristemente:

—Perdonad, señor Rodolfo; yo no debiera tener esos pensamientos.... ¡Me llevais en vuestra compañía para estar alegre, y yo siempre os hablo de cosas tan tristes.... tan tristes! ¡Dios mio! Yo no sé como sucede esto, porque es á pesar mio. Jamás he sido tan dichosa como hoy, y sin embargo á cada momento me están saltando las lágrimas.... ¿Vos no quereis que esté triste? pues bien, señor Rodolfo, vais á ver.... como esta tristeza se irá.... del mismo modo que ha venido.... al momento.... Veis ahora.... pues ya no pienso mas en ella.... Yo

haré lo que debo.... Mirad , señor Rodolfo.... mirad mis ojos....

Y María , despues de haber cerrado dos ó tres veces los ojos para despedir una lágrima rebelde, los abrió con todo su grandor , y miró á Rodolfo con un amable candor.

—María , os suplico que no os reprimais.... Estad alegre si teneis gana de estar alegre.... triste si preferis estar triste.... Tambien yo tengo algunas veces ideas sombrías como las vuestras.... y seria muy desgraciado si tuviera que fingir alegría teniendo mi corazon afectado por tristes sentimientos....

—¿Y es cierto, señor Rodolfo , que tambien estais triste á veces?

—Sin duda alguna : mi porvenir no es mucho mejor que el vuestro.... no tengo padre ni madre. Si mañana caigo enfermo , ¿cómo arreglámelo para vivir? Mi gasto diario es igual á lo que diariamente gano.

—Pues en eso haceis mal , muy mal , dijo la Guillaobaora con un tono de grave reconvencion , que hizo reir á Rodolfo : debierais poner algo en la caja de ahorros.... Toda mi desgracia proviene de no haber economizado mi dinero.... Con doscientos francos de ahorros, puede estar un jornalero independiente , sin apuros de ninguna especie.... y los apuros son las mas veces los que os aconsejan á obrar mal.

—Ese consejo es muy sábio , muy sensato ; ¡pero doscientos francos!... ¿cómo reunir doscientos francos?

—Muy fácilmente , señor Rodolfo : echemos la cuenta y vereis. Ganais regularmente todos los dias hasta cinco francos , ¿no es verdad?

—Sí , cuando tengo trabajo.

— Es necesario trabajar todos los días. ¿Y podeis quejaros? vuestro oficio es bonito y divertido.... pintor de abanicos.... esto debiera ser para vos un placer.... Confesad que obráis muy mal, señor Rodolfo, añadió la Guillabaora con un tono severo. Un jornalero puede vivir con tres francos y darse un trato magnífico: os quedan, pues, cuarenta sueldos, que hacen sesenta francos al mes de economía.... Sesenta francos al mes.... esta es ya una suma de consideración.

— Cierto, ¡pero es tan bueno holgar, no hacer nada!

— Señor Rodolfo, os repito que no teneis razon.... sois un niño....

— Pues bien, prometo enmendarme, niña regañona; veo que me dais buenos consejos, que seguiré.... jamás me habia ocurrido semejante idea.

— ¿De veras? ¡Si supierais el placer que me dais! ¿Economizareis dos francos cada dia?

— Sí, sí.... economizaré dos francos diarios, dijo Rodolfo sonriéndose á pesar suyo.

— ¿Lo cumplireis? ¿lo cumplireis?

— Os lo prometo.

— Vereis vuestro orgullo asi que observeis vuestras primeras economías.... y no es eso solo lo que tenia que advertiros.... Si quisierais prometerme que no os enfadaríais....

— ¿Tengo yo trazas de estar incomodado?

— No, en verdad.... pero no sé si debo....

— Todo debeis decírmelo, María....

— Pues bien.... puesto que todo indica en vos que sois superior á vuestra clase.... quisiera que me dijeseis por qué frecuentais tabernas como la del Conejo blanco.

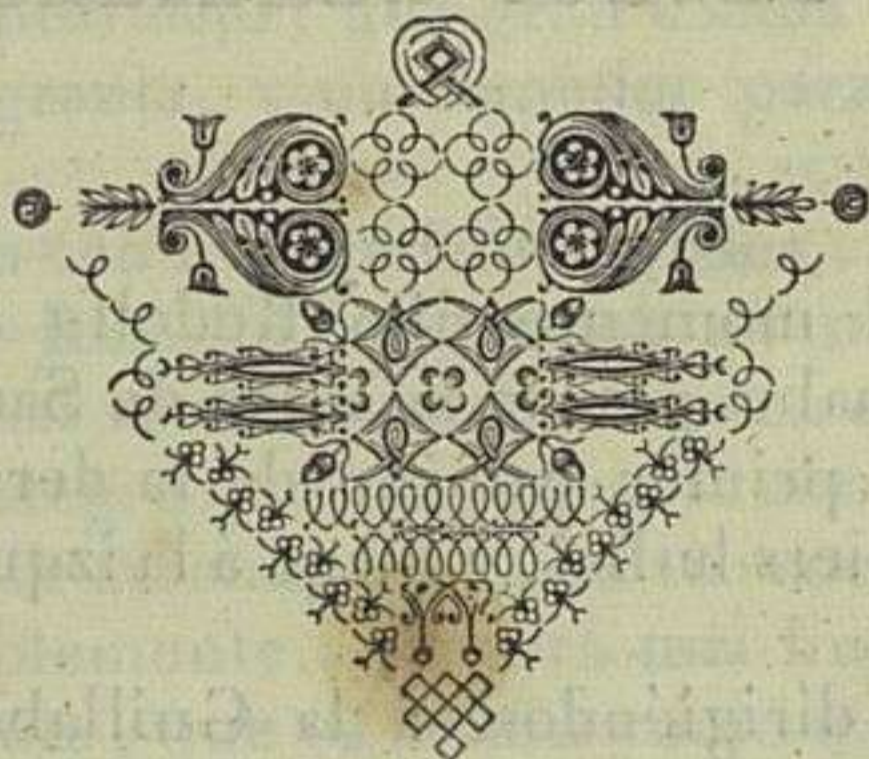
-- Si no hubiera ido á la tasca, no tuviera ahora el gusto de haber venido al campo en vuestra compañía.

— Verdad es ; pero sin embargo.... Mirad , señor Rodolfo ; yo soy en este dia tan feliz , como pudiera serlo en el mejor de mi vida ; pues á pesar de ello , consentiría gustosa en renunciar á él , si pudiera causaros el mas leve perjuicio.

— Antes al contrario , debe serme muy provechoso , puesto que me habeis dado escelentes consejos de economía.

— ¿Y los tomareis?

— Os lo he prometido bajo mi palabra. En adelante economizaré cuando menos cuarenta sueldos diarios....



CAPÍTULO XI.



LOS DESEOS REALIZADOS.

En aquel momento dijo Rodolfo al cochero, viendo que habia pasado la aldea de Sarcelles.

—Toma el primer camino de la derecha, atravesarás á Villiers-le-Bel, y luego á la izquierda, todo derecho.

Despues, dirigiéndose á la Guillabaora, continuó:

—Ahora que estais contenta de venir en mi compañía, María, podríamos entretenernos como decíamos antes en formar *castillos en el aire*. Esto no cuesta muy caro, y me parece que no me echareis en cara ningun gasto....

—No por cierto.... Vamos á ver el vuestro.

—Principiaremos por el vuestro, María.

—A ver si adivináis mi gusto , señor Rodolfo.

—Veamos.... yo supongo que este camino.... digo este.... porque nos encontramos en él....

—Por supuesto, sería una tontería irle á buscar á otra parte.

—Supongo, pues, que este camino nos conduce á una hermosa aldea , muy separada del camino real....

—Sí, de ese modo habrá mas tranquilidad.

—Que está edificada á un lado, y rodeada de muchos árboles.

—¿Allí cerca hay un hermoso arroyuelo?

—Justamente.... un riachuelo. A la estremidad de la aldea se vé una hermosa granja : á la una parte de la casa hay un vergel, y á la otra un bonito jardín lleno de flores.

—Me parece que lo veo desde aquí , señor Rodolfo.

—En el piso bajo , una gran cocina para las gentes de la granja , y un comedor para la arrendadora.

—La casa tendrá persianas verdes.... ¿no es verdad , señor Rodolfo , que estará así muy alegre?

—Persianas verdes.... convengo en ello... no hay nada mas alegre que las persianas verdes.... Probablemente la arrendadora será tia vuestra.

—Probablemente.... y será una buena muger.

—Esceleste , que os amará como una madre.

—¡Buena tia!... ¡Debe ser tan bueno ser amada por alguna persona!

—¿Y vos la amareis mucho tambien?

—¡Oh! exclamó María juntando sus manos y levantando los ojos al cielo con una espresion de felicidad imposible de pintar. ¡Oh! sí , la amaré , la ayudaré á trabajar , á coser , á componer la ropa , á limpiar , á conservar las frutas para el invierno , y

finalmente, todo lo que es necesario en la casa.... estoy segura que no se quejará de mi pereza.... Por la mañana....

— Esperad un poco, María.... no seais tan viva.... dejad que concluya de pintaros la casa....

— Vamos, vamos, señor pintor: se conoce que estais acostumbrado á hacer hermosos paisajes sobre vuestros abanicos, dijo María sonriéndose.

— Bachillerita.... dejadme acabar mi casa.

— Verdad es que hablo demasiado; ¡pero el asunto es tan divertido!... Ya os escucho, señor Rodolfo, y podeis concluir vuestra descripcion.

— Vuestra habitacion está en el primer piso.

— ¡Mi habitacion! ¡qué felicidad! veamos, veamos mi habitacion. Y la jóven se acercó mas hácia Rodolfo, mirándole con sus grandes ojos bien abiertos y curiosos.

— Vuestra habitacion tiene dos ventanas que dan sobre el jardin de flores y sobre un prado, al pie del cual corre el arroyo. A la otra parte del arroyo se vé un ribazo plantado de viejos castaños, en medio de los cuales se vé el campanario del pueblo.

— ¡Qué cosa tan linda!... ¡qué cosa tan linda, señor Rodolfo!... Envidia me causa el no hallarme ya allí.

— Tres ó cuatro hermosas vacas pacen por la pradera, que está separada del jardin por un cercado de zarzas.

— ¿Y veré las vacas desde mi ventana?

— Perfectamente.

— Una de ellas será mi favorita, ¿no es verdad, señor Rodolfo? le haré un hermoso collar con una campanilla, y la acostumbraré á que venga á comer á mi mano.

—Sí que habrá una en efecto, que es toda blanca y jóven, y se llama *Felina*.

—¡Ah! ¡qué nombre tan lindo! ¡pobre Felina, cuánto la quiero ya!

—Concluyamos vuestra habitacion, María: está tapizada con una elegante tela persiana, y con colgaduras semejantes; un gran rosal y una enorme madre selva, cubren las paredes de la granja por aquella parte, y rodean vuestras ventanas; de manera que por las mañanas no teneis mas que tender la mano para coger un hermoso ramillete de rosas y madre selva.

—¡Ah! ¡señor Rodolfo, qué buen pintor que sois!

—Ahora vamos á ver en qué ocupais vuestros dias.

—Veamos mi trabajo diario.

—Primeramente, vuestra tia os dispierta dándoos en la frente un tierno beso: os lleva un vaso de leche caliente, porque vuestro pecho está débil, pobre niña. Os levantaiis, vais á dar una vuelta por la granja, á ver á Felina, á los polluelos, á vuestros amigos los pichones, las flores del jardin.... A las nueve llega el maestro de escribir.

—¿Mi maestro?

—Ya conoceréis que es preciso aprender á leer, escribir y contar para ayudar á vuestra tia á llevar sus libros de arrendamiento y demas cuentas.

—Es verdad.... no lo habia pensado.... Es, pues, necesario que aprenda á leer y escribir para ayudar á mi tia, dijo sériamente la pobre jóven, de tal manera absorta con la pintura risueña de aquella vida apacible, que creía era una realidad.

—Despues de la leccion, os ocupareis en otras labores; cosereis, bordareis un gorro de aldeana para vos.... Sobre las dos volveréis á escribir, y luego salís con vuestra tia á dar un buen paseo, á ver los segadores en el verano y los labradores en el otoño:

os cansais un poco, y llevais un puñado de yerbas del campo, cogidas por vos, para vuestra querida Felina.

— Porque nuestra vuelta será por el prado, ¿no es verdad?

— Sin duda alguna; y para pasar el rio hay un puente de madera. A la vuelta, que seguramente serán las seis ó las siete en este tiempo, habrá un buen fuego bien atizado en la gran cocina de la granja; ireis allí á calentaros y tener un rato de conversacion con los honrados trabajadores que están cenando despues de su vuelta del campo: luego comeis en compañía de vuestra tia; algunas veces se halla convidado á vuestra mesa el cura ó algun antiguo amigo de la casa, y despues leeis ó trabajais mientras la tia echa su partidilla de tresillo. A las diez de la noche os dá un beso en la frente, y os retirais á vuestro cuarto, hasta la mañana siguiente que vuelve á repetirse....

— Cualquiera viviria cien años de ese modo sin pensar en fastidiarse un momento....

— Pero aun no está dicho todo: ¿y los domingos? ¿y los dias de fiesta?

— ¿Qué se ha de hacer en esos dias?

— Os hermoseais, os pondreis un lindo vestido de aldeana; con él y con un gorro redondo, que os harán encantadora, subís en un calesin de muelles con vuestra tia y el mozo de la granja, para ir á la misa mayor de la aldea; ademas, en el verano, no dejareis de asistir tambien con vuestra tia á todas las fiestas de las parroquias vecinas. Sois tan graciosa, tan amable, tan aplicada, vuestra tia os aprecia tan extraordinariamente, y el cura habla tan bien de vos, que todos los jóvenes arrendatarios de las granjas vecinas quieren sacaros á bailar, porque estos son siempre los preludios de los casamien-

tos.... De este modo , poco á poco vais prefiriendo á uno.... y....

Rodolfo miró á la Guillabaora , admirado de su silencio : la infeliz sofocaba con mucha dificultad sus sollozos. Engañada un momento por las palabras de Rodolfo , habia olvidado lo presente ; y el contraste de este presente con una existencia tranquila y risueña , le recordaba el horror de su posición.

— María , ¿ qué teneis ?

— ¡ Ah ! señor Rodolfo , sin quererlo me habeis causado un gran sentimiento.... He creido por un momento que me hallaba en ese paraíso....

— Pues ese paraíso existe.... mirad , mirad.... Cochero , pára.

El carruage se detuvo , y la Guillabaora levantó maquinalmente su cabeza.... Hallábanse en medio de una pequeña colina.... ¡ Cuál fué su asombro, su estupor ! El pueblecillo á un lado, la granja, la pradera , las hermosas vacas , el arroyo , los castaños, la iglesia, todo el cuadro se presentaba á sus ojos.... nada le faltaba ; hasta Felina , hermosa ternera blanca , futura favorita de María. Aquel paisaje encantador estaba alumbrado por un bello sol de noviembre.... Las hojas amarillas y purpúreas de los castaños , encubrian aun á la tierra sus rayos , y se recortaban sobre el azul del cielo.

— Y bien , María , ¿ qué decís ahora ? ¿ Soy buen pintor ? dijo Rodolfo sonriéndose.

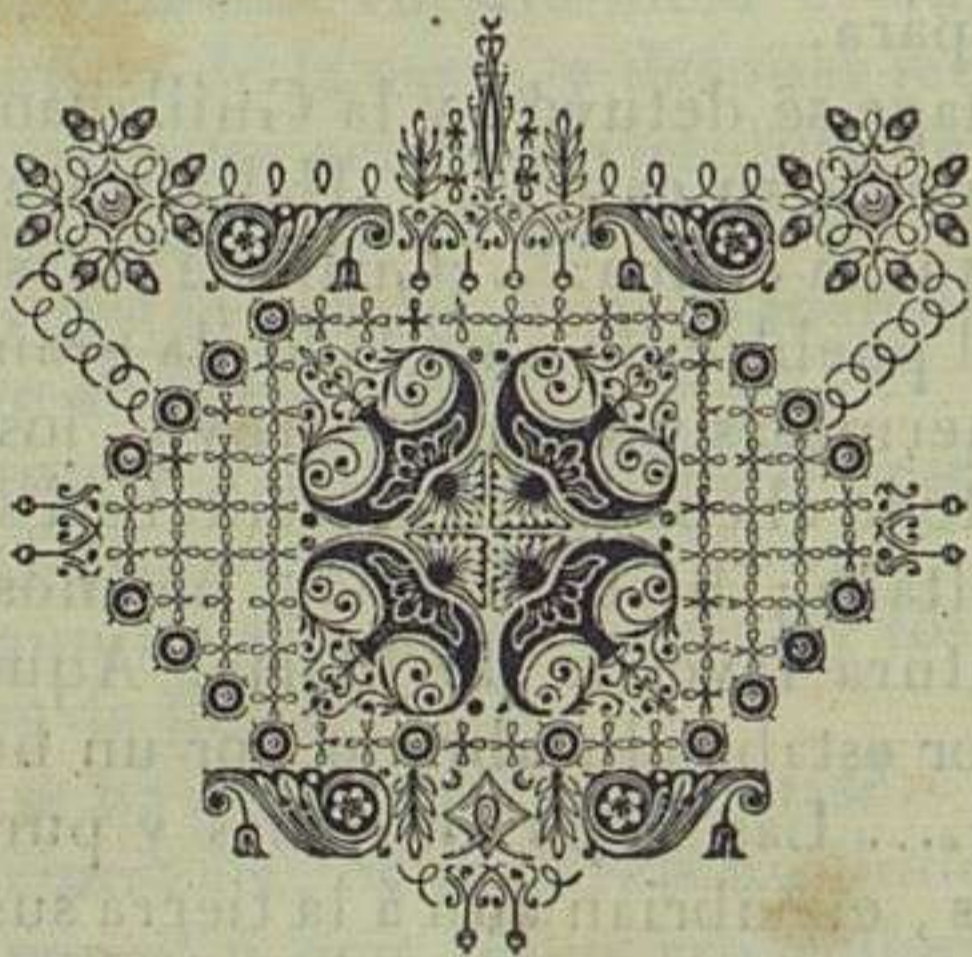
La Guillabaora le miraba con sorpresa , mezclada de inquietud , porque aquello le parecia casi sobrenatural.

— ¿ Cómo ha sido esto , señor Rodolfo ? ¡ Ah ! ¡ Dios mio ! ¿ Es acaso un sueño ? Casi tengo miedo.... ¡ Cómo ! Lo que me habeis dicho....

— Es una cosa muy sencilla , hija mia.... La ar-

rendadora de la granja es mi nodriza , y yo me he criado aqui.... Le he escrito esta mañana temprano que vendria á verla , y esta vez he pintado al natural.

—¡Con que es verdad, señor Rodolfo! dijo la Guillaobaora dando un profundo suspiro.



CAPÍTULO XII.



LLEGADA A LA GRANJA.

La granja adonde Rodolfo conducía á María, estaba situada á la parte exterior, y á un extremo de la aldea de Buqueval, parroquia pequeña, solitaria, ignorada, situada en un vallado, y distante unas dos leguas de Ecouen.

El coche, según había dispuesto Rodolfo, descendió un camino rápido, y entró en una estensa avenida bordada de cerezos y manzanos: rodaba el carruaje sin ruido sobre una alfombra de aquella yerba fina y corta de que se ven ordinariamente cubiertos los caminos vecinales.

María, silenciosa y triste, continuaba á pesar de sus esfuerzos bajo una impresion dolorosa que Rodolfo sentía haber causado.

De allí á algunos minutos, el coche pasó por

frente de la puerta principal del patio de la granja, continuó su camino á lo largo de un espeso seto de olmedillas, y se detuvo delante de un soportal de madera rústica, medio oculto por una vigorosa parra, cuyas hojas habia teñido de púrpura el otoño.

—Ya hemos llegado, María, dijo Rodolfo: ¿estais contenta?

—Sí, señor Rodolfo.... sin embargo, me parece ahora que voy á tener vergüenza delante de la señora de la granja, y que no me atreveré jamás á mirarla....

—¿Y eso por qué, criatura?

—Teneis razon.... ella no me conoce.

Y María comprimió un suspiro.

Seguramente estaban esperando la llegada de Rodolfo.

El cochero abrió la portezuela, y una muger de cerca de cincuenta años, vestida como suelen estarlo las ricas arrendadoras de las cercanías de París, de una fisonomía á la vez triste y amable, se presentó bajo el soportal, y se adelantó hácia Rodolfo con un respetuoso celo. La Guillabaora se puso como una escarlata, y bajó del carruage despues de un momento de vacilacion.

—Buenos dias, mi señora Jacinta.... dijo Rodolfo á la arrendadora; ya veis que he sido exacto....

Luego, volviéndose al cochero, y poniéndole algunas monedas en la mano, le dijo:

—Cuando quieras puedes volverte á Paris.

El cochero era un hombrecillo regordete; llevaba su sombrero calado hasta los ojos, y la cara casi enteramente oculta por el cuello forrado de su capote: embolsó su dinero sin hablar palabra, subió sobre el pescante, dió un latigazo al caballo, y desapareció rápidamente por donde habia venido.

— Despues de tan larga carrera , lleva bastante prisa de volverse ese mudo cochero.... dijo entre si Rodolfo. ¡Bah! no son mas que las dos , y sin duda querrá estar pronto de vuelta en París para utilizar lo restante del dia.

Y Rodolfo no dió importancia alguna á su primera observacion.

María se acercó hácia él con aire inquieto , turbada y casi alarmada , y le dijo en voz baja de modo que no podia oirle la señora Jacinta.

— ¡Dios mio! señor Rodolfo, ¡qué habeis hecho!... ¡despedir el carruage!... ¿y la hostelera? ¡ay de mí!... Es preciso que vuelva esta tarde á su casa.... si no.... me creerá una ladrona.... Mis vestidos son suyos.... y además la debo.... perdon....

— Tranquilizaos , hija mia ; yo soy el que debo pedir os perdon.

— ¡Perdon!... ¿y de qué?

— De no haberos dicho mas pronto que nada debiais ya á la hostelera.... y que podiais dejar esos innobles vestidos por otros que os va á entregar la señora Jacinta. Ella tiene algunos que regularmente os vendrán bien , y os podrá proporcionar con que vestiros.... Ya lo veis ; desde ahora empieza su papel de parienta vuestra.

María creía estar soñando : miraba sucesivamente á la arrendadora y á Rodolfo , y no podia entender lo que oía.

— ¿Qué es lo que decís? dijo con la voz palpitante de emocion : ¿no volveré ya á París?... ¿Podré permanecer aqui? ¿Y esta señora.... me lo permitirá?... ¿Será posible?... Nuestros castillos en el aire de ahora poco....

— Aqui teneis la granja.... vedlo realizado....

— No , no ; eso seria demasiado bello.... demasiado feliz....

—La felicidad nunca es de sobra, María....

—¡ Ah! por piedad, señor Rodolfo.... no me engañéis; sería hacerme mucho mal.

— Creedme, querida niña, dijo Rodolfo con voz afectuosa siempre, pero con un acento de dignidad que no le conocía aun María.... podeis, si os acomoda, disfrutar desde hoy de esa vida apacible, cuyo cuadro os encantaba, en compañía de la señora Jacinta.... aunque esta señora no sea vuestra tia, os profesará, desde el momento que os conozca, el mas tierno interés: pasareis por sobrina suya aun á los ojos de las gentes de la granja: esta pequeña mentira hará vuestra posicion mas conforme: os lo repito, María; si os acomoda, podreis realizar vuestros sueños de hace un momento. Desde el instante en que hayais tomado vuestro vestido correspondiente, añadió sonriendo, os acompañaremos á visitar á vuestra futura favorita Felina, que estará esperando el collar que la teneis prometido.... Iremos tambien á dar una mirada á vuestros amigos los pichones, y luego á la lechería; y finalmente, recorreremos toda la granja, pues estoy dispuesto á cumplir mi promesa.

María unió sus manos con fuerza: la sorpresa, la alegría, el reconocimiento, el respeto, se pintaron en su graciosa fisonomía: sus ojos se inundaron de lágrimas, y exclamó:

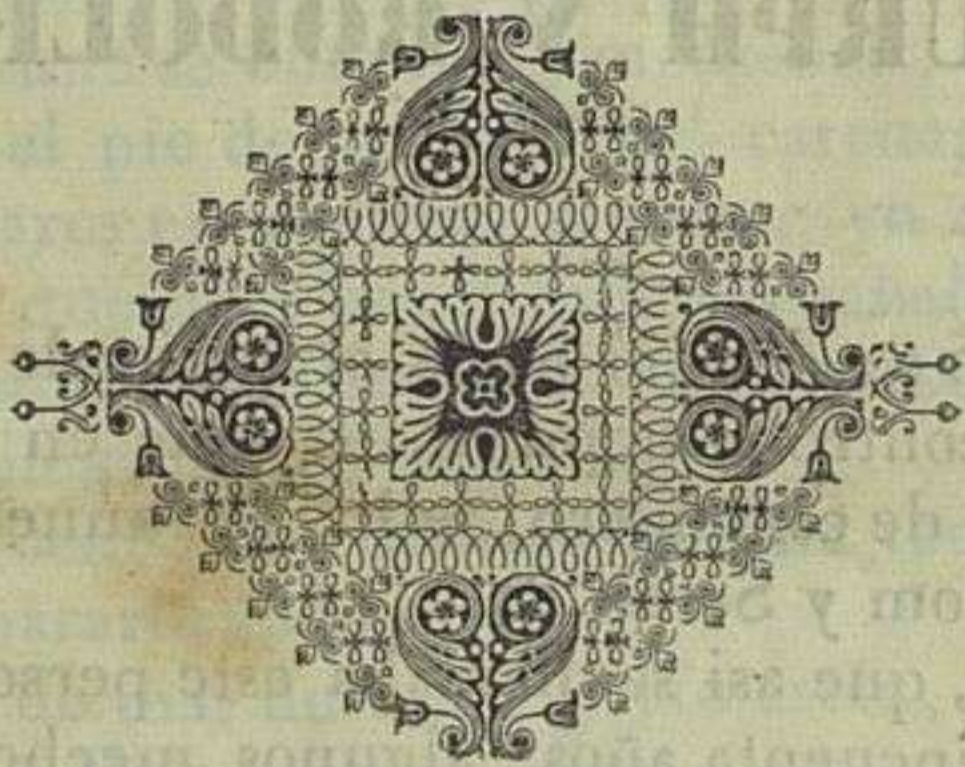
— Señor Rodolfo.... ¡sois acaso un ángel del Señor, pues que haceis tanto bien á los infelices sin conocerlos! ¡Os ha enviado el cielo para salvarles de la vergüenza y de la miseria!

— ¡Pobre niña! respondió Rodolfo con una sonrisa de profunda melancolía y de bondad inefable: aunque soy todavía muy jóven, he padecido ya bastante en mi corta vida.... esto podrá esplicaros mi compasion hácia los que padecen. Flor celeste,

ó mas bien, *María*, seguid á la señora Jacinta.... Sí, *María*; ¡conservad en adelante este nombre, dulce y hermoso como vos! Antes de mi partida hablaremos los dos, y marcharé muy feliz considerando que vos lo sois tambien.

María no respondió cosa alguna: se acercó á *Rodolfo*, dobló una de sus rodillas, tomó su mano, que llevó respetuosamente á sus lábios, con un movimiento lleno de gracia y de modestia.

Despues se marchó con la señora *Jacinta*, que la contemplaba con un interés profundo.



CAPÍTULO XIII.



MURPH Y RODOLFO.

Rodolfo se dirigió hácia el patio de la granja, donde encontró al hombre alto que en la vispera, disfrazado de carbonero, le habia anunciado la llegada de Tom y Sarah.

Murph, que así se llamaba este personaje, tenía unos cincuenta años; algunos mechones blancos plateaban dos pequeños copos de cabellos de un rubio vivo, que salían de cada lado de su cráneo, casi enteramente calvo; su cara larga y encarnada, estaba completamente afeitada, escepto las patillas muy cortas, de un rubio ardiente, que no se extendían mas que hasta el nivel de la oreja, y se redondeaban creciendo sobre sus mejillas rollizas. A pesar de su edad y su gordura, era Murph ágil y robusto; su fisonomía, aunque flemática, era á la vez

afectuosa y resuelta; llevaba una corbata blanca, un gran chaleco, y un leviton con anchos faldones; sus calzones, de un color gris verduzco, eran de la misma tela que sus polainas con botones de nácar, que no estaban completamente abrochadas, y dejaban ver sus medias de viage de lana cruda.

El traje y el aire vigoroso de Murph, recordaban el tipo perfecto de lo que llaman los ingleses un señor de una granja. Debemos decir además, que Murph era inglés, caballero (*squire*), pero no señor de la granja.

En el momento que entraba Rodolfo en el patio, colocaba Murph en la bolsa del birlocho un par de pistolas, que acababa de limpiar cuidadosamente.

— ¿A qué diablos traes esas pistolas? le dijo Rodolfo.

— Cada uno se entiende, monseñor, dijo Murph quitando el pie del estribo del carruage. Vos podéis ocuparos en vuestros asuntos; yo en los míos.

— ¿Para qué hora has pedido los caballos?

— Según vuestras órdenes, al anochecer.

— ¿Has llegado esta mañana?

— A las ocho: la señora Jacinta ha tenido tiempo para prepararlo todo.

— Estás de mal humor.... ¿No estás, acaso, contento de mí?

— No lo estoy demasiado, monseñor.... no.... Cualquier día.... en fin.... arriesgais demasiado vuestra vida....

— ¡Te sienta bien el hablar de eso!... si yo te dejara obrar, no habria peligros mas que para tí, y....

— Y aun cuando hicierais el bien sin arriesgar vuestra vida, ¿dónde estaria el gran mal, monseñor?

— ¿Dónde estaria el gran placer, señor Murph?

— Vos.... dijo el *squire* encogiéndose de hombros, ¡vos.... en semejantes tabernas!

— ¿Y qué? ¿no veis hacer lo mismo á John Bull? con vuestros escrúpulos aristocráticos.... ¿créense, acaso, los grandes señores de una naturaleza distinta? ¡Pobres majaderos.... orgullosos con sus necedades!

— Si fuerais inglés, monseñor, comprenderíais lo que valen estas palabras: *Cada cual vale lo que se hace valer*.... Además, que aun cuando fuera chino, turco ó americano, siempre tendría la misma idea de que haceis mal en esponeros de ese modo.... Ayer tarde, cuando os acompañé á la abominable calle de Feves á encontrar á ese Zurdillo, á quien debiera confundir el infierno, fué necesario todo el temor de irritaros para no desobedeceros é impedirme prestaros mis socorros en vuestra lucha contra el bandido que encontrasteis en el portal de aquella casa.

— Es decir, señor Murph, que dudais de mi fuerza y de mi valor.

— Desgraciadamente me habeis puesto mil veces en el caso de no dudar ni de una ni de otro. Gracias á Dios, Crabb de Ramsgate os ha enseñado á sacudir puñetazos; de Lacour, célebre zapatero de viejo de París, habeis aprendido el *argot* (1); el famoso Bertrand os ha enseñado la esgrima, y en vuestros ensayos contra estos *profesores*, habeis vencido muchas veces.... Con una pistola de munición matais las golondrinas al vuelo; teneis unos músculos de acero, y á pesar de vuestro talle esbelto y delgado, me arrojaríais por tierra con tanta

(1) Este es el dialecto que hemos sustituido con el caló.

facilidad como un caballo de carrera derribaría á uno de carga.... esto es verdad....

Rodolfo habia escuchado con complacencia aquella enumeracion de sus cualidades hercúleas, y replicó sonriendo:

— ¡Y bien! entonces, ¿por qué temes?

— Sostengo siempre, monseñor, que no debeis prestar vuestro cuerpo al primer tuno que se os depara; no os digo esto por el inconveniente que se presente á un honorable caballero como yo, en pintarse el rostro de carbonero y tener el aspecto de un demonio.... A pesar de mis cabellos grises, mi gordura y mi gravedad me disfrazaría de danzarin de cuerda floja si pudiera séros útil; pero yo estoy por lo que he dicho....

— ¡Oh! ¡ya lo sé, mi viejo Murph! cuando se ha metido una idea en tu cráneo de hierro; cuando se ha implantado el reconocimiento en tu firme y valiente corazon, el demonio mismo gastaría inútilmente sus dientes y sus garras para retirarlos....

— Me adulais, monseñor; estais meditando alguna.

— No te incomodes....

— Alguna locura, monseñor.

— Querido Murph, mala ocasion has escogido para sermonearme.

— ¿Por qué?

— Estoy en uno de mis momentos de orgullo y de felicidad.... estoy aqui....

— En un parage donde habeis hecho una buena accion.

— Este es un asilo contra tus homilias: este es mi templo sagrado....

— Si es asi, ¿dónde quereis que os las dirija?

— Buen Murph, me lisonjeais demasiado: ¿quereis impedirme hacer alguna locura?

— Monseñor, hay locuras por las que soy indulgente.

— ¿Las locuras de dinero?

— Sí, porque despues de todo, con una renta de dos millones....

— Se encuentra uno á veces bien aburrido, mi buen Murph....

— ¿A quién le decís eso, monseñor?

— Y sin embargo, ¡hay placeres tan vivos, tan puros, tan profundos, que cuestan tan poco! ¿Qué cosa hay comparable á lo que he experimentado hace poco cuando aquella infeliz criatura.... se ha visto aqui segura, y llena de reconocimiento me ha besado la mano?... Y no concluye esto aqui: mi felicidad descubre un largo porvenir: mañana, al dia siguiente, durante muchos dias, en fin, podré pensar con satisfaccion en lo que experimentará esa pobre niña al despertarse en este tranquilo retiro, en compañía de la escelente señora Jacinta, que la amaré tiernamente, porque los desgraciados simpatizan siempre con sus semejantes.

— ¡Oh! en cuanto á la señora Jacinta, jamás podriais haber derramado mejor vuestros beneficios. ¡Muger noble y valerosa!... Es un ángel.... un ángel de virtud.... Raras veces suelo conmoverme, y la relacion de las desgracias de la señora Jacinta me ha conmovido. Pero vuestra nueva protegida.... callad.... no hablemos nada de esto, monseñor....

— ¿Y por qué?

— Monseñor, haceis lo que mejor os parece, y basta....

— He hecho lo que es justo, dijo Rodolfo con una nube de impaciencia.

— Lo que es justo.... segun vos....

— Lo que es justo ante Dios y ante mi conciencia, repuso severamente Rodolfo.

— Perdonad, monseñor; será imposible entendernos. Os repito que dejemos ese asunto.

— ¡Pues yo os ordeno que habléis! exclamó imperiosamente Rodolfo.

— Jamás me he espuesto á que Monseñor me mandase callar.... y espero tambien que no me obligará á hablar, dijo Murph con gravedad.

— ¡Señor Murph! exclamó Rodolfo con un acento de creciente irritacion.

— ¡Monseñor!

— Ya sabeis, caballero, que no me gustan las reticencias.

— Pero á mí me conviene usarlas, dijo brusca-mente Murph.

— Sabed, caballero, que si he descendido con vos hasta la familiaridad, ha sido con la condicion de que os elevariais hasta la franqueza.

Es imposible describir la altivez soberana de la fisonomía de Rodolfo al pronunciar estas últimas palabras.

— ¡Monseñor! tengo cincuenta años, soy noble, y no debeis hablarme así.

— ¡Callad!

— ¡Monseñor!

— ¡Callad!

— ¡Monseñor! es indigno obligar á un corazon noble á recordarse de los servicios que ha prestado.

— ¿Tus servicios? ¿Pues qué, acaso, no están suficientemente recompensados?

Es preciso advertir, que Rodolfo no habia dado á aquellas crueles palabras un sentido humillante que colocara á Murph en la posicion de un mercenario; pero desgraciadamente este último las interpretó de esta manera. Púsose encarnado de vergüenza, y llevó con violencia sus crispadas manos á su frente calva con una espresion de dolorosa in-

dignacion; luego, de repente, por un cambio súbito, dirigiendo la vista sobre Rodolfo, cuyas facciones estaban contraídas y afeadas por la violencia de un desden feroz, sofocó un suspiro, miró al joven con una especie de tierna conmiseracion, y le dijo con voz conmovida:

— ¡Monseñor, volved en vos!... ¡Reflexionad que no teneis razon!

Estas palabras bastaron para llevar á su colmo la irritacion de Rodolfo; su mirada brilló con un fuego salvaje; sus lábios se pusieron pálidos, y acercándose á Murph con gesto amenazador, exclamó:

— ¡Aun te atreves!...

Murph retrocedió, y dijo apresuradamente como á su pesar:

— ¡Monseñor, monseñor! ¡ACORDAOS DEL 13 DE ENERO!

Estas palabras produjeron sobre Rodolfo un efecto mágico. Su rostro, crispado por la cólera, cambió de repente.

Miró fijamente á Murph, bajó la cabeza, y luego, despues de un momento de silencio, murmuró con voz alterada:

— ¡Ah, Murph! ¡cuán cruel sois!... Yo habia creído.... ¡Y vos otra vez!... ¡vos!...

Rodolfo no pudo concluir; estinguióse su voz, cayó sentado sobre un banco de piedra, y ocultó la cabeza entre sus manos.

— ¡Monseñor! exclamó Murph desconsolado; mi buen monseñor, perdonadme; perdonad á vuestro viejo y fiel Murph. Observad que solo llevado al extremo, y temiendo ¡ah! no por mí.... sino por vos mismo las consecuencias de vuestra ira, he dicho eso.... Lo he dicho sin cólera, sin objeto de acusacion; lo he dicho á pesar mio y con compasion.... Monseñor, he obrado mal en ser suspicáz....

¡Dios mio! ¡quién sino yo debe conocer vuestro verdadero carácter, yo que no me he separado de vos desde vuestra infancia!... Por favor, decidme que me perdonais por haberos recordado ese funesto día.... ¡Ah! ¿no lo habeis ya expiado demasiado?...

Rodolfo levantó la cabeza: estaba muy pálido, y le dijo á su compañero con voz dulce y triste:

—Basta, basta, mi viejo amigo; te doy las gracias por haber estinguído con una palabra ese fatal extravío; no te pido que perdones de las palabras duras que te he dirigido, pues que sabes que *á veces dice la boca lo que no siente el corazón*, como se suele decir. Estaba loco; no hablemos mas de ello.

—¡Ay de mí! y ahora vais á estar triste por mucho tiempo.... soy muy desgraciado.... No deseo otra cosa mas, que veros salir de ese humor sombrío.... y os hago entrar en él nuevamente por mi necia suspicacia. ¡Ah! ¡de qué sirve ser honrado y haber encanecido, si no es para recibir con paciencia aun las quejas no merecidas! ¡Pero no! repuso Murph con una exaltacion cómica, porque contrastaba con su flema habitual; no, es sin duda necesario que á toda hora se me esté halagando, que se me diga, señor Murph, sois el modelo de los amigos; señor Murph, no hay fidelidad comparable á la vuestra; señor Murph, sois un hombre admirable; señor Murph, ¡diablo! ¡mil pestes! ¡oh! ¡oh! ¡qué bien, señor Murph! ¡bravo, señor Murph! Vamos, viejo parlanchin, haz que alaben tu calva cabeza.

Luego, acordándose de las palabras afectuosas que le habia dicho Rodolfo al principio de la conversacion, exclamó con un aumento de su grotesca violencia:

— ¡Pero no me habia llamado su bueno, su viejo,

su fiel Murph!.... ; Y yo por un infame acaloramiento!... ¡á mi edad! ¡válgame el cielo! ¡hay para arrancarme los cabellos!...

Y el digno Murph llevó sus manos á la cabeza.

Aquellas palabras y aquel gesto, eran en él la señal de haber llegado la desesperacion á su paroxismo. Desgraciadamente, ó mas bien felizmente para Murph, estaba casi completamente calvo, lo que hacia esta manifestacion *capilar* muy inofensiva aunque lo sintiera sinceramente, porque cuando la accion sucedia á la palabra, es decir, cuando sus dedos crispados no encontraban mas que la superficie del cráneo, luciente y pálida como el mármol, el digno *squire* estaba confuso y vergonzoso de su presuncion; se miraba como un hablador, como un fanfarron; pero debemos decir para disculpar á Murph de toda sospecha de farfantonería, que habia poseido la cabellera mas espesa y mas dorada que pudiera haber ornado jamás el cráneo de un caballero del Yorkshire.

Por lo regular, la distraccion de Murph respecto á su cabellera, divertia mucho á Rodolfo; pero sus pensamientos eran entonces graves, dolorosos. Por esta razon, no queriendo aumentar el sentimiento de su compañero, le dijo sonriendo con dulzura:

— Escúchame, buen Murph; tú pareces alabar sin reserva el bien que he hecho á la señora Jacinta....

— ¡Monseñor!

— Y asombrarte por mi interés hácia esa jóven huérfana.

— ¡Monseñor, por piedad!... me he engañado.... me he engañado.

— No.... lo conozco; las apariencias han podido engañarte.... Solamente, como tú conoces mi vi-

da.... toda mi vida.... como tú me ayudas con tanta fidelidad como valor en la empresa que he principiado.... es de mi deber, ó mas bien de mi reconocimiento, el convencerte que no obro con ligereza....

—Ya lo sé, monseñor.

—Tú conoces mis ideas con respecto al bien que un hombre puede hacer.... Socorrer á los infelices honrados que se quejan, está muy bien; averiguar y buscar á aquellos que luchan con honor, con energía, y venir en su socorro, algunas veces sin saberlo ellos.... prevenir á tiempo la miseria ó la tentacion que conduce al crimen.... es mucho mejor. Rehabilitar á sus propios ojos, hacer efectivamente honrados y buenos á aquellos á quienes han conservado puros algunos sentimientos generosos, en medio del desprecio que los marchita, de la miseria que les corroe, de la corrupcion que les rodea; y para conseguirlo, hacerse superior á sí mismo, al contacto de esta miseria, de esta corrupcion, de este fango.... es aun mejor. Perseguir con un ódio vigoroso, con una venganza implacable, el vicio, la infamia, el crimen, que se arrastran por el cieno, ó que vayan cubiertos de seda, es justicia.... Pero socorrer ciegamente una miseria merecida, degradar la limosna y la piedad, prostituir estas castas y piadosas consoladoras de mi alma herida.... prostituir las á seres indignos, infames, esto seria horrible, impío, sacrilego; esto seria hacer dudar de Dios, y aquel que dá debe hacer creer en él....

—Monseñor, yo no he querido decir que vuestros beneficios estaban mal dispensados.

—Oyéme aun algunas palabras, mi viejo amigo. La señora Jacinta y la pobre jóven que la he confiado, son partes de dos puntos extremos para caer

en un abismo comun.... la desgracia.... La una feliz, rica, amada, dotada de todas las virtudes, ha visto marchitada su existencia, devorada, aniquilada por un malvado hipócrita á quien la habian unido sus ciegos parientes.... Lo digo con alegría: á no ser por mí, esa infeliz muger hubiera espirado de miseria y de necesidad, porque la vergüenza la impedia dirigirse á nadie.

— ¡Ah, monseñor! cuando llegamos á aquella choza, ¡qué espantosa pobreza descubrimos! ¡Aquello era horroroso.... sí, horroroso!... Y cuando despues de su enfermedad se ha despertado, por decirlo asi, en este sitio, en esta casa tan tranquila, ¡qué sorpresa! ¡qué reconocimiento!... teneis razon, monseñor; ver socorrer tales infortunios, hace creer en Dios....

— Socorrerlos, es honrar al Señor; lo reconozco, nada es mas celestial que la virtud serena y reflexiva; nada mas respetable que una muger como la señora Jacinta, que educada por una madre piadosa y buena, en una inteligente observancia de todos los deberes, no ha faltado jamás.... jamás.... y ha atravesado con valor por las mas espantosas pruebas.... ¿Pero no es honrar á Dios en lo que tiene de mas divino, retirando del fango una de aquellas raras naturalezas que se ha complacido en dotar?... ¿No merece tambien piedad, interés, respeto.... sí, respeto, la desgraciada jóven, que abandonada á su solo instinto, que atormentada, aprisionada, envilecida, manchada, ha conservado santamente en el fondo de su corazon los nobles gérmenes que Dios habia sembrado en él? ¡Si hubieras oido á aquella pobre criatura.... á la primera palabra de interés que le he dirigido, á la primera frase afectuosa que ha oido.... cómo se han despertado á un tiempo en su alma ingénua los mas

brillantes instintos, los gustos mas puros, los pensamientos mas delicados, los mas poéticos, así como en la primavera las mil flores silvestres de las praderas se abren al menor rayo del sol.... sin saberlo! En esta conversacion de una hora con un pobre obrero, he descubierto en María los tesoros de bondad, de gracia, de sabiduría; sí, de sabiduría, mi viejo Murph. Mi boca se ha cubierto de una sonrisa, y de mis ojos ha saltado una lágrima cuando con su inocente lenguaje, lleno de razon, me probó que debia economizar cuarenta sueldos diarios para ser superior á la necesidad y á las malas tentaciones. ¡Pobre niña! Decia esto con un tono tan penetrado, tan sério; experimentaba tan dulce satisfaccion dándome un sábio consejo, tan dulce alegría oyéndome prometer que lo seguiría.... Yo estaba conmovido.... ¡oh! conmovido hasta hacerme derramar lágrimas, ya te lo he dicho.... Y se me acusa de ser estragado, duro, inflexible.... ¡Oh! ¡no, no, gracias á Dios! algunas veces siento aun latir mi corazon ardiente y generoso.... Pero tú mismo estás enternecido, mi viejo amigo. Vamos, María no estará celosa de la señora Jacinta; tambien tú te interesas en su suerte.

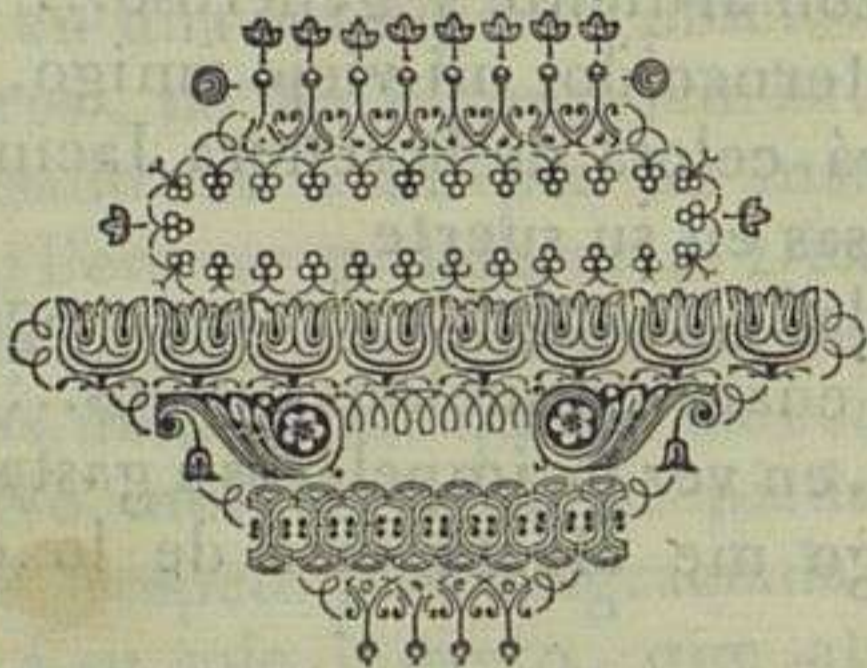
— Es verdad, monseñor.... ese rasgo de haceros economizar cuarenta sueldos diarios.... creyéndoos jornalero.... en vez de impeleros á gastar por ella.... sí, ese rasgo me afecta mas de lo que debiera tal vez.

— Y cuando pienso, que segun dicen, esa niña tiene una madre rica, honrada, que la ha abandonado indignamente.... ¡Oh! si esto es cierto.... lo sabré.... sí, así lo espero.... yo te diré cómo. ¡Oh! si fuera cierto, ¡infeliz.... infeliz de esa muger! Tendrá que sufrir una terrible expiacion... Murph, Murph.... jamás he sentido sentimien-

tos de odio mas implacables que pensando en esa muger á quien no conozco. Ya lo sabes, Murph.... ya lo sabes.... ciertas venganzas me son queridas; ciertas penas muy preciosas.... ¡tengo sed de ciertas lágrimas!

— ¡Ay de mí! monseñor, dijo Murph, afligido de la espresion de infernal complacencia que se pintaba en el rostro de Rodolfo hablando de este modo: ya lo sé; aquellos que merecen interés y compasion, han dicho á menudo de vos: *es un ángel de bondad*. Los que merecen odio y desprecio, han exclamado maldiciéndoos en su desesperacion: *¡es un demonio infernal!*

— Calla, que vienen hácia aqui la señora Jacinta y María.... Haz que todo esté dispuesto para partir, porque debemos estar temprano en París.



CAPÍTULO XIV.



LA DESPEDIDA.

Maria (en adelante daremos este nombre á la Guillabaora), gracias á los cuidados de la señora Jacinta, estaba desconocida. Un sombrerillo de aldeana y dos espesos grupos de cabellos castaños, encerraban el rostro virginal de la jóven. Una ancha pañoleta de muselina blanca se cruzaba sobre su seno, y se perdía debajo de un delantal de tafetan escocés, cuyas listas azules y encarnadas se destacaban del fondo sombrío de un vestido carmelita que parecia haberse hecho espresamente para Maria.

Su fisonomía estaba profundamente abstraída; hay felicidades que infunden en el alma una inefable tristeza y una santa melancolía. Rodolfo esperaba la gravedad de Maria, y no le sorprendió; y

si hubiera estado alegre y habladora, hubiera formado de ella una idea menos elevada. Tuvo la precaucion de no dirigirle la menor alabanza sobre su belleza, que brillaba sin embargo entonces mas que nunca.

Rodolfo sentia que habia algo de solemne, de augusto en aquella especie de redencion de un alma arrancada al vicio....

Veíase en las facciones tristes y resignadas de la señora Jacinta el sello de largas penas y profundos pesares; miraba á María con una apacibilidad, con una compasion ya casi maternal; tan simpáticas eran la gracia y la dulzura de la jóven.

—Aquí teneis á *mi hija*.... que viene á daros gracias por vuestras bondades, dijo la señora Jacinta presentando á María á Rodolfo.

A estas palabras de *mi hija*, María alzó lentamente los ojos hácia su protectora, y la contempló por algunos momentos con una espresion indefinible de reconocimiento.

—Gracias en nombre de María, mi querida señora Jacinta: ella es digna de ese tierno interés.... y lo merecerá siempre.

—Señor Rodolfo, dijo María con una voz trémula; ya comprendereis.... que no hallo palabras con que poderos espresar....

—Vuestra emocion me lo dice todo, María....

—¡Oh! ella conoce que su felicidad es providencial, dijo la señora Jacinta enternecida. Su primer movimiento al entrar en mi cuarto, ha sido arrodillarse á los pies del crucifijo.

—Es porque ahora, gracias á vos, señor Rodolfo, me atrevo á orar.... dijo María dirigiendo la vista á su amigo.

Murph se volvió bruscamente: su flema inglesa, su dignidad de *squire*, no le permitian dejar ver

hasta qué punto le conmovian las sencillas palabras de la jóven.

Rodolfo dijo á María:

—Hija mia, yo tengo que hablar con la señora Jacinta.... mi amigo Murph te acompañará á la granja.... y te dará á conocer tus futuros protegidos.... Al momento iremos á reunirnos con vosotros.... ¡Hola! ¡Murph!... ¡Murph! ¿qué no me oyes?...

El buen anciano volvió entonces la espalda, y fingiendo un estornudo formidable, se limpió las lágrimas, metió luego el pañuelo en el bolsillo, calóse el sombrero hasta los ojos, y volviéndose un poco, ofreció el brazo á María, habiendo obrado con tal habilidad, que ni Rodolfo ni la señora Jacinta pudieron observar su rostro. Tomando el brazo de la jóven, se dirigió rápidamente hácia las habitaciones de la granja, marchando tan de prisa, que María para seguirle se vió obligada á correr como corria en su infancia tras de la Mochuelo.

—Y bien, señora, ¿qué pensais de María? dijo Rodolfo?

—Os he dicho que apenas entró en mi cuarto y vió á mi Cristo, corrió á arrodillarse.... Me es imposible esplicaros todo cuanto ha habido de espontáneo, de naturalmente religioso en ese movimiento: al momento he comprendido que su alma no estaba degradada. Y luego, señor Rodolfo, la expresion de su reconocimiento hácia vos, no tiene nada de exagerada.... de enfática; es enteramente sincera. Otra cosa hay tambien que os probará cuán poderoso es en ella el instinto religioso: yo le he dicho: «¿Os habreis debido asombrar mucho y consideraros feliz cuando el señor Rodolfo os ha anunciado que en adelante permaneceréis aqui?...

¡Cuán profunda impresion debe haberos causado!... — ¡Oh! sí, me ha respondido; cuando el señor Rodolfo me lo ha anunciado, entonces no sé lo que ha pasado en mi interior repentinamente; pero he experimentado la especie de felicidad piadosa, de santo respeto que experimentaba cuando entraba en una iglesia.... cuando podía entrar.» Ha añadido: «Porque debeis saber, señora....» Yo no la he dejado concluir al ver que su cara se cubria de vergüenza. «Ya lo sé, hija mia, y así os llamaré en adelante si gustais; ya sé que habeis sufrido mucho; pero Dios bendice á los que le aman y le temen.... á los que han sido desgraciados y se arrepienten....»

— Ahora, mi señora Jacinta, estoy doblemente contento de lo que he hecho. Esa pobre niña os interesará.... no tendreis mas que sembrar para coger: habeis acertado en vuestro juicio; sus instintos son escelentes.

— Lo que mas me ha interesado, señor Rodolfo, es que no me ha hecho la mas mínima pregunta respecto á vos, aun cuando su curiosidad debiera ser bien grande. Admirada de esta reserva, llena de delicadeza, quise saber si era casual, y la dije: «Debeis tener mucha curiosidad en saber quién es vuestro misterioso bienhechor. — *Ya lo sé....* me respondió con una sencillez encantadora; *se llama mi bienhechor.*»

— Así es, que la amareis. Esceleute muger; su compañía os será grata.... Ella ocupará al menos un poco vuestro corazon.

— Sí, me ocuparé de ella.... como me hubiera ocupado de *él*, dijo la señora Jacinta con voz de vivo pesar.

Rodolfo la cogió la mano diciendo:

— Vamos, vamos, no os desanimeis completa-

mente.... Si nuestras investigaciones han sido vanas hasta hoy.... tal vez un día....

La señora Jacinta meneó tristemente la cabeza, y dijo con amargura:

— Mi pobre hijo tendría ahora veinte años....

— Decid mas bien que tiene esa edad.

— ¡Dios lo haga y os escuche, señor Rodolfo!...

— Así sea como lo espero.... Ayer estuve también á buscar, aunque infructuosamente, á cierto tuno llamado el Zurdillo, que según me dijeron, podría darme noticias de vuestro hijo. Al bajar de casa del Zurdillo.... y después de una riña, he encontrado á esa infeliz jóven....

— ¡Ah! ¡tanto mejor! á lo menos, vuestro interés hácia mí os ha puesto en el caso de encontrar á un nuevo desgraciado.

— Hace además largo tiempo que yo quería explorar esas clases miserables.... estando casi seguro que había también allí muchas almas que pueden arrebatarse al viejo Satan, con quien á menudo me divierto en combatir, añadió Rodolfo sonriendo, y á quien arrebató á veces sus mejores presas.

Luego continuó con tono sério:

— ¿No habeis recibido noticia alguna de Rochefort?

— Ninguna, dijo la señora Jacinta en voz baja estremeciéndose.

— ¡Tanto mejor!... aquel mónstruo habrá encontrado la muerte en los fosos al tratar de evadirse.... Sus señas son demasiado conocidas; es un malvado demasiado temible para que no se haya puesto el mayor cuidado posible en descubrirle.... y desde hace unos seis meses que ha desaparecido de pre....

Rodolfo se contuvo en el momento de pronunciar aquella horrible palabra.

— ¡De presidio! ¡oh! decidlo, de presidio.... esclama-

mó aquella desgraciada con horror y con voz casi estinguida. ¡El padre de mi hijo!... ¡ah! si ese desgraciado hijo vive aun.... si no ha cambiado de nombre como yo, ¡qué vergüenza.... qué vergüenza! Y esto no es aun lo peor.... su padre tal vez haya cumplido su horrible promesa.... ¡Ah! señor Rodolfo, perdonadme; pero á pesar de vuestros beneficios, soy aun muy infeliz....

— Pobre muger, tranquilizaos.

— Algunas veces me acometen horribles terrores: se me figura que mi marido se ha escapado sano y salvo de Rochefort, que me busca para matarme, como puede haber muerto á nuestro hijo; porque, en fin, ¿qué ha hecho de él, que ha hecho de él?

— Este misterio es el sepulcro de mi imaginacion, dijo Rodolfo con aire pensativo: ¿con qué interés se ha llevado ese miserable á vuestro hijo, cuando intentó hace quince años, segun me dijisteis, pasar á pais extranjero? Un niño de aquella edad no podia hacer mas que embarazar su fuga....

— ¡Ay de mí! cuando mi *marido* (la infeliz se estremeció al pronunciar este nombre), arrestado en la frontera, fué conducido nuevamente á Paris y metido en la cárcel, donde me permitieron entrar, no me dijo mas que estas horribles palabras: «Yo me llevé á tu hijo porque le amas, y porque este es un medio para que me mandaras dinero, del que podrá aprovecharse.... ó no, segun me acomode.... Que viva ó que muera, poco importa.... pero si vive, está en buenas manos, y el hijo te honrará del mismo modo que su padre.» ¡Ay de mí! un mes despues mi marido estaba condenado á cárcel perpétua.... Despues.... las instancias, los ruegos de que estaban llenas mis cartas, todo ha sido en vano; nada he podido saber de la suerte de aquel hijo.... ¡Ah! señor Rodolfo, ¿dónde se encuentra ahora mi

hijo? Jamás se apartan de mi imaginacion aquellas espantosas palabras: «El hijo te honrará del mismo modo que su padre.»

—Pero eso seria una atrocidad inesplicable: ¿por qué viciar, corromper á ese niño infeliz? Y sobre todo, ¿por qué arrebatárosle?

—Ya os lo he dicho, señor Rodolfo, para obligarme á que le mandase dinero: aunque me habia arruinado, me quedaban aun algunos recursos, que se agotaron de este modo.... A pesar de sus maldades, jamás podia creer que no empleara al menos alguna parte de aquellas cantidades en hacer educar á aquel hijo infeliz....

—¿Y vuestro hijo no tenia ninguna señal, ningun indicio que pudiera servir para reconocerle?

—No tenia mas que el que os he dicho otras veces: un Espiritu-Santo esculpido en lápiz-lazuli, y puesto en su cuello pendiente de una cadena de plata: esta reliquia, bendecida por el Padre Santo, era de mi madre que la habia llevado cuando era pequeña, y la tenia en mucha veneracion. Yo tambien la habia llevado, y asimismo la habia colocado en el cuello de mi hijo. ¡Ay de mí! ¡ese talisman ha perdido su virtud!

—¿Quién sabe, señora? El poder de Dios se estiende á mucho.

—¿No me ha proporcionado la Providencia vuestros socorros, señor Rodolfo?

—Demasiado tarde, mi buena señora Jacinta, demasiado tarde. Tal vez hubiera podido evitaros algunos años de padecimientos....

—¡Ah, señor Rodolfo! ¿no me habeis colmado de beneficios?

—¿En qué? Yo he comprado esta granja. En los dias de vuestra fortuna cuidabais y haciais por vos misma prosperar vuestras propiedades: habeis con-

sentido en servirme de administrador, y gracias á vuestros escelentes cuidados, á vuestra inteligente actividad esta casa de campo me produce....

—¿Os produce, monseñor? dijo la señora Jacinta interrumpiendo á Rodolfo. ¿Pues no pago yo el arrendamiento al señor cura? ¿Y no distribuye esa suma, segun vuestras órdenes, en limosnas?

—¿Y no es un escelente producto? Pero, ¿no habeis avisado al señor cura de mi llegada? Debo recomendarle mi protegida. ¿Habrá recibido mi carta?

—El señor Murph se la ha llevado esta mañana cuando ha llegado.

—En aquella carta referia en pocas palabras á nuestro buen cura, la historia de esa pobre niña, pues como no estaba seguro de poder venir hoy, habia pensado que Murph acompañase á María.

Un criado de la granja interrumpió la conversacion que habia tenido lugar en el jardin.

—Señora Jacinta, el señor cura os espera.

—Muchacho, ¿han llegado los caballos de posta? dijo Rodolfo.

—Sí, señor Rodolfo; ya está dispuesto el carruaje.

Y el criado se retiró del jardin.

La señora Jacinta, el cura y los habitantes de la granja, no conocian al protector de María mas que con el nombre del señor Rodolfo.

La discrecion de Murph era impenetrable: cuanta mas puntualidad tenia estando á solas de *monseñorar* á Rodolfo, tanto cuidaba delante de los estraños de no llamarle de otro modo que *señor Rodolfo*.

—Habia olvidado deciros, señora Jacinta, dijo Rodolfo, que María, á mi entender, está débil del pecho.... las privaciones, la miseria, han alterado su salud. Esta mañana me asusté de su palidéz, á pesar de que sus megillas estaban teñidas de un vivo sonrosado: sus ojos me han parecido que brillaban

con esplendor febril.... será necesario que tengais con ella muchos cuidados.

—Dejadle á mi cargo , señor Rodolfo.... pero, gracias á Dios , no es cosa grave. En esa edad , en el campo , con el aire puro , con el descanso y la felicidad , pronto se restablecerá.

—Asi lo creo.... Pero no importa : me fio poco de vuestros médicos del campo.... ya encargaré á Murph que traiga aqui un médico instruido , y él indicará el mejor régimen que debe seguirse. Me ireis dando á menudo noticias de María , y dentro de algun tiempo , cuando esté reposada y tranquila trataremos de su colocacion. Tal vez le convendria mas el permanecer siempre en vuestra compañía, si su carácter y su conducta os agrada.

—Ese seria mi deseo , señor Rodolfo. Ella reemplazaría al hijo á quien estoy llorando todos los dias.

—En fin , esperemos , por vos y por ella.

En el momento en que Rodolfo y la señora Jacinta se acercaban á la granja, llegaban tambien por su lado Murph y María. Esta se hallaba animada por el paseo. Rodolfo hizo observar á la señora Jacinta la coloracion de las mejillas de la jóven , colores vivos , circunscritos , que contrastaban mucho con la blancura de su téz. Murph dejó el brazo de Flor celeste , y acercándose al oido de Rodolfo le dijo con un aire casi confuso:

—Esa criatura me ha encantado, y al presente casi no puedo decir quién me interesa mas; si ella, ó la señora Jacinta.... Era un bestia feroz y salvaje.

—No te arranques por eso los cabellos, viejo Murph, dijo Rodolfo sonriendo y apartando la mano del *squire*.

La señora Jacinta , apoyándose sobre el brazo de María, entró con ella en la sala del piso bajo, donde

estaba esperando el señor cura.... Murph se fué á disponer lo necesario para la marcha.

La señora Jacinta, María, Rodolfo y el cura quedaron solos.

Sencillo, y al mismo tiempo elegante, era aquel salon, que estaba vestido y moblado como todo lo demas de la casa, con exactitud á la pintura que habia hecho Rodolfo á la Guillabaora. Una espesa alfombra cubria el piso, ardia un brillante fuego en el hogar, y dos enormes ramilletes de hermosas flores de varios colores, colocados en dos jarros de cristal, esparcian por aquel aposento su ligero olor balsámico. Al través de las verdes persianas medio abiertas se veía la pradera, el arroyo y el ribazo plantado de castaños.

El cura que estaba sentado junto á la chimenea, tenia ya mas de ochenta años, y servia aquella pobre parroquia desde los últimos dias de la revolucion. No podía verse nada mas venerable ni mas dulcemente imponente que su fisonomia senil, flaca y un poco consumida por el padecimiento, rodeada de los largos cabellos blancos que caían sobre el cuello de su sotana negra y remendada en varios parages, pues que aquel sacerdote preferia, segun habia manifestado en algunas ocasiones, vestir á dos ó tres pobres niños de una buena tela bien caliente, que *hacer el pisaverde*, es decir, conservar sus sotanas menos de dos ó tres años.

El buen eclesiástico era tan viejo, tan viejo, que sus manos estaban siempre temblando: habia en aquel movimiento algo de patético, y hubiérase dicho que cuando algunas veces levantaba las manos al hablar, estaba haciendo bendiciones.

Rodolfo observaba á María con interés. Si la hubiera conocido menos, ó no hubiera adivinado su pensamiento, se hubiera maravillado al verla acer-

car al sacerdote con una especie de piadosa serenidad. El admirable instinto de María le decia que la vergüenza concluye en donde el arrepentimiento y la expiacion principian.

— Señor cura , dijo respetuosamente Rodolfo , la señora Jacinta ha tenido á bien encargarse de esta jóven , que os recomiendo tambien.

— Ella tiene un derecho á mis cuidados como todos aquellos que vienen á pedirlos. La clemencia de Dios es inagotable , hija mia : él os la ha probado no abandonándoos en medio de pruebas bien dolorosas. Ya lo sé todo.... Y tomó la mano de María con las suyas trémulas y venerables. El hombre generoso que os ha salvado , ha analizado aquellas palabras de la escritura : « *El señor está cerca de aquellos que le invocan : realizará los deseos de los que le temen , escuchará su voz y los salvará.* » Ahora procurad sus beneficios por vuestra conducta ; siempre me hallareis para daros valor y sosteneros en la buena senda que acabais de entrar.... En la señora Jacinta tendreis todos los dias un ejemplo.... en mí hallareis un consejero vigilante.... y el Señor terminará su obra....

— Y yo le rogaré por aquellos que se han compadecido de mí , y que me han hecho volver hácia él , padre mio , dijo María.

Por un movimiento casi involuntario , cayó de rodillas ante el sacerdote. Su emocion era demasiado fuerte , y los sollozos la sofocaban. La señora Jacinta , Rodolfo y el cura estaban profundamente conmovidos.

— Levantaos , hija mia , dijo el cura , no tardareis mucho en merecer la absolucion de las grandes faltas de que mas bien habeis sido víctima que culpable ; porque para hablar aun con el profeta : « *El Señor sostiene á todos aquellos que es-*

tán próximos á caer , y levanta á los que ve prostrados.»

—Adios , María , le dijo Rodolfo dándole una cruccita de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro , y luego añadió : Conservad esta cruz como una memoria mía : en ella he mandado grabar esta mañana la fecha de vuestra libertad.... de vuestra redencion. No tardaré en volver á veros.

María llevó la cruz á sus labios.

Murph abrió en aquel momento la puerta de la sala.

—Señor Rodolfo , los caballos están prontos.

—Adios , padre mio.... adios , señora Jacinta.... os recomiendo vuestra niña.... adios , María , adios.

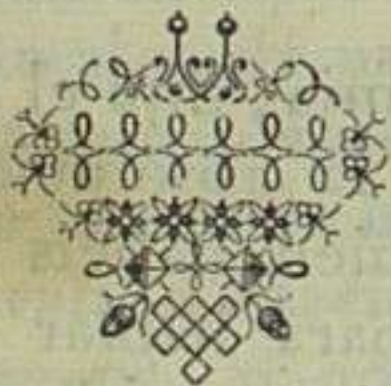
El venerable pastor , apoyado en los brazos de la señora Jacinta y de María que sostenian sus vacilantes pasos , salió de la habitacion para ver partir á Rodolfo. Los últimos rayos del sol coloraban nuevamente aquel grupo interesante y triste.

Un anciano sacerdote , símbolo de la caridad, del perdon y la eterna esperanza.

Una muger que ha pasado por todos los dolores que pueden agoviar á una esposa , á una madre.

Una jóven , salida apenas de la infancia y arrojada hasta entonces en el abismo del vicio por la miseria y la infame obresion del crimen.

Rodolfo subió en el carruage : Murph se sentó á su lado , y los caballos partieron á galope.






CAPÍTULO XV.



LA CITA.

 El siguiente día del que había confiado á la señora Jacinta el cuidado de la Guillabaora, se encontraba Rodolfo, vestido siempre de jornalero, sobre las doce, á la puerta de la taberna del *Canastillo florido*, situada á poca distancia de la muralla de Bercy.

La vispera á las diez de la noche había asistido con exactitud el Terrible á la cita dada por Rodolfo, y en este mismo capítulo se verá el resultado de dicha cita.

Era, pues, medio día, y llovía á torrentes: el Sena, engrosado por las lluvias casi continuas, había llegado á una enorme altura, é inundaba una parte del malecón. Rodolfo miraba á cada momento con impaciencia hácia el lado de la muralla,

hasta que por fin divisó á lo lejos á un hombre y una muger que se adelantaban guarecidos con un para-aguas, y reconoció al Dómine y la Mochuelo.

Aquellos dos personajes estaban completamente metamorfoseados: el bandido habia abandonado sus asquerosos vestidos y su aspecto de feroz brutalidad: llevaba un leviton verde y un sombrero redondo, y su corbata y camisa eran de una extrema blancura. Si no fuera por la espantosa fealdad de sus facciones y el brillo feroz de su mirada, siempre ardiente y móvil, se hubiera tomado á aquel hombre, de andar apacible y seguro, por un honrado artesano.

La tuerta, acicalada tambien, llevaba una gorra blanca, un gran chal con franjas de seda, vestido de cachemir, y una cesta en el brazo.

La lluvia habia cesado por un momento; Rodolfo experimentó un movimiento de aversion, y marchó directamente hácia aquella terrible pareja.

Al lenguaje general de sus compañeros de maldad, habia sustituido el Dómine un lenguaje casi escogido, que parecia tanto mas horrible, cuanto que anunciaba un espíritu cultivado, y contrastaba con la bribonería sanguinaria de aquel malvado.

Cuando Rodolfo se acercó á él, el Dómine le hizo un saludo profundo, y la Mochuelo se inclinó tambien.

— Señor.... soy vuestro humilde servidor.... dijo el Dómine. Os ofrezco mis servicios gustoso de entablar.... ó mas bien anudar nuestras relaciones.... porque anteayer me habeis regalado un par de puñetazos capaces de anonadar á un rinoceronte.... pero dejemos eso á un lado; es sin duda una chanza que quisisteis gastar conmigo; sí, una simple chanza.... no pensemos ya mas en ello.... otros intereses mas graves nos reunen. Anoche á las once

ví al Terrible en la tasca ; le cité aqui para esta mañana en caso que quisiera ser nuestro colaborador ; mas parece que rehusa decididamente.

—¿Pero vos acceptais?

— Si no lo tomáis á mal , señor.... ¿cómo os llamais?

—Rodolfo.

—Señor Rodolfo.... podemos entrar en el *Canastillo florido*.... pues ni yo ni la señora nos hemos desayunado.... y hablaremos de nuestros negocios mientras tomamos algo.

—Como queráis.

—Podemos seguir hablando por el camino: vos y el Terrible debeis, sin poderlo negar , una indemnizacion á mi muger y á mi : nos habeis hecho perder mas de dos mil francos. La Mochuelo tenia una cita cerca de San Oüen con un caballero alto enlutado que habia venido á preguntar por vos á la tasca la otra tarde ; él proponia darnos dos mil francos si os hacíamos cierta cosa que debia indicarnos.... El Terrible me ha insinuado algo de lo que era ... Pero ahora que pienso , Mochuelo , dijo el bandido , véte á prepararnos un cuarto en el *Canastillo florido* , y encarga para el almuerzo unas chuletas, un poco de ternera, una ensalada y dos botellas de vino superior ; luego iremos alli.

La Mochuelo no habia perdido un instante de vista á Rodolfo, y antes de partir habia dado al Dómine una mirada de inteligencia. Este último continuó:

—Os estaba diciendo, señor Rodolfo, que el Terrible me habia instruido del objeto que llevaba sobre vos el enlutado que me habia ofrecido los dos mil francos....

—Bien , bien....

—No tan bien, caballero ; porque habiendo en-

contrado el Terrible ayer mañana á la Mochuelo cerca de San Oüen, no se ha separado de ella un momento cuando se ha presentado el hombre vestido de negro; de manera que este no se ha atrevido á acercarse. Asi es que se necesita que nos indemniceis de los dos mil francos, sin contar quinientos por una cartera que debíamos devolverle, pero que no le hubiéramos entregado, porque la hemos inspeccionado, y contiene papeles que nos han parecido de mas valor.

— Con que es decir, que contiene grandes valores.

— Contiene papeles que me han parecido muy curiosos, aunque la mayor parte estén escritos en inglés: y yo los guardo aqui, dijo el bandido dando con la mano sobre el bolsillo que llevaba en su leviton.

Sabiendo Rodolfo que el Dómine conservaba aun los papeles robados de Tom la ante vispera, se alegró mucho, porque eran para él de alta importancia. Sus instrucciones al Terrible, no habian llevado otro objeto que el de impedir que Tom se acercara á la Mochuelo, pues de este modo ella guardaria la cartera, que podria aun llegar á poder de Rodolfo.

— Yo sin embargo conservo esos papeles para una ocasion favorable, dijo el bandido, porque he encontrado las señas de donde vive su dueño, y de una manera ó de otra lo volveré á ver.

— Si quereis podremos arreglarnos tambien.... si sale bien el golpe que tengo meditado, os compraré esos papeles, porque conozco mejor que vos al dueño.

— Veremos.... Mas ahora volvamos á nuestro asunto.

— Vamos á ello: yo habia propuesto al Terrible

un negocio soberbio, que al pronto aceptó, pero luego volvió atrás.

— Siempre ha tenido ideas singulares....

— Pero al volverse atrás me observó....

— Os hizo observar....

— ¡Diablo!... estais muy alerta en puntos gramaticales.

— Como buen Dómine; por eso me pusieron este nombre.

— Me hizo observar que si él no entraba en la operacion, no por ello debia agraviarse á otros, y que vos podriais ayudarme.

— ¿Y podré saber sin ser indiscreto, por qué citasteis ayer mañana al Terrible en San Oüen? Esto le produjo la ventaja de encontrarse alli con la Mochuelo, y sobre este particular no supo él qué responderme.

Rodolfo se mordió imperceptiblemente los labios, y respondió encogiéndose de hombros:

— Ya lo creo, porque yo no le habia confiado del todo mi proyecto.... ya podeis suponer que el motivo era porque no sabia aun si se decidiria completamente....

— Eso era lo mas prudente....

— Tanto mas prudente, cuanto que tenia el pie en dos zapatos.

— ¡De veras!...

— Ciertamente.

— Sois hombre de mucha precaucion.... Con que habiais citado al Terrible á San Oüen para....

Rodolfo, despues de vacilar un momento, tuvo la felicidad de hallar un espediente verosímil para cubrir la torpeza del Terrible, y replicó:

— Hé aqui el negocio: el golpe que propongo es escelente, porque el dueño de la casa está en el campo.... mi único cuidado es de que vuelva, y

para tranquilizarme, me dije, tengo que hacer una cosa....

—Aseguraros de dónde se hallaba efectivamente.

—Eso es : parto para Pierrefite, donde se halla su casa de campo.... allí tengo una prima de criada.... ¿comprendéis?

—Perfectamente, camarada; ¿y qué?

—Mi prima me ha dicho que su amo no volverá á París hasta pasado mañana....

—¿Pasado mañana?

—Sí.

—Muy bien.... Pero volvamos á mi pregunta.... ¿por qué citasteis al Terrible á San Oüen?

—Sois muy torpe.... ¿Cuánto dista Pierrefite de San Oüen.

—Sobre una legua.

—¿Y San Oüen de París?

—Otro tanto.

—Pues bien : si no hubiese encontrado á nadie en Pierrefite, estando la casa desierta.... tambien se hubiera podido dar un buen golpe.... menos bueno que en París, pero podia pasar.... Volvia á San Oüen á buscar al Terrible que me esperaba, íbamos á Pierrefite por un atajo que yo conozco, y....

—Ya comprendo : ¿y si al contrario se hubiera podido dar el golpe en París?

—Nos dirigíamos por la muralla de la Estrella al camino de la Revolte, y de allí al paseo de las Viudas....

—No hay mas que un paso; eso es muy sencillo. En San Oüen estabais preparado á las dos operaciones.... eso era mucho precaver. Ahora comprendo ya la existencia del Terrible en San Oüen.... Dejábamos, pues, que la casa del paseo de las Viudas estará inhabitada hasta pasado mañana.

—Inhabitada.... escepto del portero.

—Por supuesto.... ¿y es una operacion ventajosa?

—Mi prima me ha hablado de sesenta mil francos en oro que hay en el gabinete de su amo.

—¿Y sabeis que existan?

—Como si estuvieran en mi bolsillo.... mi prima está en la casa hace ya un año.... y á fuerza de oirla hablar de cantidades que su amo retira de cuando en cuando del banco para darles otra colocacion, me ha dado la idea de.... Como el portero es vigoroso, he hablado al Terrible.... habia despues de varias contestaciones consentido.... pero se ha retraido. Sin embargo, él es incapáz de vender á un amigo.

—Eso no.... Pero ya hemos llegado. No sé si os sucederá lo que á mí, pues el aire de la mañana me ha despertado el apetito....

La Mochuelo estaba sobre el lindar de la puerta de la taberna.

—Por aqui, dijo ella, por aqui: ya he mandado disponer el almuerzo.

Rodolfo queria hacer entrar delante al bandido, para lo cual tenia sus razones; pero este puso tanto conato en defenderse de aquel cumplimiento, que Rodolfo pasó el primero.

Antes de sentarse á la mesa, el Dómine dió unos ligeros golpes sobre uno y otro tabique, que separaba los demas cuartos, para examinar su espesor y su sonoridad.

—No habrá necesidad de hablar en voz muy baja, dijo, porque las paredes no son muy delgadas. Nos servirán todo lo que hemos pedido á la vez, y asi no tendremos que interrumpir la conversacion.

Una criada de la taberna puso el almuerzo sobre la mesa.

Antes de cerrarse la puerta, vió Rodolfo al carbonero Murph, gravemente sentado en el gabinete inmediato.

La habitacion en que tenia lugar la escena que describimos, era larga, estrecha, y estaba iluminada por una ventana que estaba frente á la puerta y daba á la calle.

La Mochuelo daba la espalda á aquella ventana; el Dómine estaba á un lado de la mesa, y Rodolfo al otro. Asi que salió la criada, se levantó el bandido, tomó su cubierto, y fué á sentarse junto á Rodolfo, de modo que le interceptaba la puerta.

— Asi hablaremos mejor, dijo á Rodolfo, sin necesidad de levantar tanto la voz.

— Y tambien os colocais entre la puerta y mi persona para impedirme salir, replicó Rodolfo con frialdad.

El Dómine hizo un gesto afirmativo; luego, sacando del bolsillo de su leviton un estilete, largo y redondo, del grosor de una pluma de gamo, con un puño de madera, que desaparecia bajo sus vellosos dedos, le dijo:

— ¿Veis este chisme?...

— Sí....

— Aviso á quien corresponda.

Y frunció sus cejas por un movimiento que arrugó su frente ancha y lisa como la de un tigre, é hizo un gesto significativo.

— Y podeis creer que está corriente, pues yo misma he afilado el *atacador* (1) de mi hombre, añadió la tuerta.

Rodolfo, con una maravillosa serenidad, metió la mano debajo de su blusa, sacó un cachorrillo de dos cañones, lo enseñó al Dómine, y lo volvió á meter en su bolsillo.

— Hemos venido para entendernos, dijo el bandido; pero creo que no me habeis comprendido....

(1) El puñal.

Voy á suponer un imposible.... pero sin embargo os advierto, que si vinieran á prenderme, bien fuera que me hubierais tendido un lazo ó no.... os enviaba antes á cenar con Satanás. Y al decir esto dirigió á Rodolfo una mirada feroz.

—Y si es necesario, yo saltaré sobre él para ayudarte, dijo la Mochuelo.

Rodolfo no contestó palabra; se encogió de hombros, se echó un vaso de vino, y lo bebió. Esta sangre fría impuso al Dómine.

—Solamente os lo he dicho por una advertencia.

—¡Bien, bien! Volved á meter en el bolsillo vuestra lardera, porque aqui no hay pollo alguno que mechar. Yo soy gallo viejo, camarada, y tengo buenos espolones, dijo Rodolfo. Ahora hablemos de nuestro negocio....

—Hablemos del negocio.... pero no digais mal de mi lardera. Esta no hace ruido alguno, y no espanta la caza....

—Y hace la operacion con mucha limpieza, ¿no es verdad, chulo? dijo la tuerta.

—A propósito, dijo Rodolfo á la Mochuelo: ¿es cierto que conocéis á la familia de la Guillabaora?

—Mi hombre ha puesto en la cartera del enlutado dos cartas que hablan de ella.... Pero no las verá la picarona.... Antes le sacaria los ojos con mis manos.... ¡Oh! cuando vuelva á hallarla en la tasca, ya le arreglaré bien la cuenta.

—Vamos, vamos, dejad esas tonterías.... de lo que hemos de hablar es de ese negocio.

—¿Y puede *garlarse* delante de esa muger? preguntó Rodolfo.

—Con toda confianza: está bien experimentada, y podrá sernos de gran recurso para vigilar, tomar informes, averiguar, vender, etc.; tiene todas las

cualidades de una excelente muger de gobierno.... ¡Mi buena Mochuelo!... añadió el bandido tendiendo su mano á la horrible vieja.... no podeis tener una idea de los servicios que me ha prestado.... pero mas vale que ahora te quites tu chal.... y asi no tendrás tanto frio cuando salgas.... ponlo sobre la silla donde está tu cestilla....

La Mochuelo se quitó el chal.

A pesar de su presencia de espíritu y el dominio que tenia sobre sí mismo, no pudo Rodolfo reprimir un movimiento de sorpresa al ver suspendido por un anillo de plata á una gruesa cadena de similar que la vieja llevaba al cuello, un Espíritu-Santo de lápiz-lazuli, conforme en un todo á la descripción que la señora Jacinta habia hecho del que llevaba al cuello su hijo cuando su desaparición. A este descubrimiento se presentó á la imaginación de Rodolfo una idea súbita. Segun habia dicho el Terrible, el Dómine, desertor de presidio, hacia seis meses habia burlado, desfigurándose, todas las pesquisas de la policía.... y tambien hacia seis meses que el marido de la señora Jacinta habia desaparecido de presidio sin que se supiera su paradero. Por esta estraña coincidencia pensó que el Dómine podria ser muy bien el marido de aquella desgraciada. Aquel miserable habia pertenecido á una clase acomodada de la sociedad.... y el Dómine se espresaba á menudo en frases escogidas.

Una idea despierta otra por lo regular. Rodolfo recordó entonces, que contándole un dia con enternecimiento la señora Jacinta el arresto de su marido, habló de la resistencia desesperada de aquel mónstruo, que estuvo próximo á escaparse por su fuerza hercúlea. Si aquel bandido era el marido de la señora Jacinta, debia saber el paradero de su hijo. El Dómine, ademas, conservaba algunos pa-

peles relativos al nacimiento de la Guillabaora en la cartera que habia robado al extranjero, conocido bajo el nombre de Tom. Asi es que Rodolfo tenia nuevos y graves motivos de perseverar en sus proyectos.

Afortunadamente, el bandido, muy ocupado en servir á la Mochuelo, no habia observado su preocupacion. Rodolfo dijo á la tuerta:

—¡Cáspita! llevais una hermosa cadena.

—Hermosa.... y barata.... dijo la vieja riendo. Es de oro falso, hasta que mi hombre me dé una de verdadero....

—Eso depende del señor, querida.... Si hacemos buen negocio, confia en ello.

—Es maravilloso cuán imitada está, prosiguió Rodolfo. ¿Y qué es esa cosita azul que tiene pendiente?

—Es un regalo de mi hombre. Mientras que pueda darme otra alhaja.... ¿no es verdad?

Rodolfo veía medio confirmadas sus sospechas, y esperaba con ansiedad la respuesta del Dómine. Este contestó al mismo tiempo que comia:

—Y á pesar de la otra alhaja habrás de guardar esa.... porque es un talisman que trae consigo la felicidad....

—¿Un talisman?... dijo con indiferencia Rodolfo. Pues qué, ¿creeis en los talismanes? ¿Y dónde diablos le habeis encontrado? Decidme dónde se fabrican.

—No se hacen ya, amiguito: la tienda se cerró.... Ahí donde la veis, esa alhaja se remonta á una gran antigüedad.... á tres generaciones.... La tengo por una tradicion de familias, añadió con una horrible sonrisa, y esa es la razon por qué la he regalado á Mochuelo.... para que salga en bien de todas las empresas en que me ayuda con grande habilidad.

Ya la vereis cuando llegue el caso.... ya la vereis.... si hacemos juntos alguna operacion *comercial*.... Pero volviendo á nuestro negocio.... ¿habeis dicho que en el paseo de las Viudas?...

—Hay en el número 17 una casa habitada por un ricacho.... que se llama el señor....

—No cometeré la indiscrecion de preguntar su nombre.... ¿Decís que hay sesenta mil francos en oro dentro de un gabinete?

—¡Sesenta mil francos en oro! exclamó la tuerta.

Rodolfo hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Y conocéis las habitaciones de la casa? preguntó el Dómine.

—Perfectamente.

—¿Y es difícil la entrada?

—Una pared de siete pies por el lado del paseo de las Viudas, un jardin, las ventanas al piso bajo, y la casa de un solo piso.

—¿Y no hay mas que un portero para guardar el tesoro?

—Sí.

—¿Y cuál seria vuestro plan de campaña, jóven? preguntó el Dómine con indiferencia.

—Muy sencillo.... escalar las tapias, abrir la puerta con una ganzúa ó romper el postigo.

—¿Y si el portero despierta? dijo el Dómine mirándole fijamente.

—Tanto peor para él.... dijo Rodolfo con un gesto significativo. Y bien ¿os conviene esto?

—Bien conocereis que no puedo responderos hasta haberlo examinado todo por mí mismo, es decir, con ayuda de mi muger; pero si es exacto todo cuanto me decís, me parece que no debemos dejar dormir el proyecto.... esta noche....

El bandido miró fijamente á Rodolfo.

—Esta noche.... es imposible, respondió este friamente.

—¿Por qué razón? ¿una vez que el dueño no vuelve hasta pasado mañana?

—Sí, pero yo no puedo esta noche.

—¿De veras? ¡pues bien! yo no puedo mañana.

—¿Y por qué?

—Por el mismo motivo que os impide hacerlo hoy.... dijo el bandido sonriendo.

Después de un momento de reflexión, repuso Rodolfo:

—Pues bien, como queráis.... sea esta noche.

¿Dónde nos encontraremos?

—¿Dónde hemos de encontrarnos, si no nos vamos á separar? dijo el Dómine.

—Si el tiempo aclara, nos vamos paseando hácia la alameda de las Viudas, y ya vereis cómo trabaja mi muger. Una vez efectuado esto, nos iremos á comer algo y hacer tiempo, á un excelente fondin de los campos Eliseos.... en donde conozco.... y que está muy cerca del rio, y como el paseo de las Viudas está desierto desde muy temprano, nos encaminaremos hácia él sobre las diez.

—Pues yo volveré á las nueve.

—¿Quereis ó no quereis que corramos juntos esa partida?

—Ciertamente que sí.

—Pues bien, no nos separemos ya, porque sino....

—¿Sino, qué?

—Creería que queriais tenderme un lazo, y que por eso os quereis marchar.

—Y si yo quisiera tenderos un lazo, quién me impedía hacerlo esta noche?

—Todo.... Vos no esperabais que os propusiera empezar el negocio tan pronto, y no separándonos no podeis avisar á nadie.

—¿Desconfiais de mí?

—¡Muchísimo!... Pero como puede ser verdad lo

que me ofreceis, y la mitad de los sesenta mil francos vale bien la pena de una espedicion.... quiero intentarla, pero ó esta noche, ó nunca.... Si no se hace, ya sé muy bien lo que debo temer de vos.... y sabré cualquier dia recompensaros vuestros servicios como acostumbro....

—Contad tambien con que sabré devolveros vuestra fineza....

—Todo eso no son mas que tonterías, dijo la Mochuelo; yo soy tambien de la opinion del Dómine, ó esta noche, ó nunca.

Rodolfo se encontraba en una ansiedad cruel; si dejaba escapar aquella ocasion de apoderarse del Dómine, no le volvería á encontrar nunca tal vez: este bandido, siempre sobre sí, pero buscado, podia ser reconocido, detenido y mandado nuevamente á presidio; mas llevaría tambien consigo los secretos que tanto interesaban saber á Rodolfo: asi es, que entregándose á la casualidad, á su destreza y á su valor, dijo al Dómine:

—Estoy conforme en que no nos separemos ya hasta la noche.

—En ese caso soy vuestro compañero.... Pero ya son cerca de las dos. Desde aqui al paseo de las Viudas hay bastante trecho: está lloviendo á mares: paguemos nuestro escote, y tomaremos un carruage.

—Está bien que tomemos un carruage, pero creo que antes podré fumar un cigarro.

—Sin duda alguna, dijo el Dómine, esta no teme al olor del tabaco.

—Pues bien, voy á buscar cigarros, dijo Rodolfo levantándose.

—No hay que incomodaros, dijo el Dómine; Mochuelo irá....

Rodolfo se volvió á sentar. El Dómine habia penetrado su intencion. La puerta salió.

—¡Oh! ¡qué muger tan hacendosa tengo! dijo el malvado: ¡y es tan complaciente! por mí, era capaz de arrojarse al fuego.

—A propósito de fuego; no hace, á fé mia, mucho calor aqui, dijo Rodolfo ocultando sus dos manos debajo de la blusa. Entonces siguió la conversacion con el Dómine; tomó un lapiz y un pedazo de papel de dentro del bolsillo del chaleco, y sin que pudieran observarlo, escribió algunas palabras á tientas, teniendo cuidado de separar las letras para no confundirlas, porque escribia debajo de la blusa y sin mirar.

Aquel billete, sustraído á la penetracion del Dómine, era necesario hacerle llegar á su destino.

Rodolfo se levantó, se acercó maquinalmente á la ventana, y empezó á talarear, acompañándose con los dedos sobre los vidrios.

El Dómine fué á mirar á la ventana, y dijo negligentemente á Rodolfo:

—¿Qué cantas?

—Canto.... *No te daré mi rosa....*

—Bonita cancion es.... pero solo queria saber si causaria bastante efecto para retener á los que pasaran.

—No llevó tal objeto.

—Haceis mal, mocito, porque redoblais horriblemente sobre los cristales; pero ahora que pienso.... el portero de esa casa del paseo de las Viudas es tal vez algun hombre determinado.... Si se resiste.... vos no llevais mas que la pistola.... que causa mucho ruido, mientras que un chisme como este (y enseñó á estas palabras á Rodolfo el mango de un puñal), no causa escándalo.... ni llama la atencion de nadie.

—¿Y pretenderiais asesinarle? preguntó Rodolfo. Si llevais esa intencion, no penseis mas en ello....

no hay nada de lo dicho.... no conteis conmigo....

—Pero, ¿y si despierta?

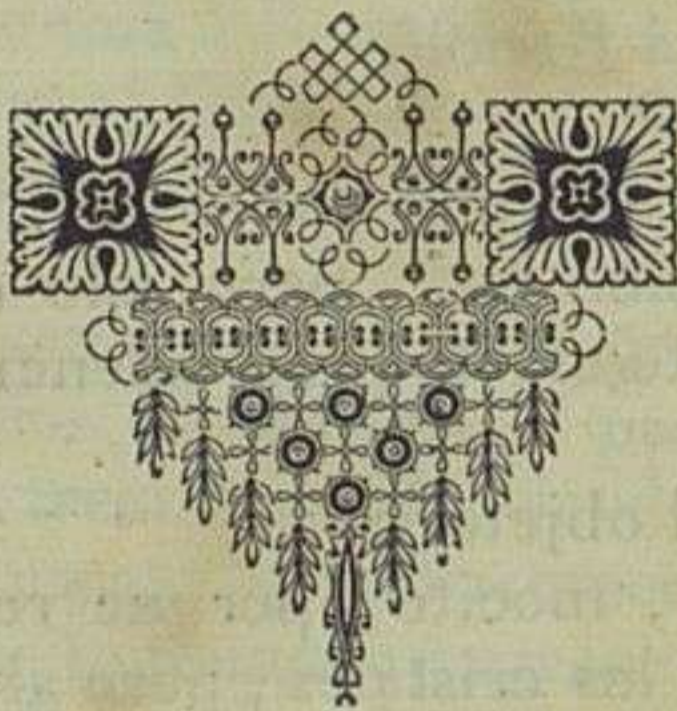
—Nos marcharemos.

—Como queráis, os habia comprendido mal: mas vale convenirlo todo antes.... de ese modo se tratará tan solo de un simple robo con escalamiento y fractura....

—Nada mas.

—Corriente, como decís.

—Y como no te abandonaré un momento, pensó Rodolfo, te impediré derrameis sangre.



CAPÍTULO XVI.



LOS PREPARATIVOS.

La Mochuelo entró en la habitación con el tabaco.

—Me parece que ya no llueve, dijo Rodolfo encendiendo su cigarro; podíamos ir á buscar el coche nosotros mismos, y esto nos desentumecería las piernas.

—¡Qué es lo que decís! ¿no llueve? replicó el Dómine: ¿estais ciego? ¿creeis que voy á esponer á esta muchacha á resfriarse.... que voy á arriesgar una vida tan preciosa.... y abismar su bonito chal?

—Tienes razon, mi gachon, hace un tiempo de todos los diablos.

—Pues bien, cuando venga la criada á cobrar, le diremos que vaya á buscarnos un coche, dijo Rodolfo.

—Eso es lo mas juicioso que habeis dicho hasta ahora , mocito : de ese modo podremos irnos á hacer tiempo hácia el paseo de las Viudas.

La criada entró , y Rodolfo la dió una moneda de cinco francos.

—¡Ah! camarada.... eso es abusar.... yo no permitiré. . . exclamó el Dómine.

—¿Qué importa?... otra vez sereis vos.

—Sea como gustéis.... pero con la condicion de que luego habeis de tomar algo en un fondin de los campos Elíseos que yo conozco.... y es un sitio excelente.

—Bien.... bien.... acepto.

Asi que pagaron , se dirigieron hácia la puerta. Rodolfo quiso pasar el último por deferencia á la Mochuelo , mas el Dómine no lo permitió , y le siguió de muy cerca observando sus movimientos. Habia tambien en la hostería otra porcion de gentes bebiendo: entre varios *consumidores*, un carbonero, con la cara ennegrecida y su gran sombrero calado hasta las cejas , pagaba su gasto en el mostrador mientras se presentaron nuestros tres personajes. A pesar de la atenta vigilancia del Dómine y la tuerta , Rodolfo , que marchaba delante de aquella horrible pareja , dió una mirada rápida é imperceptible , que fué contestada con una señal de inteligencia de parte de Murph.

La portezuela del coche estaba abierta : Rodolfo se detuvo , decidido por esta vez á subir el último, porque el carbonero se le habia acercado insensiblemente. En efecto , la Mochuelo pasó la primera, y despues de varios cumplimientos , se vió Rodolfo obligado á seguirla , porque el Dómine le dijo al oido:

—¿Es que quereis decididamente que desconfie de vos?

Así que estuvo Rodolfo en el coche, el carbonero se adelantó silbando hasta la portezuela, y miró á aquel con aire sorprendido, inquieto.

—¿Dónde vamos, paisano? dijo el cochero.

Rodolfo respondió en alta voz:

—Al paseo de....

—Las Acacias, en el bosque de Bolonia, dijo el Dómine interrumpiéndole; y luego añadió: y allí se os pagará bien, cochero.

La portezuela se cerró.

—¿Qué demonios vais á decir dónde íbamos delante de esos papanatas! repuso el Dómine. ¡Si mañana llegase á descubrirse algo, semejante indicio podia perdernos! ¡Ah! ¡camarada, camarada, sois muy imprudente!

El carruage empezaba á marchar, y Rodolfo respondió:

—Es verdad, no habia caído en ello. Pero con mi cigarro voy á zahumaros como si fuerais arenques; voy á bajar un cristal.

Y Rodolfo, acompañando la acción á la palabra, dejó caer con destreza á la parte de fuera del carruage el papelito plegado muy pequeño, sobre el cual habia tenido tiempo de escribir á tientas y debajo de la blusa algunas palabras con el lápiz.

La vista del Dómine era tan perspicáz, que á pesar de la impassibilidad de la fisonomía de Rodolfo, el bandido demostró una rápida espresion de triunfo, porque pasando la cabeza por la ventanilla, gritó al cochero:

—¡Alto.... alto!... mira que hay alguno en la traserá....

Rodolfo se estremeció, pero unió sus gritos á los de su compañero. El carruage se detuvo: el cochero subió sobre su asiento, miró, y dijo:

—No, no, paisano, no hay nadie.

—¡Por vida del demonio! quiero por mí mismo examinarlo, respondió el Dómine saltando á la calle.

A nadie vió, nada distinguió. Desde que Rodolfo habia tirado el billete por la ventanilla, el carruage dió algunos pasos.

El Dómine creyó que se habia engañado.

—Vais á reiros, dijo al subir; no sé por qué me habia imaginado que nos seguia alguien.

El carruage tomó en aquel momento una calle transversal. Asi que desapareció, Murph que no lo habia perdido de vista, y que habia observado la maniobra de Rodolfo, corrió y recogió el billete oculto en el carril.

Al cabo de un cuarto de hora, dijo el Dómine:

--Cochero, hemos cambiado de intencion; vamos á la plaza de la Magdalena.

Rodolfo le miró con asombro.

—Sin duda alguna, mocito, desde allí podemos ir adonde nos acomode. Si quisieran fastidiarnos, la deposicion del cochero no podia servir de nada.

En el momento en que el carruage se acercaba á la muralla, un hombre de grande estatura, vestido con un leviton ceniciento y con el sombrero calado hasta los ojos, al parecer bastante moreno, pasó rápidamente por el mismo camino, inclinado sobre el cuello de un grande y magnífico caballo de caza, de una celeridad de trote extraordinaria.

—¡A buen caballo, buen caballero! dijo Rodolfo inclinándose hácia la ventanilla, y siguiendo á Murph con la vista. ¡Qué paso lleva ese hombre!... ¿lo habeis visto?

—¡No por cierto! Ha pasado con tanta rapidéz, que no he podido observarlo.

Rodolfo disimuló perfectamente su alegría: Murph habia descifrado los signos casi geroglíficos

de su billete. El Dómine, seguro de que nadie había seguido al coche, se tranquilizó, y queriendo imitar á la Mochuelo que dormitaba, ó mas bien lo afectaba, dijo á Rodolfo:

— Perdonad, amigo; pero el movimiento del carruage me causa siempre un efecto singular: me hace dormir como un niño....

El bandido, al abrigo de aquel falso sueño, se proponia examinar si la fisonomía de su compañero ocultaba alguna emocion. Rodolfo penetró el ardid, y respondió:

— Yo me he levantado muy temprano, tengo sueño.... y voy á hacer como vos....

Y cerró los ojos.

Bien pronto la respiracion sonora del Dómine y la Mochuelo, que roncaban armónicamente, engañaron tan completamente á Rodolfo, que creyendo á sus compañeros profundamente dormidos, entreabrió sus párpados.

El Dómine y la Mochuelo, á pesar de sus sonoros ronquidos, tenian los ojos abiertos, y se hacian algunos signos misteriosos por medio de sus dedos, singularmente colocados ó plegados sobre la palma de la mano.

De repente aquel lenguaje simbólico cesó: conociendo sin duda el bandido, por un movimiento casi imperceptible, que Rodolfo no dormia, exclamó riendo:

— ¡Hola, hola, camarada! ¿con que estais probando á vuestros amigos?

— Eso no debe admiraros, puesto que roncais con los ojos abiertos.

— En mí es cosa bien diferente, porque soy sonámbulo.

El carruage se detuvo en la plaza de la Magdalena. La lluvia habia cesado un momento; pero las nu-

bes, arrojadas por la violencia del viento, eran tan negras y estaban tan bajas, que casi parecía de noche.

Rodolfo, la Mochuelo y el Dómine, se dirigieron hácia el camino de la Reina.

—Camarada, tengo una idea.... que no es mala, dijo el bandido.

—¿Cuál es?

—Asegurarme de si es exacto todo cuanto me habeis dicho sobre el interior de la casa del paseo de las Viudas.

—¿Y quereis ir ahora allí, bajo cualquier pretexto? Eso despertaría las sospechas.

—No me creais tan necio para dar semejante paso.... ¿pero no observais que tengo una muger que es una alhaja?

La Mochuelo puso erguida su cabeza.

—¿No lo veis, camarada? cualquiera diría que era un caballo de trompeta que oye tocar á carga.

—¿Y quereis enviarla de exploradora?

—Eso mismo que decís.

—Número 17, paseo de las Viudas; ¿no es verdad, Dómine? exclamó Mochuelo con impaciencia. No tengas cuidado; aunque no tengo mas que un ojo, es excelente.

—¿No lo veis, camarada, lo veis? ya no puede contenerse.

—Si se porta con destreza, no hallo mala esa idea.

—Quédate el para-aguas, querido.... no tardaré media hora en estar de vuelta, y verás lo que sé hacer, exclamó la Mochuelo.

—Espera un momento, muger; acerquémonos al *Corazon sangriento*.... que está á cuatro pasos de aqui. Si está el chiquillo cojitranco, lo llevas contigo y quedará de acecho á la puerta mientras que estés dentro.

—Tienes razon, porque el tal chiquillo es astuto

como una zorra ; no tiene mas que diez años , pero él es el que el otro dia....

Una señal del Dómine interrumpió á Mochuelo.

—¿Qué es eso del *Corazon sangriento*? Vaya una muestra particular de taberna , dijo Rodolfo.

—Será preciso hacerlo presente al tabernero.

—¿Cómo se llama?

—¿El tabernero del *Corazon sangriento*?

—Sí.

—El no pregunta el nombre de sus parroquianos.

—Sin embargo....

—Llamadle como querais , Pedro , Tomás , Cris-
tóbal , Bernabé , que siempre os contestará.... Pero ya hemos llegado.... y bien á tiempo , porque vuelve á empezar la lluvia.... Y el rio hace mucho ruido.... cualquiera diria que era un torrente.... ¡Mirad , mirad ! si sigue lloviendo dos dias mas , el agua va á subir sobre los arcos del puente.

—Decís que hemos llegado.... ¿en dónde diablos está la taberna? porque yo no veo aqui casa alguna.

—Si mirais á vuestro alrededor , teneis razon.

—¿Y dónde quereis que mire?

—A vuestros pies.

—¿A mis pies?

—Sí , mirad ahí . ¿No veis el techo? cuidado con caeros.

Rodolfo no habia en efecto observado una de aquellas tabernas subterráneas que se veían hace aun algunos años en ciertos parages de los Campos Eliseos , y particularmente en el camino de la Reina.

Una escalera vaciada en la tierra húmeda y crasa , conducia al fondo de aquella especie de foso ; á uno de los lienzos de la pared cortada á pico , se apoyaba un paredon grosero , ruin y lleno de hen-

diduras ; su techo recubierto de tejas mohosas , se elevaba apenas del nivel del suelo, en donde se hallaba Rodolfo ; y dos ó tres chozas de tablas de madera carcomida, que servían de bodega, de soportal y conejera, completaban aquel miserable infierno.

Un pasadizo muy estrecho que atravesaba el foso en toda su estension , conducía de la escalera á la puerta de la casa ; lo demas del terreno desaparecía bajo una bóveda de enrejado que cubría dos filas de tablas groseras implantadas en el suelo.

El viento hacía rechinar tristemente sobre sus goznes una mala plancha de hierro : al través del orin que la cubría , se distinguía aun *un corazón encarnado atravesado de una flecha*. La muestra se balanceaba sobre un madero colocado encima de aquella cueva , que pudiera llamarse *huronería humana*.

Una húmeda y espesa niebla se unía á la lluvia ; la noche avanzaba.

—¿Qué decís de este palacio.... amigo? preguntó el Dómine.

—Gracias á la lluvia que no nos ha dejado en quince dias.... no debe ser muy húmeda esa casa.... para un estanque, y debe hallarse en ella buena pesca.... Vamos, adelante....

—Esperad un momento.... es necesario que yo me entere antes de si está el huesped.... Atencion....

Y el bandido , rozando con fuerza su lengua contra su paladar , hizo oír un grito singular , una especie de gorgceo gutural , sonoro y prolongado: un grito semejante salió de las profundidades de la gruta.

—Ahí está , dijo el Dómine. Disimulad, camarada ; respeto á las señoras ; dejad pasar á la Mochuelo.... ya os sigo.... cuidado con caer , porque está el piso resbaladizo....

CAPÍTULO XVII.



EL CORAZON SANGRIENTO.

El tabernero del Corazon sangriento, despues de haber respondido á la señal del Dómine, avanzó políticamente hasta el lindar de la puerta. Aquel personage á quien Rodolfo habia ido á buscar á la calle de Febes, y á quien no debia conocer bajo su verdadero nombre, ó mas bien su apodo habitual, era el Zurdillo.

Pequeño y delgado, ruin y débil aquel hombre, podia tener unos cincuenta años. Su fisonomía participaba de las facciones de la garduña y del raton; su nariz puntiaguda, su barba saliente, sus megillas huesosas, sus ojos pequeños, negros, vivos y penetrantes, daban á su rostro una inimitable expresion de astucia, agilidad é inteligencia. Una vieja peluca rubia, ó mas bien amarilla como su

tez biliosa, colocada sobre su coronilla, dejaba ver su nuca cenicienta. Llevaba un chaqueton redondo, y uno de aquellos delantales negruzcos de que se sirven los mozos de las tabernas.

Apenas habian bajado los tres personajes el último escalon, cuando un niño de unos diez años á lo mas, muy pequeño y finito, pero enfermizo, cojo y un poco jorobado, se acercó al Zurdillo, á quien se semejaba tan extraordinariamente, que no podia dudarse que fuera su hijo.

Tenia la misma mirada penetrante y astuta; su frente se ocultaba casi debajo de sus largos y poblados cabellos amarillentos, duros y tiesos como crines. Un pantalón oscuro y una blusa gris sujeta por un cinturon de cuero, completaba el vestido de *Jorobeta*, llamado así á causa de su imperfeccion, el cual permanecía junto á su padre, de pie sobre su pierna buena, como una garza al borde de una laguna.

—Afortunadamente aquí está tu compañero, Mochuelo; el tiempo pasa, la noche se acerca.... y es necesario aprovechar lo que resta de día....

—Tienes razon, querido.... voy á decirle á su padre que permita que me lo lleve.

—Buenos días, compadre, dijo el Zurdillo dirigiéndose al Dómine con una vocecilla de falsete, áspera y aguda; ¿en qué puedo servirlos?

—Lo que hay es que vas á prestar tu muchachuelo á mi muger por un cuarto de hora, pues ha perdido cierta cosa cerca de aquí, y él la ayudará á buscarla....

El Zurdillo guiñó el ojo, hizo una señal de inteligencia al Dómine, y dijo á su hijo:

—Jorobeta.... marcha con la señora.

El horrible muchacho, atraído por la fealdad y el aire malvado de la Mochuelo, así como otros es-

tán enamorados de un exterior apacible, corrió saltando á tomar la mano de la tuerta.

—Así me gustan á mí los niños, que obedecen al momento muy alegres, y no como la Alondra, la remolona, que parecía que estaba dada al diablo así que había de estar á mi lado.

—Vamos, despáchate, Mochuelo.... abre el ojo, y al grano.... aquí te espero.

—No tardaré mucho.... Pasa delante, Jorobeta.

Y la tuerta y el cojitranco subieron aquella peligrosa escalera.

—¿No tomas el para-aguas? la gritó el bandido.

—No, porque me estorbaría.... respondió la vieja, que desapareció bien pronto con Jorobeta, en medio de los vapores amontonados por el crepúsculo, y del triste soplo del viento que agitaba las ramas negras y deshojadas de los grandes olmos de los Campos Elíseos.

—Entremos, dijo Rodolfo.

Fuéle necesario bajarse para pasar por la puerta de aquella taberna, que estaba dividida en dos salas. En la una se veía un mostrador y un villar en mal estado: en la otra algunas mesas y sillas que en algún tiempo fueran verdes. Dos ventanas estrechas con cristales rotos y cubiertos de telarañas, daban una opaca claridad á aquellas habitaciones con paredes verduzcas y llenas de humedad salitrosa. Rodolfo permaneció solo como cosa de un minuto, y el Zurdillo y el Dómine tuvieron tiempo para hablar alguna palabra y hacerse algunos signos misteriosos.

—Bebereis un vaso de cerveza ó de aguardiente mientras viene mi muger, dijo el Dómine.

—No.... no tengo sed.

—Cada cual tiene sus gustos.... yo beberé un vasito de aguardiente, repuso el bandido. Y se sen-

tó á una de las mesas verdes de la segunda pieza.

La oscuridad empezaba á invadir de tal manera aquella habitacion, que era imposible ver en uno de los ángulos de la segunda sala la ancha entrada de una de aquellas bodegas donde se baja por una trampa de dos hojas, de las cuales queda siempre una abierta para mayor comodidad del servicio. La mesa donde se sentó el Dómine, estaba muy cercana á aquel agujero negro y profundo, al que volvía la espalda, y que ocultaba completamente á la vista de Rodolfo. Este último miraba al través de las ventanas para tomar un aire de serenidad y disimular su preocupacion. El haber visto á Murph dirigiéndose precipitadamente al paseo de las Viudas, no le tranquilizaba completamente: temia que el digno *squire* no hubiera comprendido todo el significado de su billete, que no habia podido dejar de ser tan lacónico, que no contenia mas que estas palabras:

— *Para esta noche á las diez.*

Bien resuelto á no dirigirse al paseo de las Viudas antes de aquel momento, y á no abandonar al Dómine hasta entonces, temblaba sin embargo por si perdía la única ocasion de poseer los secretos que tanto le interesaban saber. Aunque fuera muy vigoroso y estuviera bien armado, debia luchar astutamente con un asesino temible y capaz de todo. Será necesario decirlo. Tal era el temple enérgico de aquel carácter singular, ávido de emociones nerviosas y violentas, que Rodolfo encontraba una especie de encanto terrible en las inquietudes y en los obstáculos que acababan de inmizcuirse en el plan combinado la vispera con su fiel Murph y el Terrible. No queriendo sin embargo dejarse penetrar, fué á sentarse á la mesa del Dómine, y pidió un vaso para no llamar la atencion.

El Zurdillo, despues de algunas palabras en voz baja con el Dómine, consideraba á Rodolfo con aire sardónico, curioso y desconfiado.

—Me parece, camarada, dijo el Dómine, que si nos dice mi muger que las personas que deseamos ver están en su casa, podremos ir á hacerles la visita sobre las ocho.

—Eso es avanzar dos horas demasiado pronto, dijo Rodolfo, y lo echaria á perder.

—¿Lo creéis así?

—Estoy cierto....

—¡Bah!.... entre amigos.... no debe haber cumplimientos.

—Yo los conozco, y os repito que no debemos ir antes de las diez....

—Sois muy caprichoso.

—Esa es mi resolucion.... y que me lleve el diablo si la cámbio un ápice.

—No tengais ninguna prisa: yo no cierro mi establecimiento antes de media noche, dijo el Zurdillo con voz de falsete: este es el momento en que vienen mis mejores parroquianos, y mis vecinos no se quejan del ruido que se hace en mi casa.

—Veo que es preciso consentir en todo cuanto quereis, dijo el Dómine á Rodolfo. Estoy conforme en que no vayamos á hacer la visita hasta las diez.

—Ya viene Mochuelo, dijo el Zurdillo oyendo y respondiendo á un grito semejante al que habia dado el Dómine antes de bajar á la casa subterránea.

Un minuto despues entró sola la Mochuelo en el villar.

—Ya está eso corriente, querido.... ya estoy enterada completamente, exclamó la tuerta al entrar.

Zurdillo se retiró discretamente sin preguntar

por Jorobeta , á quien probablemente creía que aun tardaría á ver.

El agua corria por los vestidos de la vieja , que se sentó frente á Rodolfo y al Dómine.

—¿Y qué nos dices? le preguntó este.

—Que este mozo ha dicho verdad hasta el presente.

—¿No lo veis? repuso Rodolfo.

—Dejad esplicar á Mochuelo , camarada. Vamos á ver qué dice.

—Llegué á la casa n.º 17, dejando á Jorobeta agazapado en un hoyo , y en acecho. Era aun de dia. He repicado á un postigo , cuyos gonces estaban hácia fuera, con dos pulgadas de abertura por el suelo: en fin, nada.... llamo, y me abre el portero: es un hombre alto y grueso, de unos 50 años, aspecto dormilon y bondadoso, patillas rojas y cabeza calva.... Antes de llamar , me habia metido mi gorro en el bolsillo para manifestar mejor que era una vecina. Asi que observé que se acercaba el portero , me puse á lloriquear con todas mis fuerzas , gritando que habia perdido mi cotorra , animalito á quien adoro.... Digo que mi casa se halla al fin de la calle de Marbeuf , y que de jardin en jardin voy persiguiendo á mi cotorra ; y pido , finalmente , permiso á aquel caballero para que me deje buscar mi animalito.

—¡Bravo! dijo el Dómine con un aire de orgullosa satisfaccion mostrando á Mochuelo : ¿qué tal os parece de mi muger?

—Que es la mas astuta que he visto , dijo Rodolfo. ¿Y qué sucedió despues?

—Que el portero me permitió buscar á mi cotorra , y héme ya corriendo por el jardin llamándola á voces , mirando por todas partes para descubrirla.... Dentro ya de las tapias , continuó la vieja siguiendo en el detalle del sitio , y junto á la pared, hay un enrejado que sirve de verdadera escalera; á

un lado y á la izquierda, hay un pino por donde podria bajar una muger embarazada. La casa tiene seis ventanas al piso bajo, y sin otro piso, cuatro respiraderos de bodega sin barras. Las ventanas del piso bajo tienen un postigo y se cierran á golpe, el picaporte por debajo y la plancha por arriba.

—Con un corto empuje, dijo el Dómine, está ya abierto.

La Mochuelo continuó:

—La puerta de entrada tiene vidrieras.... dos persianas á la parte de afuera.

—Exactamente.... lo mismo que si estuviéramos viéndolo, dijo Rodolfo.

—Tiene una excelente memoria, dijo el bandido.

—A la izquierda, cerca del patio, un pozo; la cuerda podrá servirnos, porque allí no hay enrejado, caso que despues de entrar en la casa, nos fuera interceptada la retirada.

—¿Pues qué has entrado en la casa? ¡Mirad, camarada, ha entrado en la casa!... dijo el Dómine con orgullo.

—Por supuesto que he entrado. Viendo que no encontraba á mi cotorra, he llorado tanto, que he hecho como que me quedaba sofocada: he pedido al portero permiso para sentarme sobre el lindar de la puerta, y el buen hombre me ha hecho entrar, y me ha ofrecido un vaso de agua con vino. «Con un vaso de agua, con un simple vaso de agua, me basta.» Entonces me ha hecho entrar en la antecámara.... que está enteramente alfombrada, como las demas piezas: buena precaucion, porque asi no se oyen los pasos, ni el ruido de los vidrios si tienen que romperse: á derecha é izquierda puertas y cerraduras de pico de ánade; eso se abre con un soplo.... en el fondo una puerta cerrada con llave, y dentro un cajon.... en el que parecia haber plata.... yo llevaba cera en mi cestillo....

—Llevaba cera , ¿lo oís?... jamás deja de llevarla, dijo el bandido.

La Mochuelo continuó:

—Era preciso aproximarme á la puerta donde parecia estar el dinero.... entonces he hecho como que me cogía un desmayo tan fuerte , tan fuerte , que he tenido que apoyarme sobre la pared.... Al oírme toser , el portero ha dicho : «Voy á daros un poco de azúcar....» Y sin duda ha ido á buscar alguna cuchara de plata , porque yo he oído el ruido.... era en la sala de la mano izquierda.... no olvides eso, querido. En fin , tosiendo y sollozando, me he acercado á la puerta del fondo ; llevaba mi cera en la palma de la mano , y la he apoyado sobre la cerradura , como si nada hiciera.... Aquí la tienes. Si no sirve para hoy , servirá para otro día....

Y la Mochuelo dió al bandido un pedazo de cera amarilla , en la que se veía perfectamente señalada la llave.

—Ahora nos resta saber de vos , si esta es la llave de la puerta de la caja , dijo la Mochuelo.

—Justamente.... allí es donde se halla el dinero.

Y luego se dijo en voz baja:

—¿Cómo ha podido dejarse engañar Murph por esta vieja miserable? ¿será posible? Sin embargo, aunque no espera ser atacado hasta las diez , me persuado que tendrá ya tomadas ahora todas las precauciones....

—¡Pero allí no está todo el dinero! exclamó la Mochuelo , cuyo ojo verde brilló de alegría. Acercándome á la ventana , siempre en busca de la cotorra , he visto en uno de los cuartos , á la izquierda de la puerta , algunos sacos de dinero sobre una mesa.... Los he visto como os estoy viendo ahora á vosotros, y habia lo menos una docena.

—¿Dónde está Jorobeta? dijo bruscamente el Dómine.

—Está metido en su conejera.... á dos pasos de la puerta del jardin.... El se vé en medio de la oscuridad, como los gatos: no hay mas entrada que esta al número 17, y cuando vayamos nos dirá si ha entrado alguien.

—Muy bien....

Apenas el Dómine habia pronunciado estas palabras, cuando cayó de improviso sobre Rodolfo, le cogió por la garganta y le precipitó en la bodega, que estaba detrás de la mesa.... Aquel ataque fué tan pronto, tan inesperado, tan vigoroso, que Rodolfo no lo habia podido preveer ni evitar.

La Mochuelo, asustada, dió un grito terrible, porque de pronto no habia visto el resultado de aquella lucha de un momento.

Cuando cesó el ruido que hacia el cuerpo de Rodolfo rodando por la escalera.... el Dómine, que conocia perfectamente las habitaciones subterráneas de aquella casa, descendió lentamente á la bodega, prestando un atento oido.

—¡No te fies! gritó la tuerta inclinándose sobre la abertura de la trampa.... Saca tu puñal.

El bandido no contestó palabra, y desapareció.

Al principio no se oyó nada; pero de allí á pocos instantes, el ruido lejano de una puerta mohosa que giraba sobre sus gonces, resonó sordamente en las profundidades de la caverna, y volvió todo á quedar en silencio.

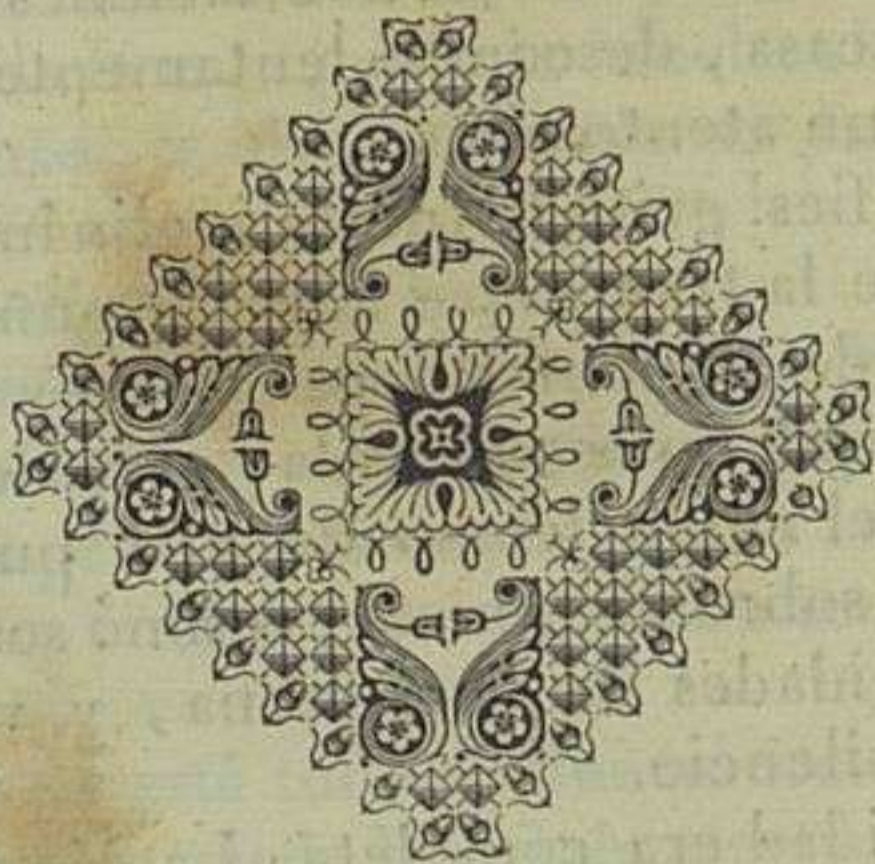
La oscuridad era completa. La Mochuelo buscó por su canasto, encendió un fósforo que sacó de él, y luego una bugia, cuyo débil resplandor se esparció por aquella lúgubre habitacion. En aquel momento, la figura monstruosa del Dómine, se presentó á la abertura de la trampa.

La Mochuelo no pudo contener una exclamacion de espanto á la vista de aquella cabeza pálida, mutilada, horrible, con ojos casi fosforescentes, que parecia arrastrarse por el suelo en medio de las tinieblas.... que la claridad de la bugía no hacia desaparecer completamente.

Vuelta en si de su emocion la vieja, exclamó con una especie de espantosa adulacion:

—¡Siempre has de ser horroroso! ¡hasta mí misma me has causado miedo!

—Pronto, pronto.... al paseo de las Viudas, dijo el bandido sujetando las dos hojas de la trampa con una barra de hierro. ¡Dentro de una hora sería tal vez demasiado tarde! Si esto es un lazo, aun no lo han tendido.... y si no lo es, haremos solos el negocio.



CAPÍTULO XVIII.



LA CAVERNA.

Con el golpe de su horrible caída, había quedado Rodolfo desmayado, sin movimiento, al pie de la escalera de aquella bodega.

El Dómine le arrastró hasta una segunda caverna mucho mas profunda, y lo dejó allí encerrado por una puerta espesa y guarnecida de hierro: en seguida fué á reunirse con la tuerta para ir á cometer un robo y tal vez un asesinato hácia el paseo de las Viudas.

Rodolfo empezó á volver en sí al cabo de una hora. Estaba tendido en el suelo en medio de espesas tinieblas: estendió sus brazos, y tocó unos escalones de piedra. Sentia en sus pies una viva impresion de frescura, y acercó la mano.... Era un charco de agua.

Con un esfuerzo violento llegó á sentarse en el último escalon de la escalera : su aturdimiento fué disipándose poco á poco, y pudo hacer algunos movimientos. Felizmente no tenia fracturado ninguno de sus miembros.... se puso á escuchar , pero nada oía.... nada mas que una especie de murmullo débil , sordo , pero continuo. Al principio no sospechó el motivo. A medida que su cerebro iba despejándose , se presentaban á su imaginacion las circunstancias de la sorpresa de que habia sido víctima, pero incompletamente y con lentitud.... Estaba ya casi en el momento de recordar todos los sucesos , cuando sintió en los pies una nueva impresion de frescura : se bajó , y tentó : el agua le cubria ya los pies. Y en medio del melancólico silencio que le rodeaba , oía mas distintamente el sordo y débil murmullo continuo.

Entonces comprendió la causa : el agua invadia la caverna.... La crecida del Sena era formidable, y aquel subterráneo se encontraba á un nivel inferior al del rio....

Este peligro hizo volver enteramente en sí á Rodolfo , y con la prontitud del relámpago subió la húmeda escalera. Llegado al fin se encontró con la puerta , contra la que empezó á hacer varios esfuerzos ; pero en vano quiso moverla, pues permaneció inmóvil sobre sus gonces de hierro.

En esta posicion desesperada , su primer grito fué por Murph.

— Si no va con toda precaucion , lo va á asesinar aquel mónstruo : ¡y seré yo quien he causado su muerte!... ¡Pobre Murph!

Este cruel pensamiento exasperó las fuerzas de Rodolfo ; haciendo hincapié y arqueando sus espaldas , se cansó de hacer inútiles esfuerzos contra la puerta , y no pudo imprimirle el menor movimiento....

Creyendo hallar en la caverna alguna palanca, volvió á bajar: en el penúltimo escalon, dos ó tres cuerpos redondos elásticos, rodaron y huyeron bajo sus pies: eran los ratones que el agua hacia salir de sus madrigueras.

Rodolfo recorrió la caverna á tientas en todas direcciones, llegándole el agua hasta media pierna; pero nada encontró, y volvió á subir lentamente la escalera, entregado á una sombría desesperacion.

Contó los escalones, eran trece, y tres estaban ya sumergidos.

¡Trece! ¡número fatal! En ciertas posiciones los entendimientos mas firmes no están al abrigo de las ideas supersticiosas, y vió en este número un mal presagio. Presentósele de nuevo á la imaginacion la suerte posible de Murph; buscó en vano la mas mínima abertura entre el suelo y la puerta, cuya madera habia hinchado sin duda la humedad, porque cerraba herméticamente la tierra húmeda y grasa.

Rodolfo dió violentos gritos, creyendo que alguno de los parroquianos de la taberna llegaría á oírlos, y luego se puso á escuchar. Nada oyó, nada, mas que el mismo murmullo sordo y continuo que seguia subiendo, subiendo....

Rodolfo se sentó desfallecido, apoyando su espalda contra la puerta, y lloró por su amigo, que tal vez en aquel momento estaría defendiéndose del puñal de un asesino. Entonces sintió amargamente haber dado cabida á unos proyectos tan temerarios, aunque su objeto fuera tan generoso. Recordaba con agudo dolor mil pruebas de afecto de Murph, que rico, distinguido, habia dejado una muger y un hijo idolatrados, sus mas caras prendas, por seguir y ayudarle en la valerosa pero extraordinaria expiacion que se habia él mismo impuesto.

El agua seguia subiendo siempre.... no quedaban

ya mas que cinco escalones libres. Levantándose de pie Rodolfo junto á la puerta, tocaba á la bóveda con su cabeza: podia calcular el tiempo que podria durar su agonía: aquella muerte era lenta, muda, horrorosa.

Acordóse de la pistola que tenia en su poder. A riesgo de salir herido al dispararla contra la puerta á boca de jarro, podria tal vez abrirla... ¡Infeliz! ¡infeliz! Aquella arma que era su último recurso, ó bien la habia perdido al caer, ó le habia sido robada por el Dómine.

A no ser por el temor que le inspiraba Murph, Rodolfo hubiera esperado la muerte con serenidad.... Habia disfrutado bastante.... habia sido ardientemente amado, habia hecho muchos beneficios, y Dios sabia que aun quisiera haber hecho mas. No murmurando contra el decreto que pesaba contra él, veía en este destino un justo castigo de una fatal accion que no habia aun expiado, y sus pensamientos se elevaban y engrandecian con el peligro.

Un nuevo suplicio vino á experimentar la resignacion de Rodolfo. Los ratones, perseguidos por el agua, se habian ido refugiando de escalon en escalon, viendo que no podian encontrar salida. Siéndoles difícil trepar por una puerta ó pared perpendiculares, subieron por los vestidos de Rodolfo. Cuando los sintió hormiguar sobre sí, su asco y horror fueron indecibles. Quiso sacudirlos, y sus manos quedaron ensangrentadas por sus agudas y frias mordeduras: su blusa y chaleco se habian abierto al caer, y sintió sobre su pecho desnudo la impresion de las patas heladas y el roce de los cuerpos velludos. Arrojava á lo lejos aquellos animales, despues de haberlos arrancado de los vestidos, pero volvian á nado al mismo sitio.

Rodolfo dió nuevos gritos, pero nadie los oyó.... Dentro de algunos instantes, no podría gritar ya; el agua habia llegado á la altura de su cuello, y no tardaría en llegar hasta á su boca.

El aire, comprimido, empezaba á faltar en aquel espacio estrecho; los primeros síntomas de asfixia atacaron á Rodolfo; sus arterias temporales latieron con violencia; tuvo vértigos, é iba á morir. Dirigió su último pensamiento á Murph, y elevó su alma á Dios.... no para que le sacase de aquel peligro, sino para que tomara en cuenta sus padecimientos.

En aquel momento terrible, próximo á perder no solamente todo lo que puede proporcionar una vida feliz, brillante y envidiada, sino hasta un título casi real, un poder SOBERANO.... obligado á renunciar á una empresa, que satisfaciendo sus dos instintos apasionados, *el amor del bien y el ódio de los malvados*, podia serle admitido algun dia en descargo de sus culpas, próximo á perecer con una muerte espantosa.... no sintió Rodolfo uno de aquellos movimientos de rabia, de frenesí impotente en que las almas débiles acusan ó maldicen á la vez á los hombres, al destino y á Dios.

No: mientras que lució su entendimiento, Rodolfo soportó su suerte con sumision y con respeto; cuando la agonía oscureció sus ideas, entregado absolutamente al instinto vital, se debatió físicamente, si puede decirse así, pero no moralmente contra la muerte.

El vértigo arrebatava el pensamiento de Rodolfo en su rápido y espantoso torbellino; el agua hervia junto á sus oídos: creíase él mismo estar dando vueltas á su alrededor, y el último brillo de su razon iba á extinguirse, cuando resonaron junto á la puerta de la caverna un ruido y algunas voces. La

esperanza reanimó sus espirantes fuerzas, y con grande esfuerzo pudo oír estas palabras, las últimas que comprendió:

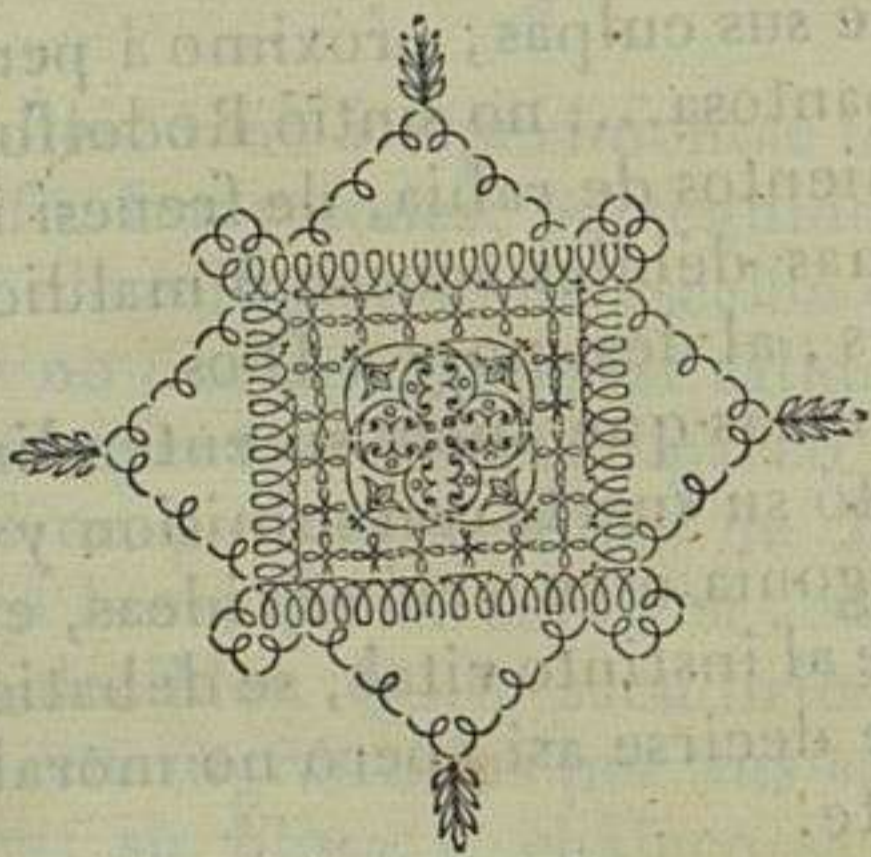
— Ya lo estás viendo, no hay nadie.

— ¡Maldicion!... ¡es verdad! respondió tristemente la voz del Terrible.

Y los pasos se alejaron.

Rodolfo, exánime ya, no pudo sostenerse mas, y cayó á lo largo de la escalera.

De repente la puerta de la caverna se abrió hacia afuera: el agua contenida en el subterráneo, se escapó como por la abertura de una esclusa.... y el Terrible pudo coger los brazos de Rodolfo, que medio ahogado, estaba aun agarrado á la puerta por un movimiento convulsivo.



CAPÍTULO XIX.

-NON-

EL ENFERMERO.

Arrancado por el Terrible de una muerte cierta, y trasportado á la casa del paseo de las Viudas, explorada por la Mochuelo antes de la tentativa del Dómine, estaba Rodolfo acostado en una habitación perfectamente mueblada y abrigada: un gran fuego brillaba en la chimenea; una lámpara colocada sobre una cómoda, esparcía por el aposento una viva claridad, y la cama de Rodolfo, rodeada de espesas cortinas de damasco verde, permanecía en la oscuridad.

Un negro de estatura regular, con cabellos y cejas blancas, vestido con elegancia, y que llevaba en el ojal del frac azul una cinta anaranjada y verde, tiene en su mano izquierda un reloj de oro con segundos, al que parece consultar al mismo tiem-

po que cuenta con su mano derecha los latidos del pulso de Rodolfo.

Aquel negro está triste, pensativo; está observando á Rodolfo dormido, con la espresion de la mas tierna solicitud.

El Terrible con un vestido lleno de girones, y manchado de barro, está inmóvil al pie de la cama; tiene los brazos caidos y las manos cruzadas; su barba roja está larga; su larga cabellera de color blanquizco está desordenada y empapada de agua; sus facciones son duras y bronceadas, y sin embargo, debajo de esta fea y ruda corteza se deja ver una espresion de interés y de piedad.... No atreviéndose apenas á respirar, movia trabajosamente su ancho pecho, inquieto por la actitud meditativa del doctor negro, temiendo un mal pronóstico, se atrevió á hacer en voz baja la siguiente reflexion filosófica, contemplando á Rodolfo:

—¡Quién diría, sin embargo, al verle tan débil, que ha sido el mismo que ha descargado sobre mi cabeza tan fuertes golpes! No tardará mucho en volver á adquirir sus fuerzas.... ¿no es verdad, señor doctor? A fé mia, quisiera verle pronto en su convalecencia, ensayándose de nuevo sobre mí.... esto lo haría robustecerse.... ¿no es verdad, señor doctor?

El negro, sin responder, le hizo con la mano una pequeña señal. El Terrible quedó mudo.

—¡La pocion! dijo el negro.

Al momento el Terrible, que habia dejado á la puerta sus zapatos claveteados, fué hácia la cómoda marchando sobre la punta de los pies lo mas ligeramente posible; pero esto con contorsiones, balanceos de brazos é inflexiones de pecho y espaldas, que hubieran causado mucha risa en otras circunstancias.

El pobre diablo queria suspender todo su cuerpo en el aire ; lo cual no impedia que á pesar de la alfombra el piso se conmoviera al peso del Terrible. Desgraciadamente, en medio de su buena intencion y temeroso de dejar escapar la redoma diáfana que llevaba preciosamente , apretó de tal manera su cuello con su ancha mano , que la botella se rompió y la pocion se derramó por la alfombra. El Terrible , en vista de esta desgracia , permaneció inmóvil , con una de sus gruesas piernas en el aire, las cejas nerviosamente contraídas , y mirando alternativamente con aire confuso al doctor y al cuello de la botella que le quedaba en la mano.

—¡Diablo de torpe! exclamó el negro con impaciencia.

—¡Bruto de mí ! añadió Albinos apostrofándose á sí mismo.

—¡Ah! repuso Esculapio mirando á la cómoda; afortunadamente os habeis engañado ; yo queria el otro frasco.

—¿Aquella encarnada? dijo en voz baja el desdichado enfermero.

—Sin duda , ya no queda otra.

El Terrible , dando una vuelta sobre sus talones por su antiguo hábito militar , rompió los cascos de la botella. Otros pies mas delicados hubieran sido cruelmente destrozados; pero el ex-granadero debia á la especialidad de su profesion un par de sandalias naturales tan duras como el casco de un caballo.

—Tened cuidado, que vais á estropearos, le gritó el médico.

El Terrible no puso la menor atencion á aquella recomendacion. Profundamente preocupado de su nueva mision , de la que queria salir con gloria , á fin de hacer olvidar su anterior torpeza ; era necesario ver con qué delicadeza y escrupulosidad separó

sus gruesos dedos y cogió esta vez el delgado cristal.... Una mariposa no hubiera dejado un átomo del dorado polvillo de sus alas, entre el pulgar y el índice del Terrible.

El doctor negro temió que pudiera sobrevenir un nuevo accidente por un exceso de precaucion; pero afortunadamente la pocion se salvó de este escollo.

El Terrible, al acercarse á la cama, volvió á pulverizar con sus pies los pedazos de cristal que quedaban del otro frasco.

— ¿Pero es que habeis formado empeño en estropearos? dijo el doctor en voz baja.

El Terrible le miró sorprendido.

— ¿Y por qué me he de estropear?

— Ya por dos veces habeis pasado por encima de los cascos del cristal.

— Si no es mas que por eso, no tengais cuidado.... Tengo las plantas de los pies forradas de cobre.

— Una cucharita, dijo el doctor.

El Terrible volvió á empezar sus evoluciones *silfidicas*, y llevó al doctor lo que pedia.

Despues de algunas cucharadas de aquella pocion, hizo Rodolfo algun movimiento, y agitó débilmente las manos.

— ¡Bien, bien! ya sale de su entorpecimiento, dijo el médico. La sangría le ha aliviado, y dentro de poco estará ya fuera de peligro.

— ¡Salvado! ¡bravo! ¡viva la carta! exclamó el Terrible en la esplosion de su alegría.

— ¿Quereis estaros quieto?

— Sí, señor médico.

— El pecho va regularizándose.... perfectamente, perfectamente.

— ¿Y el pobre amigo del señor Rodolfo, señor médico? ¿cuando llegue á saberlo!... afortunadamente....

— ¡Silencio!

— Sí, señor doctor.

— Sentaos.

— Pero, señor....

— Sentaos, os digo; me estais inquietando.... dando vueltas sin parar á mi alrededor, y esto me distrae.... Vamos, sentaos.

— Señor médico, estoy tan sucio, que voy á manchar los muebles á que me arrime.

— Pues sentaos en el suelo.

— Mancharé la alfombra.

— Haced lo que querais; pero en nombre del cielo estaos quieto, dijo el doctor con impaciencia, y se dejó caer sobre un sillón, y apoyó su frente entre sus manos.

Despues de un momento de meditacion profunda, el Terrible, menos por la necesidad de descansar que por obedecer al médico, tomó una silla con las mayores precauciones, y la tendió con aire enteramente satisfecho, su respaldo sobre la alfombra, con la honrosa intencion de sentarse limpia y modestamente sobre los pies de delante, á fin de no ensuciar nada.... lo que hizo con el cuidado mas delicado. Desgraciadamente el Terrible conocia muy poco las leyes de la gravedad: la silla se volcó, y el desgraciado, por un movimiento involuntario, tendió los brazos hácia adelante, y derribó un velador cargado de una bandeja, unas tazas y una tetera. A aquel ruido formidable, el doctor negro levantó la cabeza dando un salto sobre la silla.

Rodolfo despertó sobresaltado, se incorporó, miró en torno suyo con ansiedad, recordó sus ideas, y exclamó:

— ¡Murph! ¿dónde está Murph?

— Tranquílicese vuesa alteza, dijo respetuosamente el negro; hay muchas esperanzas....

—¿Está herido? exclamó Rodolfo.

—¡Ah!... sí, monseñor.

—¿Dónde está?... yo quiero verlo.

Y Rodolfo trató de levantarse; pero volvió á caer vencido por el dolor de las contusiones que entonces sentía.

—Que me lleven al momento al lado de Murph, puesto que no puedo ir por mí mismo, exclamó.

—Monseñor, está descansando.... sería peligroso en este momento causarle una viva emocion....

—¡Ah! ¡me estais engañando! ¡ha muerto.... ha muerto asesinado!... ¡y yo, yo he sido la causa! exclamó Rodolfo con voz pesarosa, y levantando las manos al cielo.

—Monseñor, sabeis que soy incapáz de mentir, y os afirmo por mi honor que el señor Murph vive.... gravemente herido, es verdad; pero hay síntomas de curacion cuasi seguros.

—Me decis eso para prepararme á alguna noticia horrorosa.... sin duda se halla en un estado desesperado....

—Monseñor....

—Estoy seguro.... me engañais.... quiero que me lleveis al momento junto á él.... La vista de un amigo es siempre saludable.

—Os repito, monseñor, bajo mi palabra de honor, que como no sobrevengan accidentes improbables, el señor Murph podrá estar muy pronto convalesciente.

—¿De veras, mi querido David, de veras?

—De veras, monseñor.

—Escuchadme: ya sabeis la consideracion que me mereceis; desde que perteneceis á mi casa, habeis tenido siempre mi confianza.... jamás he dudado de vuestros raros conocimientos.... pero por amor del cielo, si fuera necesaria una consulta....

— Ese ha sido mi primer pensamiento, monseñor; pero al presente podeis creerme que es absolutamente inútil la consulta.... y ademas, no he querido introducir aqui ningun extraño hasta saber si vuestras órdenes de ayer....

— ¿Pero cómo ha sucedido todo esto? dijo Rodolfo interrumpiendo al negro: ¿quién me ha sacado de aquella caverna en que me ahogaba?... Tengo un confuso recuerdo de haber oido la voz del Terrible; ¿me habré engañado?

— ¡No! ¡no! monseñor, ese hombre valeroso podrá instruiros de todo, porque él es el que todo lo ha hecho.

— ¿Pero dónde está? ¿dónde está?

El doctor buscó con la vista al enfermero improvisado, que confundido con su caída, se habia refugiado detrás de las cortinas de la cama.

— Aqui le teneis, dijo el médico; parece que esté muy avergonzado.

— Vamos, adelante, valiente, dijo Rodolfo tendiendo la mano á su salvador.



— Pero como ha sucedido todo esto dijo Rodolfo...
 — Pero donde...
 — Acércate y dame tu mano, dijo Rodolfo.
 — Perdonad, señor.... no, queria decir monseñor.... pero....
 — Llámame señor Rodolfo como siempre.... asi me gusta mas.
 — Y yo tambien tendré asi mas satisfaccion.... pero en cuanto á mi mano, dispensadme; he trabajado tanto....
 Y adelantó tímidamente su mano negra y callosa. Rodolfo la estrechó cordialmente.
 — Vamos, siéntate, y cuéntamelo todo. ¿Cómo

CAPÍTULO XX.

—NON—

RELACION DEL TERRIBLE.

El Terrible estaba profundamente confuso oyendo que el médico negro llamaba repetidas veces á Rodolfo *monseñor*.

—Acércate y dame tu mano, dijo Rodolfo.

—Perdonad, señor.... no, queria decir monseñor.... pero....

—Llámame señor Rodolfo como siempre.... asi me gusta mas.

—Y yo tambien tendré asi mas satisfaccion.... pero en cuanto á mi mano, dispensadme; he trabajado tanto....

Y adelantó tímidamente su mano negra y callosa. Rodolfo la estrechó cordialmente.

—Vamos, siéntate, y cuéntamelo todo. ¿Cómo

descubriste la caverna?... Pero, ahora que pienso; ¿y el Dómine?

— Lo tenemos con seguridad, dijo el médico negro.

— Atados como dos lios de cigarros.... él y la puerta.... Vistas las fachas que deben hacer si se miran, deben estar irritados á estas horas el uno contra el otro.

— ¡Y mi pobre Murpb!... ¡Dios mio! ¡y no he pensado en él hasta ahora! David, ¿en dónde está herido?

— En el costado derecho, monseñor: afortunadamente, hácia la última costilla falsa.

— ¡Oh! ¡será necesario una venganza terrible, muy terrible! David, cuento con vos.

— Ya sabeis, monseñor, que soy vuestro en alma y cuerpo, respondió friamente el negro.

— ¿Pero cómo pudiste llegar aquí á tiempo? dijo Rodolfo al Terrible.

— Si me lo permitís, mons.... no, señor Rodolfo.... empezaré desde el principio.

— Tienes razon.... ya te escucho.

— Ya recordareis que ayer tarde me dijisteis al volver del campo, donde habiais ido con la pobre Guillabaora: «Trata de encontrar al Dómine, y le dirás que sabes un buen negocio, en que tú no quieres entrar; pero que si él quiere participar de él en tu lugar, no tiene mas que hallarse mañana (esto era hoy) en la muralla de Bercy; de allí iria al *Canastillo florido*, y que allí conoceria al que habia preparado el robo.»

— Muy bien.

— Así que me separé de vos, me voy corriendo hácia la *Cité*.... Entro en el Conejo blanco; no estaba el Dómine: recorro la calle de San Eloy, la calle de Feves, la de las Traperías viejas.... tam-

poco.... En fin, doy con él en compañía de la Mochuelo en el pórtico de Nuestra Señora, en casa de un sastre remendon que compra y vende, oculta y roba : estaban allí tratando de metamorfosearse con el dinero que habian robado al hombre alto enlutado enemigo vuestro, y compraban varias piezas de ropa. La Mochuelo tomó un chal encarnado.... ¡Vieja de los demonios!... Dije mi comision al Dómine, y me contestó que estaba conforme y no faltaría á la cita. ¡Bueno! Esta mañana, segun vuestras órdenes de ayer, vengo aqui á deciros la contestacion.... y vos me dijisteis: «Mira, querido, vuelve mañana antes de amanecer, pasarás el dia en esta casa, y por la noche verás alguna cosa que merece la pena de ser vista.» Nada mas me dijisteis; pero yo al momento sospeché lo demas, y dije para mí: Este es un golpe preparado para hacer una burla al Dómine mañana con el cebo del robo. Es un verdadero malvado.... es el asesino del ganadero.... pues bien, estoy conforme en ello....

—Y mi falta ha sido no habértelo confiado todo.... Tal vez así no hubiera ocurrido esa espantosa desgracia.

—Eso os tocaba á vos, señor Rodolfo; á mí me correspondia serviros.... porque, en fin.... sin saber por qué, ya os lo he dicho, me encuentro como dominado por vos: en fin.... basta.... Yo me dije pues: Mañana es el dia del negocio, y hoy no me necesitan; el señor Rodolfo me ha pagado dos dias que he perdido, y otros dos adelantados, porque hace ya tres dias que no parezco por casa del que me dá ocupacion, y no siendo millonario, el trabajo.... es lo que me dá de comer. Y añadí: Todo bien pensado, el señor Rodolfo me ha pagado mi tiempo, y mi tiempo por consiguiente le pertenece: voy, pues, á emplearlo en servicio suyo....

Esto me sugirió la idea que vais á ver : El Dómine es un infame , y debe temer un lazo.... El señor Rodolfo le propondrá el negocio para mañana , es verdad ; pero el miserable es capaz de venir durante el dia á matar el tiempo por aquí para reconocer los alrededores.... y si desconfía del señor Rodolfo , llevar otro compañero , ó bien quedar conforme para mañana , y dar el golpe por su cuenta esta noche.

—Lo mismo que tú pensaste sucedió.... Y la Providencia ha querido que te debiera la vida.

—Es asombroso, señor Rodolfo, lo que me sucede desde que os conozco : ¡ me ocurren cosas extraordinarias ! Y también se me presentan ideas que jamás habia tenido desde que me dijisteis : *No lo dudes , tienes corazon y honor....* ¡ Corazon ! ¡ honor ! Estas palabras han hecho una revolucion en mi cuerpo. ¡ Ah ! señor Rodolfo, cuando uno está acostumbrado á oirse llamar perro , malvado ; cuando quiere tan solo acercarse á las gentes honradas....

— Asi es que de algunos dias á esta parte tienes diferentes pensamientos ?

— Ciertamente , señor Rodolfo.... Mirad , yo me decia á mí mismo : Si al presente conociera yo á alguno que cometiera una mala accion , por la bebida.... la cólera.... en fin , sea por lo que fuere , le diria : « Camarada , tú has hecho una cosa mala , no tiene ya remedio.... Pero sin embargo , aun puedes hacer algun bien : Dios no ha hecho á los hombres para que se ahoguen , que se consuman ó se mueran de hambre , y tú vas á hacerme el gusto si ganas cuarenta sueldos , de dar veinte á los pobres viejos ó á los niños miserables ; en fin , á aquellos que mas desgraciados que tú no tienen pan , ni fuerzas para ganarlo.... y sobre todo , no olvides que de hoy en adelante tu principal deber es salvar

á aquel que puedas, aunque arriesgues tu vida seguramente. Si haces lo que te encargo y no vuelves á tus anteriores picardías, encontrarás siempre en mí un amigo....» Pero disimulad, señor Rodolfo; estoy charlando demasiado.... y vos estareis deseoso de saber....

—No; me gusta mucho oírte hablar así.... Y de este modo tardaré mas en saber cómo ha sucedido la horrible catástrofe de que ha sido víctima mi pobre Murph.... Yo me persuadia estar seguro de no separarme del Dómine ni un paso, ni un minuto durante esa peligrosa empresa.... Entonces me hubiera muerto antes que tocar á Murph. ¡Ay de mí! la suerte lo ha decidido de otro modo.... Continúa tu relacion.

—Queriendo como os he dicho emplear el tiempo en servicio vuestro, dije para mí: Es preciso emboscarme en algun parage desde donde pueda ver las paredes y las puertas del jardin: no hay en él mas que una entrada, y si encuentro un buen escondite, permaneceré en él aunque llueva, todo el dia, y particularmente toda la noche, y mañana por la mañana estaré ya próximo al punto.... Yo estaba pensando en esto á las dos de la tarde, en un bodegon donde habia ido á comer algo así que me separé de vos. Dirijome, pues, á los Campos Elíseos, y busco un sitio donde esconderme, ¿y qué es lo que veo? Una taberna á diez pasos de vuestra puerta.... Entro en ella, y tomo posesion de una mesa cerca de la ventana: pido un jarro de vino y un cuarteron de nueces, diciendo que esperaba á unos amigos.... un jorobado y una muger alta. Colocado allí, ya me teneis en acecho de vuestra puerta. Llovía á torrentes, no pasaba nadie, y la noche se acercaba....

—Pero ¿por qué no fuiste á mi casa? dijo Rodolfo interrumpiéndole.

—Me habíais dicho que fuera á la mañana siguiente, y no me atreví á ir antes.... Yo hubiera siempre tenido el aspecto de un mándria, y ademas, que jamás me olvidó que soy un licenciado de presidio, y cuando alguna persona como vos se porta conmigo como os portais, señor Rodolfo ... no debe uno acercarse á ella hasta que le diga: *Ven aquí*. Fuera de esto, si viera una araña sobre vuestro vestido, os la quitaria y la mataria sin pedirlo permitido.... ¿lo comprendeis?... Yo estaba, pues, á la ventana de la taberna, rompiendo mis nueces y apurando mi vaso, cuando veo atravesar por en medio de la niebla á la Mochuelo, con el chico del Zurdillo, con Jorobeta.

—¡El Zurdillo! ¿Luego es él el dueño de la taberna subterránea de los Campos Elíseos? exclamó Rodolfo.

—Sí, señor Rodolfo; ¿qué no lo sabíais?

—No; creía que habitaba en la Cité....

—Tambien habita allí, y en todas partes, el tal Zurdillo. Es un ladino y atrevido picaron, con su peluca amarilla y su puntiaguda nariz. Finalmente, cuando vi á la tuerta y al jorobado, dije para mí: ¡bravo, esto va á tronar! En efecto, Jorobeta se metió en uno de los fosos del paseo, frente de vuestra puerta, como si se pusiera al abrigo de la lluvia, y la vieja, quitándose su marmota, la metió en su faltriquera, y llamó á la puerta. Vuestro amigo el pobre Murph, se presentó á abrirle, y ella empezó á correr atolondrada por el jardin. Dábame yo á los diablos por no adivinar lo que habia ido á hacer la Mochuelo: cuando salió, volvió á ponerse su marmota, dijo algunas palabras á Jorobeta, que volvió á su nido, y se marchó.... Yo continué diciendo: ¡Hola! no nos hagamos ilusiones. Jorobeta ha venido con la Mochuelo, luego el Dómine

y Rodolfo están en casa del Zurdillo. La Mochuelo ha venido á espiar la casa ; por consiguiente querán dar el golpe esta tarde. Si dan el golpe esta tarde , el señor Rodolfo , que cree que se hará mañana , debe hallarse imposibilitado de venir , y si está imposibilitado , yo debo ir á casa del Zurdillo por si puedo averiguar qué es esto. Pero , y si entretanto llega el Dómine.... entonces todo está echado á perder : pues voy á entrar en la casa á decir al señor Murph : estad alerta.... sí , pero esa serpiente de Jorobeta está cerca de la puerta , me oirá llamar , me verá , y dará el aviso á la Mochuelo ; si ella vuelve.... esto lo echará todo á perder.... además , que el señor Rodolfo tal vez se halle ocupado en otra cosa esta tarde.... ¡Maldicion! estos pró y contras me agitaban el cerebro.... estaba atolondrado , no veía por dónde salir , ni sabía qué hacer.... por fin , me dije : voy á salir , tal vez el aire libre me aconsejará. Salgo.... y , ni mas ni menos , me quito mi blusa y mi corbata , voy al escondite de Jorobeta y lo agarro por el cogote ; y á pesar de sus mordiscos , sus gritos y arañazos , lo meto en mi blusa y lo envuelvo como si estuviera en un saco , ato la una parte con las mangas y la otra con la corbata , dejándole respirar ; cojo el lío debajo del brazo , veo un jardin cerca del vuestro , y arrojo á Jorobeta por encima de la cerca en medio de un plantío reciente ; él gruñía sordamente como un gorri-tillo ; pero á los dos pasos ya nada se oía. Entonces me subí sobre un gran árbol de la alameda que estaba frente á vuestra casa , y sobre el escondite que tenia Jorobeta ; diez minutos despues oigo pasos ; seguia lloviendo ; estaba oscurísimo como boca de infierno ; me pongo á escuchar , y era la Mochuelo que gritaba á media voz : «¡Jorobeta, Jorobeta!» Sí , sí , échale un galgo. «Está lloviendo , y el maldito

se habrá cansado de esperar , dijo el Dómine acompañando sus palabras de un juramento : ¡si llego á atraparlo , voy á quitarle el pellejo! Anda con cuidado , repuso la Mochuelo ; tal vez haya venido á darnos algun aviso.... ¡Si esto fuera un lazo! Acuérdate que el otro no queria venir hasta las diez.... Por esa misma razon , respondió el Dómine : ahora no son mas que las siete. ¿Tú has visto el dinero?... Quien no se aventura , no pasa la mar : dame la palanca y la tigura fria.»

—¿Llevaban esos instrumentos? preguntó Rodolfo.

—Venian de casa del Zurdillo que es un completo arsenal.... En un momento estuvo forzada la puerta. «Quédate ahí , dijo el Dómine á la Mochuelo; atencion , y dame una voz si oyes algo.»

—Pasa tu puñal por un ojal del chaleco , para poderle sacar al momento , dijo la tuerta. Y el Dómine entró en el jardin. Al momento dije para mí: el señor Rodolfo no está aqui , acaso no exista en este momento , nada puedo hacer en su favor ; pero los amigos de nuestros.... ¡oh! no , perdonad, monseñor.

—Vamos , vamos : ¿y qué?

—Como decia , el Dómine puede asesinar al señor Murph , amigo del señor Rodolfo , que está muy descuidado.... esto es pues lo que mas interesa: salto de mi árbol , voy á caer sobre la tuerta, la dejo aturdida con dos buenos puñetazos que la hacen caer sin respirar.... entro en el jardin.... ¡Maldicion!... era demasiado tarde.

—¡Pobre Murph!

—Al oir ruido en la puerta , habia sin duda salido del vestibulo , y estaba forcejeando con el Dómine sobre la meseta de la escalera : aunque estaba ya herido , se mantenía siempre firme sin pedir socor-

ro. ¡Qué hombre tan valiente! es como los perros leales: mas vale emplear los dientes que la lengua, díjeme á mí mismo, y me arrojé entre los dos, y agarrando al Dómine por una pierna, único punto disponible en aquel momento. ¡Viva la carta! ¡soy yo!... ¡el Terrible! Dividámosle entre los dos, señor Murph.

—¡Ah, malvado! ¿de dónde has salido? me pregunta el Dómine aturdido.

—¡Curioso estás á fé mia! le respondí cogiendo una de sus piernas entre mis rodillas, y empuñándole una de sus manos en que tenia agarrado el puñal, que era lo mas necesario. «¿Y.... Rodolfo?» me gritó el señor Murph mientras me ayudaba.

—¡Bravo y escelente amigo! murmuró Rodolfo con dolor.

—No puedo deciros nada sobre él; pero este malvado podrá haberlo asesinado.... y redoblé mis esfuerzos contra el Dómine que trataba de herirme con su puñal; mas yo estaba acostado sobre él, y tenia mi pecho sobre su brazo, de modo que no tenia libre mas que la muñeca. ¿Y estais solo? pregunté al señor Murph mientras me debatía con el Dómine. «Hay mucha gente aqui cerca, pero no me oirian gritar.» ¿Están lejos? «Tardarian en llegar mas de diez minutos.» Pidamos socorro, y si pasa alguien, tal vez acuda. «No, ya que le tenemos, es necesario guardarle aqui; pero yo estoy débil, estoy herido:» me dijo el señor Murph. ¡Mal rayo! en ese caso, pues, id á buscar socorro si teneis tiempo, yo procuraré retenerlo; quitadle su cuchillo, ayudadme solamente á ponerme sobre él, pues aunque sea dos veces mas fuerte que yo, me encargo de él una vez que me halle encima.

El Dómine no hablaba palabra, solo se le oía bramar como un toro; pero ¡diablo, y qué esfuer-

zo! El señor Murph no habia podido arrancarle el puñal, porque su mano parecia un torno: en fin, continuando echado siempre sobre su brazo derecho, le pasé mis dos manos por detrás del cuello, y las reuní.... como si quisiera abrazarle.... mi única ambicion era agarrarle de aquel modo. Entonces dije al señor Murph: despachad que aqui os espero. Si hay gente suficiente, haced que recojan á la Mochuelo que he dejado atolondrada junto á la puerta del jardin. Yo quedé solo con el Dómine, que sabia lo que le esperaba.

—Pues no lo sabia.... ni tampoco tú, dijo Rodolfo con aire sombrío y las facciones contraídas por aquella espresion dura y casi feroz de que hemos hablado.

El Terrible, asombrado, dijo á Rodolfo:

—Yo creí que el Dómine se temia lo que le esperaba, porque, ¡ira de Dios! no es por alabarme, pero hubo un momento en que no sabia lo que me hacia. Estábamos medio por tierra, medio por el último escalon de piedra.... mis brazos ceñían su cuello.... mi cara contra su cara.... oía rechinar sus dientes. Estaba oscurísimo.... llovía siempre, y la lámpara del vestibulo nos alumbraba un poco. Tenia una de sus piernas aprisionada entre las mias, y á pesar de esto tenia tanta fuerza en sus riñones, que nos levantaba á los dos á un pie del suelo.... Quería morderme, pero le era imposible.... jamás sentí en mí mas vigor.... ¡mal rayo! el corazon queria saltárseme del pecho, y me parecia en aquel momento que estaba sujetando á un perro furioso para que no se arrojase contra la gente. «Suéltame, y no te haré nada:» me dijo el Dómine. ¡Ah! tambien cobarde. ¿Tu valor no consiste mas que en tus fuerzas? ¿Asi es que no te hubieras atrevido á asesinar al ganadero de Poisy para robarle, con solo

que hubiera sido tan fuerte como yo? «No, me respondió: voy á matarte á tí tambien, como á él.» Al decir esto, hizo un movimiento tan violento, rodando las piernas al mismo tiempo, que me quedé de medio lado; pero tenia siempre las manos cruzadas debajo de su cabeza.... y su brazo derecho debajo de mí. Una vez que tuvo libres sus dos piernas, se sirvió enteramente de ellas.... esto le ha dado mas fuerza; me hizo volver un poco. Si no hubiera yo tenido fuertemente sujeto el brazo del puñal, no lo contaría ahora. En aquel momento se me desasíó la mano izquierda, lo que me colocaba en muy mala posicion: entonces, dije para mí: yo estoy ya debajo y él encima; va á matarme.... sin embargo, prefiero mi situacion á la suya. El señor Rodolfo me ha dicho que tenia corazon y honor, y conozco que tenia razon.... En esto descubrí á la Mochuelo de pie sobre el primer escalon, con su ojo verde y su chal encarnado.... ¡Ira de Dios! yo creí ver mi pesadilla. «¡Mira, le gritó el Dómine, yo he dejado caer mi puñal; recógelo.... ahí.... debajo de él.... y dale en la espalda.... entre las dos paletillas.— Espera, espera, querido, ya lo estoy buscando.» Y la tuerta andaba dando vueltas y mas vueltas á nuestro alrededor, como pájaro de mal agüero. Finalmente vió el puñal, quiso saltar sobre él, pero yo estaba delante, y al bajarse le sacudí tal patada, que la hice rodar por tierra: sin embargo se levanta y volvia á las andadas. Yo no podia mas; aunque tenia siempre agarrado al Dómine; pero él me daba tan fuertes golpes en la barba, que estuve próximo á abandonarlo todo.... empezaba ya á atolondrarme.... cuando veo tres ó cuatro mozos armados que salian por la puerta.... y á Murph enteramente pálido, que se apoyaba sobre el médico.... Cogen al Dómine y la tuerta,

y los atan perfectamente.... pero esto no estaba concluido.... me faltaba el señor Rodolfo.... Salto sobre la Mochuelo, y me acuerdo del diente de la Guillabaora; le empuño el brazo y se lo retuerzo, gritándole: «¿Dónde está el señor Rodolfo?» Ella calla, pero á la segunda vuelta esclama: «En casa del Zurdillo, en la bodega del Corazon sangriento.» ¡Bueno! Al pasar quise tomar á Jorobeta, pues me venia en camino. Miro.... No habia ya nada mas que mi blusa.... la habia roído con sus dientes. Llego al Corazon sangriento, y me arrojo al cuello del Zurdillo. «¿En dónde está un jóven que ha venido esta tarde en compañía del Dómine?—No me aprietes tanto, y te lo diré: le han querido jugar una broma encerrándole en mi bodega; vamos á abrirle.» Bajamos.... no habia nadie.... «Habrá salido mientras yo estaba de espaldas, dijo el Zurdillo, ya ves que no hay nadie.» Yo me marchaba ya muy triste, cuando al resplandor de la linterna veo otra puerta. Corro á ella, tiro hácia mí, y recibo como quien diga un famoso salto de agua: veo vuestros dos brazos en el aire.... os agarro, y os traigo aqui sobre mis espaldas, porque no habia allí nadie que fuera á buscar un coche. Esto es lo que ha sucedido, señor Rodolfo, y puedo decir sin alabarme, que estoy altamente contento.

— ¡Ah! amigo mio, te debo la vida; esta es una deuda, y te aseguro que la pagaré de todos modos. Tienes un corazon grande.... y participarás del sentimiento que ahora me anima.... siento una horrosa inquietud por el amigo que tan valerosamente has salvado, y una necesidad de venganza feroz contra el que por poco os priva de la vida....

— Todo lo comprendo, señor Rodolfo.... echarse sobre vos traidoramente, arrojaros en una bodega, y llevaros desmayado á una caverna para ahogaros,

eso no merece perdon. El Dómine me ha confesado que asesinó al ganadero.... yo no soy cobarde, ¡ira de Dios! pero os aseguro que de buena gana iria ahora á buscar la guardia para que amarrase á ese malvado.

—David, ¿quereis ir á saber cómo se encuentra Murph? dijo Rodolfo sin responder al Terrible. Volved al momento.

El negro salió.

—¿Sabes tú dónde está el Dómine?

—En una sala baja en compañía de la Mochuelo.

¿Vais á mandar venir la guardia, señor Rodolfo?

—No....

—¿Querriais, acaso, dejarle marchar?... ¡Ah! señor Rodolfo, no seais ahora generoso.... Yo repito lo que he dicho, es un perro rabioso.... ¡Cuidado con los que se le acerquen!

—No morderá á nadie.... tranquilízate.

—¿Vais á encerrarlo en alguna parte?

—No.... dentro de media hora saldrá de aqui.

—¿El Dómine?

—Sí.

—¿Sin gendarmes?

—Sí.

—¿Saldrá libre?

—Libre.

—¿Y solo?

—Sí, solo....

—¿Pero irá?...

—Donde quiera, dijo Rodolfo interrumpiendo al Terrible con una sonrisa que le llenó de espanto.

El negro volvió á entrar.

—¡Y bien! David.... ¿y Murph?

—Dormita.... monseñor, dijo tristemente el médico. La respiracion está siempre.... dificultosa.

—¿Siempre de peligro?...

— Su posición.... es muy grave, monseñor. Sin embargo, debemos esperar....

— ¡Oh! ¡Murph! ¡venganza!... ¡venganza!... exclamó Rodolfo con un furor frío y concentrado. Luego añadió: David.... una palabra.... y habló en voz baja al oído del negro. Este se estremeció. ¿Vaci-lais? le dijo Rodolfo.... y sin embargo os he hablado á menudo de esa idea.... el momento de aplicarla ha llegado.

— Yo no vacilo, monseñor.... apruebo esa idea.... ella encierra toda una reforma penal, digna del exámen de los grandes criminalistas, porque esa pena seria á la vez.... sencilla, terrible y justa. En el caso presente es aplicable. Sin enumerar los crímenes que han arrojado á ese bandido en un presidio para toda su vida, ha cometido tres asesinatos: el del ganadero, el de Murph, y el vuestro. Es, pues, una justicia....

— Y tendrá aun delante de él el horizonte sin límites del arrepentimiento.... añadió Rodolfo. Bien, David.... me comprendéis....

— Entrambos concurrimos á la misma obra, monseñor.

Despues de un momento de silencio, dijo Rodolfo:

— Luego tendrá suficiente con cinco mil francos, ¿no es verdad, David?

— Perfectamente, monseñor.

— Albinos, dijo Rodolfo: tengo que hablar dos palabras con el señor: entretanto vé á la habitacion del lado.... encontrarás una gran cartera encarnada sobre un pupitre; saca de ella cinco billetes de mil francos, y tráelos....

— ¿Y para quién son esos cinco mil francos? exclamó involuntariamente el Terrible.

— Para el Dómine.... Y al mismo tiempo dirás que lo traigan aqui.

CAPÍTULO XXI.



EL CASTIGO.

La escena pasa en un salon con colgaduras encarnadas, y brillantemente iluminado.

Rodolfo, vestido de una larga bata de terciopelo negro, que aumenta aun la palidéz de su rostro, está sentado delante de una gran mesa cubierta con un tapete. Sobre esta mesa se ven dos carteras; la que fué robada á Tom por el Dómine, y la que pertenece al bandido; la cadena de similor de la Mochuelo, de la que está suspendido el Espiritu-Santo de lápiz-lazuli; el puñal, todavía ensangrentado, que ha herido á Murph; los instrumentos que han servido para la fractura de la puerta; y finalmente, los cinco billetes de mil francos que ha ido á buscar el Terrible al aposento inmediato.

El doctor negro está sentado á un lado de la me-

sa, el Terrible al otro. El Dómine, fuertemente agarrotado, sin poder hacer movimiento alguno, está colocado en un sillón con ruedas en medio del salón. Las personas que trajeron á aquel hombre, se habian retirado. Rodolfo, el doctor, el Terrible y el asesino, permanecen solos. Rodolfo no está irritado: está tranquilo, triste y meditabundo; va á llenar una mision solemne y formidable. El doctor está pensativo. El Terrible experimenta un temor vago: no puede separar su vista de los ojos de Rodolfo. El Dómine está lívido.... tiene miedo.

Un arresto legal le hubiera parecido menos temible tal vez: su audacia no le hubiera abandonado ante un tribunal ordinario; pero todo lo que le rodea le sorprende, le espanta; está en poder de Rodolfo, á quien consideraba como un artesano capaz de engañar ó de temer á la hora del crimen, y á quien ha querido sacrificar á esta sospecha y á la esperanza de aprovecharse solo del robo. Y en aquella hora se le aparece Rodolfo terrible é imponente como la justicia.

El mas profundo silencio reina por fuera; tan solo se oye el ruido de la lluvia. Rodolfo se dirigió al Dómine.

— Os llamais Anselmo Duresnel, desertor del presidio de Rochefort, donde fuisteis condenado por toda la vida, por crimen de falsificacion, de robo y asesinato?

— Es falso; que se me pruebe, dijo el Dómine con voz alterada y mirando con inquietud á su alrededor.

— ¡Cómo! exclamó el Terrible; ¿no estábamos juntos en Rochefort?

Rodolfo hizo una señal al Terrible que se calló, y continuó:

— Sois Anselmo Duresnel.... mas tarde conven-

dreis en ello ; habeis asesinado y robado á un comerciante de ganado en el camino de Poisy.

—Es falso.

—Bien , mas adelante lo confesareis.

El bandido miró á Rodolfo con sorpresa.

—Esta noche os habeis introducido aqui para robar , y habeis asesinado al dueño de la casa....

—Vos habeis sido quien me propusisteis ese robo, dijo el Dómine cobrando algo de ánimo ; me han atacado.... y me defendí.

—El hombre á quien heristeis no os ha atacado.... estaba sin armas. Yo os propuse este robo.... es verdad.... y ahora mismo os diré con qué objeto. En la vispera , despues de haber robado á un hombre y una muger , despues de haberles quitado la cartera que veis ahí , les ofrecisteis asesinar-me por mil francos.

—Yo lo oí , exclamó el Terrible.

El Dómine le lanzó una mirada de ódio feroz. Rodolfo continuó:

—Ya lo veis , no teneis necesidad de ser tentado por mí para hacer el mal....

—Vos no sois mi juez , y por lo tanto no os responderé.

—Hé aqui el motivo porque os propuse el robo: yo sabia que habíais desertado de presidio.... vos sabíais quiénes eran los parientes de una infeliz, de quien la Mochuelo , vuestra cómplice , ha causado todas las desgracias.... y queria traerlos aqui por el cebo de un robo , único móvil capaz de seduciros. Una vez en mi poder , dejaba á vuestra eleccion , ó ser puesto en manos de la justicia, que os haria pagar con la vida el asesinato del ganadero....

—Eso es falso , no he sido yo.

—O ser llevado fuera de Francia por mi cuenta, y puesto en una reclusion perpétua , pero con la

condicion de que me dierais las noticias que queria yo tener. Estabais destinado á presidio perpétuo, y habeis desertado: apoderándome de vos, colocándoos para siempre en la imposibilidad de dañar, servia á la sociedad, y por vuestra confesion encontraba medio de volver tal vez una familia á una pobre criatura mas desgraciada aun que culpable. Tal era al principio mi proyecto: me direis que no era legal; pero tambien vuestra evasion y vuestros crímenes os habian colocado fuera de la ley.... Una revelacion casi providencial, me dió á conocer ayer vuestro verdadero nombre.

—Es falso; yo no me llamo Duresnel.

Rodolfo cogió la cadena de la Mochuelo que estaba sobre la mesa, y mostrando al Dómine el Espíritu-Santo de lápiz-lazuli:

—¡Sacrilego! exclamó con voz amenazadora. Has prostituido á una criatura, infame: esta reliquia santa, tres veces santa.... porque vuestro hijo habia adquirido ese don piadoso de su madre y de su abuela.

El Dómine, estupefacto por aquel descubrimiento, bajó la cabeza y calló.

—Ayer supe que habíais arrebatado á su madre vuestro hijo hace quince años, y que solo vos sabíais el secreto de su existencia: esta nueva maldad ha sido un motivo mas para tratar de aseguraros; sin contar las causas que me son personales, pues no son ellas las que trato de vengar. Esta noche habeis aun derramado sangre sin provocacion alguna. El hombre á quien habeis asesinado, se ha presentado á vos con confianza, sin tener sospechas de vuestra rabia sanguinaria, y os ha preguntado qué era lo que queríais. «Tu bolsa ó tu vida», y le habeis dado una puñalada.

—Tal ha sido la confesion del señor Murph cuan-

do le he suministrado los primeros socorros, dijo el doctor.

—Es falso, ha mentido....

—Murph no miente jamás, dijo friamente Rodolfo: vuestros crímenes exigen una reparacion terrible: os habeis introducido á mano armada en este jardin; habeis asesinado á un hombre para robarle; habeis cometido tambien otro asesinato.... Vais á morir.... por piedad hácia vuestra muger y vuestro hijo, se os evitará la deshonra de un cadalso.... se dirá que habeis sido muerto en un ataque á mano armada.... preparaos.... las armas están cargadas.

La fisonomía de Rodolfo era implacable.... El Dómine habia observado en una habitacion precedente dos hombres armados con carabinas.... su nombre era conocido, y pensó en efecto que iban á desembarazarse de él para sepultar en la sombra sus últimos crímenes, y salvar á su familia de este nuevo oprobio. Como toda clase de malvados, era aquel hombre tan cobarde como feroz; y creyendo llegada su última hora, tembló convulsivamente, sus labios perdieron el color, y gritó con voz estrangulada:

—¡Piedad!

—No hay piedad para vos, dijo Rodolfo; si no morís aquí, os espera el cadalso....

—Pues prefiero el cadalso.... De este modo viviré aun dos ó tres meses. ¿Y qué os importa, puesto que seré castigado?... ¡Perdon!... ¡Perdon!

—Pero ¿y vuestra muger.... y vuestro hijo.... que llevan vuestro nombre?...

—Mi nombre está ya deshonrado.... ¡Perdon, aun cuando solo viviera ocho dias!...

—¡Ni aun aquel desprecio de la vida que se en-

cuentra á veces en los grandes criminales! dijo Rodolfo incomodado.

— Por otra parte, la LEY prohíbe tomarse la justicia por su mano, repuso el Dómine con entereza.

— ¡La ley! exclamó Rodolfo; ¡la ley! ¡os atreveis aun á invocar la ley, cuando hace mas de veinte años que vivís en guerra abierta y armada contra la sociedad!...

El bandido bajó la cabeza sin responder, y luego dijo con tono humilde:

— A lo menos dejadme vivir, por compasion.

— ¿Me direis dónde está vuestro hijo?

— Sí.... sí.... os diré todo lo que sé.

— ¿Me direis quiénes son los parientes de esa pobre niña, tan atormentada en su infancia por la Mochuelo?

— En mi cartera hay papeles que podrán daros algunas luces.... parece que su madre es una gran señora....

— ¿Dónde está vuestro hijo?

— ¿Me perdonareis la vida?

— Confesadlo todo al momento....

— Es que, cuando llegueis á saber.... dijo el Dómine con recelo.

— ¿Lo has muerto?...

— No.... no.... lo he confiado á uno de mis cómplices, que pudo escaparse cuando me prendieron.

— ¿Y qué ha hecho de él?

— Lo ha educado; le ha dado los conocimientos necesarios para entrar en el comercio, á fin de servirnos, y.... pero no os diré lo restante si no me prometeis no quitarme la vida.

— ¡Condiciones tambien, miserable!

— ¡Pues bien! no, no quiero ninguna; pero tened piedad de mí: hacedme arrestar solamente por el crimen de hoy.... no digais nada de los de-

mas.... dejadme algun medio para salvar mi vida.

—¿Quieres vivir?

—¡Oh! sí, sí: ¿quién sabe?... No se puede preveer lo que sucederá, dijo involuntariamente el malvado, pensando ya en la posibilidad de una nueva evasión.

—¿Quieres vivir á cualquier precio? ¿vivir?

—Pero vivir.... ¡aun cuando estuviera atado con una cadena! por solo un mes, ó una semana.... ¡oh! con tal que no muera al instante....

—Confiesa todos tus crímenes, y vivirás.

—¿Viviré? ¡oh! ¿de veras.... viviré?...

—Escucha: por piedad hácia tu muger y tu hijo, quiero darte un consejo prudente; muere hoy, muere....

—¡Oh! no, no; cumplidme vuestra promesa.... dejadme vivir.... la existencia mas horrible, la mas espantosa, no es nada, comparándola con la muerte.

—¿Tú lo quieres?

—¡Oh! sí, sí....

—¿Es cierto que lo quieres?

—¡Oh! jamás me quejaré.

—¿Y qué has hecho de tu hijo?

—Ese amigo que os he indicado, le hizo aprender la teneduría de libros, para que entrase en casa de un banquero, y que pudiera instruirnos.... en ciertas cosas; así estaba convenido entre nosotros. Aunque yo me hallaba en Rochefort, mientras preparaba mi evasión, dirigia el plan de esta empresa, y nos escribíamos por cifras.

—¡Este hombre me horroriza! exclamó Rodolfo estremeciéndose; ha cometido crímenes que yo no podia sospechar.... Confíesalo todo.... dí, ¿por qué querias hacer entrar á tu hijo en casa de un banquero?

—Para.... ya lo podeis comprender.... estando de

acuerdo con nosotros , sin que lo pareciese.... inspiraría confianza al banquero.... nos secundaría , y....

— ¡Oh, Dios mio! ¡su hijo, su hijo! exclamó Rodolfo con horror, cubriéndose el rostro con las manos.

— Pero no se obraba mas que en proyecto , exclamó el bandido ; y cuando se le comunicó lo que se esperaba de él , mi hijo rechazó la idea con indignacion ; y despues de una escena violenta con la persona que le habia educado para nuestros proyectos , desapareció , hace ya diez y ocho meses. Despues de esto no hemos sabido qué ha sido de él. En mi cartera podeis ver la relacion de las diligencias que ha practicado esa persona para encontrarle.... temeroso de que denunciara la asociacion, pero le perdió la pista en París. La última casa que habitó , fué en la calle del Temple , número 14, bajo el nombre de Francisco German ; las señas están tambien en mi cartera. Ya veis que os lo he dicho todo.... Cumplid vuestra promesa ; hacedme prender solamente por el robo de esta noche....

— ¿Y el ganadero de Poisy?

— Es imposible que eso se descubra , porque no hay pruebas ; pero á vos os lo quiero confesar, para que veais mi buena voluntad : sin embargo, delante del juez , negaré siempre....

— ¿Al fin lo confiesas?

— Me encontraba miserable , no sabia cómo vivir.... La Mochuelo me aconsejó.... Pero ahora me arrepiento.... ya lo veis , puesto que lo confieso.... ¡ Ah! si fuerais tan generoso que no me entregaseis á la justicia , os daria mi palabra de honor de no volver á mi vida criminal.

— Vivirás.... y no te entregaré á la justicia.

-- ¿Me perdonais? exclamó el Dómine , sin poder dar crédito á lo que oía ; ¿ me perdonais?

— Te juzgo, y te castigo, replicó Rodolfo con voz imponente. No te entregaré á la justicia, porque irías á presidio ó al cadalso, y eso no conviene.... no, no conviene á mi objeto. ¿A presidio? ¡para dominar aun á aquella turba por tu fuerza y tu maldad! ¡para satisfacer aun tus instintos de opresion brutal!... ¡para ser abominado y temido de todos, porque el crimen tiene su orgullo, y tú te regocijas en tu monstruosidad!... ¿A presidio? no, no; tu cuerpo de hierro desafía los trabajos del presidio y el palo de los comitres. Y luego, las cadenas se rompen, las paredes se taladran, los muros se escalan, y podria llegar un dia en que quebrantarás tu reclusion, para arrojarte de nuevo sobre la sociedad como una fiera destructora, señalando tus pasos por la rapiña y el asesinato.... porque nada está al abrigo de tu fuerza hercúlea y de tu agudo puñal.... y esto no puede permitirse, no, no debe dejarse que suceda. Y puesto que en presidio puedes romper tus cadenas, ¿qué debe hacerse para preservar á la sociedad de tu rabia? ¿Entregarte al verdugo?

— ¿Pero es mi muerte lo que quereis? exclamó el bandido; ¿es mi muerte?

— ¿La muerte?.... No la esperes.... ¡eres tan cobarde, la temes tanto, que jamás la creerías inminente! En tu afan de vivir, en medio de tu esperanza obstinada, escaparías á las angustias de ese trance fatal. ¡Esperanza estúpida, insensata!... pero no importa.... ella te cubriría con un velo el horror expiatorio del suplicio: ¡no creerías en él hasta que sintieras las garras del verdugo! Y entonces, embrutecido por el terror, no serias mas que una masa inerte, insensible, que ofrecerían en holocausto á los manes de tus victimas.... Eso no puede ser así.... tú hubieras creído poderte sal-

var hasta el último momento.... ¿Tú, mónstruo.... esperar? ¿Cómo es posible? ¿Podría la esperanza suspender su dulce y consoladora imágen sobre los muros de tu choza.... hasta que la muerte haya marchitado el brillo de tus ojos? Vamos, vamos, el viejo Satanás se reiría demasiado. Si no te arrepientes, no quiero que esperes nada en esta vida; yo....

—¿Pero qué es lo que he hecho á este hombre? ¿quién es él? ¿qué quiere de mí? ¿En dónde estoy?... exclamó el Dómine, casi delirante.

Rodolfo continuó:

— Si por el contrario, desafiabas con arrogancia la muerte, tampoco deberia entregártese al suplicio.... Para tí el cadalso seria un sangriento teatro, en donde como otros muchos, harias ostentacion de tu ferocidad.... ó cansado de una vida miserable, condenarias tu alma con una última blasfemia. Tampoco conviene que esto suceda. No conviene que el pueblo vea al condenado chancearse con el verdugo, jugar con la cuchilla, y burlarse con desprecio de la divina emanacion que el Criador ha colocado en nosotros.... Es una cosa muy sagrada la salvacion del alma. Todo crimen se expia y se redime, ha dicho el Salvador; pero quiere una expiacion y arrepentimiento sincero. El paso del tribunal al cadalso es demasiado corto, y tú no debes morir así.

El Dómine estaba anonadado.... Era la primera vez de su vida que se presentaba á su imaginacion una cosa mas terrible que la muerte, y aquel temor vago, era horroroso.... El doctor negro y el Terrible, miraban á Rodolfo con inquietud: escuchaban con estremecimiento aquel acento sonoro, decisivo, implacable como el hierro de una hacha, y sentian cerrarse dolorosamente su corazon. Rodolfo continuó:

— Anselmo Duresnel , no irás á presidio.... ni tampoco morirás.

— Pues entonces , ¿qué quereis de mí? ¿Sois algun enviado del infierno?

— Escucha.... dijo Rodolfo levantándose con aire solemne , y dando á su gesto una autoridad amenazadora. Tú has abusado criminalmente de tu fuerza.... yo paralizaré tu fuerza.... Los mas vigorosos temblaban delante de tí.... tú temblarás ante los mas débiles.... ¡Asesino! tú has sepultado las criaturas de Dios en la noche eterna.... las tinieblas de la eternidad principiarán para tí en esta vida.... hoy mismo.... desde este momento.... Tu castigo, en fin , igualará á tus crímenes.... Pero este castigo espantoso , añadió Rodolfo con una especie de piedad dolorosa , te dejará al menos el horizonte sin límites de la expiacion.... Yo seria tan criminal como tú , si al castigarte no satisfacía mas que una venganza , por justa que fuera.... Lejos de ser estéril como la muerte , tu castigo debe ser fecundo; lejos de condenarte , puede redimirte.... Si para ponerte fuera del estado de dañar.... te privo para siempre de los esplendores de la creacion.... Si te sumerjo en una noche impenetrable.... solo.... con el recuerdo de tus maldades.... es para que contemples incesantemente su enormidad.... Si.... aislado para siempre del mundo exterior, te verás obligado á mirar siempre dentro de tí.... y entonces espero que tu frente bronceada por la infamia, se ruborizará de vergüenza ; tu alma endurecida por la ferocidad , corroida por el crimen , se ablandará por la conmiseracion. Cada una de tus palabras es hasta el presente una blasfemia ; cada una de ellas será en adelante una plegaria. Eres atrevido y cruel porque eres fuerte.... serás pacífico y humilde porque serás débil. Tu corazon está cerrado al arre-

pentimiento ... algun dia derramarás lágrimas por tus víctimas.... Tú has degradado la inteligencia que Dios te habia concedido , y la has reducido á instintos de rapiña y de asesinato : de hombre que eras , te has convertido en fiera.... algun dia tu inteligencia volverá á su ser por tus remordimientos, y se rehabilitará por la expiacion. Tú no has respetado lo que respetan hasta las bestias feroces.... la hembra y sus hijuelos.... Despues de una larga vida , consagrada á la redencion de tus crímenes, tu última plegaria será para suplicar á Dios que te conceda la dicha inesperada de morir entre tu esposa y tu hijo.... Al decir estas palabras, la voz de Rodolfo se habia conmovido tristemente.

El Dómine ya casi no experimentaba terror; creía que Rodolfo habia querido atemorizarle antes de llegar á aquella *moralidad*; tranquilo ya por la suavidad del acento de su juez, el bandido, tanto mas insolente , cuanto que tenia menos temor, dijo con una risa grosera:

— ¿A qué viene ahora esto? ¿estamos adivinando charadas , ó aprendiendo el catecismo?

El negro miró á Rodolfo con inquietud , porque se esperaba de él un acceso de furor ; pero no fué nada.... el jóven movió la cabeza con una inefable espresion de tristeza , y dijo al doctor:

—Haced lo que os he dicho, David. Que Dios me castigue á mí solo si me engaño.

Y Rodolfo ocultó su cara entre las dos manos.

Al oir el negro aquellas palabras , tocó la campanilla. Entraron dos hombres vestidos de negro, y el doctor les mostró con una seña la puerta de un gabinete lateral. Los dos hombres arrastraron el sillón en que estaba el Dómine fuertemente atado, sin que pudiera moverse. Tenia la cabeza fija al

respaldo por medio de una venda que daba vueltas á su cuello y espaldas.

— Sujetadle la frente al sillón con un pañuelo, y ponedle otro por mordaza, dijo David sin entrar en el gabinete.

— ¿Quereis ahora degollarme? ¡piedad! dijo el Dómine, ¡piedad!... y....

Despues solo se oyó un murmullo confuso. Los dos hombres volvieron á presentarse; pero á una señal del doctor, salieron nuevamente....

— ¡Monseñor!... dijo por última vez el negro á Rodolfo con tono demandante.

— Lo dicho, respondió Rodolfo sin cambiar de posición.

David entró lentamente en el gabinete.

— Señor Rodolfo, tengo miedo, dijo el Terrible, pálido y con voz trémula. Decidme pues.... tengo miedo.... ¿estoy soñando acaso?.... ¿Pero qué es lo que está haciendo el negro con el Dómine? Señor Rodolfo, no se oye nada.... Esto me causa aun mas miedo....

David salió del gabinete: estaba pálido como suelen estarlo los negros. Sus labios estaban blancos. Llamó, y los dos hombres se presentaron otra vez.

— Traed el sillón.

Volvieron á conducir al Dómine.

— Quitadle la mordaza.

Al momento se la quitaron.

— ¿Quereis hacerme dar tormento?... exclamó el Dómine con mas cólera que dolor. ¿Por qué os habeis divertido en picarme los ojos de ese modo? Me habeis hecho mal. ¿Es para martirizarme de nuevo en la oscuridad el haber apagado aqui las luces como lo habeis hecho alli dentro?

Hubo un momento de silencio espantoso.

—Estais ciego.... dijo en fin David con voz conmovida.

—¡Eso no es verdad!... ¡eso es imposible!... Habéis dejado esto en la oscuridad.... á propósito, exclamó el bandido haciendo violentos esfuerzos sobre su silla.

—Quitadle las ligaduras.... que se levante.... que ande.... dijo Rodolfo.

Los dos hombres desataron al Dómine, que se levantó bruscamente, dió un paso tendiendo sus manos hácia adelante, y luego volvió á dejarse caer sobre el sillón, levantando los brazos al cielo.

—David, dadle esta cartera, dijo Rodolfo.

El negro puso en las manos trémulas del Dómine una pequeña cartera.

—Dentro de esa cartera hay dinero suficiente para proporcionarte un abrigo y alimento hasta el fin de tus días, en cualquier lugar solitario. Ahora ya estás libre; véte y arrepíentete. El Señor es misericordioso.

—¡Ciego!... repetía maquinalmente el Dómine, teniendo en su mano la cartera.

—Abrid las puertas y que salga, dijo Rodolfo; y las puertas se abrieron con estrépito.

—¡Ciego! ¡ciego! ¡ciego!!! repetía el bandido anadado. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡y es esto verdad!

—Ya eres libre.... tienes dinero.... ¡vete!

—Pero si no puedo irme.... ¿cómo quereis que me vaya? ¡yo no veo! exclamó con desesperacion. ¿Y no es un crimen espantoso abusar así de la fuerza.... para?...

—¡Es un crimen abusar de su fuerza! repitió Rodolfo interrumpiéndole con voz solemne. ¿Y tú qué es lo que has hecho de tu fuerza?

—¡Oh! ¡la muerte!... ¡sí, yo hubiera preferido la muerte! exclamó el Dómine. ¡Estar á la merced de

todo el mundo.... tener miedo de todo! ¡Un niño podrá pegarme ahora! ¿Qué haré? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué haré?

—Tienes dinero.

— ¡Me lo robarán! dijo el bandido.

— ¡Te lo robarán! ¿Comprendes tú esas palabras.... que pronuncias con temor.... tú que has robado?... ¡Márchate!...

— ¡Por el amor de Dios, dijo el bandido con tono suplicante, haced que alguno me acompañe! ¿Cómo voy á arreglármelo por esas calles?... ¡Ah! ¡matadme! ¡sí, matadme!... os lo pido por piedad.... ¡matadme!

—No, algun dia te arrepentirás.

— ¡Nunca! nunca me arrepentiré, exclamó el Dómine con furor. ¡Oh! ¡yo me vengaré.... sí.... me vengaré!...

Y rechinando los dientes de rabia, se precipitó fuera del sillón con los puños cerrados y amenazadores. Al primer paso que dió, tropezó.

— ¡No, no.... yo no podré! ¡y ser tan fuerte sin embargo!... ¡Ah! ¡soy bien digno de lástima! ¡y nadie se apiada de mí.... nadie! y se echó á llorar.

Es imposible pintar el espanto, el estupor de Albinos durante aquella terrible escena: su rostro áspero y salvaje, tenia pintada la compasion. Acercóse á Rodolfo, y le dijo en voz baja:

— Señor Rodolfo, este hombre merece sin duda lo que sufre, porque era un famoso malvado. Ha querido tambien matarme; pero al presente está ciego.... y llora.... Mirad, me dá compasion.... no sabe cómo marcharse.... pueden atropellarlo en las calles.... ¿Quereis que yo le acompañe á cualquiera punto, donde pueda al menos estar tranquilo?

— Bien, dijo Rodolfo conmovido de aquella gene -

rosidad , y apretando la mano al Terrible ; acompañale....

El Terrible se acercó al Dómine , y le puso la mano sobre el hombro. El bandido se estremeció.

—¿Quién me toca? dijo este con voz sorda.

—Yo....

—¿Quién eres tú?

—El Terrible.

—Y vienes tambien á vengarte , ¿no es verdad?

—¿Tú no sabes cómo salir? pues bien , toma mi brazo , y yo te acompañaré.

—¡Tú! ¡tú!...

—Sí , me das ahora compasion , ven.

—¿Quieres tenderme algun lazo?

—Ya sabes que no soy tan cobarde.... que abusara de tu desgracia.... Vamos.... salgamos.... ya es de dia.

—¡Ya es de dia!... ¡ah! ¡ya no veré mas la luz del sol! exclamó el Dómine.

Rodolfo no pudo soportar mas aquella escena , y se retiró bruscamente , seguido del negro , y haciendo seña á los dos criados para que se alejasen.

El Terrible y el Dómine quedaron solos.

—¿Es verdad que hay dinero en la cartera que me han dado? dijo el bandido despues de un largo silencio.

—Sí , yo mismo he colocado cinco mil francos.... con ellos puedes entrar á pupilo en cualquier parte , bien sea en la ciudad ó en el campo , para todo el resto de tus dias.... ó si acaso prefieres que te lleve al Conejo blanco....

—No , porque me robarian.

—O á casa del Zurdillo.

—Me envenenaría para robarme.

—¿Pues dónde quieres que te lleve?

—No lo sé.... Tú no eres ladron , Albinos ; toma,

oculta bien mi cartera en mi bolsillo, no sea que la vea Mochuelo, porque me la quitaria.

—¿La Mochuelo? La han llevado al hospital, porque al defenderme de vosotros esta noche, le he estropeado una pierna.

—¿Pero qué es lo que va á ser de mí? ¡Dios mio! ¡qué será de mí! ¡con esta cortina negra siempre delante de los ojos! y si veo aparecer sobre esa negra cortina las figuras pálidas y ensangrentadas de aquellos.... Estremecióse, y dijo al Terrible con voz sorda: dime, ¿ha muerto el hombre de esta noche?

—No.

—Tanto mejor. Y el bandido permaneció algunos momentos silencioso: luego, de repente, exclamó con un grito de rabia: ¡pero tú tienes la culpa de todo esto! ¡malvado! ¡Si no fuera por tí, hubiera muerto á ese hombre y cogido su dinero! ¡Si estoy ciego, tú tienes la culpa!.... ¡Sí, tú tienes la culpa!

—Vamos, no pienses en eso.... puede perjudicar á tu salud.... ¿Vamos, vienes ó no? Estoy cansado y quiero dormir.... Para fiesta ya es esto demasiado.... Mañana me vuelvo á trabajar en mi oficio. Voy á acompañarte donde quieras, y luego á acostarme.

—Pero si no sé dónde ir.... A mi casa no me atrevo, porque sería necesario decir....

—Pues bien, escucha: ¿quieres venir por uno ó dos dias á mi chiribitil? Despues podré encontrarte algunas buenas gentes, que ignorando quién eres, te proporcionarán un cuarto en su casa, creyéndote enfermo. Mira, justamente hay un hombre del puerto de San Nicolás, conocido mio, que tiene á su madre en San Mandé: es una buena muger, aunque pobre, y tal vez ella quiera encargarse de tí. ¿Vienes, ó no?

— De tí si que puedo fiarme.... no tengo miedo de ir á tu casa con mi dinero.... tú no has robado nunca.... no eres malo , y tienes un corazon generoso....

—Vamos , bien.... basta de epitafios.

—Es que estoy reconocido del bien que quieres hacer por mí.... tú no conservas odio ni deseos de venganza , dijo el bandido con humildad ; tú vales mas que yo.

— ¡ Oh ! bien lo creo ; el señor Rodolfo me ha dicho que tenia corazon....

—¿Pero quién es ese hombre? Seguramente no es un hombre, exclamó el Dómine con desesperacion; ¡es un verdugo! ¡un mónstruo!...

El Terrible se encogió de hombros , y dijo:

—¿Nos marchamos?

—Vamos á tu casa , ¿ es verdad , Albinos?

—Sí.

—No me guardas ningun rencor por lo de esta noche , ¿ no es verdad?

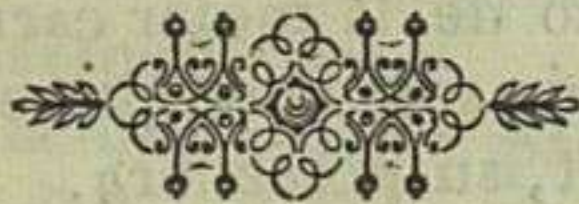
—Sí.

—¿Y estás seguro de que no ha muerto ese hombre?

—Muy seguro.

—Del mal el menos , dijo el Dómine con una voz sorda.

Y apoyándose en el brazo del Terrible , abandonó la casa del paseo de las Viudas.



CAPÍTULO XXII.



LA ISLA DE ADAM.

Habia trascurrido un mes desde los acontecimientos que hemos referido. Ahora conduciremos á nuestros lectores á la pequeña poblacion de la Isla Adam, situada en una posicion encantadora, junto á la ribera del Oise, y al pie de un bosque.

Los hechos mas insignificantes son acontecimientos de importancia en los lugares pequeños. Por eso los ociosos de la Isla Adam, que estaban paseando una mañana por la plaza de la Iglesia, estaban muy preocupados en saber cuándo seria la llegada del nuevo propietario de la mejor carnicería de la poblacion, que habia sido vendida recientemente por la viuda Dumont, su poseedora.

El dueño actual debia sin duda ser rico, porque habia mandado pintar y adornar la tienda con es-

plendidéz. Hacia tres semanas que trabajaban los obreros de noche y de día; una hermosa reja de bronce sobredorado se estendia por delante de la puerta, y la cerraba dejando circular el aire. A cada lado de la reja se elevaban anchas pilastras, sobre las cuales se veían dos grandes cabezas de toros con cuernos dorados, que sostenian el vasto cuadro destinado á contener la muestra de la tienda. El resto de la casa, compuesto solamente de un piso, estaba pintado de un color de piedra, y las ventanas de un color gris claro. Los trabajos estaban terminados, escepto la colocacion de la muestra, impacientemente esperada por los ociosos, que deseaban saber el nombre del sucesor de la viuda.

Finalmente, los obreros llevaron un gran cuadro, y los curiosos pudieron leer en letras doradas sobre fondo negro: **FRANQUEZA, CARNICERO.**

Este anuncio no satisfizo mas que en parte la curiosidad de los isleños. ¿Quién era aquel señor Franqueza? Uno de los mas impacientes fué á informarse del criado de la carnicería, que tenia el aspecto alegre y franco, y se ocupaba en aquel momento de arreglar las reses para la tienda. El criado respondió que no conocia aun al señor Franqueza, porque habia comprado la tienda por medio de un procurador; pero que no dudaba que su nuevo amo hiciera todos los esfuerzos para contentar á los parroquianos de la Isla de Adam.

Este ligero cumplido, hecho con un aire atractivo y cordial, unido á la escelente disposicion de la tienda, dispuso á los curiosos en favor del señor Franqueza, y muchos ofrecieron desde entonces al mozo ser sus parroquianos.

La casa tenia una puerta para carruages, que daba á la calle de la iglesia.

Dos horas despues de abrirse la tienda, un birlo-

cho tirado por un caballo bueno y vigoroso, entró en el patio de la carnicería, y dos hombres salieron de él. El uno era Murph, completamente curado de su herida, aunque pálido aun, y el otro el Terrible. Aunque no debiéramos repetir una vulgaridad, no podemos menos de decir que el prestigio del *vestido* es tan poderoso, que el parroquiano de las tabernas de la Cité, estaba casi desconocido con el traje que llevaba. Su fisonomía habia sufrido la misma metamorfosis: con sus harapos se habia despojado de su aspecto salvaje, brutal y turbulento: al verle marchar con sus dos manos en los bolsillos de su gran leviton de color de avellana, su barba recientemente afeitada, y oculta dentro de una corbata blanca con las puntas bordadas, se le hubiera tomado por el hombre mas pacífico del mundo. Murph ató las bridas del caballo á uno de los anillos de hierro que habia en la pared, é hizo una seña al Terrible que le siguiese: entraron en una elegante sala del piso bajo, mueblada de nogal, y que formaba la trastienda: las dos ventanas daban al patio donde se hallaba el caballo. Murph estaba con tanta satisfaccion como si se encontrara en su casa, porque abrió un almario, tomó una botella de aguardiente y un vaso, y dijo al Terrible:

—El frio era fuertecito esta mañana; y así es, camarada, que bebereis un vaso de aguardiente.

—Si no lo tomáis á mal, señor Murp.... no tengo gana de beber.

—¿No quereis un traguito?

—No.... estoy muy contento.... y la alegría.... dá calor.... ademas.... cuando digo contento.... tal vez....

—¿Por qué razon?

—Ayer vinisteis á buscarme al puerto de San Nicolás, donde estaba trabajando activamente para

entrar en calor.... Yo no os habia visto desde la noche.... en que el negro de los cabellos blancos habia dejado ciego al Dómine.... solo el médico ha podido divertirse con él impunemente.... pero en fin , eso me trastornó.... Y el señor Rodolfo, ¡qué aspecto!... ¡El que parecia un angelito!... Solamente el recordarme me dá miedo....

— ¡Bien , bien!... ¿Y qué?

— Me dijisteis : «Buenos dias, Albinos.—Felices, señor Murph.... ¿Ya estais restablecido?... Me alegro, me alegro. ¿Y el señor Rodolfo? —Se ha visto precisado á marcharse algunos dias despues del acontecimiento de la calle de las Viudas , y os ha olvidado , querido.» ¿Y qué os dije yo entonces, señor Murph? «Si me ha olvidado el señor Rodolfo, lo siento....»

—Quería deciros , que habia olvidado recompensar vuestros servicios ; pero que jamás dejará de tenerlos presentes.

—Tambien , señor Murph , esas palabras me han regocijado al momento.... ¡ah! no , tampoco yo le olvidaré jamás : él me dijo que tenia corazon y honor , y esto me basta.

—Desgraciadamente , monseñor ha marchado sin dejar órden alguna respecto á vos ; yo no poseo nada mas que lo que él me dá , y no puedo recompensaros como quisiera lo que os debo por mi parte.

—Vamos , señor Murph , ¿os quereis burlar?

—¿Pero por qué no habeis vuelto á la casa del paseo de las Viudas desde aquella noche fatal? Entonces no hubiera marchado monseñor sin pensar en vos....

—¡Toma! El señor Rodolfo no me ha hecho buscar.... y yo he creido que ya no me necesitaba....

—Pero debíais haber pensado , que él tenia al menos motivo para mostrárseos agradecido....

— Me basta con lo que me habeis dicho , de que el señor Rodolfo no me habia olvidado.

— Vamos , bien , dejemos eso.... solamente debo deciros , que me ha costado mucho encontraros: ¿ qué no vais á la tasca?

— No.

— ¿ Y por qué razon?

— Por tonterías mías.... caprichos....

— Como querais.... Pero volvamos á lo que me estabais diciendo. Dijisteis que estabais contento de haberme encontrado, y quisiera que me dijerais el motivo.

— Pues bien , señor Murph. Ayer al encontrarme en mi ocupacion , me dijisteis: « Querido , yo no soy rico , pero puedo proporcionaros una colocacion , en que con menos trabajo que en el puerto, podreis ganar cuatro francos diarios.» ¡ Cuatro francos diarios! ¡ viva la carta! imposible se me hacia el creerlo. ¡ Paga de teniente nada menos! y os respondí : « No tengo inconveniente , señor Murph.» Me dijisteis que era necesario vestirme de otro modo , y os contesté: « No tengo con que pagar otra ropa.— Seguidme , me dijisteis , á la calle del Temple.» Os seguí , elijo lo mas flamante de la roperia de Hubert , me dais para pagar , y en menos de un cuarto de hora me veo equipado como un propietario ó como un rentista. Me citais para esta mañana á la puerta de San Dionisio para el amanecer , os encuentro con el cabriolé , y hénos aqui.

— ¡ Y bien ! ¿ qué echais de menos en todo esto?

— Hay de mal.... que de haber cambiado este traje.... dá otras ideas ; y que cuando vuelva á tomar mis viejos vestidos , siempre me producirán mal efecto.... Y luego , ganar cuatro francos al dia , cuando yo no ganaba mas que dos.... y esto de repente , me parece que es cosa demasiado bue-

na , y que no puede durar.... y quisiera mas bien acostarme toda mi vida sobre mi mal jergon , que no hacerlo cinco ó seis noches en una buena cama. Este es mi carácter.

—Eso no está fuera de razon ; pero tambien valdria mas dormir siempre en buena cama.

—Es claro. Mas vale tener que comer, que morir de hambre. ¿Pero qué oigo? Esto es una carnicería , dijo el Terrible prestando oido á los golpes de cuchilla que daba el mozo , y distinguiendo algunos cuartos de ternera al través de las cortinas.

—Justamente. Es de un amigo mio. ¿Quereis que la visitemos mientras descansa el caballo?

— Sí á fé mía : esto me recordará mi juventud, con la diferencia de que tenia por matadero á Montfaucon , y por ganado caballos viejos. ¡Es tontería! Si yo hubiese tenido posibles , esta es la ocupacion que hubiera preferido.... Tomar un buen jaco y marchar á las ferias á comprar ganado ; volver á casa , sentarse á un lado de la lumbre, calentarse si se tiene frio , y secar la ropa si se está mojado ; encontrar á su casera , una mocetona fresca y rolliza , con un enjambre de muchachos que os registran los bolsillos para ver si les llevais algo.... Y luego , por la mañana , en el matadero , cojer á una res por los cuernos , sobre todo cuando tiene mala intencion , ¡oh! sí, es necesario que tenga intencion.... amarrarla , echarla en tierra , despedazarla y arreglarla.... ¡Ira de Dios! Ese hubiera sido mi gusto , asi como el de la Guillabaora en comerse los azucarillos cuando era pequeña.... Y á propósito de esa pobre niña , señor Murph.... Al ver que no volvia á la tasca , he creido que el señor Rodolfo se la habria llevado : ¡ah! esto es una buena accion. ¡Pobre niña! era incapáz de hacer mal á na-

die. ¡Era tan jóven! y mas tarde.... el hábito.... En fin, el señor Rodolfo ha hecho muy bien.

—Opino del mismo modo que vos. ¿Pero quereis que veamos la tienda mientras descansa el caballo?

El Terrible y Murph entraron en la carnicería: despues se dirigieron al establo, donde estaban encerrados tres magníficos bueyes y unos veinte carneros: luego á la caballeriza, al matadero, los graneros y demas dependencias de aquella casa, arreglada con un cuidado y una limpieza que anunciaban el órden y la abundancia.

Asi que lo vieron todo, escepto el piso superior, dijo Murph:

—Confesad que mi amigo es un hombre bien feliz. Esta casa y sus anexos son suyos, sin contar un millar de escudos de que dispone para su comercio: su edad es de treinta y ocho años, una fuerza como un toro, una salud á prueba de bomba, y contento con su estado. El muchacho valiente y honrado que habeis visto en la tienda, le reemplaza con mucha inteligencia cuando él está ausente para comprar ganado.... ¿No os parece, como he dicho, que mi amigo es bien feliz?

—¡Ah! sí, ciertamente, señor Murph; ¿pero qué quereis? unos nacen con estrella, y otros estrellados: cuando yo pienso que voy á ganar cuatro francos diarios.... y que hay algunos que no ganan mas que la mitad, ó aun menos....

—¿Quereis subir á ver lo demas de la casa?

—Como gustéis, señor Murph.

—Justamente, el que os ha de dar ocupacion está allá arriba.

—¿Y por qué no me lo habeis dicho antes?

—Luego os lo explicaré.

—Esperad un momento, dijo el Terrible con aire

triste y pensativo, deteniendo á Murph por el brazo: escuchadme, debo deciros una cosa, que talvez no os habrá manifestado el señor Rodolfo, pero que no debo ocultar al sugeto que ha de ocuparme, porque si no le acomoda, mas vale que sea al principio que despues.

— ¿Qué quereis decir? acabemos.

— Quiero decir que soy un licenciado de presidio, que fui condenado á él.... dijo el Terrible con voz sorda.

— ¡ Ah !

— Pero no he hecho daño á nadie, dijo el Terrible, y antes me moriría de hambre que robar.... Pero he hecho cosas peor que robar, añadió bajando la cabeza; he cometido asesinatos.... por saciar mi cólera.... Y los amos, repuso despues de un momento de silencio, no es esto lo que quieren: los hombres honrados no gustan de emplear á presidiarios, y tienen razon, porque no merecen que se les corone de rosas. Esa es la causa que siempre me ha impedido encontrar trabajo en otros puntos que en los puertos, para descargar maderas, porque al presentarme á pedir trabajo, he dicho siempre: esto es lo que hay respecto á mí.... ¿quereis, ó no quereis? porque prefiero ser despedido desde un principio, á ser descubierto mas tarde.... Esto es solo para deciros, que todo lo voy á descubrir al nuevo amo. Vos que le conoceis, podreis evitar que me despida diciéndomelo, y vuelvo grupas al momento.

— Seguidme pues.

El Terrible siguió á Murph, subieron una escalera, se abrió una puerta, y entrambos se encontraron en presencia de Rodolfo.

— Querido Murph, dijo este último; déjanos.

CAPÍTULO XXIII.

—

LA RECOMPENSA.

Viva la carta! Estoy contentísimo de haberos vuelto á encontrar, señor Rodolfo, ó mas bien monseñor, exclamó el Terrible, espresando en su fisonomía una verdadera alegría, porque los corazones generosos adquieren tanto afecto por los servicios que prestan, como por los que reciben.

— Buenos dias, Albinos; tambien yo estoy muy contento de veros.

— Cómo queria engañarme el señor Murph, que me decia que os habiais marchado.... pero, perdonad, monseñor....

— Llamadme señor Rodolfo, porque me gusta mas.

— Pues bien, señor Rodolfo, disimulad que no haya ido á veros desde la noche del Dómine.... co-

nozco que he cometido una falta de atención ; pero en fin , me lo disimulareis , ¿ no es verdad ?

— Os perdono , dijo Rodolfo sonriendo ; y luego añadió : ¿ os ha enseñado Murph esta casa ?

— Sí , señor Rodolfo ; una hermosa vivienda , bella tienda ; esto es rico y arreglado.... Y á propósito de riqueza , yo si que voy á estar bien adinerado , señor Rodolfo , con cuatro francos diarios que me ha prometido ganar el señor Murph.... ¡ cuatro francos !

— Yo tengo pues que proponeros una cosa mejor.

— ¡ Oh ! mejor , sin que esto os agravie , creo que es difícil.... ¡ cuatro francos al dia !

— Os repito que tengo que proponeros una cosa mejor , porque esta casa , lo que ella contiene , la tienda y mil escudos que hay dentro de esta cartera , es todo vuestro.

El Terrible sonreía con aire estúpido ; aplastó su sombrero de castor entre sus rodillas , que estrechó convulsivamente , y no comprendió lo que le decia Rodolfo , aunque sus palabras fueran muy claras. Este repitió con amabilidad :

— Concibo vuestra sorpresa , pero os lo repito : esta casa y este dinero son vuestros ; podeis disponer de ellos.

El Terrible se puso encarnado como escarlata , pasó su mano callosa por su frente bañada de sudor , y dijo con voz alterada y balbuciente :

— Con que es decir.... es decir.... que es propiedad mia....

— Sí , propiedad vuestra , pues que yo os lo regalo todo , ¿ lo comprendéis ? Os lo doy para vos....

El Terrible se agitó sobre su silla , se rascaba la cabeza , tosió , bajó los ojos , y no respondió.... Le parecia que perdía el hilo de sus ideas.... entendia perfectamente lo que le decia Rodolfo , y justa-

mente por lo mismo no podia creer lo que oía. Entre la profunda miseria y la degradacion en que siempre habia vivido, y la posicion que se le aseguraba, habia un abismo que no podia llenar el servicio que habia prestado á Rodolfo. Dejando este prolongar el momento en que su protegido abriera los ojos á la realidad, gozaba deliciosamente de aquel estupor, de aquel aturdimiento de la felicidad.... Veía con una mezcla de alegría y amargura indecibles, que en ciertos hombres es tal el hábito de sus penas y de sus desgracias, que su razon rehusa admitir la posibilidad de un porvenir que seria para un gran número una existencia poco envidiable. En verdad, estaba pensando entonces, que si el hombre, como queria hacer Prometeo, pudiera decirse que se habia apoderado de algun rayo de la divinidad, es solo en aquellos momentos en que toma por su cuenta el cumplir lo que suele efectuar la Providencia de tiempo en tiempo para la edificacion del mundo: probar á los buenos y los malos, que hay recompensa para los unos y castigo para los otros. Despues de haber gozado aun un poco de la feliz enagenacion del Terrible, continuó Rodolfo:

—¿Os parece lo que os doy superior á vuestras esperanzas?

— ¡Monseñor! dijo el Terrible levantándose bruscamente; me proponéis esta casa y mucho dinero para tentarme.... pero yo no puedo....

—¿Qué es lo que no podeis? dijo Rodolfo con admiracion.

El rostro del Terrible se animó, cesó su vergüenza, y dijo con voz firme:

—Ya sé que no me ofreéis tanto dinero para inducirme á que robe.... Y por otra parte, en toda mi vida he robado.... Tal vez sea para asesinar á

alguno.... pero debo deciros que tengo demaciado presente el ensueño del sargento, añadió con voz sombría.

— ¡Ah! ¡desgraciados! exclamó Rodolfo con amargura. ¿Tan rara es la compasion que se les manifiesta á estos infelices, que no pueden creer en la liberalidad si no va acompañada del crimen? Luego, dirigiéndose al Terrible, le dijo con un tono lleno de dulzura: me habeis juzgado mal.... os engañais.... Yo no exigiré de vos cosa alguna que os deshonrase. Lo que os doy lo hago porque lo teneis merecido.

— ¡Yo! exclamó el Terrible volviendo á su estupor; ¿y qué he hecho para merecerlo?

— Voy á deciroslo: sin conocer el bien ni el mal, abandonado á vuestros instintos salvages, encerrado durante quince años en presidio en compañía de los mas horribles malvados, sitiado por la miseria y el hambre, obligado por vuestra afrenta y la reprobacion de las gentes honradas á continuar el trato con la hez de los malhechores, no solamente os habeis conservado probo, si que los remordimientos de vuestro crimen han sobrevivido á la expiacion que os habia impuesto la justicia humana.

Este language sencillo y noble, fué un nuevo motivo de asombro para el Terrible. Miraba á Rodolfo con un respeto acompañado de temor, mas no podía aun convencerse.

— Pero cómo señor Rodolfo.... porque me pegasteis, porque creyéndoos igual á mí porque hablabais caló como mis padres, os conté mi vida mientras apurábamos unas botellas.... y despues de esto he impedido que os ahogaraís.... Por todo eso, en fin.... una casa.... dinero.... hacerme propietario.... Vaya, vaya, señor Rodolfo, os repito que es imposible.

—Creyéndome igual vuestro, me habeis contado vuestra vida con naturalidad y sin ficción, sin ocultar lo que habia tenido de culpable ó de generoso. Yo os he juzgado con escrupulosidad, y me complazco en recompensaros.

—Pero, señor Rodolfo, eso no puede ser.... No, no, hay muchos jornaleros pobres que toda su vida han sido honrados, y que....

—Ya lo sé, y por muchos de ellos he hecho tal vez mas de lo que hago por vos. Pero si el hombre que se conserva honrado en medio de gentes honradas, estimulado por su aprecio, merece interés y apoyo, aquel que á pesar de vivir separado de la buena sociedad, conserva su honradéz en medio de los malvados mas abominables de la tierra, tiene tambien derecho al interés y apoyo. Además que no hay esto solo: vos me habeis salvado la vida.... la habeis tambien salvado á Murph, mi mas querido amigo.... Lo que hago por vos, es dictado al par por el reconocimiento personal y por el deseo de sacar del fango una naturaleza buena y fuerte que se ha extraviado, pero no perdido. Y aun no es esto todo.

—¿Qué es, pues, lo que he hecho, señor Rodolfo?

Rodolfo tomó cordialmente su mano, y le dijo:

—Lleno de compasion hácia la infelicidad de un hombre que poco antes habia querido asesinaros, le habeis ofrecido vuestro apoyo, y le habeis dado asilo en vuestra pobre vivienda, en el pasadizo de Nuestra Señora, número 19.

—¿Pues qué sabeis dónde vivia?

—Aunque vos olvideis los servicios que me habeis prestado, yo no los olvido jamás. Cuando salisteis de mi casa, os siguieron, y os vieron entrar en la vuestra con el Dómine.

—Pero el señor Murph me habia dicho que no sabiais donde vivia.

— Quería hacer con vos una última prueba.... queria saber si erais generoso con desinterés.... En efecto, despues de vuestra valerosa accion, habeis vuelto á vuestros rudos trabajos anteriores, sin pedir nada, sin esperar nada, y sin decir tan solo una palabra de amargura para vituperar la aparente ingratitude con que yo desconocia vuestros servicios; y cuando ayer os propuso Murph una ocupacion algo mejor retribuida que vuestro trabajo habitual, habeis aceptado con alegría y con reconocimiento.

— Escuchadme pues, señor Rodolfo; en cuanto á esto.... cuatro francos al día son siempre cuatro francos al día.... En cuanto al servicio que os he prestado.... mas bien soy yo quien debo daros las gracias....

— ¿Y por qué?

— Sí, sí, señor Rodolfo, añadió con aire triste. Me han vuelto á suceder cosas.... porque despues que os conozco y que me dijisteis estas palabras: *Tú tienes aun CORAZON Y HONOR*, es pasmoso del modo que discurro. Es cosa singular que dos palabras, dos solas palabras, produzcan todo eso. En efecto, ha sucedido como si sembraran en la tierra dos solos granos de trigo, los cuales vienen á producir con el tiempo grandes espigas.

Esta comparacion justa, casi poética, causó impresion á Rodolfo; en verdad, dos palabras solas, pero poderosas y mágicas para los que las comprenden, habian desarrollado casi eléctricamente en aquella naturaleza enérgica los gérmenes de los instintos buenos y generosos.

— Ya veis, monseñor, continuó el Terrible; he salvado vuestra vida y casi la del señor Murph, es cierto.... pero aunque salve ciento ni mil vidas, ¿podria, acaso, esto devolverla á los qué?... Y bajó la cabeza con aire sombrío.

— Ese remordimiento es saludable ; pero una buena accion siempre se toma en cuenta.

— Y entre las cosas que habeis dicho al Dómine sobre los asesinatos, habia algunas que tambien podia aplicármelas, en bien ó en mal.

Queriendo cortar el curso de los pensamientos del Terrible, le dijo Rodolfo:

— ¿ Sois vos el que habeis colocado al Dómine en San Mandé?

— Sí, señor Rodolfo.... Me hizo cambiar sus billetes en oro y comprar un cinturon donde lo ha colocado, y se lo he cosido á su cuerpo. Paga treinta sueldos diarios á unos honrados patrones que se arreglan con esto.

— Será preciso que me hagais un nuevo favor.

— Haré lo que querais.

— Dentro de unos dias ireis á encontrarle con este papel.... es el título de una plaza perpétua en el *Hospicio*. Dará cuatro mil quinientos francos, y será admitido para toda su vida con la presentacion de este título : ya está todo convenido y arreglado. Me ha parecido que esto valdria mas, pues de este modo se asegura comida y habitacion para toda su vida.... y no tendrá que pensar mas que en arrepentirse.... Siento ahora no haberle proporcionado desde un principio esta entrada, en lugar de una cantidad que puede ser disipada ó robada.... pero me inspiraba tal horror, que solo pensaba en librarme de su presencia. Asi, pues, vos le hareis este ofrecimiento, y le acompañareis al hospicio. Si por casualidad rehusara, veremos lo que hemos de hacer. ¿ Con que está convenido que ireis á buscarle?

— Con mucho gusto os haria ese servicio.... pero no sé si tendré tiempo de que disponer. El señor Murph me ha contratado con una persona por cuatro francos diarios.

Rodolfo miró al Terrible con asombro.

—¿Qué es lo que decís! ¿Y vuestra tienda? ¿y vuestra casa?...

—Vamos, señor Rodolfo, no os burleis de un pobre diablo. Bastante os habeis divertido *esperimentándome*, como vos decís. Vuestra casa y vuestra tienda, es siempre una cancion sobre el mismo tono. Os habreis hecho tal vez esta cuenta: veamos si este animal de Albinos es tan majadero que se figure.... Vamos, vamos, señor Rodolfo, estais de broma.... dejemos eso.

—¿Cómo! ¿no os acabo de explicar?...

—Para dar mejor colorido á la fábula.... y os confieso que empezaba á tragarme el anzuelo. Era necesario ser perro viejo.

—Pero hombre.... ¡estais loco!

—No, no, monseñor.... Dejadlo y habladme del señor Murph.... aunque eso sea ya bastante asombroso, cuatro francos diarios.... sin embargo, en rigor puede pasar; pero una casa, una tienda, dinero en masa.... ¡qué broma!... ¡cáspita, que broma!...

Y se echó á reir sinceramente á carcajadas.

—Permitid que os diga....

—Escuchadme, monseñor: os confieso francamente que al principio me habeis hecho creer algo; pero me dije á mí mismo: el señor Rodolfo es muy campechano, y tal vez tenga que enviar alguna cosa al diablo, y tal vez me quiere dar la comision, tratando antes de cebarme para que no tema el fuego.... pero luego he discurrido que hacia mal pensando de vos de esta manera.... y entonces he visto que solo era una broma que queriais gastarme; porque si fuese tan bobalicon para creer que me dieseis toda una fortuna por cosas tan insignificantes.... en el momento, monseñor, me diriais: ¡Po-

bre Albinos! ¡anda! te tengo lástima.... ¿estás, acaso, tocado de la cabeza?

Rodolfo empezó á creer difícil poder convencer al Terrible, y le dijo con tono grave, imponente y casi severo:

—Yo no me chanceo jamás con el reconocimiento y el interés que me inspira una noble conducta.... Ya os lo he dicho: esta casa y este dinero son vuestros, y yo soy quien os lo regalo.... Y puesto que vacilais en creerme.... puesto que me obligais á hacer un juramento, os juro por mi honor que todo esto os pertenece, y que os lo doy por las razones que os he dicho.

Al oír aquel acento firme y digno, aquella expresión seria de las facciones de Rodolfo, el Terrible dejó de dudar de la verdad. Durante algunos momentos le miró en silencio: luego le dijo sin énfasis y con voz profundamente conmovida:

—Yo os creo, monseñor, y os doy infinitas gracias.... Un pobre hombre como yo, no tiene escogidas frases para manifestar su agradecimiento. Todo cuanto puedo deciros, es que jamás rehusaré un socorro á los desgraciados.... porque son muy malos el hambre y la miseria.... y las personas de mala intención, como las que han estraviado á la pobre Guillabaora.... y que una vez metidos ya en el lodazal, no todo el mundo tiene fuerzas suficientes para libertarse.

—Me habeis comprendido, y no podiais darme las gracias de mejor modo.... En ese pupitre encontrareis los títulos de esta propiedad, adquirida para vos con el título del señor *Franqueza*.

—¿El señor Franqueza?

—Vos no teniais nombre, y yo os doy ese. Es de buen presagio, y estoy seguro que lo honraris.

—Os lo prometo, monseñor.

— Animo, amigo mio. Vos podeis ayudarme en una buena y escelente obra.

— ¿Yo, monseñor?

— Vos: á los ojos del mundo sereis un ejemplo vivo y saludable. La feliz posicion en que os coloca la Providencia, probará que las gentes arrojadas en el último escalon social, pueden aun elevarse y esperar mucho, cuando se arrepienten y conservan puras algunas brillantes cualidades. Viéndoos dichoso porque despues de haber cometido una accion criminal expiada por un castigo terrible, os habeis conservado probo, valeroso y desinteresado, los que hayan faltado tratarán de corregirse. Yo quiero que nada se ignore de vuestra vida pasada: tarde ó temprano se sabria, y es necesario avanzarse á una revelacion. Lo primero que vamos á hacer, es ir los dos á ver al magistrado del distrito: he tomado informes respecto á él, y he sabido que es una persona digna de concurrir al buen éxito de mi obra. Yo me nombraré y seré vuestro fiador; y para establecer desde ahora relaciones honrosas entre vos y las dos personas que representan moralmente la sociedad de esta poblacion, aseguraré durante dos años una suma mensual de mil francos destinada á los pobres: todos los meses os remitiré dicha cantidad, cuyo empleo será arreglado por vos, por el alcalde y el cura: si alguno de ellos conservara el menor escrúpulo en ponerse en relacion con vos, su escrúpulo desaparecería ante las exigencias de la caridad: una vez aseguradas estas relaciones, quedará á vuestro cargo el merecer la recomendacion de esas gentes honradas, y no faltareis.

— Monseñor, ya os comprendo.... No es á mí á quien haceis este beneficio; es á los desgraciados que como yo se han encontrado en medio de las pe-

nas y de los crímenes, y que han salido, como vos decís, con *corazon y honor*. Sin que os agravie la comparacion, es como en el ejército: cuando todo un batallon ha hecho una accion distinguida, no se puede condecorar á todo el mundo, pues no hay mas que cuatro cruces para quinientos valientes; pero los que no tienen la cruz, dicen: «Bien.... otra vez la tendré yo.» Y á la otra vez se distinguen mas aun.

Rodolfo escuchaba á su protegido con alegría. Volviendo á este hombre la estimacion de sí mismo, relevándole á sus propios ojos, dándole, por decirlo asi, la conciencia de su valor, habia casi instantáneamente desarrollado en su corazon y en su alma reflexiones llenas de sentido, de honradéz, y casi se diria de delicadeza.

—Lo que me decís, replicó Rodolfo, es un nuevo modo de probaros vuestro reconocimiento. Estoy satisfecho.

—Tanto mejor, monseñor, porque me seria imposible manifestároslo de otro modo.

—Ahora vamos á visitar vuestra casa: el pobre viejo Murph ha tenido este gusto, y yo quiero tenerlo tambien.

Rodolfo y el Terrible bajaron por la escalera. En el momento que entraban en el patio, el mozo de la carnicería, dirigiéndose al Terrible, le dijo respetuosamente:

—Puesto que sois el amo, señor Franqueza, debo deciros que se presentan muchos parroquianos. Ya no hay costillas ni piernas, y será necesario matar al momento uno ó dos carneros.

—¡Ea pues! dijo Rodolfo al Terrible: hé aqui una bella ocasion para lucir vuestra habilidad. Y yo quiero estrenarlo.... El aire del campo me ha dado apetito, y probaré las chuletas.

— Sois demasiado bueno.... dijo el Terrible ; me lisonjeais por demas : yo pracuraré hacerlo del mejor modo.

— ¿Es necesario llevar dos carneros al matadero, patron? dijo el mozo.

— Sí, y trae tambien un cuchillo bien afilado y fuerte.

— Ese es negocio mio, quedad descansado.... Tomad.

— ¡Cáspita! señor Rodolfo, dijo el Terrible quitándose su leviton y recogiendo en el hombro las mangas de su camisa, que dejaban ver unos brazos atléticos. Esto me hace recordar mi juventud y el matadero.... Vais á ver cómo trabajo alli dentro.... Ya quisiera estar alli.... El cuchillo, muchacho, el cuchillo.... Hola, parece que lo entiendes.... linda pieza.... Con semejante instrumento, desafío á un toro furioso.

Y el Terrible blandía el cuchillo ; sus ojos empezaban á inyectarse de sangre ; el instinto, el apetito sanguinario volvía á presentarse en toda su espantosa energía.

El matadero estaba en el patio. Era una pieza abovedada, sombría, sus paredes de piedra, y que recibía la luz por arriba por una estrecha abertura. El mozo condujo uno de los carneros hasta la puerta.

— ¿Será preciso amarrarle, señor amo?

— ¿Sujetarle? ¡pues ya! ¿Para qué sirven estas rodillas? Dejadlo estar.... tan sujeto estará aqui como en una prensa. Dame la bestia, y vuélvete á la tienda.

El mozo se volvió á marchar.

Rodolfo quedó solo con el Terrible, y le examinaba con atencion, casi con ansiedad.

— Manos á la obra, le dijo.

— Y no tardará mucho por cierto. Vais á ver cómo

manejo el cuchillo.... Las manos me abrazan.... los oídos me zumban.... las sienes me laten como cuando solía *verlo todo encarnado*.... Ven acá tú, eh, que te dé un golpe mortal.

Y con los ojos centelleantes con un brillo salvaje, no acordándose ya de la presencia de Rodolfo, levantó la res sin esfuerzo, y con un brinco la llevó al matadero con una alegría feroz.... Hubiérase dicho que era un lobo salvándose en una caverna con su presa. Rodolfo le siguió y se apoyó sobre una de las hojas de la puerta, que cerró....

El matadero estaba sombrío; un vivo rayo de luz que caía perpendicularmente, iluminaba el rostro grotesco del Terrible, sus cabellos de un rubio pálido y sus patillas rojas. Doblado por la cintura, teniendo entre sus dientes un largo cuchillo, que brillaba entre el claro oscuro, colocaba la res debajo de sus rodillas. Cuando la tuvo sujeta, cogió con una mano su cabeza, la hizo alargar el cuello, y la degolló.

En el momento que el carnero sintió el cuchillo, dió un pequeño balido dulce en tono de queja; dirigió sus ojos moribundos hácia el Terrible, y dos chorros de sangre saltaron á la cara del matador.

El quejido, la mirada y la sangre, causaron á aquel hombre una espantosa impresion. El cuchillo le cayó de las manos, su cara se volvió lívida, contrastada, aterrorizada bajo la sangre que la cubria; sus ojos se anublaron, sus cabellos se erizaron, y luego, retrocediendo de repente con horror, exclamó con voz sofocada:

— ¡Oh! ¡el sargento! ¡el sargento!...

Rodolfo corrió hácia él.

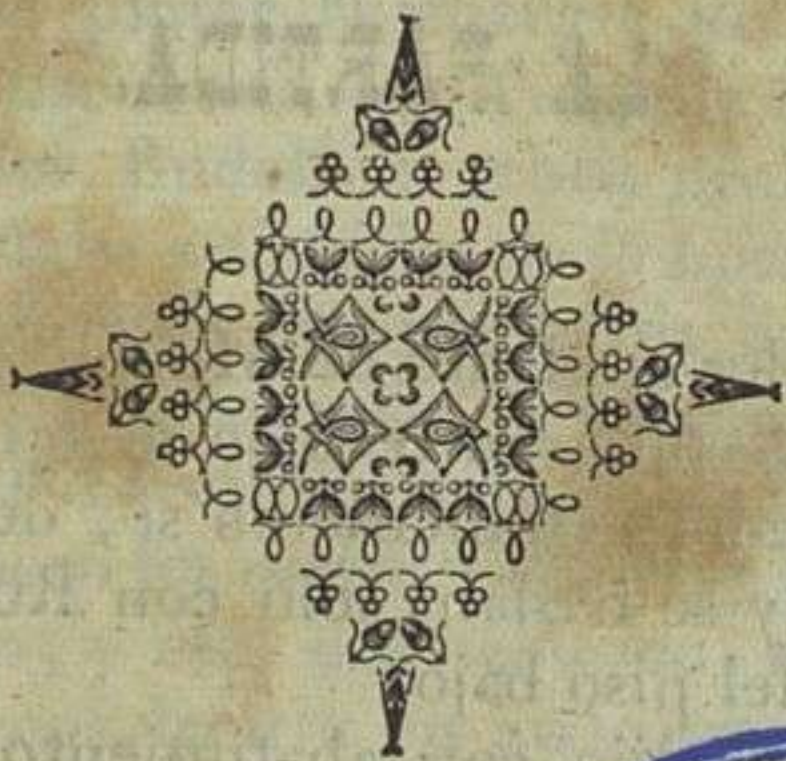
— Vuelve en tí, amigo mio....

— Allí.... allí.... el sargento.... repitió el Terrible retrocediendo paso á paso, con la vista fija, in-

móvil, y mostrando con el dedo alguna fantasma invisible. Luego, dando un grito espantoso, como si el espectro le hubiera tocado, se precipitó en el fondo del matadero, en el sitio mas oscuro, y allí, pegando la cara, el pecho y los brazos contra la pared, como si hubiera querido derribarla para escapar á una horrible vision, repetia con voz sorda y convulsiva:

— ¡Oh! ¡el sargento!... ¡el sargento!... ¡el sargento!...

.....



CAPÍTULO XXIV.

—NON—

LA PARTIDA.

Gracias á los cuidados de Murph y de Rodolfo, que calmaron con gran trabajo su agitacion, volvió el Terrible completamente en sí, despues de una larga crisis, y se hallaba solo con Rodolfo en una de las salas del piso bajo.

—Monseñor, dijo con abatimiento; habeis sido muy bondadoso conmigo.... pero mirad, yo preferiría ser mil veces mas desgraciado que lo he sido hasta aqui, antes que aceptar el destino que me habeis ofrecido....

—Pero reflexionad sin embargo....

—Disimulad, monseñor.... cuando he oido el grito de aquel pobre animal que no se defendia.... cuando he sentido saltar su sangre á mi cara.... una sangre caliente.... que parecia gozar de vida....

¡oh! vos no sabeis lo que es eso.... entonces se me ha presentado mi sueño del sargento y los pobres soldados á quienes asesiné.... que no se defendian, y que me miraban al morir con un aire tan dulce.... tan dulce.... que parecia que me compadecieran.... ¡Oh! monseñor.... esto es capaz de volverme loco....

Y el infeliz ocultó la cabeza entre sus manos con un movimiento convulsivo.

—Vamos, tranquilizaos.

—Perdonadme, monseñor; pero en adelante la vista de la sangre, de un cuchillo.... me seria insoportable. Tener todos los dias las manos ó los pies entre la sangre.... degollar á los pobres animales.... que no se defienden.... ¡oh! no, no, es imposible. Preferiría estar ciego como el Dómine, á verme reducido á semejante ocupacion.

Es imposible pintar la energía del gesto, del acento y de la fisonomía del Terrible al espresarse en estos términos. Rodolfo se sentia profundamente conmovido; estaba satisfecho de la horrible impresion que la vista de la sangre habia causado á su protegido. Por un momento, el instinto salvaje y sanguinario del Terrible, habia sido superior á su humanidad; pero los remordimientos habian vencido al instinto, y esto era hermoso, esto era una leccion. Debemos decirlo en alabanza de Rodolfo: jamás habia desesperado de este movimiento. Su voluntad y no una casualidad, es la que habia proporcionado la escena de la carnicería.

—Perdonadme, monseñor, dijo tímidamente el Terrible; correspondo muy mal á vuestros beneficios.... pero....

—Muy lejos de ello.... colmais mis deseos.... Sin embargo, os lo confieso, estaba incierto de encontrar en vos esa santa exaltacion de los remordimientos.

—¿Cómo, monseñor?

—Escuchadme, dijo Rodolfo; ved cuál ha sido mi pensamiento: yo os habia escogido el estado de carnicero, por inclinaros á él vuestros gustos é instintos.

—¡Ah! monseñor, es verdad.... sin lo que sabeis, esto hubiera sido mi felicidad.... yo se lo decia aun hace poco al señor Murph.

—Yo lo sabia tambien, mi querido Franqueza: si hubierais aceptado mis ofrecimientos.... y podiais haberlo hecho sin perder mi estimacion, todo lo que hay aqui era vuestro.... yo pagaba una deuda sagrada.... os sacaba de una posicion penosa.... constituía en vos un bueno, vivo y saludable ejemplo.... y continuaba interesándome en vuestro porvenir. Si por el contrario, la vista de la sangre que os preparabais á derramar maquinalmente os recordaba vuestro crimen; si una revolucion involuntaria me probaba que los remordimientos velaban siempre en el fondo de vuestra alma, mis miras respecto á vos cambiaban, porque el estado que os ofrecia era un suplicio continuo.

—¡Oh! eso es bien cierto, señor Rodolfo, un suplicio horrible.

—Al presente oid lo que os propongo, y estoy persuadido que aceptareis, porque he obrado con todos esos antecedentes. Una persona que posee muchas propiedades en Argel, me ha cedido para vos (no falta á lo menos mas que firmar la escritura) una vasta quinta destinada á la cria de animales. Las tierras que dependen de ella son muy fértiles y en plena esplotacion; pero no os lo ocultó: conociendo vuestro valor y la necesidad en que estais de ejercitarlo, he adquirido condicionalmente esos bienes, aunque estuviesen situados en los confines del Atlas, es decir, en la vanguardia, y espuestos

á los frecuentes ataques de los árabes. Allí es preciso ser al menos tan soldado como cultivador, pues á la vez es aquello una fortaleza y una casa de labor. El hombre que guarda esa habitacion en ausencia del propietario, os instruirá de todo; dicen que es honrado y fiel, y mientras lo necesiteis podreis tenerlo á vuestro lado. Una vez establecido allí, no solamente podreis aumentar vuestras riquezas por el trabajo, sino que con vuestro valor prestareis verdaderos servicios al pais. Los colonos se reunen en milicia. La estension de vuestras tierras, el número de trabajadores que tendreis empleados, os harán gefe de una fuerza armada bastante considerable. Disciplinada, electrizada por vuestro valor, podrá ser de una extrema utilidad para proteger las propiedades esparcidas por la llanura. Os lo repito: he escogido esto á pesar del peligro, ó mas bien á causa de él, porque queria utilizar vuestra natural intrepidez; porque al expiar, al haber purgado un gran crimen, seria vuestra rehabilitacion mas noble, mas completa, mas heróica, si se efectuara en medio de los peligros de un pais indómito, que entre las pacíficas costumbres de una corta poblacion. Si de un principio no os he ofrecido esta colocacion, es porque era muy probable que la otra os satisficiera, y esta es tan aventurada, que no queria esponeros sin dejaros la eleccion.... Aun es tiempo.... si no os conviene ese método de vida, decidmelo, y buscaremos otro.... En caso contrario, mañana se firma el contrato; os entregaré los títulos de vuestra propiedad, y marchareis á Argel con una persona designada por el antiguo propietario para ponerlos en posesion de los bienes.... Os deberán dos años de arrendamiento, que recibireis al llegar. Las rentas son de tres mil francos anuales: trabajad, adelantad, sed ac-

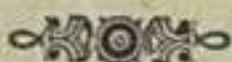
tivo, vigilante, y con facilidad aumentareis vuestro bienestar y el de los colonos que estareis en disposicion de favorecer; porque no puedo dudar que continuareis siendo caritativo y generoso, y siempre tendreis presente que sois rico para favorecer á muchos.... Aunque separado de vos, jamás os perderé de vista. La única prueba de afecto y reconocimiento que os pido, es que aprendais pronto á leer y escribir, para poder instruirme medianamente una vez por semana de lo que haceis, y dirijiros directamente á mí si teneis necesidad de consejo ó de apoyo.

.....
Inútil es pintar los trasportes de alegría del Terrible. Su carácter é instintos son demasiado conocidos del lector para que no comprenda que no podia haber proposicion que mas le conviniera.

.....
Al dia siguiente, en efecto, partió el Terrible para Argel.



CAPÍTULO XXV.



INVESTIGACION.

La casa que poseía Rodolfo en el paseo de las Viudas, no era el lugar de su residencia ordinaria. Habitaba uno de los mas grandes edificios del arrabal de San German, situado á la estremidad de la calle de *Plumet*.

Para evitar los honores debidos á su rango soberano, habíase conservado de incógnito desde su llegada á París, pues su encargado de negocios en la córte de Francia, habia anunciado que su señor correspondería á las visitas oficiales bajo el nombre y título de *conde de Duren*.

Gracias á este uso, muy frecuente en las córtes del Norte, puede viajar un príncipe con tanta libertad como placer, sin que se vea atado por una fastidiosa etiqueta. Rodolfo, á pesar de su traspá-

rente incógnito, tenia una casa y servidumbre cual correspondia á su persona. Introduciremos al lector en el palacio de la calle de Plumet, al siguiente dia de la partida del Terrible para Argel.

Habian dado las diez de la mañana. En medio de una estensa habitacion situada en el piso bajo, y anterior al despacho de Rodolfo, se hallaba Murph sentado delante de un bufete cerrando varios pliegos. Un lacayo vestido de negro, que llevaba al cuello una cadena de plata, abrió las dos hojas de la puerta de la antesala, y anunció:

—Su Escelencia el baron de Graün.

Murph, sin abandonar su ocupacion, saludó al baron con un gesto á la vez cordial y familiar:

—Señor encargado de negocios, dijo sonriendo; ¿quereis calentaros? Soy con vos al momento.

—Sir Walter Murph, secretario de S. A. S., esperaré vuestras órdenes, respondió alegremente M. de Graün, y le hizo con sonrisa un profundo y respetuoso saludo al digno squire.

El baron tenia sobre unos cincuenta años; sus cabellos eran grises, escasos, ligeramente empolvados y rizados. Su barba, un poco saliente, estaba casi oculta bajo de una ancha corbata de muselina de una blancura brillante. Su fisonomía llena de primor y de distincion; y bajo los cristales de sus gafas doradas, brillaba una mirada tan maligna como penetrante. Aunque fueran las diez de la mañana, M. Graün iba vestido de negro, segun lo exigia la etiqueta; una cinta rayada de varios colores vivos, se veía atada al ojal del frac. Colocó su sombrero sobre una silla, y se acercó á la chimenea mientras que Murph continuaba en su trabajo.

—Sin duda, mi querido Murph, ha velado S. A. una parte de la noche, porque vuestra correspondencia me parece considerable.

— Monseñor se acostó á las seis de la mañana. Ha escrito, entre otras, una carta de ocho páginas al gran mariscal, y me ha dictado otra no menos larga para el presidente del consejo supremo.

— ¿Esperaré á que se levante S. A. para darle las noticias que he adquirido?

— No, mi querido baron.... Monseñor ha dado orden para que no se le despierte hasta las dos ó las tres de la tarde: desea que despacheis esta misma mañana estos pliegos por un correo extraordinario, en vez de esperar al lunes.... Podeis manifestarme las noticias que hayais adquirido, y cuando despierte yo se las comunicaré: estas son sus órdenes.

— Perfectamente. Me persuado que S. A. quedará satisfecho de lo que tengo que decirle.... Pero, señor Murph, yo espero que el envío de ese correo no es de mal agüero.... Las últimas comunicaciones que yo he tenido el honor de transmitir á S. A....

— Anunciaban que todo iba muy bien por *allá*; y justamente por eso, queriendo monseñor dar á entender lo mas pronto posible su satisfaccion al presidente del consejo supremo y al gran mariscal, desea que despacheis hoy mismo ese correo.

— En eso reconozco á S. A. Si se tratara de una reprension, no se daría tanta prisa: por lo demas, no hay mas que un solo voto en la inteligente y firme administracion de nuestros gobernantes interinos. Eso es muy sencillo, añadió el baron sonriendo: la máquina estaba escelente y perfectamente arreglada por nuestro príncipe, y no se necesitaba mas que montarla con exactitud, para que su marcha invariable y segura continuara indicando cada dia el empleo de cada hora, y cada una de las ruedas. El orden en el gobierno produce siempre la confianza y la tranquilidad en el pueblo, y esto

es lo que me explica las buenas noticias que me dais.

—¿Y por aquí no hay nada de nuevo, mi querido baron? ¿Nada se ha traslucido?... Nuestras misteriosas aventuras....

— Están completamente ignoradas. Desde la llegada de monseñor á París, se han habituado á verlo poquísimas veces en casa de las personas que se habia hecho presentar, y creen que gusta mucho de la soledad, y que hace frecuentes escursiones á las cercanías de París. S. A. estuvo muy acertado en deshacerse por algun tiempo del camarero mayor y del gentil-hombre que le acompañaron de Alemania.

— Y que nos hubieran servido de testigos importunos.

— De este modo, á escepcion de la condesa Sarah Mac-Gregor, de su hermano Tom Seyton de Halsbury, y de Karl, nadie sabe los disfraces de S. A., pues ni la condesa, ni su hermano, ni Karl, tienen interés en vender este secreto.

— ¡Ah! mi querido baron, dijo Murph sonriendo; ¡qué desgracia que esa maldita condesa esté aun viuda!

— ¿Pues no se casó en 1827 ó 1828?

— En 1827, poco tiempo despues de la muerte de aquella desgraciada niña, que tendria al presente diez y seis ó diez y siete años, y que monseñor llora todos los dias sin hablar de ella jamás.

— Pesares tanto mas concebibles, cuanto que S. A. no ha tenido hijos de su matrimonio.

— Creo, mi querido baron, haber adivinado la compasion que inspira la pobre Guillabaora: el interés que monseñor manifiesta á esa desgraciada criatura, nace sin duda de que la hija que tan amargamente llora (aunque detestando á la con-

desa su madre), tendria al presente la misma edad.

—Es realmente fatal que esa Sarah, de cuya presencia debia creerse libre para siempre, se encuentre viuda, justamente diez y ocho meses despues que S. A. ha perdido al modelo de las esposas, despues de algunos años de matrimonio; y estoy seguro de que la condesa se cree favorecida de la suerte por esa doble viudéz....

—Y sus esperanzas insensatas renacen mas ardientes que nunca, á pesar de que sabe que monseñor la profesa la aversion mas profunda y mas merecida. ¿No fué ella la causa de?... ¡Ah! baron, dijo Murph sin acabar la frase; esa muger es funesta.... ¡quiera Dios que no nos acarree otras desgracias!

—¿Qué se puede temer de ella, mi querido Murph? En algun tiempo tuvo sobre monseñor la influencia que adquiere siempre una muger diestra é intrigante sobre un jóven que ama por primera vez, y que se halla sobre todo en las circunstancias que no ignorais; pero esa influencia quedó destruida con el descubrimiento de los indignos manejos de esa criatura, y sobre todo por la memoria del espantoso acontecimiento que provocó....

—Mas bajo, mi querido Graün, mas bajo, dijo Murph. ¡Ah! Estamos en el mes siniestro, y nos acercamos á esa fecha no menos siniestra, *el 13 de febrero*, y temo siempre ese terrible aniversario por monseñor....

—Sin embargo.... si una gran falta puede alcanzar el perdon con la expiacion, ¿no debe ser absuelto S. A.?

—Por favor, mi querido Graün, no hablemos de eso.... Estaré triste todo el dia.

—Os decia, pues, que las ideas actuales de la condesa Sarah son absurdas, porque la muerte de esa niña de que antes hablábamos, ha roto el último

lazo que podia unir aun á monseñor con esa muger; y es una loca si persiste en sus esperanzas....

—Sí, pero es una loca peligrosa.... Ya sabeis que su hermano participa de sus ambiciosas y tercas pretensiones, aunque esa digna pareja tenga al presente tantas razones para desesperar, como tenia para esperar hace diez y ocho años.

—¡Ah! ¡cuántas desgracias causó entonces el infernal abate Polidori por su criminal complacencia!

—A propósito de ese miserable, se me ha dicho que estaba aqui hace uno ó dos años, sumergido sin duda en una profunda miseria, ó entregado á alguna industria tenebrosa.

—¡Qué caida para un hombre de tanto saber, de tanta imaginacion é inteligencia!

—¡Pero tambien de tan abominable perversidad! ¡Quiera el cielo que no se encuentre con la condesa! La union de estos dos espíritus malignos, seria muy peligrosa.

—A pesar de todo, mi querido Murph, el mismo interés de la condesa, aunque con su desmesurada ambicion, la impediría siempre aprovecharse de la aficion aventurera de monseñor para intentar cualquiera mala accion.

—Lo espero como vos; sin embargo, la casualidad ha hecho abortar yo no sé qué proposicion, detestable sin duda, que esa muger queria hacer al Dómine, ese horrible malvado, que al presente, sin poder dañar á nadie, vive ignorado y tal vez arrepentido, en casa de unos honrados menestrales de San Mandé. ¡Ah! estoy convencido, que con el principal objeto de vengarse de ese asesino, al imponerle monseñor un castigo terrible, se arriesgaba á colocarse en una posicion muy grave.

—¡Grave! no, no, mi querido Murph; porque en

fin, la cuestion es esta: un desertor de presidio, un asesino reconocido, se introduce en vuestra casa y os hiere con un puñal; vos podeis matarlo por derecho de legitima defensa, ó enviarlo al cadalso; en ambos casos el malvado debe ser víctima: ahora bien, en vez de matarlo ó entregarlo al verdugo, por medio de un castigo formidable pero merecido, colocais á aquel monstruo en un estado inofensivo para la sociedad: ¿quién os acusará? ¿La justicia dirigirá su accion contra vos y en favor de semejante bandido? ¿Sereis condenable por no haber ido tan lejos como la ley os permitia, por haber tan solo privado de la vista al que la ley os permitia privarle de la vida? Porque, por defender mi existencia, ó por vengarme de un fragante adulterio, me reconoce la sociedad el derecho de vida y muerte sobre mi semejante.... derecho formidable, derecho sin apelacion, que me constituye juez y verdugo.... ¿y no podré yo modificar á mi arbitrio la pena capital, que hubiera podido imponer impunemente? ¿y sobre todo.... cuando se trata del bandido de que hablamos?... Porque esta es la verdadera cuestion.... Dejo á un lado nuestra posicion de príncipe soberano de la Confederacion Germánica: sé que en derecho, esto no significa nada; pero en hecho hay inmunidades forzadas: por otra parte, suponed que se entablara semejante proceso contra monseñor; ¡cuántas acciones generosas no abogarían por él! ¡cuántas limosnas, cuántos beneficios no se revelarían! Aun mas: en las condiciones que se presentan, suponed esta causa singular presentada ante un tribunal; ¿qué pensais que sucediera?

—Monseñor me lo ha dicho siempre: aceptaria la acusacion, y no se aprovecharía de modo alguno de las inmunidades que su posicion pudiera asegurar-

le. ¿Pero quién ha de descubrir aquel desgraciado acontecimiento? Ya sabeis la inflexible discrecion de David, y de los cuatro criados húngaros de la casa del paseo de las Viudas. El Terrible, á quien monseñor ha colmado de beneficios, no ha dicho una palabra de la ejecucion del Dómine, temeroso de verse comprometido, y antes de su salida para Argel, me ha jurado guardar silencio sobre este suceso; y en cuanto al bandido, sabe que ir á quejarse, es entregar su cabeza al verdugo.

— En fin, ni monseñor, ni vos ni yo, hablaremos.... ¿no es verdad? Mi querido Murph, este secreto, aunque lo saben varias personas, no por eso estará menos guardado. Lo peor que puede suceder, es el tener que sufrir algunas incomodidades; y en ese caso se sabrian cosas tan nobles, tan grandes, con motivo de esta causa extraordinaria, que semejante acusacion seria un triunfo para S. A.

— Me tranquilizais completamente. Pero, segun decís, me traeis las noticias que habeis adquirido de resultas de las cartas encontradas al Dómine, y de las declaraciones de la Mochuelo durante su permanencia en el hospital, de donde ha salido hace algunos dias bien curada de su fractura de la pierna.

— Aquí teneis esas notas, dijo el baron sacando un papel de su bolsillo; son relativas á las investigaciones acerca del nacimiento de la jóven llamada la Guillabaora, y sobre el lugar de la residencia actual de Francisco German, hijo del Dómine.

— ¿Quereis leerme esas notas, mi querido Graün? yo conozco las intenciones de S. A., y podré deciros si esas notas son suficientes. ¿Estais siempre satisfecho de vuestro agente?

— Es un hombre precioso, lleno de inteligencia, astucia y discrecion.... A veces me veo aun obliga-

do á moderar su celo , porque S. A., como sabeis, se reserva ciertas investigaciones.

— ¿Y continúa ignorando la parte que monseñor tiene en todo esto?

— Absolutamente. Mi posicion diplomática sirve de escelente pretesto á las noticias que le hago adquirir : M. Badinot (este es el nombre de nuestro agente) tiene muchas relaciones y conocimientos públicos y ocultos con varias personas de todas las clases de la sociedad : en otro tiempo fué abogado, y pronto tuvo que enagenar su bufete , por graves abusos de confianza ; pero no por ello ha dejado de conservar noticias muy exactas sobre la fortuna y posicion de sus antiguos clientes, y á veces se vana-gloria de haber traficado con el secreto de su vida y milagros. Por dos ó tres veces enriquecido y arruinado en sus negocios ; demasiado conocido para intentar nuevas especulaciones ; reducido á sacar su subsistencia diaria por medios algun tanto ilícitos, es una especie de Figaro curioso , que mientras lo exige su utilidad , pertenece en cuerpo y alma á quien le paga , y no tiene ningun interés en engañarnos ; pero á pesar de esto , lo hago vigilar sin que él lo sepa , y no tenemos ningun motivo para desconfiar de él....

— Además , que las noticias que nos ha dado ya, eran muy exactas.

— El tiene una probidad á su modo, y os aseguro, señor Murph , que M. Badinot es el tipo mas original de una de esas existencias misteriosas que no se encuentran ni son posibles mas que en París ; y si no fuera necesario que no tuviera relacion alguna con S. A., le divertiría mucho.

— ¿Podria aumentarse la paga de M. Badinot? ¿ juzgais necesaria esta gratificacion?

— Quinientos francos al mes , y las gratificaciones

que casi ascienden á otro tanto , me parecen suficientes : por ahora se muestra satisfecho ; ya veremos mas adelante.

—¿Y no tiene vergüenza de su ocupacion?

—Al contrario, lo tiene á grande honra : jamás al traerme alguna noticia deja de tomar un cierto aire de importancia ; no me atreveré á decir diplomático , porque el truan manifiesta creer que se trata de negocios de Estado , y parece maravillarse de las relaciones ocultas que pueden existir entre los intereses mas diversos y los destinos de las naciones. Sí, algunas veces tiene el descaro de decirme : «¡Cuántas complicaciones desconocidas al vulgo existen en el gobierno de un Estado! ¡Quién diría, sin embargo , que las notas que os entrego , señor baron, tienen sin duda su parte de accion en los negocios de la Europa!»

—Vamos , estoy viendo que los malos tratan de hacerse ilusiones sobre su bajeza ; siempre es esto halagüeño para las gentes honradas. Pero veamos esas notas.

—Aquí las teneis redactadas casi del mismo modo que me las dictó M. Badinot.

—Ya os escucho.

M. Graün leyó lo siguiente:

Nota relativa á Flor celeste.

«A principios del año 1827 , un hombre llamado Pedro Tournemine , actualmente detenido en el presidio de Rochefort por falsario , propuso á una muger llamada Gervasia , por otro nombre la Mochuelo , que se encargara para siempre de una niña de cinco ó seis años , recibiendo en recompensa la cantidad de mil francos....»

—¡Ah! mi querido baron , dijo Murph interrumpi-

piendo á M. de Graün; ¡1827! justamente en el mismo año en que monseñor tuvo noticia de la muerte de la desgraciada niña que llora todavía.... Por ese motivo y otros muchos, fué ese año funesto para nuestro príncipe.

—Los años felices son muy raros, querido Murph; pero continuemos.

«Convenido el negocio, la niña permaneció en su compañía durante dos años, despues de los cuales, queriendo huir del mal trato de que era víctima, desapareció. La Mochuelo no habia oido hablar de ella durante muchos años, hasta que la ha vuelto á ver por primera vez en la taberna de la Cité, hará como unas seis semanas. La niña, que habia llegado á jóven, llevaba entonces el sobrenombre de Guillabaora.

Pocos dias antes de este encuentro, el llamado Tournemine, á quien el Dómine habia conocido en el presidio de Rochefort, habia hecho dirigir al Zurdillo (corresponsal misterioso y habitual de los sentenciados á presidio ó licenciados) una carta detallada concerniente á la niña que en otro tiempo se le confió á la Gervasia ó Mochuelo.

De esta carta y de las declaraciones de la Mochuelo, resulta que una señora llamada Serafina, ama de gobierno del escribano Santiago Ferrand, habia en 1827 encargado á Tournemine que le buscara una muger que por la cantidad de mil francos consintiera en encargarse de una niña de cinco ó seis años, á quien querian abandonar, como se ha dicho antes.

La Mochuelo aceptó esta proposicion.

El objeto de Tournemine al dirigir estas noticias al Zurdillo, era para poner á este último en disposicion de pedir alguna cantidad á la señora Serafina por medio de un tercero, amenazándola con hacer

pública una aventura que tanto tiempo habia estado olvidada ; y Tournemine afirmaba , que dicha señora Serafina no era mas que una encargada de personajes desconocidos.

El Zurdillo habia confiado esta carta á la Mochuelo , asociada hacia algun tiempo á los crímenes del Dómine, lo cual esplica por qué se hallaban estas noticias en poder del bandido , y tambien por qué á su encuentro con la Guillabaora en la taberna del Conejo blanco , dijo la Mochuelo para atormentar á Flor celeste : *Ya se sabe quiénes son tus padres , pero tú no los conocerás.*

La cuestion presente era el saber si la carta de Tournemine relativa á la niña que entregó en otro tiempo á la Mochuelo , contenia la verdad. Para este efecto se han hecho informaciones sobre la señora Serafina y el escribano Santiago Ferrand , y ambos existen.

El escribano vive en la calle de Sentier , número 41 ; pasa por austero y piadoso ; á lo menos frecuenta mucho las iglesias ; guarda en la práctica de los negocios una regularidad escesiva , que se tacha de dureza ; su despacho es escelente ; vive con una economía muy aproximada á la avaricia ; y la señora Serafina es siempre su ama de gobierno.

El señor Santiago Ferrand , que era en otro tiempo pobre , ha comprado su escribanía por 350,000 francos , cuyos fondos le fueron suministrados bajo buenas garantías , por M. Carlos Robert , gefe del estado mayor de la guardia nacional de París , jóven bello y elegante. Cobra á medias con el escribano el producto del bufete , que se calcula en unos 50,000 francos , sin mezclarse en ninguno de los asuntos de la escribanía. Algunos maldicientes afirman , que á consecuencia de felices especulaciones de bolsa , hechas de concierto

con Cárlos Robert, se encontraría al presente el notario en disposicion de reembolsarle del préstamo; pero la reputacion del señor Santiago Ferrand está tan bien cimentada, que todos consideran estos rumores como horribles calumnias. Parece, pues, lo mas cierto, que la señora Serafina, ama de gobierno de este santo varon, podrá proporcionar preciosas noticias sobre el nacimiento de la Guillabaora.»

—A pedir de boca, querido baron, dijo Murph; hay algunas apariencias de verdad en la relacion de Tournemine. Tal vez encontremos en casa del escribano los medios necesarios para descubrir los padres de esa desgraciada criatura. ¿Y sobre el hijo del Dómine, teneis tan buenas noticias?

—Aunque menos circunstanciadas, son sin embargo bastante satisfactorias.

—Confieso que vuestro Badinot es un tesoro.

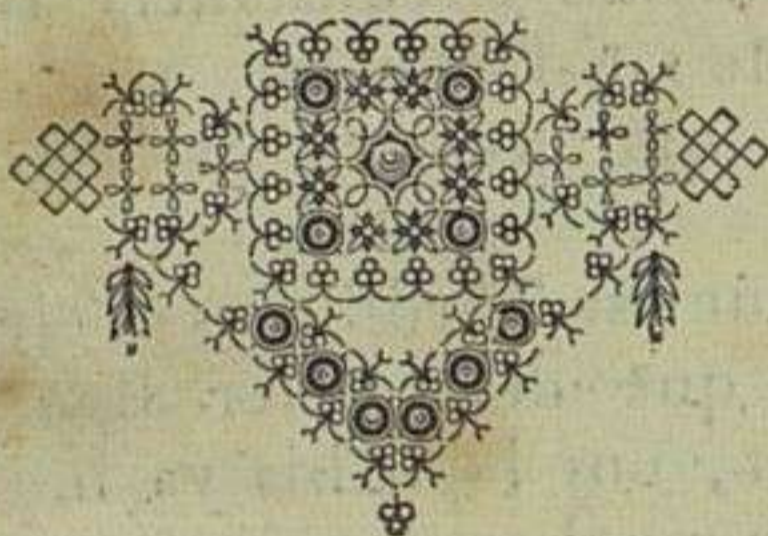
—Ya veis que ese Zurdillo es el eje de todo esto. M. Badinot, que debe tener algunas relaciones con la policia, nos lo habia ya indicado como el intermedio de muchos presidiarios, desde los primeros pasos de monseñor para encontrar al hijo de la señora Jacinta Duresnel, muger infortunada del mónstruo del Dómine.

—Precisamente; y yendo á buscar al Zurdillo en su casa de la Cité, calle de Feves, número 13, encontró monseñor al Terrible y á la Guillabaora. S. A. habia querido absolutamente aprovechar esta ocasion para visitar aquellas horribles guaridas, creyendo que tal vez hallaria alli algunos infelices que retirar del fango.... Sus presentimientos no le engañaron, pero á costa de mil peligros. ¡Dios mio!

—Peligros de que habeis tambien participado valerosamente, mi querido Murph.

— ¿No soy para eso el *carbonero particular* de S. A.ª respondió sonriendo.

— Decid mas bien su intrépido salvaguardia, mi digno amigo. Pero hablar de vuestro valor y de vuestra lealtad, seria nunca acabar. Continúo, pues, mi relacion.... Aquí teneis la nota relativa á Francisco German, hijo de la señora Jacinta y del Dómine, llamado antiguamente Duresnel.



CAPÍTULO XXVI.



NOTICIAS DE FRANCISCO GERMAN.

M de Graün continuó:

«Hace unos diez y ocho meses que un jóven llamado Francisco German, llegó á París procedente de Nantes, donde se hallaba empleado en la casa de comercio de Noël y Compañía.

Resulta de las declaraciones del Dómine y de varias cartas que se han encontrado en su poder, que el bandido á quien habia confiado su hijo para pervertirle, á fin de emplearlo algun dia en acciones criminales, descubrió al jóven esta horrible trama, y le propuso favorecer una tentativa de robo y falsificacion que se queria cometer en perjuicio de la casa de Noël y Compañía, en la que trabajaba Francisco German. Este rechazó la propuesta con indignacion; pero no queriendo denunciar al hombre

que lo habia criado , escribió una carta anónima á su principal , instruyéndole de la especie de complot que se tramaba , y salió secretamente de Nantes , para huir de aquellos que habian intentado hacerle instrumento y cómplice de sus crímenes.

Al saber estos miserables la fuga de German , se dirigieron á París ; se avistaron con el Zurdillo , y se dedicaron á perseguir al hijo del Dómine , sin duda alguna con miras siniestras , porque conocia sus intenciones. Despues de largas y numerosas diligencias , llegaron á saber su paradero ; pero fué demasiado tarde , porque German , habiendo encontrado algunos dias antes al sugeto que habia tratado de corromperlo , cambió repentinamente de habitacion , presintiendo el motivo que conducia á aquel hombre á París. El hijo del Dómine escapó así nuevamente de sus perseguidores.

Sin embargo , hará sobre unas seis semanas que estos llegaron á saber que vivia en la calle del Temple , número 17. Una noche , al entrar en su casa , faltó poco para que fuese asesinado por uno que le esperaba. (El Dómine habia ocultado esta circunstancia á monseñor.)

German adivinó de dónde partia el golpe ; abandonó la calle del Temple , y se ignora de nuevo el lugar de su residencia. Hasta aqui llegaban las noticias en la época en que el Dómine recibió el castigo por sus crímenes , y desde este punto parten las que ha mandado adquirir monseñor : aqui teneis el resultado.

Francisco German ha habitado cerca de tres meses la casa de la calle del Temple , número 17 , casa en extremo curiosa por las costumbres é industrias estrañas de la mayor parte de sus habitantes. German era muy apreciado por su carácter alegre , servicial y franco. Aunque parecia vivir de rentas ó

suelo muy modesto, habia prodigado los mas tiernos cuidados á una familia indigente que habitaba en las buhardillas de la casa; inútil ha sido informarse en la calle del Temple de la nueva habitacion de Francisco German y de su profesion; se supone que está empleado en alguna oficina ó casa de comercio, porque salia por la mañana y no volvia hasta las diez de la noche.

La única persona que sabe con certeza en dónde habita actualmente este jóven, es una inquilina de la casa de la calle del Temple: esta jóven, que parecia *intimamente* relacionada con German, es una costurera muy linda y vivaracha, llamada Rigolotte.... Ocupa un cuarto inmediato al que habitaba German. El aposento, vacante desde la marcha de este último, está al presente para alquilar, y bajo este pretesto se han adquirido las últimas noticias.»

—¿Rigolotte? dijo de repente Murph, que parecia estar reflexionando algun rato; ¿Rigolette? yo conozco ese nombre.

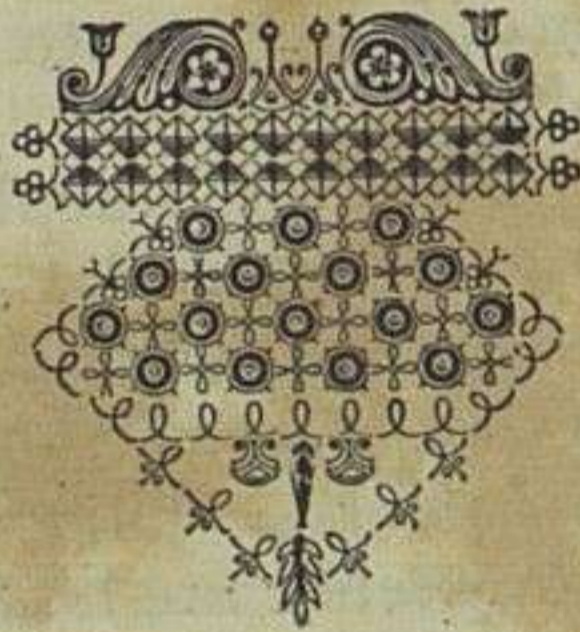
—¿Qué decís, sir Walter Murph? replicó el baron sonriendo; ¡cómo! digno y respetable padre de familias, ¿teneis conocimiento con costureras?... ¿Con que el nombre de una señorita Rigolette no es nuevo para vos? ¡Hola!... ¡hola!...

—¡Qué diablo! monseñor me ha puesto en el caso de hacer tan raras *relaciones*, que casi no tendreis motivo para maravillaros de este conocimiento, querido baron. Pero, ya caigo, sí, ya lo recuerdo perfectamente: al contarme monseñor la historia de la Guillabaora, no pudo menos de reirse de ese nombre grotesco de Rigolette, y ahora me acuerdo que era el de una amiga de prision de esa pobre Flor celeste.

—Pues bien: al presente la señorita Rigolette

puede sernos de una excesiva utilidad: voy á terminar mi relacion.

«Tal vez puedan conseguirse algunos adelantos de alquilar el cuarto deshabitado de la casa de la calle del Temple: aunque no habia orden para llevar mas lejos las investigaciones, sin embargo, por algunas palabras que se han escapado á la portera, hay motivos para creer, no solamente que seria posible encontrar en esta casa noticias ciertas sobre el hijo del Dómine por medio de la señorita Rigolette, sino tambien que podria monseñor observar allí costumbres, industrias, y sobre todo miserias, cuya existencia no se sospecha.»



CAPÍTULO XXVII.

—NON—

EL MARQUES DE HARVILLE.

Ya lo veis, mi querido Murph, dijo Graün al concluir la lectura de aquellas notas, que entregó al squire; segun nuestros apuntes, debemos buscar en casa del escribano Santiago Ferrand las noticias sobre los padres de la Guillabaora, y de la señorita Rigolette las relativas á la habitacion de Francisco German. Me parece que ya vale algo el saber en dónde se ha de buscar lo que necesita saberse.

—Sin duda alguna, baron: ademas, estoy seguro que monseñor encontrará un gran campo de observaciones en la casa de que se trata. Pero aun nos falta algo: ¿os habeis informado de lo que concierne al marqués de Harville?

—Sí; y á lo menos, en cuanto á la cuestion del dinero, los temores de S. A. no son fundados.

M. Badinot afirma, y lo creo bien informado, que la fortuna del marqués no ha sido jamás tan sólida ni mejor administrada.

— Despues de haber investigado inútilmente la causa del profundo pesar que perseguia á M. de Harville, monseñor habia creido que tal vez el marqués tendria necesidad de dinero: si hubiera sido esta la causa, le hubiese socorrido con la misteriosa delicadeza que acostumbra.... pero puesto que se ha engañado en sus conjeturas, le será preciso renunciar á descifrar ese enigma, con tanto mayor sentimiento, cuanto que profesa una sincera amistad á M. de Harville.

— Es muy natural: S. A. no ha olvidado jamás lo que debe su padre al del marqués. Sabeis que en 1815, cuando á la recomposicion de los Estados de la Confederacion Germánica, el padre de S. A. corria mucho peligro de ser eliminado, á causa de sus compromisos conocidos y probados en favor de Napoleon. El difunto marqués de Harville prestó en esta ocasion inmensos servicios al padre de nuestro príncipe, gracias á la amistad con que le honraba el emperador Alejandro, amistad que databa desde la emigracion del marqués á Rusia, y que invocada por él, tuvo una poderosa influencia en las deliberaciones del Congreso, donde se debatian los intereses de los príncipes de la Confederacion Germánica.

— Y observad, baron, cómo se encadenan las buenas acciones: en el año 92 el padre del marqués está proscrito, y encuentra en Alemania la mas generosa hospitalidad en el padre de monseñor: despues de permanecer durante tres años en nuestra córte, sale para Rusia y merece el afecto del czar, y por medio de este afecto es á su vez utilísimo al príncipe, que le dió tan noble acogida en otro tiempo.

— ¿No fué en 1815 durante la permanencia del viejo marqués de Harville, cerca del gran duque, entonces reinante, cuando principió la amistad de monseñor y del jóven Harville?

— Sí; entrambos han conservado los mas dulces recuerdos de aquellos felices tiempos de su juventud. Pero no es esto solo: monseñor conserva un reconocimiento tan profundo á la memoria del hombre cuya amistad fué tan útil á su padre, que todos cuantos pertenecen á la familia de Harville, tienen derecho á la proteccion de S. A.... Asi es, que tanto por sus desgracias y virtudes, como á este parentesco, ha debido la señora Jacinta los incesantes beneficios de S. A.

— ¡La señora Jacinta! ¡la muger de Duresnel, del presidiario apellidado el Dómine! exclamó el baron.

— Si, la madre de Francisco German á quien buscamos, y al que espero que encontremos.

— ¿Es parienta de M. de Harville?

— Era prima de su madre y su íntima amiga, y el viejo marqués la profesaba la amistad mas desinteresada.

— ¿Pero cómo la familia de Harville le permitió casarse con ese mónstruo de Duresnel?

— El padre de esa desgraciada, M. de Laigny, intendente de Languedoc antes de la revolucion, poseía grandes bienes, y escapó de la proscripcion. En los primeros dias de calma que siguieron á aquella época terrible, se ocupó en casar á su hija. Presentóse Duresnel, que pertenecía á una excelente familia parlamentaria, era rico, y ocultaba sus perversas costumbres bajo una máscara hipócrita, y casó con la señorita de Laigny. Los vicios de este hombre, disimulados por algun tiempo, no tardaron en desarrollarse; disipador, jugador, entregado á la mas indecente crápula, hizo á su mu-

ger muy desgraciada. Ella no se quejó; ocultó sus pesares, y despues de la muerte de su padre, se retiró á una posesion, que administró por sí misma para distraerse. No tardó mucho su marido en agotar sus bienes comunes en el juego y el libertinage, y la hacienda donde se habia retirado la señora Jacinta, fué vendida. Entonces tomó á su hijo, y fué á reunirse con su parienta la marquesa de Harville, á quien amaba como á su hermana. Duresnel, habiendo devorado su patrimonio y los bienes de su muger, se vió reducido á trampas; buscó nuevos recursos por medio del crimen; se hizo falsario, ladrón, asesino; fué condenado á presidio perpétuo; arrebató su hijo á su muger para confiarle á un miserable igual á él.... y ya sabeis lo demás.

—¿Pero cómo ha vuelto monseñor á hallar á madama Duresnel?

—Cuando Duresnel fué destinado á presidio, su muger, reducida á la mayor miseria, tomó el nombre de Jacinta.

—¿Y por qué en esa posicion cruel no se dirigió á la marquesa de Harville, su parienta y mejor amiga?

—La marquesa habia muerto antes de la sentencia de Duresnel, y despues, por una vergüenza invencible, jamás se ha atrevido la señora Jacinta á presentarse á su familia, que seguramente le hubiera prodigado las atenciones que merecia su infortunio. Sin embargo.... una vez tan solo, impedida por la miseria y por la enfermedad.... se resolvió á implorar los socorros de M. de Harville, el hijo de su mejor amiga.... y este fué el motivo de encontrarla monseñor.

—¿Y cómo sucedió?

—Iba á ver un dia á M. de Harville, y unos pasos delante de él marchaba una pobre muger, miserablemente vestida, pálida, doliente y abatida; llegó

á la puerta del palacio de Harville, y en el momento de llamar, despues de haber vacilado largo rato, hizo un brusco movimiento y volvió atrás, como si le hubiese faltado el valor. En extremo maravillado monseñor, siguió á aquella muger, vivamente interesado por su aire de dulzura y de pesar, y entró en una habitacion de un aspecto triste. Monseñor tomó algunos informes respecto á ella, y todos fueron muy honrosos: trabajaba para vivir; pero le habian faltado á un tiempo la ocupacion y la salud, y se veía reducida á la mas horrible indigencia. Al dia siguiente fui á su casa con monseñor, llegando á tiempo para librarla de morir de hambre. Despues de una larga enfermedad, en la que se le prodigaron todos los cuidados, la señora Jacinta en su reconocimiento contó su vida á monseñor, de quien no conoce aun ni el nombre ni el rango, diciéndole la condena de su marido y el robo de su hijo....

— ¿Por eso supo S. A. que la señora Jacinta pertenecía á la familia de Harville?

— Por lo mismo; y despues de esta esplicacion, monseñor que habia ido apreciando mas y mas las escelentes cualidades de la señora Jacinta, la hizo dejar á París, y la estableció en la granja de Bouqueval, en donde se halla al presente en compañía de la Guillabaora. En este apacible retiro encontró, si no la felicidad, al menos la paz, y pudo distraerse de sus pesares administrando aquella posesion; y tanto para temporizar con la dolorosa susceptibilidad de la señora Jacinta, como porque no quiere hacer públicos sus beneficios, ha dejado monseñor ignorar á M. de Harville que habia libertado á su parienta de una horrible miseria.

— Ya comprendo ahora el doble interés de monseñor en averiguar el paradero del hijo de esa pobre muger.

—Tambien podeis juzgar por lo mismo el afecto que profesa S. A. á toda esa familia, y cuán vivo es su pesar al ver al jóven marqués tan triste, con tantos motivos para ser dichoso.

—En efecto, ¿qué le hace falta á M. de Harville? Todo lo reune, nacimiento, fortuna, talento, juventud, una muger encantadora, y tan instruida como hermosa....

—Es verdad; y monseñor no ha pensado en hacer las investigaciones de que hemos hablado, hasta despues de haber sido vanos sus esfuerzos para penetrar la causa de la negra melancolia de M. de Harville: este ha parecido vivamente reconocido á las bondades de S. A.; pero siempre ha guardado una completa reserva sobre la causa de su tristeza. Tal vez sea alguna pena del corazon.

—Aseguran, pues, que está sumamente enamorado de su muger, y que ella no le dá motivo alguno de celos. Yo la encuentro muy á menudo en las reuniones, y la veo muy obsequiada, como suele siempre estarlo una muger jóven y hermosa; pero su reputacion no ha padecido jamás en lo mas mínimo.

—Sí, el marqués alaba siempre á su muger, y no ha tenido jamás con ella mas que una ligera cuestion respecto de la condesa Sarah Mac-Gregor.

—¿Pues qué la visita?

—Por la casualidad mas desgraciada, el padre del marqués de Harville conoció hace diez y siete años á Sarah Seyton de Halsbury y á su hermano Tom, cuando estuvieron en París protegidos por la embajadora de Inglaterra. Sabiendo que ambos hermanos se dirigian á Alemania, el viejo marqués les dió cartas de recomendacion para el padre de monseñor, con quien se hallaba en abierta correspondencia. ¡Ah! mi querido Graün, tal vez sin esta reco-

mendacion , no hubieran sobrevenido tantas desgracias , porque seguramente no hubiera conocido monseñor á semejante muger. En fin , cuando volvió á París la condesa Sarah , sabiendo la amistad de monseñor con el marqués , se hizo presentar en el palacio de Harville , con la esperanza de encontrar á S. A.; porque ella le persigue con tanto encarnizamiento , como empeño tiene monseñor en huir de ella....

— ¡ Disfrazarse de hombre para ir tras de S. A. hasta en la Cité! Solo ella es capaz de semejante diablura.

— Esperaria sin duda interesar por este medio á monseñor , y precisarle á una entrevista que siempre ha huido y evitado.... Pero volviendo á la señora de Harville , su marido , á quien monseñor habló de Sarah segun convenia , ha aconsejado á su muger que la viera lo menos posible ; pero la jóven marquesa , seducida por las hipócritas adulaciones de la condesa , ha repugnado algun tanto adherir á los deseos de M. de Harville. De aqui han nacido algunas pequeñas disensiones , que por otra parte no pueden ciertamente causar el sombrío abatimiento del marqués.

— ¡ Ah! ¡ las mugeres!... ¡ las mugeres!... mi querido Murph , yo siento mucho que la señora de Harville se halle relacionada con esa Sarah.... Esa jóven y encantadora marquesita , no puede menos de perder en el trato de esa diabólica criatura.

A propósito de criaturas diabólicas , dijo Murph , aqui tengo una carta relativa á Cecilia , indigna esposa del honrado David.

— Hablando entre nosotros , mi querido Murph , esa atrevida mestiza (1) habria merecido con mu-

(1) Llámase *mestizos* los criollos nacidos de un blanco y de una esclava mulata. Los mestizos solo se diferencian de los blancos por algunas señales imperceptibles.

cha razon el terrible castigo que su marido, el apreciable doctor negro, impuso al Dómine por órden de monseñor. Esa muger ha hecho tambien derramar sangre, y su corrupcion es espantosa.

—¡A pesar de eso, tan bella, tan seductora! Una alma perversa bajo un exterior gracioso, me causa siempre un doble horror.

—Bajo este aspecto, es Cecilia doblemente odiosa; pero yo espero que esta carta anule las últimas órdenes dadas por monseñor respecto á esta miserable.

—Al contrario.... baron.

—¿Monseñor continúa en la idea de que se la ausilie para escapar de la fortaleza en donde estaba encerrada para toda su vida, y que su pretendido raptor la conduzca á Francia, á París?

—Sí; y aun mas.... esta carta previene que se apresure lo posible la evasion de Cecilia, y que se la haga viajar tan rápidamente, que llegue aqui dentro de quince dias á mas tardar.

—Todo eso me confunde.... monseñor habia manifestado siempre tanto horror hácia ella....

—Y aun la aborrece mas ahora si es posible.

—Y sin embargo, la hace venir á París, cerca de él! Por lo demas, á toda hora será fácil, como lo ha pensado S. A., obtener la extradicion de Cecilia, si no ejecuta lo que de ella se exija. Se manda al hijo del alcaide de la fortaleza de Gerolsteim que robe á esa muger, fingiendo estar enamorado de ella, y se le proporciona todo lo necesario para llevar á cabo este proyecto.... La mestiza, aprovechando esta ocasion de fugarse, sigue á su supuesto raptor, y llega á París, es cierto; pero siempre pesa sobre ella la sentencia, y es siempre una presa fugada, que estoy perfectamente persuadido que entregarán á disposicion de monseñor desde el momento que pida su extradicion.

—Vivamos para ver, mi querido Graün. Quisiera tambien, segun las órdenes de monseñor, que escribierais á nuestra cancillería para que remitieran á vuelta de correo una copia legalizada de la partida de matrimonio de David, porque se casó en el palacio ducal, como á oficial de la casa de monseñor.

—Escribiendo por el correo de hoy, podemos tener esa partida dentro de ocho dias á mas tardar....

—Cuando David supo por monseñor la próxima llegada de Cecilia, quedó petrificado, y luego exclamó: «Espero que V. A. no me obligará á ver á ese mónstruo. —Tranquilizaos, contestó monseñor; no la vereis, pero necesito de ella para varios proyectos.» David se vió aliviado de un gran peso. Sin embargo, estoy seguro que se le han despertado recuerdos bien dolorosos.

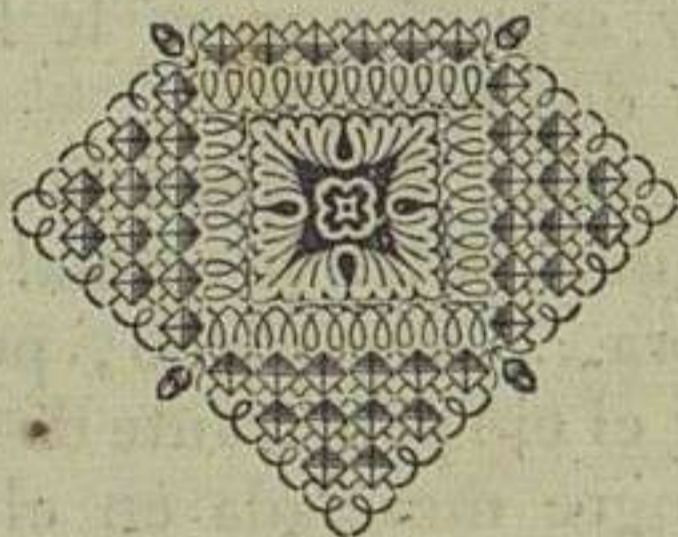
— ¡Pobre negro!... Es capaz de amarla todavía. ¡ Dicen que sigue aun tan hermosa!

— Encantadora.... demasiado, por cierto.... Es necesario tener el ojo penetrante de un criollo para descubrir la sangre mezclada en el imperceptible matiz azulado que colora ligeramente la corona de las uñas rosadas de esta mestiza: nuestras frescas hermosuras del norte, no tienen una tez mas trasparente, una piel mas blanca, ni cabellos de un castaño tan dorado.

—Yo me hallaba en Francia cuando monseñor regresó de América trayendo en su compañía á David y Cecilia: sé que este hombre honrado profesa desde aquella época el mas vivo reconocimiento á monseñor; pero siempre he ignorado los motivos de su afecto hácia nuestro príncipe, y cómo se habia casado con Cecilia, á quien ví por primera vez un año despues de su matrimonio, y Dios sabe el escándalo que habia dado ya....

— Yo puedo instruiros perfectamente de lo que deseais saber , mi querido baron , porque acompañé á monseñor en ese viage de América , en el que arrancó á David y á la mestiza de la mas horrible suerte.

— Sois en extremo complaciente , mi querido Murph , y os escucho , dijo el baron.



CAPÍTULO XXVIII.



HISTORIA DE DAVID Y CECILIA.

Mr. Willis, rico colono americano de la Florida, dijo Murph, habia reconocido en uno de sus jóvenes esclavos negros llamado David, ocupado en la enfermería de su habitacion, una inteligencia muy notable, una conmiseracion profunda y atenta con los pobres enfermos, á los que prestaba con amor los cuidados prescritos por los médicos, y finalmente, una vocacion tan singular por el estudio de la botánica aplicada á la medicina, que sin ninguna instruccion habia compuesto y clasificado una especie de *Flora* de las plantas de la posesion y de sus cercanías. Las haciendas de Mr. Willis, situadas sobre la orilla del mar, distaban quince ó veinte leguas de la ciudad mas próxima, y los médicos del pais, sobre ser poco instruidos, no se

prestaban con facilidad á la asistencia , á causa de las grandes distancias y de la incomodidad de los medios de comunicacion. Queriendo remediar un inconveniente tan grave en un pais sujeto á violentas epidemias , y tener un práctico instruido , le ocurrió al colono la idea de enviar á David á Francia , para que aprendiese la medicina y cirugía.... Satisfecho con esta oferta , el jóven negro partió para París ; el colono pagó los gastos de sus estudios , y despues de ocho años de un trabajo prodigioso , David recibió el grado de doctor con la mayor distincion , y volvió á América á ofrecer sus conocimientos al colono.

— David debiera haberse considerado como libre y emancipado de hecho y de derecho al pisar el suelo de Francia.

— Pero David es un hombre de una lealtad extraordinaria , y habia prometido á Mr. Willis que volveria , y volvió.... Además , no consideraba , por decirlo así , como propiedad suya.... una instrucción adquirida con el dinero de su amo , y finalmente , esperaba poder aliviar moral y físicamente los padecimientos de los esclavos , sus antiguos compañeros.... El se prometia ser , no solamente su médico , sino su apoyo y defensor con el colono....

— Es necesario efectivamente estar dotado de una probidad rara y de un santo amor hácia sus semejantes , para volver á ponerse á las órdenes de un amo , despues de permanecer ocho años en París.... en medio de la juventud mas democrática de toda Europa....

— Esta conducta os servirá para juzgar á ese hombre. De vuelta ya en la Florida , debo decir que Mr. Willis lo trataba con bondad y consideracion , sentándole á su mesa y haciéndole dormir bajo su

mismo techo : por lo demas , este colono estúpido, maligno, sensual, déspota, como suelen serlo muchos criollos, se creyó muy generoso dando á David seiscientos francos de dotacion. De alli á algunos meses se declaró en su hacienda un tifus horrible , siendo atacado tambien Mr. Willis ; pero curó prontamente por los escelentes cuidados de David. De treinta negros gravemente enfermos , tan solo murieron dos ; y Mr. Willis , agradecido á los servicios de David, aumentó su pension hasta mil doscientos francos : el médico negro se creía con esto el hombre mas feliz del mundo , y sus hermanos lo miraban como su Providencia ; bien es verdad que habia obtenido de su amo , aunque con mucha dificultad , algun alivio en su suerte , y confiaba alcanzar algo mas para el porvenir, y entretanto moralizaba y consolaba á aquellas pobres gentes , exhortándoles á la resignacion : les hablaba de Dios, que vela del mismo modo sobre el negro que sobre el blanco : de otro mundo, en donde no se conocian amos y esclavos , sino justos y malvados ; de otra vida eterna, en donde los unos no son dueños de los otros como de un infame ganado, sino que las víctimas de la tierra eran felices y rogaban por sus verdugos.... ¿Y qué os dire? A esos desgraciados, que al contrario de los demas hombres, cuentan con amarga alegría los pasos que cada dia les hacen aproximar á la tumba.... á esos desgraciados que no esperan mas que la nada, les hizo esperar David una libertad inmortal : sus cadenas les parecieron entonces menos pesadas , sus trabajos menos penosos. David era su ídolo.... Sobre un año pasó de esta suerte. Entre las mas hermosas esclavas de aquella hacienda , se encontraba una mestiza de quince años llamada Cecilia. Mr. Willis tuvo una fantasía sultánica hácia aquella jóven, y tal vez por

la primera vez de su vida sufrió una negativa, una obstinada resistencia. Cecilia amaba.... amaba á David, que durante la última epidemia la habia cuidado y salvado con admirable desinterés, y mas tarde, el amor mas casto pagó la deuda del reconocimiento. David tenia un gusto demasiado delicado para dar á conocer su dicha antes del momento en que pudiera casarse con Cecilia, y esperaba que cumpliera diez y seis años. Mr. Willis, ignorando este afecto mútuo, habia tirado con arrogancia su pañuelo á la linda mestiza, y esta fué á contarle deshecha en lágrimas á David las brutales tentativas de que habia podido escapar con mucho trabajo. El negro la tranquilizó, y fué inmediatamente á pedirla por esposa á Mr. Willis.

— ¡Demonio! mi querido Muiph.... temo demasiado adivinar la respuesta del sultan americano.... ¿se la negó?

— Sí, se la negó, diciéndole que tambien él estaba enamorado de aquella jóven; que jamás habia sóportado los desdenes de una esclava; que queria que esta fuese suya, y que lo seria; que David podria elegir otra muger ó querida, segun prefiriese, de entre otras diez mulatas ó mestizas que habia de su propiedad. David habló de su amor correspondido hacia ya algun tiempo por Cecilia; pero no le hizo caso alguno el americano, y por mas que insistió David, todo fué en vano. El criollo tuvo la impudencia de decirle, que serviria de *mal ejemplo* el ver á un señor ceder á un esclavo, y que él no daria este ejemplo para satisfacer un *capricho* de David.... Este suplicó; el amo se impacientó: David, ruborizándose de humillarse mas, habló con firmeza sobre los servicios que le prestaba, y su desinterés, porque se contentaba con una pequeña retribucion. Mr. Willis irritado, le respon-

dió con desprecio, que aun era demasiado bien tratado para un *esclavo*. A estas palabras estalló la indignacion de David.... Por la primera vez de su vida habló como hombre instruido de sus derechos por una permanencia de ocho años en Francia. Mr. Willis, furioso, le trató de esclavo rebelde, y le amenazó con la cadena. David profirió algunas palabras amargas y violentas.... Dos horas despues, atado á un poste, destrozaron sus carnes á latigazos, mientras llevaban á su vista á Cecilia al serrallo del colono....

—La conducta de ese colono era estúpida y espantosa.... Era la necesidad unida á la barbarie, puesto que sobre todo tenia necesidad de aquel hombre....

—De tal manera tenia necesidad de él, que en el mismo dia, el acceso de furor á que se entregó, unido á la embriaguéz en que se hallaba sumergido todas las tardes, le produjo una calentura inflamatoria muy peligrosa, y cuyos síntomas se declararon con la rapidéz particular de estas afecciones, y tuvo que meterse en cama con una fiebre horrible.... Mandó inmediatamente á buscar un médico; pero este no podia llegar á la habitacion hasta mas de treinta y seis horas....

—En verdad que esa peripecia parece providencial.... La fatal posicion de ese hombre, era bien merecida....

—El mal hacia espantosos progresos.... solamente David podia salvar al colono; pero Willis, desconfiado como todos los malvados, temia que el negro para vengarse le envenenase en alguna pocion.... porque despues de haber azotado á David, le habia mandado encerrar en un calabozo.... En fin, asustado por la marcha de la enfermedad, debilitado por el sufrimiento, y pensando que morir por morir, siempre podia sacar algun partido de la gene-

rosidad del esclavo, despues de terribles dudas, puso en libertad á David....

— ¡Y David salvó al colono!

— Durante cinco dias y cinco noches no se apartó de su lado, como pudiera haberlo hecho por su padre, combatiendo la enfermedad paso á paso con una inteligencia y tino admirables, y consiguió el triunfo, con profunda sorpresa del médico que habian ido á buscar, y que no llegó hasta el segundo dia.

— ¡Y una vez restablecido el colono?

— No queriendo ruborizarse ante su esclavo, que cada instante le recordaría con su presencia toda la grandeza de su admirable generosidad, el colono, mediante un sacrificio enorme, consiguió que se quedara en su compañía el médico que habian ido á buscar, y David fué puesto de nuevo en el calabozo.

— ¡Eso es horrible! pero no me maravilla, porque David hubiera sido para aquel hombre un remordimiento perenne....

— Esta bárbara conducta no fué dictada solamente por la venganza y por los celos.... Los negros de Mr. Willis amaban á David con todo el ardor del reconocimiento; era para ellos su salvador de cuerpo y alma. Sabian los cuidados que habia prodigado al colono en su última enfermedad. Asi, saliendo como por encanto del apático embrutecimiento en que sumerge regularmente la esclavitud á la criatura, estos desgraciados manifestaron vivamente su indignacion, ó mas bien su dolor cuando vieron á David sufrir los latigazos. Mr. Willis, exasperado, creyó descubrir en esta manifestacion el gérmen de una insurreccion.... Pensando en la influencia que David habia adquirido sobre los esclavos, le creyó capaz de ponerse mas tarde á la cabe-

za de una sublevación, y de vengarse entonces de la execrable ingratitud de su amo.... Este temor absurdo fué un nuevo motivo para que el colono aumentase los malos tratamientos contra David, y le inutilizara para poder cumplir los siniestros designios de que le creía animado....

— Bajo ese punto de vista de un terror feroz.... su conducta parece menos estúpida, aunque no menos ingrata.

— Algun tiempo despues de estos acontecimientos, llegamos á América. Monseñor habia fletado un bergantin danés en Santo Tomás, y visitábamos de incógnito todas las haciendas del litoral americano que costeábamos. Mr. Willis nos recibió magníficamente.... Al dia siguiente de nuestra llegada, por la tarde, despues de beber, tanto por la escitacion del vino como por una cínica vanidad, Mr. Willis nos contó, en medio de horribles chanzouetas, la historia de David y de Cecilia; porque me habia olvidado decirlo, que habian metido tambien en el calabozo á esta infeliz para castigarla por sus primeros desdenes. Al oír aquella horrorosa relacion, creyó S. A. que Mr. Willis se chanceaba, ó que estaba borracho; este hombre estaba efectivamente embriagado, pero no se mofaba. Para disipar su incredulidad, el colono se levantó de la mesa, dando órden á un esclavo para que tomara una linterna y que nos acompañara al calabozo de David.

— ¿Y qué tal?

— En mi vida he visto un espectáculo mas horrible. Macilentos, descarnados, medio desnudos, cubiertos de llagas, David y aquella jóven infeliz, encadenados por medio del cuerpo, el uno á un rincón del calabozo y la otra al opuesto lado, parecian dos espectros.... La linterna que nos alumbraba,

arrojaba sobre este cuadro un tinte mas lúgubre aun.... David no pronunció una sola palabra á nuestra vista ; su mirada tenia una espantosa quietud. El colono le dijo con una ironía cruel : «¿Y bien, doctor, que tal va?... Tú que eres tan sábio, ¿por qué no te salvas?...» El negro respondió con una palabra y un gesto sublimes ; levantó lentamente su mano derecha, y sin mirar al colono, dijo con tono solemne : «¡Dios!» y se calló. «¿Dios? replicó el colono riendo á carcajadas ; dile pues á Dios que venga á librarte de mis manos. ¡Yo le desafío!...» Luego, estraviado por el furor y la embriaguéz, alzando los puños al cielo, exclamó blasfemando : «¡Sí, yo desafío á Dios que me arrebaté mis esclavos antes de su muerte! ¡Si no lo hace, niego su existencia!»

—Eso era ya ser un loco estúpido.

—Aquellas palabras nos cubrieron el alma de angustia.... Monseñor no habló una sola palabra. Salimos del calabozo.... Aquella cueva estaba situada, asi como la habitacion, á la orilla del mar. Volvimos á bordo de nuestro bergantin, anclado á muy corta distancia. A la una de la mañana, en el momento en que todos los de la casa estaban sumergidos en el mas profundo sueño, salta monseñor á tierra con ocho hombres bien armados ; fué derechamente al calabozo, lo forzó, y se llevó á David y Cecilia. Las dos víctimas son trasportadas á bordo, sin que se observase nada de la espedicion, y luego monseñor y yo nos dirigimos á la habitacion del americano. Pero, ¡qué cosa tan estraña! aquellos hombres atormentan á sus esclavos, y no toman precaucion alguna contra ellos ; duermen con las puertas y ventanas abiertas. Con la mayor facilidad llegamos á la sala donde dormia el colono, alumbrada interiormente por una lamparilla : monseñor le

despierta, y él levanta la cabeza, todavía cargada por los vapores del vino. «¿Esta tarde habeis desafiado á Dios á que os arrancase vuestras víctimas antes de su muerte?... El, pues, os las arrebató», dijo monseñor: luego, cogiendo un saco que yo llevaba y contenia 25,000 francos en oro, lo arrojó sobre la cama de aquel hombre, y añadió: «Aquí teneis una indemnizacion de la pérdida de vuestros esclavos.... A vuestra violencia que asesina, yo opongo una violencia que salva.... ¡Dios será nuestro juez!» Y desaparecimos, dejando á Mr. Willis estupefacto, inmóvil, creyéndose bajo la influencia de un sueño. Algunos minutos despues estábamos á bordo del bergantin, y nos hicimos á la vela.

— Me parece, amigo Murph, que monseñor indemnizó con demasia á ese miserable de la pérdida de sus esclavos, porque en rigor, David no le pertenecía ya.

— Nosotros calculamos poco mas ó menos el gasto hecho en los estudios de este último durante los ocho años; luego, al menos, triplicó su valor y el de Cecilia como simples esclavos. Nuestra conducta era contraria al derecho de gentes, es verdad.... pero si hubierais visto el horrible estado en que se encontraban aquellos infelices, casi agonizantes; si hubierais oido aquel desafio sacrílego hecho á Dios por aquel hombre embriagado de vino y de ferocidad, comprenderíais por qué quiso monseñor, como lo dijo en esa ocasion, *hacer el papel de la Providencia*.

— Eso es atacable y defendible del mismo modo que el castigo del Dómine, mi digno squire. ¿Y no tuvo otras consecuencias esa aventura?

— No podia tampoco tener ninguna. El bergantin llevaba bandera danesa; el incógnito de S. A. estaba severamente guardado, y pasábamos por unos

ricos ingleses. ¿A quién hubiera dirigido Mr. Willis sus reclamaciones si se hubiera atrevido á quejarse? En suma, él mismo nos dijo, y el médico de monseñor lo confirmó en un proceso verbal, que los dos esclavos no hubieran podido vivir ocho dias mas en aquel horrible calabozo. Se necesitaron los mayores cuidados para arrancar á David y á Cecilia de una muerte casi segura; pero por fin, pudo hacérseles volver á la vida. Desde entonces David ha permanecido al lado de monseñor como médico, y le profesa el mayor afecto.

—¿Y David se casó sin duda con Cecilia á su llegada á Europa?

—Este matrimonio, que parecia que debiera ser tan feliz, se efectuó en la capilla del palacio de monseñor; pero por un giro extraordinario, apenas estuvo gozando de una posicion inesperada, olvidando todo cuanto David habia sufrido por ella, y lo que ella misma habia padecido por él, ruborizándose en este mundo nuevo de estar casada con un negro, Cecilia, seducida por un hombre, por otra parte en extremo depravado, cometió una primera falta: hubiérase creido que la perversidad natural de esa desgraciada, amortiguada hasta entonces, no esperaba mas que aquella peligrosa fermentacion para desarrollarse con espantosa energia. Ya sabeis el escándalo que promovieron sus aventuras: despues de dos años de matrimonio, David que tenia tanta confianza como amor, supo todas las infamias, y un rayo le arrancó de su profunda y ciega seguridad.

—¿Dicen que quiso matar á su muger?

—Sí; pero gracias á las instancias de monseñor, consintió en que se la encerrara en una fortaleza para toda su vida.... y esta es la prision que va á abrir monseñor.... con tanto asombro mio como

vuestro, no puedo negarlo, mi querido baron.

—Francamente os confieso, que la resolución de S. A. me asombra tanto mas, cuanto que el gobernador de la fortaleza ha avisado varias veces á monseñor, que aquella muger era incorregible: nada habia podido vencer su carácter audaz y endurecido en el vicio; y á pesar de esto, monseñor.... persiste en hacerla venir aqui. ¿Con qué objeto? ¿por qué motivo?

—Eso es, mi querido baron, lo que ignoro como vos.... Pero se hace tarde, y S. A. desea que vuestro correo salga lo mas pronto posible para Gerolstein.

—Antes de las dos estará ya en camino. Asi, mi querido Murph, hasta la tarde....

—Hasta la tarde.

—¿Habeis olvidado que hay baile en la embajada de***, y que debe ir alli S. A.?...

—Es verdad.... desde la ausencia del coronel Varner y del conde de Harneim, olvido siempre que desempeño á la vez las funciones de gentil-hombre y de ayudante....

—Pero á propósito del conde y el coronel, ¿cuándo vuelven por aqui? ¿No han desempeñado aun sus misiones?

—Ya sabeis que monseñor los tiene separados de sí el mayor tiempo posible para disfrutar mas soledad y libertad.... En cuanto á la mision que S. A. les ha confiado para desembarazarse honrosamente.... enviándoles el uno á Aviñon y el otro á Strasburgo.... ya os lo confiaré un dia que tengamos los dos el humor melancólico.... porque desafiaría al mas negro hipocondríaco á que no se echara á reir, no solamente por esta confianza, sino por ciertos párrafos de los despachos de estos dignos caballeros, que toman estas pretendidas misiones con una increíble seriedad....

— En verdad que jamás he podido comprender por qué razon habia colocado S. A. al coronel y al conde en su servicio particular.

— ¡Cómo! ¿Pues el coronel Varner no es un excelente tipo del militar? ¿Hay en toda la Confederacion Germánica mas bella estatura, mas hermosos bigotes y una figura mas marcial? Y cuando está enjaezado, ataviado, embridado y lleno de penachos, puede encontrarse mas triunfante, mas glorioso, mas altivo, mas bello.... animal?

— Es verdad; pero esa misma belleza le impide tener un aire escesivamente ingenioso. ..

— ¡Pues bien! monseñor dice, que gracias al coronel, se ha habituado á encontrar tolerables á las personas mas fastidiosas del mundo.... Antes de dar principio á ciertas audiencias mortales, se encierra con el coronel.... y sale de alli enteramente calavera y alegre, y capaz de desafiar al mismo tedio....

— Hace lo mismo que el soldado romano, que antes de una marcha se calzaba unas sandalias de plomo.... á fin de encontrar ligera toda fatiga al dejarlas.... Ahora comprendo toda la utilidad del coronel.... Pero, ¿y el conde de Harneim?

— Tambien sirve de gran utilidad á monseñor: oyendo continuamente zumbiar á su lado á ese viejo casquivano, jugueton y elegante, viendo esa bola de jabon tan hinchada.... de viento, tan magníficamente matizada, que representa la parte teatral y pueril del poder soberano, conoce monseñor mas vivamente la vanidad de esas pompas estériles, y por contraste ha debido muchas veces á la contemplacion del inútil gentil-hombre las mas sérias y fecundas ideas.

— Por lo demas, es preciso ser justos, mi querido Murph: ¿en qué córte podreis presentarme un mo-

delo mas perfecto de gentil-hombre? ¿Quién conoce mejor que este Harneim las innumerables reglas y tradiciones de la etiqueta? ¿Quién sabe llevar con mayor gravedad una cruz esmaltada al cuello, y mas magestuosamente una llave de oro á la espalda?

—A propósito, baron, monseñor pretende que la espalda de un gentil-hombre tiene una fisonomía particular; una espresion, segun dice, á la vez forzada y estravagante, que dá pena el mirarla, porque es un dolor el ver que brille en la espalda del gentil-hombre el signo de su cargo.... y segun monseñor, ese digno Harneim parece siempre tentado á presentarse como los cangrejos, para que pueda juzgarse al momento de su importancia....

—Lo cierto es, que el objeto incesante de las meditaciones del conde, es la cuestion de saber por qué fatal capricho se ha colocado la llave de gentil-hombre en la espalda... Esa, dice el conde con mucha razon, en medio de cierta pena y amargura, es una invencion diabólica; porque, acaso, ¿se abren las puertas por la espalda?...

—Baron, ¡el correo, el correo! dijo Murph mostrándole el relox.


—Ese maldito me hacia olvidarlo.... pero tambien vos teneis la culpa de haberme hablado de él. Haced presentes mis respetos á S. A., dijo Graün corriendo á tomar el sombrero, y hasta la noche, mi querido amigo.

—Hasta la noche, querido baron.... algo tarde, porque estoy seguro que monseñor querrá visitar hoy mismo la misteriosa casa de la calle del Temple.

CAPÍTULO XXIX.



UNA CASA EN LA CALLE DEL TEMPLE.

 fin de utilizar las noticias que el baron de Graün habia adquirido relativas á la Guillabaora y á German, hijo del Dómine, debia Rodolfo ir á la calle del Temple y á casa del escribano Santiago Ferrand; á casa de este, para tratar de obtener de la señora Serafina algunos indicios sobre la familia de Flor celeste; y á la casa de la calle del Temple, recientemente habitada por Germán, para tratar de descubrir el retiro de este jóven por medio de la señorita Rigolette; cosa que parecia bastante difícil, porque regularmente esta costurera sabia que el hijo del Dómine tenia el mas vivo interés en que se ignorase completamente su nueva habitacion.

Alquilando en la casa de la calle del Temple el cuarto que ocupó German, facilitaba Rodolfo sus

investigaciones, y se ponía en disposición de observar de cerca las diferentes clases de personas que vivían en ella.

El mismo día de la conversación de Murph y del baron, se dirigió Rodolfo hácia la calle del Temple sobre las tres de la tarde, triste como día de invierno.

Situada en el centro de un barrio de mucho y populoso comercio, esta casa no ofrecía nada de particular en su aspecto: componíase de un piso bajo, y de cuatro pisos coronados por unas buhardillas. Un portalon oscuro y estrecho conducía á un pequeño corral, ó mas bien á un pozo cuadrado de cinco ó seis pies de ancho, completamente privado de aire y de luz; receptáculo infecto de todas las inmundicias de la casa arrojadas de los pisos superiores.

Al pie de una escalera húmeda y negra, estaba la covacha del portero, covacha ahumada por la combustion de una lámpara, necesaria aun en medio del día para alumbrar aquella oscura cueva, adonde seguiremos á Rodolfo en traje de mercader ambulante en día de labor. Llevaba un *paletót* de color dudoso, un sombrero algo grande, una corbata encarnada, un para-aguas, y grandes suecos con articulacion. Para completar la ilusion del papel que desempeñaba, llevaba debajo del brazo un gran lio de telas cuidadosamente empaquetadas.

Así entró en la portería para que le dejasen ver el cuarto desalquilado.

Un quinqué colocado detras de un globo de vidrio lleno de agua, que le sirve de reflector, iluminaba el aposento: en el fondo se veía una cama cubierta por una colcha-arlequin, formada de una multitud de pedazos de telas de toda especie y color: á la izquierda una cómoda de nogal, cuya cu-

bierta de mármol sostiene por adorno un San Juan de cera con su cordero blanco y su peluca rubia, todo encerrado en una caja de vidrio, cuyas junturas están cuidadosamente consolidadas por tirillas de papel. Dos candeleros de plaqué, enrojecidos ya por el tiempo, y que sostenían en vez de bugías dos naranjas doradas, sin duda regaladas recientemente á la portera con motivo de la entrada de año: dos cajas, una de paja de diversos colores, y la otra cubierta de conchas y otros mariscos. Estos *objetos artísticos* manifestaban haber sido hechos en la casa de correccion ó en el presidio. (Para que no se juzgue ya por esto de la moralidad del portero, debemos decir que las cajas no son un *regalo del autor*). Finalmente, entre las dos cajas, y debajo de un globo de reloj, se admira un par de pequeñas botas de figura de corazon, de tafíete encarnado, verdaderas botas de muñeca, pero cuidadosa y diestramente trabajadas y concluidas.

Esta *obra maestra*, como decían los antiguos artesanos, unida á un abominable olor de cuero rancio, y á fantásticos dibujos pintados en la pared, con innumerable profusion de hormas viejas, anunciaba suficientemente que el portero de esta casa habia trabajado en obra prima antes de descender á la restauracion del calzado viejo.

Cuando Rodolfo se aventuró á entrar en la portería, el portero, señor Pipelet, momentáneamente ausente, estaba representado por la señora Pipelet, que se hallaba sentada junto á una estufa de metal, colocada en el centro de la habitacion, *oyendo cantar á su puchero* (frase técnica).

Para que el lector pueda formarse una idea de la señora Pipelet, nada podremos decir, por ser el tipo mas extravagante. Sin embargo, figúrese la mas fea, la mas arrugada, la mas llena de granos,

la mas sórdida, la mas trapajosa, la mas venenosa de las porteras, inmortalizada por el célebre artista Enrique Monnier, que tan bien ha pintado á esta clase de la sociedad, y podrá conocer á madama Pipelet. Lo único que nos permitiremos añadir á este ideal, que no puede menos de ser una maravillosa realidad, era un raro peinado compuesto de una peluca á lo Tito; peluca originariamente rubia, pero matizada por el tiempo por un sinnúmero de tintas rojas y amarillas, oscuras y blancas, que esmaltaban, por decirlo así, una confusion inestricable de mechadas duras, tiesas, erizadas y enredadas. La señora Pipelet jamás abandonaba aquel único y eterno ornamento de su cráneo sexagenario.

A la vista de Rodolfo, la portera pronunció con voz ronca estas palabras sacramentales:

—¿A dónde vais?

— Señora, creo que hay una sala y un gabinete desalquilados en esta casa, preguntó Rodolfo apoyándose en la palabra señora, lo que no dejó de halagar en gran manera á madama Pipelet, que respondió con menos acritud:

— Sí que hay una habitacion para alquilar en el cuarto piso; pero no puede verse ahora, porque ha salido mi Alfredo....

—¿Vuestro hijo sin duda, señora? ¿Tardará mucho en volver?

— No señor, no es mi hijo, es mi marido.... ¿Por qué no ha de llamarse Alfredo á mi Pipelet?

— Está en su derecho, señora, en llamarse así; pero si me lo permitís esperaré un momento su vuelta. Regularmente alquilaré el cuarto, porque me acomoda el barrio y la calle: la casa me gusta, porque me parece bien acondicionada. Sin embargo, antes de ver el cuarto que deseo ocupar, qui-

si era saber si podeis encargarnos de mi asistencia. Yo tengo la costumbre de no emplear mas que á los *conserges*, si ellos consienten en servirme.

Una proposicion manifestada en términos tan halagüeños, ¡*conserge!*... ganó completamente á la señora Pipelet, que contestó:

— Con mucho gusto, caballero.... me encargaré de vuestra asistencia.... tendré mucho honor en ello, y por seis francos al mes sereis servido como un principe.

— Sea por seis francos. Señora.... ¿cómo os llamais?

— María Fortunata Anastasia Pipelet:

— Pues bien, señora Pipelet, consiento en daros los seis francos al mes. Y si la habitacion me conviene.... ¿cuánto es su precio?

— Con el gabinete, ciento cincuenta francos; ni un maravedí menos.... el encargado de alquilarla es un perro, que ya....

— ¿Y cómo se llama?

— El Zurdillo.

Este nombre y los recuerdos que despertaba, hicieron estremecer á Rodolfo.

— ¿Decís, señora Pipelet, que él se llama?...

— El Zurdillo.... sí señor.

— ¿Y dónde vive?

— En la calle de Feves, número 13: tiene tambien una taberna en los Campos Elíseos.

No habia duda alguna, era el mismo hombre.... Este encuentro parecia singular á Rodolfo.

— Si el Zurdillo es el que la alquila, ¿quién es el dueño principal de la casa?

— Mr. Bourdon; pero yo jamás he tratado con otro que con el Zurdillo.

— Perdonad, dijo Rodolfo queriendo ganar á la portera; mi apreciable señora Pipelet, me hallo

algo cansado, y el frío me ha congelado los huesos: hacedme el favor de pasar á casa del licorista, y traereis una botella y dos vasos.... ó mas bien tres, porque vuestro marido va á volver; y le dió una moneda de cinco francos.

—¡Ah! caballero, ¿quereis que se os adore desde las primeras palabras? exclamó la portera, cuya nariz pareció iluminarse con todos los fuegos de un báquico deleite.

—Sí, señora Pipelet, quiero ser adorado.

—Os habeis metido eso en la cabeza, sea pues como gustéis; pero no traeré mas que dos vasos, porque yo y Alfredo bebemos siempre en uno mismo. ¡Pobrecito mio! ¡Es tan indiferente para todo lo que sean mugeres!...

—Vamos, señora Pipelet, traed la botella, y esperaremos á vuestro esposo.

—¿Si viene alguien, cuidareis de la casa?

—Por supuesto, no tengais cuidado.

La vieja salió. Rodolfo, así que quedó solo, se puso á reflexionar en aquella rara circunstancia que le aproximaba al Zurdillo, y se maravilló de que Francisco German hubiera podido permanecer durante tres meses en aquella casa sin ser descubierto por los cómplices del Dómine que estaban en relacion con el Zurdillo. Pero estas reflexiones fueron interrumpidas por la llegada del cartero, que llamando á los cristales de la portería, pasó el brazo y alargó dos cartas, diciendo: «Tres sueldos.»

—Serán seis, puesto que hay dos cartas, dijo Rodolfo.

—La una es franca, dijo el cartero.

Después de haber pagado, miró Rodolfo maquinalmente las dos cartas que acababan de entregarle; pero bien pronto le parecieron dignas del mas minucioso exámen. La una, dirigida á la señora

Pipelet , exhalaba al través de su cubierta de papel satinado un fuerte y elegante olor. Sobre el lacre encarnado se veían estas dos iniciales , C. R., cubiertas de un casco , y en su base colocada una estrella de la cruz de la Legion de Honor: el sobre estaba escrito con mano segura. La pretension heráldica del casco y de la cruz, hizo sonreír á Rodolfo , y le confirmó en la idea de que aquella carta no estaba escrita por una muger. ¿Pero quién era el corresponsal elegante.... de la señora Pipelet?

La otra carta , de un papel oscuro y comun, cerrada con oblea y picada con un alfiler , iba dirigida á *Mr. César Bradamanti, dentista operador*. La letra estaba visiblemente contrahecha , y toda la inscripcion se componia de letras mayúsculas.

Bien fuera presentimiento , capricho de su imaginacion ó realidad, pareció á Rodolfo esta carta de una apariencia triste. Observó algunas letras del sobre medio borradas en un parage en que el papel no estaba tan terso. Una lágrima habia caido alli.

La señora Pipelet entró entonces , llevando en las manos dos vasos y una botella.

—¿Habré tardado mucho, no es verdad? Pero asi que una se halla en la tienda del señor José, no hay medio de que salga.... ¡Ah! ¡viejo maldito!... ¿Creereis que sobre tener una muger de mi edad, no deja de cortejar á las demas?...

—¡Demonio!... ¿Y si llegara á saberlo Alfredo?

—No me digais nada ; solo de pensarlo se me yela la sangre. Alfredo es celoso como un beduino; pero por parte del señor José no tiene nada que temer; todo es broma y ganas de divertirse.

—Aqui teneis dos cartas que han traído, dijo Rodolfo.

—¡Ah! ¡Dios mio!... Disimuladme , caballero.... ¿Y las habeis pagado?

—Sí.

—Gracias. Entonces descontaremos esto del dinero que os traigo.... ¿Cuánto os han costado?

—Tres sueldos, respondió Rodolfo sonriéndose del modo singular del reembolso adoptado por la señora Pipelet.

—¿Cómo! ¿Tres sueldos?... Serán seis, puesto que hay dos cartas.

—Podría abusar de vuestra confianza haciéndoos rebajar del dinero que os he dado seis sueldos en vez de tres; pero soy incapáz de ello, señora Pipelet.... una de las dos cartas que os dirigen, es franca. Y sin ser indiscreto, podría haceros observar que teneis un corresponsal, cuyos billetes huelen extraordinariamente bien.

—Veamos, dijo la portera tomando la carta satinada. Teneis razon á fé mia.... ¡parece un billete amoroso! ¿No es verdad? ¡un billete amoroso! Y bien, si así fuera.... ¿quién sería el atrevido que?...

—¿Y si estuviera aquí Alfredo, señora Pipelet?

—¡No digais eso, ó me desmayo en vuestros brazos!

—No diré nada, señora Pipelet.

—¡Pero cuán necia soy!... exclamó la portera encogiéndose de hombros; mirad, ya sé lo que es.... ya lo sé.... es del *comandante*. ¡Ah! ¡qué distraida estoy! Pero eso no impide que contemos. Vamos á ver: tres sueldos por la otra carta, ¿no es esto? Pues bien, quince sueldos del licor, y tres del porte de la carta, son diez y ocho; diez y ocho y dos que teneis aquí, son veinte; y cuatro francós, son los cien sueldos que me habeis dado: con amigos las cuentas claras.

—Y aquí teneis veinte sueldos para vos, señora Pipelet: os reembolsais de una manera tan mara-

villosa de los gastos que se han hecho por vuestra cuenta, que quiero aun haceros este regalo.

— ¡Veinte sueldos! ¡Con que me dais veinte sueldos!... ¿Y por qué?... exclamó la Pipelet llena de asombro al ver aquella generosidad fabulosa.

— Esto será por vuestros servicios si me quedo la habitacion.

— De ese modo lo acepto, pero se lo diré á Alfredo.

— Como gustéis; pero aqui teneis la otra carta, que viene dirigida á Mr. César Bradamanti.

— ¡Ah! sí.... el dentista del tercer piso.... voy á ponerla en la caja de la correspondencia.

Rodolfo creyó haber oido mal; pero vió que la señora Pipelet arrojó con gravedad la carta en una caja vieja que estaba colgada á la pared. Rodolfo la miró con sorpresa.

— ¿Qué habeis dicho que ibais á hacer con la carta?

— ¿Qué he de decir? que iba á echarla en la caja de la correspondencia.... De esta manera no hay estravío, y cuando entran los inquilinos, Alfredo ó yo agitamos la caja, hacemos la distribucion, y cada cual toma lo que es suyo.

— Vuestra casa está tan perfectamente ordenada, que de cada momento tengo mas gana de quedarme aqui: esa caja de la correspondencia, me encanta sobre todo.

— Pues eso es muy sencillo, repuso modestamente la señora Pipelet: Alfredo tenia arrimada esa caja vieja, y determinó utilizarla para el servicio de los inquilinos. Diciendo esto, la portera habia abierto la carta que le habian escrito, y la daba vueltas en todos sentidos, y despues de algunos momentos, dijo á Rodolfo: Siempre es Alfredo el encargado de leer, porque yo no sé. ¿Si vos quisierais reemplazar á Alfredo en su deber?

— ¿Para leer esa carta? No hay inconveniente, dijo Rodolfo, deseoso de conocer al corresponsal de la señora Pipelet, y leyó lo siguiente en un papel satinado, en cuyo ángulo se encontraba grabado el casco, las iniciales C. R., y la cruz de la legión de honor.

«Mañana viernes á las once se encenderán las chimeneas en las dos salas, y se limpiarán bien los espejos, quitándose las cubiertas de los muebles, procurando no hacer saltar el dorado al limpiarlos. Si por una casualidad no hubiera yo llegado cuando se presente una señora que irá en carruage, á cosa de la una, y pregunta por el señor Carlos, se la hará subir á la habitacion, y echareis la llave, que me entregareis á mi llegada.»

A pesar de la redaccion poco académica del billete, comprendió Rodolfo de lo que se trataba, y dijo á la portera:

— ¿Quién habita en el primer piso?

La vieja aproximó su dedo amarillo y rugoso á su labio pendiente, y respondió con una maliciosa sonrisa:

— ¡Chiton!... es para intrigas amorosas.

— Os pregunto esto, mi apreciable señora Pipelet, porque antes de entrar en una casa desea uno saber....

— Es muy justo.... dime con quién andas.... y te diré quién eres, ¿no es verdad? Por lo demas, yo puedo comunicaros lo que hay respecto á esto, y no será muy larga mi relacion.... Hará como unas seis semanas que vino un tapicero, examinó el piso principal que estaba por alquilar, preguntó el precio, y al dia siguiente se presentó con un hombre alto y rubio, con pequeños bigotes, una cruz de honor, y vestido con elegancia. El tapicero le llamaba.... comandante....

— ¿Es militar?

— ¡Militar! contestó madama Pipelet encogiéndose de hombros. Asi.... como si Alfredo se quisiera llamar conserge....

— ¿Cómo?

— Es tan solo del estado mayor de la guardia nacional: el tapicero le llamaba comandante por adulacion.... del mismo modo que suelen algunos adular á mi marido llamándole conserge. En fin, cuando el comandante (nosotros no le conocemos bajo otro nombre) lo vió todo, dijo al tapicero: «Es buena la habitacion, y me acomoda: podeis veros con el casero y arreglarla.—Corriente, mi comandante», dijo el otro.... Y al dia siguiente, el tapicero firmó en su nombre la escritura de arrendamiento con el Zurdillo, á quien pagó seis meses adelantados, porque segun parece, el jóven no quiere que le conozcan. En seguida vinieron los albañiles y pintores; luego trajeron ricos muebles, cortinas de seda, espejos dorados y otras mil cosas de gusto, de modo que parecia una habitacion régia, toda llena de tapices y colgaduras. Cuando estuvo ya todo arreglado, volvió á venir el comandante para examinarlo, y dijo á Alfredo: «Podreis encargaros de cuidar esta habitacion, donde yo vendré de tarde en tarde, y encender fuego en las chimeneas y prepararlo todo para cuando yo os escriba.—Sí, señor comandante, le dijo el adulador de Alfredo.—¿Y cuánto me llevareis por eso?—Veinte francos al mes.— ¡Veinte francos! vamos, vamos, os estais burlando, portero.» Y éteme al elegante mozalveté regateando como un miserable por uno ó dos francos con unos pobres como nosotros, cuando hace gastos escandalosos en una casa que no ha de habitar. En fin, á fuerza de contiendas, hemos podido conseguir doce francos. ¡Doce francos! ¡De-

cidme si esto no es una injusticia! Comandante de dos al cuarto, ¡vaya! ¡Cuán diferente de vos! añadió la portera dirigiéndose á Rodolfo con aire risueño; vos, sin haceros llamar comandante y sin daros aquel aire de importancia, os habeis convenido conmigo por los seis francos, sin hacer la menor observacion.

—¿Y ha venido alguna vez ese jóven?

—Vais á ver; esto es lo mas gracioso: parece que se burlan alegremente del comandante. Ya van tres veces que nos ha escrito como hoy que encendiéramos lumbre y lo limpiáramos todo, porque habia de venir una señora. ¡Pero veremos si sucede como en las otras!

—¿Que no ha parecido nadie?

—Escuchad.... La vez primera llegó el comandante muy compuesto, tarareando entre dientes, y estuvo dos largas horas de planton.... sin novedad: cuando pasó por delante de la portería, salió Pipelet que le estaba acechando, y para ver la cara que ponía, le dije yo: «Señor comandante, no ha venido á preguntar por vos ninguna, ninguna señora. — Bien, bien», respondió entre furioso y avergonzado; y se marchó un paso tras otro mordiéndose las uñas de cólera. La segunda vez, antes de que él llegara, vino un criado y me entregó un billete dirigido á Mr. Carlos: yo creo que aun está quemado desde entonces; Pipelet y yo nos estábamos burlando cuando llegó el comandante. «Mi comandante, le dije poniendo mi mano izquierda frente á mi peluca como una verdadera militar; aqui tenéis una carta; ¡parece que tambien hoy tendremos contramarcha!» Me dirigió una mirada furiosa, abrió la carta, la leyó, se puso encarnado como un cangrejo, y luego nos dijo disimulando su mal humor: «Ya sabia yo que no vendria: solo he venido

para recordaros la vigilancia.» Era mentira ; pero por ocultarnos que le burlaban , nos dijo esto y se marchó murmurando entre dientes ; pero estaba tan incomodado , que ya.... ¡Bien hecho ! ¡me alegre , comandante de dos maravedís ! esto te enseñará á dar mas de doce francos al mes para cuidar de tu casa.

— ¿Y la tercera vez?

— ¡Ah ! lo que es la tercera , creí que todo lo habia logrado. Llegó el comandante ; los ojos querian saltarle de la cara por lo contento y satisfecho que se hallaba de conseguir su objeto.... Elegante é hinchado á cual mas , parecia que no tenia tierra donde pisar.... toma la llave , y al subir á su casa nos dijo con aire burlesco y sarcástico , como para vengarse de nuestras burlas anteriores : « Direis á esa señora que la puerta está entornada.... — Está muy bien », le dijimos ; y entrambos Pipelet estábamos tan curiosos de conocer á la dama misteriosa , aun cuando creyéramos que no se presentaría , que salimos de la portería para estar mas en disposicion de examinarla al pasar desde la puerta á la escalera.... De allí á poco rato se detiene delante de la puerta un coche azul con los cristales corridos. « ¡Bueno ! es ella , dije á Alfredo.... retirémonos un poco para no espantarla. » El cochero abrió la portezuela , y entonces vimos á una jóven con un manguito de pieles sobre sus rodillas , y un velo negro que le ocultaba el rostro , sin contar su pañuelo que tenia sobre la boca , porque su aspecto era de estar llorando ; pero hé aqui que una vez bajado el estribo , en vez de descender , dijo la señora algunas palabras al cochero , que asombrado , volvió á cerrar la portezuela.

— ¿Y la jóven no bajó?

— No señor ; volvió á arrojarse en el fondo del

carruage, poniendo sus manos á los ojos. Entonces me precipito, y antes que el cochero hubiera subido al pescante, le digo: «Y bien, muchacho, ¿con que os volveis? — Sí, me contestó. — ¿Y á dónde vais? — Al mismo sitio de donde he venido. — ¿Y de dónde has venido? — De la calle de Santo Domingo, esquina á la de Belle-Chasse.»

Al oír estas palabras se estremeció Rodolfo. El marqués de Harville, uno de sus mejores amigos, á quien, segun dijimos, afectaba hacia algun tiempo una negra melancolía, vivía en la calle de Santo Domingo, esquina á la de Belle-Chasse. ¿Sería la marquesa de Harville quien de ese modo corria á su pérdida? ¿Tendria sospechas su marido de este estravío? su estravío,... única causa tal vez del pesar que le devoraba.

Estas dudas agitaban á la vez á Rodolfo. Sin embargo, conocia todas las relaciones de la marquesa, y no recordaba haber visto jamás á nadie que se pareciera al comandante. Además, la jóven de que se trataba, podia haber tomado el coche en aquel sitio, sin que habitara en aquella casa. Nada probaba á Rodolfo que fuera la marquesa; pero no obstante, conservaba penosas sospechas.

La portera no dejó de observar su aspecto inquieto y abstraído, y le preguntó:

—Y bien, caballero, ¿qué pensais?

— Andaba buscando los motivos por que esa muger que habia venido hasta esta puerta.... cambió de repente de resolucion....

—¿Qué quereis, caballero?... una idea, un temor, una supersticion.... Somos tan débiles las mugeres.... tan tímidas... dijo la horrible portera con aire de mogigata: me parece que si hubiera estado en su lugar, ¡Jesus!... ¡faltar á mi Alfredo!... hubiera retrocedido no sé cuántas veces; ¡pero qué!...

¡jamás, jamás! ¡Pobrecito mio! No hay persona en el mundo que pueda alabarse....

— Lo creo muy bien, señora Pipelet. ¿Pero esa jóven?...

— Yo no sé si era jóven, porque no se le veía la punta de la nariz.... Pero lo mejor es que se haya marchado como vino.... Si nos hubieran dado á Alfredo y á mí diez francos, no hubiéramos quedado tan contentos.

— ¿Y por qué?

— Pensando en la cara que debia poner el comandante.... habia para morirse una de risa.... seguramente.... En vez de ir al momento á avisarle que la señora habia vuelto á marchar, le dejamos rabiarse y gruñir mas de una hora.... Entonces subí: llevaba á los pies unos zapatos ligeros; llego á la puerta que estaba entornada.... la empujo, y chilla al abrirse: la escalera está oscura como boca de lobo, y lo mismo la sala de entrada.... y en el momento de entrar, héte que el comandante me toma en sus brazos, diciéndome con un tono de amorosa reconvenccion: «¿Cómo tan tarde, angel mio?...»

Rodolfo, á pesar de los graves pensamientos que le dominaban, no pudo menos de echarse á reir, sobre todo al ver la grotesca peluca y la facha abominable, arrugada y estrambótica de la heroína, de aquel ridículo *quid pro quo*. Mad. Pipelet continuó con unos gestos de alegría que la hacian mas horrible aun:

— Pues aun faltaba lo mejor. Vais ahora á ver.... Yo no respondí nada; sostengo mi respiracion, y me abandono al comandante.... pero de repente esclama, rechazándome el grosero con un estremecimiento tal como si hubiese tocado una araña: «¿Quién diablos está aqui? — Soy yo, señor comandante, la portera Pipelet; por lo mismo debierais

no haber sido tan largo de manos, y no haberme cogido por el cuerpo, ni haberme llamado vuestro ángel y que venia tarde.... Si hubiera estado Alfredo por ahí.... — ¿Qué quereis? me dijo furioso. — Señor comandante, la señorita acaba de venir en un coche. — Pues bien, que suba; ¡qué necios sois! ¿no os he dicho que la hicierais subir? — Es cierto que me dijisteis que la hiciera subir, pero.... — ¿Pero qué? — Es que la señorita no ha querido.... y se ha marchado. — Vamos, habreis hecho alguna bestialidad, exclamó todavía mas furioso. — No, señor comandante; la señorita no ha bajado del coche: cuando el cochero abrió la portezuela, le dijo que volviera á llevarla al punto donde habia subido. — El carruage no debe estar muy lejos, exclamó el comandante precipitándose hácia la puerta. — Si ya hace mas de una hora que se ha marchado, le contesté. — ¡Una hora! ¡una hora! ¿y por qué no me lo habeis avisado al momento? exclamó con un aumento de cólera. — ¿Por qué ha de ser? porque temíamos que sintierais haber hecho tantos gastos. — Salid de aquí, salid, porque no haceis mas que hablar necedades, exclamó furioso, quitándose su bata turca, y arrojando por el suelo su gorro griego de terciopelo bordado de oro.... ¡Escelente gorro! ¡pues y la bata! daba envidia el mirarla.

— ¿Y luego no han vuelto á venir ni el comandante ni esa señora?

— No; pero esperad la conclusion de la historia.





CAPÍTULO XXX.



LOS TRES PISOS.

Voy á contaros el fin de la historia, dijo madama Pipelet. Fui inmediatamente á encontrar á Alfredo, y justamente estaba en nuestro cuarto, donde se hallaba por casualidad la portera del número 19 y la vendedora de ostras que se coloca en la puerta del licorista; les cuento como el comandante me habia llamado su ángel y me habia abrazado, ¡y hubierais visto un modo de reir! y Alfredo, aunque estaba melan.... sí, melancólico, como él lo llama; aunque estuviera tan melancólico desde las malas pasadas de ese mónstruo de *Ca-brion*....

Rodolfo miró á la portera con admiracion.

—Sí, algun dia, cuando seamos mas amigos os lo contaré todo.... En fin, el caso fué que Alfredo, á

pesar de su tristeza, se puso á llamarme su ángel. En esto, el comandante sale de su habitacion, y cierra la puerta para marcharse; pero como nos oyó reir no se atrevia á bajar, temiendo que nos burláramos de él, porque no podia prescindir de pasar por delante de nuestro cuarto. Nosotros adivinamos el motivo, y héte aqui que la vecina empieza á gritar con toda su fuerza: «Pipelet, ¿cómo tan tarde, angel mio?» El comandante, al oir esto, vuelve á entrar en su casa y cierra la puerta con horrible estrépito, con la furia de un tigre.... últimamente, abrió mas de diez veces, poniéndose á escuchar si habia aun gente en la portería; siempre percibia ruido, y viendo finalmente que no se marchaban, tomó su determinacion y bajó cuatro á cuatro los escalones; me arrojó la llave sin hablar palabra, y escapó furioso en medio de nuestras risas, y mientras repetia la vecina: «¿Cómo tan tarde, angel mio?»

—Pero os esponiais á perder el empleo que os daba el comandante.

—¡Ya se hubiera guardado bien!... Le tenemos bien sujeto.... Sabemos dónde vive su *próxima*, y si nos dijera algo, le amenazaríamos con aplicar la mecha.... Y luego, ¿quién es el que se encargaría de tener cuidado de su habitacion por sus malditos doce francos? ¿Una muger estraña? ya podia decir que le cayó la lotería. En fin, caballero, ¿creereis que ha tenido la mezquindad de mirar la leña y examinar el número de troncos que se han quemado mientras se le esperaba?... Ese será sin duda algun señorito de nuevo cuño, algun rico de ayer.... Cabeza de rico y cuerpo miserable; pródigo por una parte, y mezquino por otra. Yo no quiero hacerle ningun mal; pero me alegro en gran manera que esa niña se lo deje con un palmo de narices....

Apostaría á que mañana sucede lo mismo. Voy á avisar á la vecina de la última vez, y nos divertiremos. Si viene la señorita, veremos si es morena ó rubia, y si es linda. Decidme, caballero.... cuando una piensa que en medio de todo esto hay un bendito marido que representa bonitamente en esta farsa, ¿no es verdad? ¡Pero cómo ha de ser! paciencia: en fin, mañana veremos á esa señorita, y á pesar de su velo, será necesario que sepa mucho para que no le veamos el color de sus ojos.... Pero es tambien una cosa singular su conducta: va á casa de un hombre, y al pisar el umbral de la puerta, hace como que tiene miedo. Mas perdonadme; voy á retirar el puchero de la lumbre, pues ya ha acabado de cantar, y es porque ya dice el guiso, comedme. Son unos hermosos callos de vaca, por los que se muere mi Alfredo; porque, como él dice, por unos callos venderia á la Francia.... á su bella Francia, mi pobre vegete.

.....

Mientras que la portera se ocupaba en aquella faena doméstica, Rodolfo se entregaba á tristes reflexiones. La muger de quien se trataba, fuese ó no la marquesa de Harville, habia vacilado, combatido por largo tiempo antes de conceder la primera y segunda cita; y luego, asustada por las consecuencias de su imprudencia, un remordimiento saludable la habia probablemente impedido llevar á efecto aquella peligrosa promesa. Finalmente, cediendo á una influencia irresistible, llega llorosa, agitada de mil temores hasta el dintel de la puerta.... pero en el momento de ir á perderse para siempre, oye la voz del deber, y se liberta aun esta vez del deshonor. ¿Y por quién lucha con tanta vergüenza y peligros?

Rodolfo conocia al mundo y al corazon humano,

y prejuizó con bastante acierto el corazón del comandante por varios rasgos delineados por la portera con su grosera sencillez. ¿No era en efecto un hombre neciamente orgulloso al querer fundar su vanidad en el título de un grado absolutamente insignificante bajo el punto de vista militar, un hombre muy torpe para no cubrirse del mas profundo incógnito para envolver en el misterio mas impenetrable los culpables pasos de una muger que todo lo arriesgaba por él, un hombre en fin tan necio y mentecato que no comprendia que por ahorrar algunos francos esponia á su querida á las insolentes é innobles habladurias de las gentes de aquella casa?

De este modo, al dia siguiente, impelida por una fatal influencia, pero sintiendo la inmensidad de su falta, no teniendo para sostenerse en medio de sus terribles angustias mas que su fé ciega en la discrecion, en el honor de un hombre á quien concedia mas que su propia vida, aquella jóven infeliz acudiria á la cita.... agitada y loca, y le seria preciso sufrir las miradas curiosas é insolentes de algunos miserables.... y aun tal vez oir sus burlas inmundas.

¡Qué vergüenza!... ¡qué leccion!... ¡qué momento para despertarse una muger estraviada que hasta entonces se hubiera mecido en las mas encantadoras y poéticas ilusiones del amor! Y el hombre por quien arrostra tanto oprobio y tantos peligros, ¿se enternecerá al menos por la cruel ansiedad que causa?

No....

¡Pobre muger!... La pasion la ciega y la precipita otra vez al borde del abismo.... Un valeroso esfuerzo de su virtud la salva aun.... ¿Qué experimentará este hombre al pensar en esta lucha dolorosa y santa? Esperimentará un despecho, una in-

dignacion y furor al ver que por tres veces ha dejado de conseguir su objeto por frivolidades, y que su necia fatuidad está gravemente comprometida á los ojos de su portero....

Y finalmente, el último rasgo de insigne y grosera necedad: aquel hombre habla de tal modo, se viste de tal suerte para esta primera entrevista que debe hacer morir de confusion y vergüenza á una muger agoviada ya bajo el peso de estas pasiones.

¡Oh! pensaba Rodolfo; ¡qué terrible leccion si esa muger (que espero me sea desconocida) hubiera podido oír con qué asquerosas palabras se hablaba de un paso, culpable sin duda, pero que le costaba tanto amor, tantas lágrimas, tantos terrores y remordimientos!

Y luego, pensando que la marquesa de Harville podia ser la triste heroína de esta aventura, se preguntaba Rodolfo por qué aberracion, por qué fatalidad Mr. de Harville, jóven de talento, desinteresado, generoso, y sobre todo, tiernamente enamorado de su muger, podia ser sacrificado á un ente, necesariamente necio, avaro, egoista y ridiculo. ¿La marquesa se habria tan solo enamorado de la figura de este hombre, que decian era muy buen mozo?

Rodolfo tenia sin embargo á Mad. de Harville por una muger sensible, de talento, de gusto, y de un carácter elevado: jamás la menor maledicencia habia desflorado su reputacion. ¿En dónde habia podido conocer á este hombre? Rodolfo la visitaba con bastante frecuencia, y no recordaba haber visto en el palacio de Harville persona alguna que se pareciera al comandante, y despues de maduras reflexiones, llegó casi á persuadirse que no se trataba de la marquesa.

La señora Pipelet, despues de haber concluido sus faenas de cocina, volvió á continuar su conversacion con Rodolfo.

—¿Quién habita en el piso segundo?

—La señora Celestina, una muger sin igual para las cartas.... lee en vuestra mano como en un libro; hay personas muy ricas que vienen á buscarla para que les diga la buena ventura, y gana mas plata que pesa.... Y sin embargo, ese oficio de profetiza, no es mas que uno de tantos.

—Pues en qué otra cosa se ocupa?

—Tiene como si dijéramos un pequeño *monte* (1) particular.

—¿Cómo?

—Os digo esto porque sois jóven, y todas estas noticias no pueden menos de fortificaros en la idea de ser nuestro inquilino.

—¿Y por qué razon?

—Es una suposicion: estamos cerca de Carnaval, estacion en que todo es broma, jaleo y diversion: en esta estacion, los mas acomodados suelen estar escasos.... Pues bien: siempre es una ventaja tener un recurso en su casa, y no haber de ir á buscarle á casa de *mi tia*.... donde es mas humillante.... porque alli se va á ciencia y paciencia de todo el gobierno.

—¿En casa de *vuestra tia*.... se presta sobre alhajas?

—¡Cómo! ¿no lo sabeis?... ¡Vaya, vaya, burlon! ¿Quereis haceros el inocente á vuestra edad?...

—¿Me hago el inocente? ¿En qué, señora Pipelet?

—En preguntar si *mi tia* presta sobre alhajas.

—¿Y por qué?

—Porque todos los jóvenes que han llegado al uso

(1) Monte de piedad.

de razon , saben que ir á poner algo en el monte de piedad , se dice *ir á casa de mi tia*.

— ¡ Ah ! ya comprendo.... la inquilina del cuarto segundo, presta tambien sobre alhajas....

— Vamos, señor cazurro, ya lo vais comprendiendo ; sí señor ; presta sobre alhajas.... y menos caro que en el *gran monte*.... y ademas , sin tanto embolismo.... no hay tantas papeletas , ni cifras , ni contraseñas.... nada , nada de eso.... Por ejemplo: supongamos que se lleva á la señora Celestina una camisa que valga doce reales ; os presta dos ; de allí á ocho dias debeis llevarle cuatro , ó se queda con la camisa.... ¿ no veis cuán sencillo ?... siempre cuenta redonda.... un niño podria comprenderlo.

— Efectivamente , no puede estar mas claro ; pero yo creía que estaba prohibido prestar sobre alhajas.

— ¡ Ja , ja , ja ! exclamó la portera riendo á carcajadas ; parece que salís del cascaron : perdonad que os hable como si fuerais mi hijo....

— Mil gracias.

— Es verdad que está prohibido prestar sobre alhajas.... ¡ pero si solo se hiciera lo que está permitido , estábamos frescos ! La señora Celestina no dá recibos.... no hay pruebas algunas contra ella.... se burla de la policia.... Dá gusto el ver la variedad de artículos que llevan á su casa.... No creereis sobre qué cosas tan raras presta algunas veces. La he visto hacer un préstamo sobre un papagayo borrachon que juraba como un endemoniado.

— ¿ Sobre un papagayo ? ¿ y qué valor le daba ?...

— Era muy conocido. Era de la viuda de un cartero que vive aqui cerca. Se sabia que estimaba al loro tanto como á su pellejo , y la señora Celestina le dijo : « Os presto dos duros sobre vuestro animalito ; pero si dentro de ocho dias á las doce en punto no me devolveis mis cuatro duros.... »

—Sus dos duros.

—Con los intereses ascendían exactamente á cuatro duros: siempre cuentas redondas.... «si no tengo en mi poder mis cuatro duros, doy al lorito una ensalada de perejil.... sazónada con arsénico.» Ella sabía muy bien que lo hubiera ejecutado, y con este temor, aun no se habían cumplido los siete días, entregó sus cuatro duros y se llevó su loro, con lo que tranquilizó á Alfredo, porque es muy místico, y el animalito no hacía mas que repetir ciertas frases que lo dejaban escandalizado.... Ya se vé, el padre de mi marido era cura.... como sabeis que sucedía en la revolución.... durante la cual varios curas se casaron con algunas religiosas.

—Y supongo que la señora Celestina no tiene otro oficio.

—Casi se puede decir que no.... Sin embargo, no sé qué demonios de trapisondas lleva en un cuartito donde no entra nadie mas que el Zurdillo y una vieja tuerta llamada la Mochuelo.

Rodolfo miró á la portera con asombro, y esta, interpretando la sorpresa de su futuro inquilino, le dijo:

—Es un nombre particular el de la Mochuelo, ¿no es verdad?

—Sí; ¿y esa muger viene á menudo aquí?

—Hacia seis semanas que no habia venido; pero antes de ayer la vimos, y cojeaba un poco.

—¿Y qué viene á hacer en casa de esta gitana?

—Eso es lo que ignoro, á lo menos en cuanto á lo que hacen en la sala que os he dicho, donde entra tan solo la Mochuelo con el Zurdillo y la señora Celestina: solamente he observado, que en esos días trae la tuerta un paquete en su cesto, y el Zurdillo otro debajo de su capa, pero que no se llevan nada al salir.

—¿Y esos paquetes qué contienen?

—Nada absolutamente puedo deciros sobre ello, sino que hacen una operacion de los diablos, porque se siente como un olor de azufre, de carbon y de estaño fundido al pasar por la escalera, y luego se les oye soplar y soplar.... como si hubiera una fragua. Estoy segura que la señora Celestina trabaja tanto en predicciones como en la magia.... á lo menos asi me lo ha indicado Mr. César Bradamanti, habitante del piso tercero. ¡Este Mr. César sí que es un sábio! Es italiano, aunque habla en francés tan bien como nosotros, pero con mucho acento; mas eso no importa, es un gran sábio: conoce muy bien los simples.... y os saca las muelas mas por la fama que por el dinero.... Sí señor, solo por la fama: si teneis por ejemplo seis dientes, él mismo lo dice á quien quiera oirlo, os arranca los cinco primeros gratis.... y no os hace pagar mas que el sexto. No es culpa suya si no teneis mas que seis.

—Es muy generoso.

—Vende ademas una agua que impide que caiga el cabello, cura las enfermedades de los ojos, los callos, las debilidades de estómago, y destruye los ratones sin arsénico....

—¿Con la misma agua que cura las debilidades de estómago?

—Con la misma agua.

—¿Destruye tambien los ratones?

—Sin dejar uno; porque lo que es saludable para el hombre, es muy perjudicial á los animales. Y la prueba de que es una agua escelente, es que está hecha con simples que Mr. César recogió en las montañas del Líbano, hácia el sitio donde se hallan una especie de americanos, de donde ha traído su caballo que se semeja á un tigre: es blanco ente-

ramente , con algunas manchas bayas. ¡Oh! cuando Mr. César está montado sobre su caballo , con su vestido encarnado con forros amarillos , y su sombrero con plumas , cualquiera pagaria por verlo; porque hablando con respeto, se parece á Judas Iscariote con su gran barba roja. Hace un mes que ha tomado por su cuenta á Jorobeta , hijo del Zurdillo , á quien ha vestido como quien diga de trovador , con una toquilla negra , un calzon ajustado y chaquetilla amarilla , y le sirve para tocar el tambor para atraer á sus parroquianos , sin perjuicio de cuidar del caballo atigrado del dentista.

— Me parece que el hijo del Zurdillo desempeña un empleo bien modesto.

— Su padre dice que quiere domarle , porque sino tiene que ir á morir de un apretón de garganta.... es la criatura mas endiablada y de mas mala intencion que he visto.... ha hecho ya una porcion de malas partidas al pobre Mr. César Bradamanti , que es la flor y nata de los hombres de bien. Ha curado á Alfredo de un reumatismo , y por esa razon le apreciamos muchísimo. Pues bien , señor ; hay gentes tan desnaturalizadas , que.... pero no ; ¡ es cosa que hace erizar los cabellos ! Alfredo dice , que si eso fuera verdad , no bastaba con un presidio.

— ¿ Pero qué dicen ? ...

— ¡ Ah ! no me atrevo , jamás me atrevería....

— No hablemos pues de ello.

— Es que , á fé de muger honrada.... decir eso á un jóven....

— Pues callad , Mad. Pipelet.

— Por otra parte , habeis de vivir en esta casa , y vale mas que esteis prevenido que no son mas que mentiras. Vos estais en disposicion de trataros con Mr. Bradamanti , y si hubierais oido estos rumores , tal vez os hubierais retraido de estas relaciones.

— Hablad , ya os escucho.

— Se dice que cuando.... alguna jóven ha cometido algun deslíz.... ¿comprendeis.... lo que quiero decir?... y teme los resultados....

— Vamos , ¿y qué?

— Eso es precisamente lo que no me atrevo....

— ¿Pero qué?

— No ; por otra parte no son mas que necesidades....

— Pero decid.

— Mentiras.... que malas lenguas....

— Pero en fin. ..

— Gentes que están celosas del caballo atigrado de Mr. César.

— Así será ; ¿pero qué es lo que dicen?

— Me dá vergüenza.

— ¿Pero qué relacion puede haber entre una jóven que comete un deslíz , y un charlatan?

— Yo no digo que eso sea verdad.

— Pero en nombre del cielo , ¿qué es eso? exclamó Rodolfo impacientado con las raras reticencias de la portera.

— Escuchad , caballero , repuso la portera con aire solemne ; ¿me jurais bajo palabra de honor que no direis nada de esto.... á persona alguna?

— Cuando sepa lo que es , podré prometeros ó no el secreto.

— Si os lo comunico , no es por motivo de los seis francos que me habeis prometido , ni por la botella á que me habeis convidado....

— Bien , bien.

— Es por la confianza que me inspirais , y para servir á Mr. Bradamanti disculpándole.

— No dudo que vuestra intencion es escelente ; pero veamos.

— Se dice pues.... ¡pero que no salga de aquí por Dios!

— Corriente : ¿qué es lo que se dice?

— Eso es justamente lo que no me atrevo ; pero callad.... voy á decíroslo al oído , y así no me costará tanto.

Y la vieja murmuró en voz baja algunas palabras al oído de Rodolfo , que se estremeció de espanto.

— ¡Oh! ¡eso es horrible! exclamó levantándose por un movimiento maquinal , y mirando á su alrededor casi con terror , como si aquella casa estuviera maldecida. ¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró á media voz con un estupor doloroso ; ¡serán posibles tan abominables crímenes! ¡Y esta horrible vieja , que se muestra casi indiferente á la horrosa revelación que me acaba de hacer!...

La portera no entendió á Rodolfo , y continuó , al mismo tiempo que seguía ocupada en sus quehaceres.

— ¿No es verdad que hay muy malas lenguas? ¡Cómo! ¡un hombre que ha curado á Alfredo de un reumatismo ; un hombre que ha traído del Líbano un caballo atigrado ; un hombre que propone arrancaros de seis dientes cinco gratis ; un hombre que tiene certificados de toda Europa! ¡Ah! sí.... ¡antes morir que creer de él semejante cosa!...

Mientras que la portera manifestaba su indignación contra los calumniadores , Rodolfo se acordaba de la carta dirigida á este charlatan , carta escrita en papel comun , de una escritura contrahecha y medio borrada por las lágrimas. En estas lágrimas y la carta dirigida á este hombre , vió Rodolfo un drama , un drama terrible....

Un presentimiento involuntario , le decia que

eran ciertos los rumores atroces que corrían respecto al italiano.

— ¡Eh! aquí tenemos á Alfredo, exclamó la portera; él os dirá lo mismo que yo, que son malas lenguas las que acusan de esos horrores á Mr. Bradamanti, que lo curó del reumatismo.



CAPÍTULO XXXI.

—NON—

ALFREDO PIPELET.

Debemos recordar al lector, que estos hechos tenían lugar en 1838.

Mr. Pipelet entró en la portería con aire grave y magistral: era hombre de unos sesenta años: tenía una nariz enorme, una robustez respetable, y era rechoncho y regordete, con un semblante fresco y colorado, que confirmaba á primera vista ser todo *un buen Juan*. Esta máscara rara, estaba cubierta de un sombrero de anchas alas, y raído por el tiempo.

Alfredo, que conservaba siempre este sombrero del mismo modo que llevaba su muger la peluca fantástica, se pavoneaba con una levita verde de faldas inmensas, con las vueltas, por decirlo así, barnizadas de manchas, pues estaba por todas par-

tes de un color gris brillante. A pesar de su gran sombrero y su vestido verde, que no dejaban de manifestar cierto ceremonial, Alfredo no habia abandonado el modesto emblema de su oficio; un delantal de piel cubria en parte su chaleco matizado de tantos colores como la colcha-arlequin de la señora Pipelet.

El saludo que Alfredo hizo á Rodolfo, no dejó de tener cierta afabilidad; ¡pero ah! la sonrisa de aquel hombre era bien amarga.... Leíase en ella la espresion de una profunda melancolía, como habia manifestado la portera á Rodolfo.

—Alfredo, el señor es un inquilino para la habitacion del piso cuarto, dijo Mad. Pipelet presentando á Rodolfo, y te estamos esperando para echar un trago de esta botella con que nos obsequia.

Esta atencion delicada, puso al momento á Pipelet en relaciones de confianza con Rodolfo; el portero llevó la mano al reborde anterior de su sombrero, y dijo con una voz de bajo, digna de un sochantre de catedral.

—Os procuraremos satisfacer como porteros, del mismo modo que nos obsequiais como inquilinos: cada oveja con su pareja.... y luego, interrumpiéndose, dijo á Rodolfo con ansiedad: á menos que no seais pintor.

—No, soy comerciante.

—Pues entonces me repito vuestro servidor. ¡Yo felicito á la naturaleza por no haberos hecho nacer igual á esos mónstruos de artistas!

—¿Los artistas.... mónstruos? preguntó Rodolfo.

Pipelet, en vez de responder, alzó sus dos manos al cielo, y dejó oír un profundo gemido.

—Es que los pintores han emponzoñado la vida de Alfredo: ellos han causado la melancolía de que os he hablado, dijo en voz baja la señora Pipelet á

Rodolfo. Luego continuó en tono cariñoso: Vamos, Alfredo mio, no seas tonto; deja de pensar en ese tunante.... porque sino vas á estar malo, y no podrás comer.

— No, yo tendré valor y juicio, respondió monsieur Pipelet con dignidad triste y resignada. Me ha hecho mucho mal.... ha sido mi perseguidor.... mi verdugo.... durante mucho tiempo; pero ahora le desprecio.... ¡Los pintores! añadió volviéndose hácia Rodolfo; ¡ab! caballero, son la peste de una casa.... son su bacanal, su ruina.

— ¿Habeis hospedado algun pintor?

— ¡Sí, por mi desgracia!... hemos tenido uno, dijo Pipelet con amargura; un pintor que por mas señas se llamaba Cabrion.

A este recuerdo, el portero, á pesar de su aparente moderacion, cerró convulsivamente los puños.

— ¿Ha sido el último que ha ocupado el cuarto que vengo á alquilar? preguntó Rodolfo.

— No, no: el último inquilino era un excelente y digno jóven llamado German, que reemplazó á Cabrion. ¡Ah! ese Cabrion, despues de su marcha, me ha hecho casi volver loco, estúpido....

— ¿Hasta ese punto habeis sentido su ausencia? preguntó Rodolfo.

— ¡Sentir la ausencia de Cabrion! repuso el portero con estupor; ¡sentir la ausencia de Cabrion! Figuraos que el Zurdillo le ha devuelto dos mesas de alquiler, con tal que se marchara de aqui; porque fué una desgracia haber hecho con él la escritura de arrendamiento. ¡Qué bribon! No podeis formaros una idea de las diabluras que ha hecho con nosotros y con los demas inquilinos. Para no hablar mas que de una de ellas, os diré que no hay instrumento alguno de aire á quien no haya hecho

su cómplice para desmoralizar á sus vecinos: sí señor; desde la trompa de caza, hasta el serpenton.... de todo ha abusado, llevando la villanía hasta el extremo de tocar mal con toda intencion, y repetir una misma nota durante horas enteras. Habia para volverse locos. Se han hecho mas de veinte representaciones al Zurdillo para que despidiese al incomodador, y pudo lograrse por fin pagándole dos meses.... Es un bellaco, ¿no es verdad? ¡Un inquilino á quien se pagan dos meses! Pero aun tres se le hubieran pagado con tal que se marchase. Ultimamente partió.... ¿pero creéis que concluimos ya con Cabrion? Nada de eso. Al dia siguiente á las once de la noche, estaba yo acostado.... ¡Pom! ¡pom! ¡pom! Tiro del cordon, y el que llamaba entró en el portal. « Buenas noches, portero, dijo una voz; ¿me quereis hacer el favor de darme un mechon de vuestros cabellos?» Mi esposa me dijo: «Eso es sin duda alguno que se haya equivocado de puerta»; y yo contesté al desconocido: «No es aqui; id á la otra puerta. — ¿Pues no es este el número 17 y el portero se llama Pipelet? repuso la voz. — Sí, le respondí; yo me llamo Pipelet. — Pues bien, amigo Pipelet; vengo á pedir os un mechon de vuestros cabellos para Cabrion; es una idea que se le ha fijado en la imaginacion, y debeis complacerle.»

El portero miró á Rodolfo meneando la cabeza y cruzando los brazos en actitud académica.

— ¿Lo comprendéis ya?... ¡á mí, á su enemigo mortal; á mí, que me habia llenado de ultrajes, venia descaradamente á pedirme un mechon de mis cabellos, un favor que las señoras rehusan á veces hasta á sus amantes!....

— Al menos, si ese Cabrion hubiera sido buen inquilino como German.... dijo Rodolfo con imperturbable sangre fria.

—Aun cuando hubiera sido buen inquilino.... no le hubiera concedido el mechón; eso no está en mis principios ni en mis costumbres; pero se lo hubiera rehusado con el mayor decoro.

—Y no es eso solo, repuso la portera: figuraos que desde ese día, por la mañana, por la tarde, por la noche y á toda hora, ese horrible Cabrion destacó una nube de burlones que venían aquí uno tras otro á pedir á Alfredo un mechón de sus cabellos.... ¡siempre para Cabrion!

—¡Y creeríais que he consentido! dijo Pipelet con tono resuelto; antes hubiera preferido que me llevaran al cadalso. Despues de tres ó cuatro meses de terquedad por su parte, y de resistencia por la mia, mi energía ha triunfado del encarnizamiento de esos miserables.... Han conocido que machacaban en hierro frio, y se han visto precisados á renunciar á sus insolentes pretensiones. Pero sin embargo, la llaga queda aquí, y llevó la mano á su corazón. Aunque hubiese cometido crímenes atroces, no hubiera sufrido un sueño mas tormentoso. A cada momento me despertaba sobresaltado, creyendo oír la voz de ese maldito Cabrion. Desconfiaba de todo el mundo.... suponía que todos eran enemigos, y perdía mi alegría. No podía ver acercarse un desconocido á la ventana de mi cuarto, sin estremecerme al pensar que tal vez seria algun partidario de Cabrion. Y aun al presente estoy receloso, ceñudo, sombrío, murmurador, como un malvado.... temo abrir mi alma á nuevas relaciones, por no ver presentarse algunas nuevas personas del bando de Cabrion, y no tengo gusto para nada.

En esto Mad. Pipelet llevó su dedo índice al ojo izquierdo como para enjugar una lágrima, é hizo una señal de cabeza afirmativa. Alfredo continuó con un tono cada vez mas lamentable:

—En fin , yo me reconcentro en mi mismo , y de este modo veo correr el rio de mi vida. ¿Tenia motivo , pues , para deciros que ese infernal Cabrion habia emponzoñado mi existencia?

—Ahora comprendo el motivo que teneis para aborrecer á los pintores , dijo Rodolfo ; pero al menos , ese señor German de quien hablais , os habrá hecho olvidar á Cabrion.

—¡Oh! sí : ese era un escelente jóven , franco como el oro , servicial , sin orgullo , y alegre.... pero de una alegría que no hacia mal á nadie , en vez de ser insolente y burlon como ese maldito Cabrion.

—Vamos , tranquilizaos , señor Pipelet ; no pronuncieis ese nombre. ¿Y al presente quién es el casero que tiene la dicha de poseer á Mr. German , á esa perla de los inquilinos?

—Lo ignoro.... nadie sabe ni sabrá dónde habita al presente el señor German. Cuando digo nadie , exceptúo á la señorita Rigolette.

—¿Y quién es esa señorita Rigolette? preguntó Rodolfo.

—Una costurera , inquilina del cuarto piso , contestó la portera : esa es tambien otra perla.... siempre paga de adelantado.... y tan limpia en su cuartito.... muy amable y alegre con todo el mundo.... trabajadora cual ninguna , pues se dá tan malos ratos , que á veces gana hasta dos francos diarios....

—¿Pues cómo es la señorita Rigolette la única que sepa el paradero de German?

—Cuando dejó esta casa , nos dijo : «Yo no espero ninguna carta ; pero si por casualidad viniere alguna para mí , dádsela á la señorita Rigolette.» Y en cuanto á esto , ella era digna de su confianza , aun cuando la carta fuera de entidad. ¿No es verdad , Alfredo?

—Lo cierto es que nadie podria hablar mal de la

señorita Rigolette, dijo severamente el portero, si no hubiera tenido la debilidad de dejarse requiebrar del infame Cabrion.

—Por lo respectivo á esto, Alfredo, le interrumpió la portera, tú sabes muy bien que no es culpa de la señorita Rigolette, sino del local; porque lo mismo sucedió con el comisionista que ocupaba el cuarto antes que Cabrion, y despues de haber marchado ese malvado pintor, con el señor German, que la requiebraba: os repito que eso no puede menos de suceder, porque pende del local.

—Segun eso, dijo Rodolfo, los inquilinos de la habitacion que quiero tomar, se enamoran indispensablemente de la señorita Rigolette.

—Indispensablemente; y os voy á dar la razon de ello. Siendo vecino de la señorita Rigolette.... los cuartos solo están separados por un tabique: pues bien; entre jóvenes.... unas veces hay que encender una luz, ó se necesita un poco de lumbre.... ó agua. ¡Oh! en cuanto al agua, es seguro el encontrarla en casa de la señorita Rigolette; jamás le hace falta; esta es su vanidad: es verdaderamente un perrito de aguas: asi que se halla un poco desocupada, al momento se pone á labar sus ladrillos, su hogar.... De modo que todo está tan limpio en su casa.... ya vereis.

—Asi es, que el señor German, por motivo de la vecindad, se enamoró segun decís de la señorita Rigolette.

—Si señor; y debo decir que habian nacido el uno para el otro. Tan lindos, tan jóvenes, daba gusto al verlos bajar las escaleras el domingo, único dia que salian á pasear estos pobres jóvenes; ella con un bonito gorro y un vestido sencillo de á cinco reales la vara, que ella misma se habia cortado y cosido,

y que le sentaba á las mil maravillas, y él como un verdadero elegante.

—¿Y el señor German no ha vuelto á ver á la señorita Rigolette desde que dejó esta casa?

—No señor, á menos que no sea el domingo; porque los otros dias no tiene ella tiempo para pensar en sus amores. Mirad, se levanta á las cinco ó las seis de la mañana, y trabaja hasta las diez, y á veces hasta las once de la noche: jamás sale de su cuarto, escepto por la mañana, para ir á comprar sus provisiones para sí y sus dos canarios, que comen tanto como ella.... Con muy poco tienen bastante. Dos sueldos de leche, un poco de pan, unas pocas legumbres, ensalada, mijo y escelente agua clara, lo cual no impide que canten y rian los tres que es una bendicion. Luego, es tan caritativa como puede.... es decir, de su tiempo de dormir y de sus cuidados, porque solo gana lo justo para poder vivir, trabajando doce horas al dia.... Esos desgraciados de las buhardillas, á quienes el Zurdillo va á echar á la calle dentro de tres ó cuatro dias.... deben á la señorita Rigolette y al señor German muchos cuidados que han prodigado á sus hijos durante muchas noches.

—¿Hay aqui alguna familia desgraciada?

—¿Desgraciada decís? bien lo creo.... Cinco niños menores; la madre en la cama, casi moribunda; la abuela idiota; y para alimentar á toda la familia, no hay mas que un hombre, que está todo el dia trabajando como un negro, porque es un famoso artesano. De las veinticuatro horas del dia, solo puede entregar tres al sueño; ¡y qué sueño!... A cada momento es despertado por unos niños que le piden *pan*; por una muger enferma que gime sobre un jergon.... ó por la vieja idiota, que se pone á veces á ahullar como un lobo.... á causa del

hambre, porque está privada de razon como las bestias.... Cuando la aprieta mucho el hambre, se la oye gritar desde la escalera....

— ¡Oh! eso es horrible, exclamó Rodolfo; ¿y no hay nadie que los socorra?

— ¡Toma! se hace lo que se puede entre pobres. Desde que el comandante me dá los doce francos mensuales, les hago la comida una vez á la semana, y esos desgraciados tienen puchero. Rigollette trabaja para ellos alguna parte de la noche, y con algunos deshechos de sus vestidos, les arregla á los niños alguna ropilla. El pobre señor German, á pesar de estar escaso, hacia como que le mandaban de su casa algunas botellas de vino.... y Morel (asi se llama el artesano) bebia algun vasito que le daba calor y animaba para continuar su trabajo.

— ¿Y el charlatan no hacia nada por esas pobres gentes?

— ¡Mr. Bradamanti?... dijo el portero; verdad es que me ha curado del reumatismo y le venero por ello; pero desde entonces.... le dije á mi esposa: Anastasia.... Mr. Bradamanti.... ¡hum!... ¡hum!... ¿Te lo dije, Anastasia?

— Es cierto que me lo has dicho.... pero á ese hombre le gusta reir.... reir á su manera, porque no separa los dientes para ello.

— ¿Y qué es lo que ha hecho?

— Cuando yo le hablé de la miseria de Morel porque se quejaba de que la vieja idiota habia estado ahullando de hambre toda la noche y no le habia dejado dormir, me dijo: «Puesto que son tan infelices, si tienen que arrancarse algunas muelas, no les haré pagar ninguna, y les daré una botella de mi agua por la mitad de su valor.»

— Pues bien: á pesar de que me haya curado de mi reumatismo, dijo Alfredo, sostengo que es una

burla indecente.... pero él está acostumbrado á ellas.... y si no fuera mas que eso....

— Considera que es italiano, y que tal vez ellos tendrán ese modo de atraerse las gentes.

— Os confieso francamente, señora Anastasia, que tengo muy mala opinion de ese hombre, dijo Rodolfo, y que no tendré como decís trato ni amistad con él.... ¿Y la prestamista ha sido mas caritativa?

— Sí, lo mismo que Mr. Bradamanti, contestó la portera; les ha prestado sobre sus pobres harapos.... Todo ha pasado á su poder, hasta el último colchon; pero no creais que hayan sido muchos, pues jamás han tenido mas que dos....

— ¿Y ahora no los ayuda en algo?

— ¿Quién? ¿la Celestina? Sí, ¡á buena parte vais! es tan cicatera en su especie, como su amante en la suya; porque segun dicen, el Zurdillo y la Celestina.... añadió la portera con un guiño y un movimiento de cabeza extraordinariamente malicioso.

— ¡De veras! dijo Rodolfo.

— Podeis creerlo á pie juntillas: ¡y qué! ¿no tienen tambien los viejos su cuartito de hora como los jóvenes? ¿no es verdad, viejo mio?

Pipelet, por toda contestacion, agitó melancólicamente el sombrero.

Desde que la portera manifestó un sentimiento de caridad por los miserables de las buhardillas, le parecia á Rodolfo menos repugnante.

— ¿Y á qué se dedica ese pobre artesano?

— En esmaltar piedras falsas: trabaja á tanto por pieza.... y sin embargo de haber adelantado mucho en su oficio; ya lo vereis.... pero á pesar de todo, un hombre no es mas que un hombre, y por mas que quiera trabajar, cuando hay que dar de comer á siete personas, sin contarse él, hay mucho

que tirar.... Y gracias á que su hija mayor le ayuda con aquello que gana.

—¿Y qué edad tiene esa hija?

—Diez y siete años, y es hermosa como un sol.... está sirviendo en casa de un viejo, gran tacaño.... aunque es tan rico, que pudiera comprar á París: un escribano llamado el señor Santiago Ferrand.

—¿El señor Santiago Ferrand? dijo Rodolfo maravillado de este nuevo encuentro, porque del escribano, ó mas bien de su ama de gobierno, era de quien debia saber las noticias relativas á la Guilla-bacra. ¿Del señor Santiago Ferrand que vive en la calle de Sentier?

—Del mismo.... ¿qué le conocéis?

—Es el escribano de la casa de comercio de que dependo.

—Pues bien: entonces debeis saber que es un famoso usurero.... pero es preciso ser justos; honrado y devoto.... todos los domingos va á misa y á vísperas, y confiesa y comulga en las grandes festividades.... si tiene algunos convites, le acompañan siempre los sacerdotes; bebe agua bendita, y come pan bendito.... un santo hombre en fin.... su casa es una caja de ahorros para los que van á colocar allí sus economías, pero avaro y duro para los demas, como consigo mismo.... Hace diez y ocho meses que la pobre Luisa, hija del lapidario, está de criada en su casa.... Es tan mansa como un cordero.... y trabaja como un camello.... Ella sola lo hace todo.... y solo le dá diez y ocho francos de salario.... ni mas ni menos.... y de estos solo conserva seis para mantenerse, y los demas los dá á su familia.

—Pero con el trabajo del padre.... ¿no decís que es tan laborioso?

—¡Si es laborioso! Es un hombre que no ha bebi-

do en su vida ; es hombre muy retirado y pacífico, y no pediría á Dios otra recompensa que hacer durar los dias cuarenta y ocho horas , para poder ganar un pedazo de pan mas para su familia.

—¿Pues qué le produce poco su trabajo?

—Ha estado enfermo en cama durante tres meses, lo cual le ha retrasado : su muger perdió la salud cuidándole , y al presente está moribunda , y en esos tres meses le ha sido necesario vivir con los doce francos de Luisa.... y con lo que les ha prestado sobre alhajas la señora Celestina , y de algun dinero que le ha prestado la quinquillera para quien trabaja. ¡ Pero ocho personas ! siempre viene á parar en esto mi pensamiento.... ¡ y si vierais su habitacion!... Pero dejemos de hablar de eso : ya está la comida dispuesta , y no quiero pensar en su buhardilla.... porque me va á poner malo el estómago.... Felizmente el señor Zurdillo va á echarlos pronto de aqui.... Cuando digo felizmente , no lo digo con mala intencion.... Pero puesto que han de ser desgraciados esos pobres Morel , y no podemos remediarlos , mas vale que estén en otra parte, y al menos no tendremos tanto sentimiento.

—¿Pero si los echan de aqui , á dónde irán?

—¡ Toma ! ¿ qué sé yo ?

—¿ Y cuánto puede ganar al dia ese pobre jornalero ?

—Si no se viera precisado á cuidar de su madre, de su muger y sus hijos , podria ganar de cuatro á cinco francos , porque se mata á trabajar ; pero como pierde las tres cuartas partes del tiempo en los cuidados de asistencia , lo mas que puede ganar son unos dos francos.

—En efecto , es bien poco.... ¡ Pobres gentes!...

—Sí , pobres gentes , decís muy bien ; pero hay tantas pobres gentes, que ya que es imposible reme-

diarlas, es preciso consolarse.... ¿no es verdad, Alfredo? Pero á propósito de consolarse, ¿qué no le decimos nada á la botella?

—Si os he de hablar con franqueza, señora Pipelet, lo que me habeis contado me ha oprimido el corazon: bebed á mi salud con el señor Pipelet.

—Sois muy amable, dijo el portero; ¿pero seguis en la idea de ver el cuarto de arriba?

—Como gustéis; si me acomoda, quedaremos convenidos.

El portero salió de su cueva, y Rodolfo le siguió.



CAPÍTULO XXXII.



Principal, segundo, tercero y cuarto.

La escalera sombría y húmeda, parecía aun mas oscura en aquel dia triste de invierno.

La entrada de cada una de las habitaciones de aquella casa, ofrecia á la vista del observador una fisonomía particular.

La puerta del aposento que corría por cuenta del comandante, estaba pintada recientemente de un color oscuro con ciertas vetas, imitado á nogal: un boton de cobre dorado relucía en la cerradura, y un elegante cordon de seda carmesí para la campanilla, contrastaba con la sórdida vejéz de aquellas paredes.

La puerta del segundo piso, habitado por la maga prestamista, presentaba un aspecto mas singular. Un mochuelo disecado, ave supremamente

simbólica y cabalística, estaba clavado por las patas y las alas sobre el dintel, y una ventanilla con enrejado de alambre, permitía el exámen de las visitas antes de abrirlas.

La habitacion del charlatan italiano, de quien se sospechaba que ejercia un espantoso oficio, se distinguia tambien por su entrada singular. Leíase su nombre trazado con dientes de caballo incrustados en una especie de cuadro de madera negra aplicado sobre la puerta. En vez de terminar clásicamente por una pata de liebre ó de corzo, el cordon de la campanilla remataba por un antebrazo y una mano de mono momificadas. Aquel brazo disecado, y la manecilla con sus cinco dedos articulados por falanges, y terminados por uñas, presentaba un espectáculo asqueroso. Hubiérase dicho que era la mano de un niño....

En el momento en que Rodolfo pasaba por delante de aquella puerta, que le pareció siniestra, creyó oír algunos sollozos sofocados: luego despues un grito doloroso, convulsivo, horrible; un grito al parecer arrancado del fondo del corazon, interrumpió el silencio de aquella casa.

Rodolfo se estremeció.

Por un movimiento mas rápido que el pensamiento, corrió á la puerta, y tiró violentamente del cordon de la campanilla.

—¿Qué haceis, caballero? le dijo el portero con sorpresa.

— Ese grito.... contestó Rodolfo; ¿no le habeis oido?

— Sí por cierto. Será sin duda de alguna persona á quien Mr. Bradamanti arranque un diente.... ó tal vez dos.

Esta esplicacion era muy verosímil, pero no satisfizo á Rodolfo. El terrible grito que acababa de

oir, no le parecía solamente una exclamacion de dolor físico, sino tambien, si puede dársele este nombre.... un grito de dolor moral.... Su campañillazo habia sido muy violento, y á pesar de ello no habian respondido al momento.

Cerráronse varias puertas una tras otra: luego, detras del vidrio de una claraboya colocada junto á la puerta, y sobre la cual dirigia Rodolfo maquinalmente la vista, vió aparecerse confusamente una figura descarnada y de una palidéz cadavérica: una enorme cabellera gris rogiza coronaba aquel horrible rostro, que terminaba por una larga barba del mismo color que la cabellera. La vision desapareció al cabo de un segundo.

Rodolfo quedó petrificado.

Durante el corto tiempo que duró esta aparicion, habia creido reconocer ciertas facciones características de aquel hombre. Aquellos ojos verdes y brillantes como el alga marina, cubiertos por unas cejas largas y erizadas; aquella lívida palidéz; la nariz delgada, saliente y encorvada como el pico de una águila, y cuyos conductos estraordinariamente dilatados y sesgados, dejaban ver una parte del tabique nasal, le recordaban de una manera muy viva á cierto abate Polidori, cuyo nombre habia maldecido Murph durante su conversacion con el baron de Graün.

Aunque Rodolfo no hubiera visto al abate Polidori en diez y seis ó diez y siete años, tenia mil razones para no olvidarlo. Lo único que le hacia destruir su memoria; lo que le hacia dudar de la identidad de estos dos personajes, era que el sacerdote que él creía encontrar bajo el nombre del charlatan con barba y cabellos rojos, era moreno.

Si Rodolfo (suponiendo que sus sospechas fueran fundadas) no se admiraba de ver á un hombre re-

vestido de un carácter sagrado ; á un hombre cuya alta inteligencia , vasto saber y raro talento conocia , caer en tal punto de degradacion.... y aun diré de infamia , es porque sabia que aquel raro talento , aquella alta inteligencia , aquel vasto saber , estaban unidos á una perversidad profunda , á una conducta desarreglada , á inclinaciones crapulosas , y sobre todo , á una insolencia cínica y sangriento desprecio de los hombres y las cosas , que este hombre , reducido á una miseria merecida , habia podido , y casi diremos habia debido buscar los recursos menos honrosos , y encontrar una especie de satisfaccion irónica y sacrílega al considerarse á sí mismo verdaderamente distinguido por los dones del talento , y revestido de un ministerio sagrado ejerciendo aquel oficio vil y charlatanismo imprudente.

Pero aunque hubiera dejado , como hemos dicho , á Polidori en el vigor de sus años , y que este debiera tener entonces la edad del charlatan , habia entre los dos diferencias tan notables , que Rodolfo dudaba en extremo de su identidad ; pero á pesar de todo , dijo al señor Pipelet:

—¿Hace mucho tiempo que Mr. Bradamanti habita en esta casa?

—Cerca de un año.... Sí , eso es ; vino hácia últimos de enero. Es un inquilino exacto : me curó de un reumatismo crónico. Pero como os decia hace poco , tiene un defecto : es muy burlon ; no respeta nada en sus conversaciones.

—¿Pues qué dice?

—En fin , caballero , dijo con gravedad Pipelet ; yo no soy ningun mozalvete ; pero hay risas y risas.

—¿Con que es tan alegre?

—No es que sea alegre , al contrario ; es tan sério como un muerto.... Pero si no se rie con la boca....

se rie con sus palabras : no respeta ni al padre ni á la madre , ni á Dios ni al diablo ; de todo se burla.... de todo , hasta de su agua.... ¡ hasta de su propia agua ! Pero os digo la verdad ; esas burlas me dan miedo.... me hacen estremecer.... Cuando ha estado un cuarto de hora charlando indecentemente en mi habitacion sobre las mugeres casi desnudas de los diferentes paises salvages que ha recorrido , y me encuentro á solas con Anastasia.... pues bien : yo que desde hace treinta y siete años me he hecho una costumbre , un deber de quererla.... os aseguro.... que la quiero menos. Sé que os vais á reir.... pero otras veces , cuando Mr. César se ha marchado , despues de haberme hablado de los festines de los príncipes á que ha asistido para verles ensayar los dientes que les ha colocado , me parece que mi comida está amarga , y no tengo hambre.... En fin , yo estoy contento con mi suerte , y me honro con mi estado. Hubiera podido ser maestro de obra prima como un sinnúmero de ambiciosos.... y creo hacer tanto servicio remendando los zapatos viejos. Pues hay dias en que ese diablo de Mr. César , con sus habladurías me haria desear ser superior á mi oficio ; y ademas , tiene un modo de hablar de las mugeres salvages , que os aseguro que á pesar que no soy ningun niño , hay veces que me hace ruborizar.... añadió Mr. Pipelet con aire de castidad escandalizada.

—¿Y la señora Anastasia tolera todo eso?...

—Anastasia está loca por las personas de talento ; y Mr. César , á pesar de sus extravagancias.... no puede negarse que tiene mucho.... y esto hace que todo se lo disimule.

—Ella me ha hablado tambien de ciertos rumores horribles.

—¿Ella os ha hablado?...

—No tengais cuidado, yo soy discreto.

—Pues bien: yo no creo ni puedo creer esos rumores, y sin embargo no puedo menos de pensar en ellos, y esto aumenta el mal efecto que me causan las burlas de Mr. Bradamanti: en fin, para decirlo de una vez: sabeis que odio á Cabrion.... y que este odio me acompañará al sepulcro: pues bien: algunas veces me parece que preferiría las innobles farsas que este pintor tenia la desvergüenza de hacer en esta casa, que las burlas con que nos honra Mr. César con su aire jesuítico, arrugando los labios por un movimiento que me recuerda siempre los últimos momentos de agonía de mi tío Rousselot.

Algunas palabras que añadió Mr. Pipelet sobre la perpétua ironía con que el charlatan hablaba á todos y de todos, y marchitaba las mas modestas alegrías por sus chanzas amargas, confirmaban suficientemente las sospechas de Rodolfo, porque el abate, cuando se quitaba su máscara de hipocresía, habia afectado siempre el escepticismo mas audaz y mas insolente. Bien decidido á aclarar sus dudas, y pudiendo impedirselo algun tanto la presencia de tal hombre en esta casa, sintiéndose mas y mas dispuesto á interpretar de una manera lúgubre el grito terrible que tanto le habia llamado la atención, siguió al portero al piso superior, en donde se hallaba la habitacion que él queria alquilar.

El cuarto de la señorita Rigolette, vecina á esta habitacion, era fácil de conocer, gracias á una galantería del pintor, enemigo mortal de Pipelet.

Media docena de cupidillos juguetones pintados con facilidad y travesura, se agrupaban al rededor de un costurero, y llevaban alegóricamente el uno un dedal, el otro un par de tijeras, el otro un es-

pejo ; y en medio de la almohadilla se leía sobre un fondo de azul claro , en letras de color de rosa : *La señorita Rigolette , costurera*. Y toda la alegoría estaba cercada de una guirnalda de flores , que se destacaba perfectamente del fondo verde claro de la puerta.

Esta portada era muy hermosa , y formaba aun un contraste mas notable con la fealdad de la escalera.

A riesgo de irritar las llagas recientes de Alfredo , le dijo Rodolfo mostrándole la puerta de la señorita Rigolette:

— ¿Esto , sin duda , será obra de Mr. Cabrion?

— Sí señor ; ha estropeado la pintura de esta puerta con esas indecentes figuras de niños desnudos , que él llama amorcillos. A no ser por las súplicas de la señorita Rigolette y la debilidad del Zurdillo , yo hubiera borrado todos esos mamarrachos , asi como esa paleta , con la que el mónstruo ha obstruido la puerta de *vuestro* aposento.

En efecto , una paleta cargada de colores , que parecia suspendida á un clavo , estaba pintada sobre la puerta á manera de *cuadro de engañifa*.

Rodolfo siguió al portero á aquella habitacion , bastante espaciosa , precedida de un gabinete , iluminada por dos ventanas que daban á la calle del Temple : algunos bosquejos fantásticos pintados sobre la segunda puerta por Mr. Cabrion , habian sido escrupulosamente respetados por Mr. German.

Rodolfo tenia demasiado motivos de habitar esta casa para no quedarse con la habitacion : dió , pues , modestamente dos francos al portero , y le dijo:

— Esta habitacion llena todos mis deseos ; mañana mandaré los muebles. ¿Creo que no tengo necesidad de ver al Zurdillo?

— No señor : no viene aqui mas que de tarde en

tarde, escepto cuando tiene que tratar con la señora Celestina... Conmigo directamente es con quien debéis tratar, y os preguntaré tan solo vuestro nombre.

—Rodolfo.

—¿Rodolfo.... qué?

—Rodolfo á secas, señor Pipelet.

—Eso es otra cosa, caballero: no creais que yo insistiera por curiosidad; los nombres y las voluntades son libres.

—Decidme, señor Pipelet, ¿os parece que deba yo ir mañana como nuevo vecino á ver á Morel para preguntarle si puedo serle útil en algo, puesto que mi predecesor el señor German les ayudaba tambien segun sus medios?

—Sí señor, podeis hacerlo, aunque verdaderamente de poco podeis servirles, puesto que se les echa de casa; pero siempre les lisongearía.

Despues, como si le hubiera ocurrido una idea repentina, exclamó el portero mirando á Rodolfo con aspecto malicioso.

—Ya, ya comprendo; quereis empezar de ese modo para introduciros tambien á obsequiar á vuestra vecinita.

—Por supuesto tambien.

—No veo en ello ningun mal: esta es la costumbre, y.... estoy seguro que la señorita Rigolette ha oido que se estaba reconociendo esta habitacion, y apostaría que nos está acechando para vernos bajar. Voy á hacer ruido espresamente al dar vuelta á la llave; mirad al pasar por la rejilla.

En efecto, Rodolfo vió que la puerta de los amercillos estaba entreabierta, y distinguió vagamente por la estrecha abertura una punta de nariz color de rosa, y ojo grande y negro, vivo y curioso; pero como detenia el paso, la puerta se cerró bruscamente.

— ¡ Cuando yo os decia que nos acechaba! repuso el portero ; y luego añadió : con vuestro permiso voy á mi pequeño observatorio.

— ¿ Y qué viene á ser eso?

— Al fin de esta escalera hay un rellano donde se abre la puerta de la buhardilla de Morel , y detras de uno de los artesonados hay un agujero oscuro en donde me suelo yo colocar ; y como la pared tiene bastantes hendiduras , veo desde alli lo que pasa en su casa , y los oigo como si estuviera dentro.... Esto no lo hago por espiarlos , ¡ justo cielo!... pero en fin , voy alli algunas veces como si asistiera á un melodrama muy negro.... y al bajar á mi habitacion me encuentro como en un palacio.... Subid si quereis y os lo puede permitir el corazon , antes de que se marchen.... es cosa triste , pero curiosa , porque cuando os llegan á ver hacen como los salvages.... huyen de vos....

— Sois muy complaciente , señor Pipelet ; y otro dia , tal vez mañana , haga uso de vuestros ofrecimientos.

— Como gustéis.... pero es preciso que yo suba ahora á mi observatorio , porque necesito un pedazo de badana.... si quereis ir bajando , yo os alcanzaré.

Y el portero empezó en la escalera que conducia á las buhardillas una ascension bastante peligrosa á su edad.

Rodolfo daba una última mirada á la puerta de la señorita Rigolette , pensando que esta jóven , antigua compañera de la pobre Guillabaora , sabia sin duda el retiro del hijo del Dómine , cuando oyó que en el piso inferior salia alguna persona de casa del charlatan : reconoció el paso ligero de una muger , y distinguió el crujido de un vestido de seda. Rodolfo se detuvo un momento por discrecion.

Cuando no percibió ya el ruido, bajó la escalera.

Al llegar al segundo piso, vió y recogió un pañuelo sobre los últimos escalones: sin duda alguna pertenecía á la persona que salia de casa del charlatan. Rodolfo se acercó á una de las estrechas ventanas que daban luz á la escalera, y examinó aquel pañuelo, magníficamente guarnecido de encaje: en uno de sus ángulos estaban bordadas las iniciales L. y N., con una corona ducal encima. El pañuelo estaba empapado de lágrimas.

El primer pensamiento de Rodolfo fué correr á alcanzar á la persona que habia perdido el pañuelo, para devolvérselo; pero reflexionó que este paso podria parecer en esta circunstancia un exceso de curiosidad, y le guardó, encontrándose asi sin quererlo sobre el rastro de una misteriosa y sin duda siniestra aventura.

Al llegar al patio preguntó á la portera:

— ¿No acaba de bajar una muger?

— No señor. La que ha bajado es una gran señora alta y delgada, con un velo negro. Salia de casa Mr. Cesar, y Jorobeta fué á buscar un coche, en el que ha subido.... Lo que mas me ha llamado la atencion, es que este perillan se subió en la trasera del carruage, tal vez para ver dónde iba á parar esa señora; porque es curioso como una urraca, y vivo como un huron, á pesar de su pata coja.

De este modo, pensó Rodolfo, el charlatan debe saber el nombre y habitacion de esa señora, si Jorobeta le ha seguido de su orden.

— ¿Y qué tal, os acomoda el cuarto? preguntó la portera.

— Muchísimo; ya corre por mi cuenta, y mañana mandaré los muebles.

— Dios os bendiga, y tambien sea bendita la hora en que pasasteis por delante de nuestra puerta; ten-

dremos un famoso inquilino mas. Teneis el aspecto de un jóven apreciable, y me parece que pronto os amaré Alfredo. Le hareis reir como hacia el señor German, que siempre se le ocurrian algunos chistes.... porque mi pobre viejo no desea otra cosa mas que reir; asi es que estoy persuadida que antes de un mes sois amigos inseparables.

—Es favor que me prodigais, señora Pipelet.

—Nada de eso: esto que os digo es como si os hablara mi corazon. Y si os portais bien con mi Alfredo, os estaré muy reconocida. Ya vereis cómo os asisto: vereis qué limpieza; y si quereis comer en casa, los domingos os haré unos guisadillos que os chupareis los dedos de gusto.

—Convenido, señora Anastasia, sereis mi guisandera: mañana os traerán los muebles, y yo vendré á ver cómo lo arreglais.

Rodolfo salió.

Los resultados de su visita á la casa de la calle del Temple, eran bastante importantes por la solucion del misterio que queria descubrir, y por la noble curiosidad con que buscaba ocasion de hacer el bien é impedir el mal.

Los resultados eran los siguientes:

La señorita Rigolette sabia necesariamente el paradero de Francisco German, hijo del Dómine.

Una jóven, que segun algunas apariencias podria ser desgraciadamente la marquesa de Harville, habia dado al comandante para el siguiente dia una nueva cita, que la perderia tal vez para siempre.... y Rodolfo tenia mil razones para interesarse vivamente por Mr. de Harville, cuya tranquilidad y honor parecian tan cruelmente comprometidos.

Un artesano honrado y laborioso, sumido en la mayor miseria, iba á ser arrojado á la calle con su familia, por medio del Zurdillo.

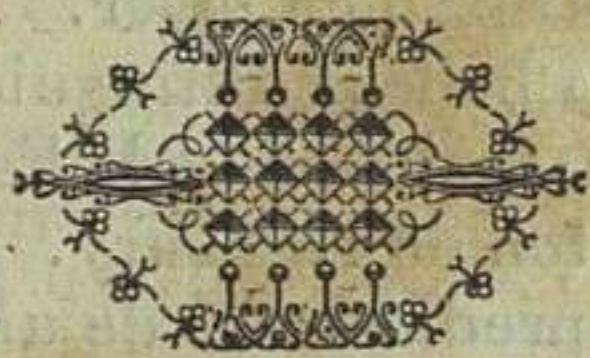
Y finalmente , Rodolfo habia descubierto involuntariamente algunos rastros de una aventura , en la que el charlatan César Bradamanti (tal vez abate Polidori) y una muger que sin duda pertenecía á la mas alta sociedad , eran los principales actores.

Habia sabido ademas , que la Mochuelo , salida recientemente del hospital, adonde habia ido á parar despues de la escena del paseo de las Viudas, estaba en relaciones sospechosas con la señora Celestina , gitana y prestamista , que ocupaba el segundo piso de la casa.

Habiendo recogido estas diversas noticias , Rodolfo entró en su casa de la calle de Plumet , dejando para el dia siguiente su visita al escribano Santiago Ferrand.

Aquella misma noche debia asistir , como ya sabemos, al baile que se daba en la embajada de***.

Antes de seguir á nuestro héroe en esta nueva excursion , dirigiremos una mirada sobre Tom y Sarah , personages importantes de esta historia.



CAPÍTULO XXXIII.



HISTORIA DE TOM Y SARAH.

Sarah Seyton, viuda del conde Mac-Gregor, entonces de edad de treinta y siete á treinta y ocho años, era de una escelente familia escocesa, hija de un *baronet*, caballero de lugar.

Sarah, de una belleza distinguida, y huérfana á los diez y seis años, abandonó la Escocia con su hermano Tom Seyton de Halsbury.

Las absurdas predicciones de una vieja highlandesa, su nodriza, habian exaltado casi hasta la demencia los dos vicios capitales de Sarah, el orgullo y la ambicion, prometiéndole con una increíble perseverancia de conviccion el porvenir mas elevado.... ¿por qué ocultarlo? ¡Un destino soberano!

La jóven escocesa habia creido en la evidencia de las predicciones de su nodriza, repitiéndose sin

cesar para corroborar su fé ambiciosa, que una adivina habia tambien prometido una corona á la bella y escelente criolla que se sentó un dia sobre el trono de Francia, y que fué reina por la gracia y la bondad, asi como otras lo son por la grandeza y magestad.

Lo mas estraño era que Tom Seyton, tan supersticioso como su hermana, alimentaba sus locas esperanzas, y habia resuelto consagrar su vida á la realizacion del sueño de Sarah.... de aquel sueño tan deslumbrador como insensato.

Sin embargo, los dos hermanos no eran tan ciegos para creer rigorosamente en la prediccion de la highlandesa y poner sus ojos absolutamente en un trono de primer órden, desdeñando las soberanías secundarias ó principados reinantes: no, con tal que la bella escocesa ciñera un dia su frente imperiosa con una corona soberana, la pareja ambiciosa cerraría los ojos sobre la importancia de los dominios de esta corona.

Con auxilio del *Almanaque de Gotha* para el año de gracia 1819, formaron Tom y Sarah, en el momento de dejar la Escocia, un cuadro sinóptico por órden de edad, de todos los reyes y príncipes soberanos de Europa que estaban en estado de casarse.

Aunque muy absurda la ambicion de ambos hermanos, estaba pura de todo medio vergonzoso: Tom debia ayudar á Sarah Seyton á urdir la trama conyugal, con la que esperaba enlazar una cualquiera *testa coronada*; Tom debia ayudarla en todos los ardides, en todas las intrigas que pudieran conducir á este resultado; pero hubiera muerto á su hermana antes que verla en los brazos de un príncipe cualquiera, aun cuando estuviera seguro de un matrimonio *reparador*.

La especie de inventario matrimonial que resultó de las investigaciones de Tom y Sarah en el *Almanaque Gotha*, fué satisfactorio.

La Confederacion Germánica sobre todo, proveía de un numeroso contingente de jóvenes soberanos presuntos. Sarah era protestante: Tom no ignoraba la facilidad del casamiento alemán llamado de la *mano izquierda*, matrimonio por otra parte legítimo al que en último extremo se hubiera resignado por su hermana. Así fué resuelto por entrambos dirigirse á Alemania á hacer su ensayo.

Si á primera vista parece improbable este proyecto, y estas esperanzas insensatas, contestaremos que una ambicion desenfrenada, y exasperada por una creencia supersticiosa, es rara vez razonable en sus miras, y casi siempre aspira á los imposibles; y recordando ciertos hechos contemporáneos de algunos augustos y respetables matrimonios morganáticos entre soberanos y vasallos, hasta la amorosa odisea de mis Penelope y del príncipe de Cápua, no podia negarse alguna probabilidad de feliz éxito á los caprichos de Tom y Sarah.

Añadiremos á esto, que Sarah reunia á una maravillosa belleza, raras disposiciones de talento y conocimientos los mas variados, y una fuerza de seduccion tanto mas peligrosa, cuanto que con un alma seca y dura, un entendimiento diestro y malvado, un disimulo profundo, un carácter indómito y absoluto, reunia todas las apariencias de una naturaleza generosa, ardiente y apasionada.

En lo físico, su organizacion engañaba del mismo modo que en lo moral.

Sus grandes ojos negros, ora brillantes, ora lánguidos, cubiertos por unas cejas de ébano, podian fingir los ardores del deleite.... y siu embargo, las ardientes aspiraciones del amor, no debian jamás

agitar su helado pecho : ninguna sorpresa del corazón ó de los sentidos debia trastornar los implacables cálculos de aquella muger intriganta , egoísta y ambiciosa.

Sarah , al llegar al continente , siguiendo los consejos de su hermano , no quiso dar principio á su empresa antes de haber descansado en París , donde quiso pulir su educacion y suavizar su aspereza británica , en el comercio de una sociedad llena de elegancia , libertad y buen gusto.

Sarah fué introducida en el gran mundo , gracias á algunas cartas de recomendacion , y á la proteccion distinguida de la embajadora de Inglaterra y del viejo marqués de Harville , que habia conocido en aquél reino al padre de Tom y Sarah.

Las personas falsas , frias y reflexivas , se acomodan con una maravillosa prontitud á los modales mas opuestos á su carácter : en ellas todo es superficie , esterioridad , apariencia , barniz , corteza : asi que se les penetra , asi que se les conoce , están perdidas ; y por lo mismo , la especie de instinto de conservacion de que se hallan dotadas , las hace eminentemente propias al disfraz moral , y representan todos los papeles con la facilidad de un buen cómico.

Asi es , que despues de seis meses de permanencia en París , Sarah hubiera podido luchar con la parisiense mas perfecta , por la gracia de su talento , el encanto de su alegría , la ingenuidad de su coquetería , y la naturalidad provocativa de su mirada , á la vez casta y apasionada.

Viendo ya á su hermana suficientemente *pertrechada* , Tom partió con ella para Alemania , provistos de buenas cartas de recomendacion.

El primer estado de la Confederacion Germánica que se encontraba sobre el itinerario de Sa-

rah, era el gran ducado de Gerolstein, designado de este modo en el diplomático é infalible *Almanaque de Gotha* para el año 1819.

Genealogía de los soberanos de Europa y de su familia.

GEROLSTEIN.

« Gran duque: MAXIMILIANO RODOLFO, nació el 10 de diciembre de 1764. Sucedió á su padre CARLOS FEDERICO RODOLFO el 21 de abril de 1785. Envió en enero de 1808, de LUISA, hija del príncipe JUAN AUGUSTO DE BURGSEN.

Su hijo: GUSTAVO RODOLFO, nació el 17 de abril de 1803.

Su madre: La gran duquesa JUDITH, viuda del gran duque CARLOS FEDERICO RODOLFO, el 21 de abril de 1785.»

Tom, con intencion habia inscrito en la lista los mas jóvenes de los príncipes que consideraba mas útiles para cuñados, pensando que la extrema juventud es mas fácil de seducir que las gentes de edad madura. Por otra parte, como ya lo hemos indicado, Tom y Sarah habian sido particularmente recomendados al gran duque reinante de Gerolstein por el viejo marqués de Harville, admirado como todo el mundo de Sarah por su belleza, su gracia y naturales atractivos.

Inútil parece decir que el heredero presunto del gran ducado de Gerolstein era GUSTAVO RODOLFO, y tenia apenas diez y ocho años cuando fueron presentados Tom y Sarah.

La llegada de la joven escocesa, fué un acontecimiento notable para aquella reducida córte alemana, tranquila, sencilla, seria, y por decirlo asi, patriarcal. El gran duque, el mejor de los hom-

bres , gobernaba sus estados con una firmeza inteligente y una bondad paternal : no pueden hallarse gentes mas felices material y moralmente , que los habitantes de este principado : su poblacion laboriosa y grave , sóbria y piadosa , ofrecia el tipo ideal del carácter aleman.

Aquellos habitantes gozaban de una felicidad tan profunda , estaban tan completamente satisfechos con su condicion , que la ilustrada solicitud del gran duque , habia tenido que trabajar muy poco para preservarles de la manía de las innovaciones constitucionales.

Pero el gran duque se informaba y aplicaba incessantemente los descubrimientos modernos y las ideas prácticas que podian influir favorablemente en el bienestar y moralizacion del pueblo , pudiendo decirse que sus encargados en las diferentes potencias de la Europa , no tenian otra mision que la de tener á su príncipe al corriente de todos los progresos científicos relativos á la utilidad pública y práctica.

Como se dijo , el gran duque apreciaba y estaba reconocido al marqués de Harville , que le habia prestado inmensos servicios en 1815 ; y gracias á su recomendacion , Tom y Sarah Seyton de Halsbury , fueron recibidos en la córte de Gerolstein con una distincion y una bondad muy particulares.

Quince dias despues de su llegada , Sarah , dotada de un talento profundo y observador , habia ya penetrado el carácter firme , leal y franco del duque : antes de seducir al hijo , cosa indispensable , habia querido prudentemente conocer las intenciones del padre. Parecia este amar tan locamente á su hijo Rodolfo , que Sarah llegó á creerle por un momento capaz de consentir en un enlace desventajoso , mas bien que ver á su hijo querido

eternamente desgraciado. Pero no tardó mucho en convencerse la escocesa, que aquel padre tan tierno no abandonaría jamás ciertos principios é ideas sobre los deberes de los príncipes.

Esta conducta no era por orgullo, sino porque así se lo indicaban su conciencia, su razón y su dignidad. Un hombre de este temple enérgico, á pesar de ser tan afectuoso y bueno como firme y fuerte, no cede jamás un ápice de lo que afecta á su conciencia, á su razón y á su dignidad.

Sarah estuvo á punto de renunciar á su empresa en vista de estos obstáculos casi insuperables; pero reflexionando que en compensacion Rodolfo era muy jóven, que se alababa generalmente su dulzura, su bondad, su carácter á la vez tímido y triste, creyó al jóven príncipe débil é irresoluto, y persistió en su proyecto y en sus esperanzas. En esta ocasion, su conducta y la de su hermano fueron un modelo de habilidad.

La jóven escocesa supo conciliarse el afecto de todos, y en particular de aquellas personas que hubieran podido ser envidiosas de sus adelantos: hizo olvidar su belleza y sus grácias por la modesta sencillez con que las cubrió. No tardó mucho en ser el ídolo de la gran duquesa viuda, Judit, que á pesar ó á causa de sus noventa años, amaba locamente á las jóvenes hermosas.

Tom y Sarah hablaron varias veces de su marcha; pero jamás quiso consentirla el soberano de Gerolstein, y para obligar á ambos hermanos á permanecer en la córte, suplicó á Tom Seyton de Halsbury que aceptase el empleo vacante de caballero mayor, y á Sarah que no abandonase á la gran duquesa Judit, que no podia pasar sin ella.

Despues de muchos esfuerzos y combates, Tom y Sarah aceptaron estas brillantes proposiciones, y

se instalaron en la córte de Gerolstein, adonde hacia dos meses que habian llegado.

Sarah, escelente música, conociendo el gusto de la gran duquesa por la escuela antigua, y en particular por Gluck, mandó traer la obra de aquel hombre ilustre, y fascinó á la vieja princesa por su inagotable complacencia y por el distinguido talento con que cantaba sus antiguas composiciones de una belleza tan sencilla, tan espresiva.

Tom, por su parte, supo hacerse muy útil en el empleo que le confiara el gran duque. El escocés tenia mucha inteligencia sobre los caballos, y en poco tiempo, con su órden y carácter trasformó casi completamente el servicio de las caballerizas del gran duque, cuyo servicio estaba desorganizado por la negligencia y la rutina.

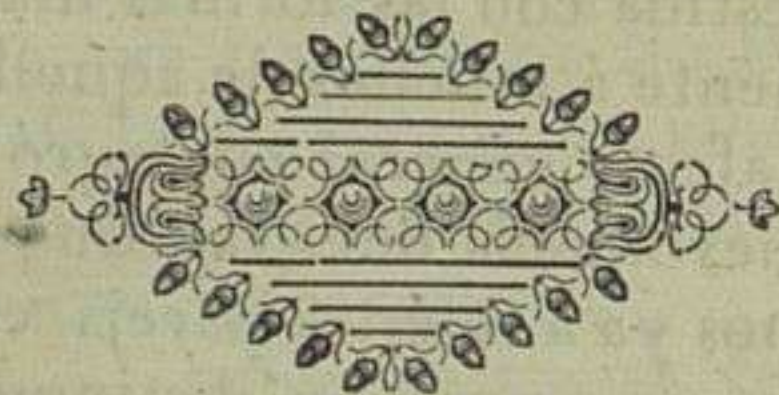
Los dos hermanos, cada uno por su parte, se grangearon en esta córte el afecto y estimacion: la preferencia del príncipe, dispone las secundarias. Sarah tenia mucha necesidad para sus proyectos futuros, de muchos puntos de apoyo, y empleaba su diestra seduccion en hacerse partidarios. Su hipocresía, revestida con las formas mas seductoras, engañó fácilmente á muchos de aquellos leales alemanes, y el afecto general consagró bien pronto la escesiva benevolencia del gran duque.

Aqui tenemos ya á nuestra pareja en la córte de Gerolstein, en una posicion distinguida, sin que se haya hablado un momento de Rodolfo. Por una feliz casualidad, unos dias despues de la llegada de Sarah, habia partido este último con un ayudante de campo y el fiel Alberto para inspeccionar unas tropas.

Aquella ausencia, doblemente favorable á las intenciones de Sarah, le permitió disponer á su satisfaccion los principales hilos de la trama que ur-

dia sin incomodarle la presencia del jóven príncipe, cuya admiracion, demasiado notable, hubiera podido despertar los temores del gran duque. Al contrario, en la ausencia de su hijo, no pensó desgraciadamente que acababa de admitir á su intimidad á una jóven de rara belleza, de sublime talento, que debia encontrarse con Rodolfo á todas las horas del dia.

Sarah permaneció interiormente insensible á la acogida tan grata y generosa, á aquella notable confianza con que se la introducía en el corazon de una familia soberana. Ni esta jóven ni su hermano retrocedieron un momento ante sus malos desig-
nios: venian á ciencia cierta á llevar el disgusto y la afliccion á una córte apacible y feliz, y calculaban friamente los resultados probables de las crueles divisiones que iban á sembrar entre un padre y un hijo, hasta entonces tiernamente unidos.



CAPÍTULO XXXIV.



Sir Walter Murph, y el abate Polidori.

Rodolfo habia sido durante su infancia de una complexion muy delicada, y su padre habia discurrido sobre su salud del modo siguiente:

Los caballeros ingleses que se crian en el campo, son generalmente notables por su robusta salud, y esta ventaja la adquieren por su educacion física, sencilla, ruda y agreste que desarrolla su vigor. Rodolfo va á salir de las manos de las mugeres: su temperamento es delicado; pero tal vez habituándole á vivir como el hijo de un campesino inglés (salvas algunas consideraciones), se podrá fortificar su constitucion.

El gran duque, pues, en consecuencia de este raciocinio, hizo buscar en Inglaterra un hombre digno y capaz de dirigir esta educacion física; y

sir Walter Murph, tipo atlético de los hidalgos del campo de Yorkshire, fué el encargado de este importante cuidado. La direccion que dió al jóven príncipe, correspondió perfectamente á las miras del gran duque.

Murph y su discípulo habitaron durante muchos años una hermosa quinta situada en medio de los campos y los bosques, á algunas leguas de la córte de Gerolstein, en la posicion mas pintoresca y mas saludable. Rodolfo, libre de toda etiqueta, ocupándose en compañía de Murph en los trabajos agrícolas proporcionados á su edad, se acostumbró á la vida sóbria, fuerte y regular de los campos, teniendo por placeres y distracciones los ejercicios violentos, la lucha, el pugilato, la equitacion y la caza.

Respirando aquellos aires puros en medio de los bosques y montañas, pareció trasformarse el jóven príncipe, y adquirió vigor y robustéz: su enfermiza palidéz fué reemplazada por los brillantes colores de la salud, y aunque siempre esbelto y nervioso, salió victorioso de las mas difíciles fatigas; porque la destreza, la energia y el valor, suplían la falta de fuerza muscular, y pudo bien pronto luchar con ventaja contra otros jóvenes de mas edad que él, pues solo contaba entonces quince ó diez y seis años.

Su educacion científica se habia necesariamente resentido de la preferencia que se habia dado á la educacion física. Rodolfo sabia muy poco; pero el gran duque pensaba con razon, que para exigir mucho del talento, es necesario que este sea sostenido por una fuerte organizacion física, y entonces las facultades intelectuales, aunque tardiamente fecundadas por la instruccion, ofrecen mas prontos resultados.

Sir Walter Murph no era un sábio, y no podia dar á Rodolfo mas que algunos conocimientos superficiales; pero nadie podia escederle en inspirar á su discípulo la conciencia de lo que era justo, leal y generoso, y el horror á las acciones bajas, cobardes y miserables.

Estos odios, estas admiraciones enérgicas y saludables, se imprimieron profundamente y para siempre en el alma de Rodolfo; y aunque mas tarde fueron combatidos estos principios por las tempestades de las pasiones, jamás pudieron arrancarlos de su corazon.... El rayo hiere, sulea y quiebra un árbol que se halla sólida y profundamente plantado; pero la sábia asciende siempre por sus raices, y no tardan en renacer mil verdes ramos de aquel tronco que parecia seco.

Murph dió, pues, á Rodolfo, si asi puede decirse, la salud del cuerpo y la del alma; le hizo robusto, ágil y atrevido; simpático para todo lo bueno, y antipático para todo lo malo.

Habiendo llenado tan admirablemente su comision, el digno squire, á quien llamaban á Inglaterra graves intereses, dejó la Alemania por algun tiempo con gran sentimiento de Rodolfo, que le amaba tiernamente.

Murph debia volver con su familia para fijarse definitivamente en Gerolstein cuando terminase ciertos asuntos de alta importancia para él, y conceptuaba que su ausencia duraria un año á lo mas.

Tranquilizado el gran duque por lo respectivo á la salud de su hijo, pensó seriamente en su instruccion.

Un cierto abate llamado César Polidori, filólogo famoso, médico distinguido, historiador erudito, sábio y versado en el estudio de las ciencias exactas y físicas, se encargó de cultivar y fecundar el suelo

virgen , pero fértil , tan perfectamente preparado por Murph.

La eleccion del gran duque fué bien desgraciada en esta ocasion , ó mas bien fué cruelmente engañado por la persona que recomendó é hizo aceptar á un sacerdote católico como preceptor de un príncipe protestante. Esta innovacion pareció muy mal á varias personas , y auguróse generalmente mal de la educacion de Rodolfo.

La casualidad , ó mas bien el abominable carácter del abate , realizó una parte de aquellas tristes predicciones.

Impío , embustero , hipócrita , menospreciador sacrílego de lo que hay de mas sagrado entre los hombres ; lleno de astucia y sutileza , disimulando la mas peligrosa inmoralidad , el mas espantoso escepticismo bajo una cubierta austera y piadosa ; exagerando una falsa humildad cristiana para mejor cubrir su flexibilidad capciosa ; afectando una benevolencia expansiva , un optimismo ingénuo para ocultar la perfidia de sus adulaciones interesadas ; conociendo profundamente á los hombres , ó mas bien , no habiendo experimentado mas que las vergonzosas pasiones de la humanidad , el abate Polidori era el mas detestable mentor que pudiera darse á un jóven.

Rodolfo , que abandonaba con extremo sentimiento la vida independiente y animada que habia pasado hasta entonces en compañía de Murph , para cambiarla por los libros y someterse á las ceremonias de la córte de su padre , empezó por aborrecer al abate , y era imposible que sucediera de otro modo.

Al dejar á su discípulo el pobre squire , lo habia comparado con mucha razon á un potro lleno de fuego y juventud que le arrancan de las hermosas

praderas donde retozaba libre y alegre, para someterlo al freno y á la espuela, y enseñarle á moderar y utilizar las fuerzas que él habia empleado hasta entonces en correr y brincar á su libre albedrío.

Rodolfo principió por declarar al abate que no sentia vocacion alguna para el estudio, que tenia necesidad de ejercitar sus brazos y sus piernas, y respirar el aire de los campos, correr por los bosques y montañas, y que una buena escopeta y un buen caballo, le parecian preferibles á los mejores libros de la tierra.

El preceptor respondió á su discípulo que nada habia en efecto tan fastidioso como el estudio; pero que al mismo tiempo nada habia mas grosero que los placeres que él preferia, placeres dignos de un estúpido aldeano aleman.... Y el abate hizo un cuadro tan burlesco, tan ridículo de aquella existencia sencilla y agreste, que Rodolfo se avergonzó por primera vez de haberla encontrado tan feliz, y preguntó con sencillez á su maestro, que cuál debia ser la ocupacion de aquel que no gustase del estudio, ni de la caza, ni de la vida libre de los campos.

El abate le respondió misteriosamente, que mas adelante le instruiria de todo.

Bajo otro punto de vista, las esperanzas de aquel hombre eran tan ambiciosas como las de Sarah. Aunque el gran ducado de Gerolstein no fuera mas que un estado secundario, el abate se habia imaginado ser algun dia un segundo Richelieu, y dirigir á Rodolfo á su arbitrio.

Empezó por hacerse amable con su discípulo y hacerle olvidar á Murph á fuerza de condescendencia y obsequios. Continuando Rodolfo en ser recalcitrante respecto á la ciencia, el abate disimuló al

gran duque la repugnancia que el jóven príncipe tenia al estudio , y antes al contrario , alabó su asiduidad y sus asombrosos progresos , y algunos interrogatorios concertados anteriormente entre él y Rodolfo , pero que parecian muy improvisados , entretenian al gran duque (no muy instruido) en su ceguedad y confianza.

Poco á poco , la prevencion que el abate habia inspirado á Rodolfo á primera vista , fué cambiando por parte de este en una familiaridad muy diferente del afecto sério que profesaba á Murph. Insensiblemente se encontró Rodolfo ligado con su preceptor , aunque por causas muy inocentes , por la especie de solaridad que une á dos cómplices. Tarde ó temprano sabia el abate que debia despreciar á un hombre del carácter de aquel sacerdote , que mentia indignamente para escusar la pereza de su discípulo.... pero sabia tambien , que si no se alejan de pronto con disgusto de los séres corrompidos , se habitúan á pesar suyo y poco á poco á su carácter seductor las mas veces , y que insensiblemente se viene á oir sin vergüenza y sin indignacion las críticas de las cosas mas venerandas.

El abate era tambien demasiado conocedor del mundo para herir de frente ciertas nobles convicciones de Rodolfo , fruto de la educacion de Murph.

Despues de haber redoblado las burlas sobre los pasatiempos que él llamaba groseros de los primeros años de la vida de su discípulo , deponiendo á medias su máscara de austeridad , habia despertado vivamente su curiosidad por semi-confianzas sobre la existencia encantadora de ciertos principes de los tiempos pasados : en fin , cediendo á las instancias de Rodolfo , despues de mil salvedades y de infinitas chanzas sobre la ceremoniosa gravedad de la córte del gran duque , inflamó la imaginacion del

jóven príncipe con las relaciones exageradas y ardentemente ilustradas de los placeres y galanterías que habian hecho célebres los reinados de Luis XIV, del Regente, y sobre todo de Luis XV, el héroe de César Polidori.

Aseguraba á su desgraciado discípulo, que le oía con una avidéz funesta, que los deleites, aunque fueran escesivos, lejos de desmoralizar á un príncipe felizmente dotado, le hacian las mas veces clemente y generoso, por la razon de que las bellas almas jamás se hallan mas bien dispuestas á la benevolencia y al afecto, que cuando son felices.

Luis XV, el *bien amado*, era una prueba irrecusable de esta asercion. Y luego, decia el abate, ¡cuántos grandes hombres antiguos y modernos habian hecho sacrificios al mas refinado epicurismo! Desde Alcibiades, hasta Mauricio de Sajonia; desde Antonio, hasta el gran Condé; desde César, hasta Vendome.

Semejantes conversaciones debian causar espantosos desastres en una alma jóven, ardiente y virgen: ademas, el abate traducia elocuentemente á su discípulo las odas de Horacio, en las que este raro talento exaltaba con el encanto mas seductor las blandas delicias de una vida enteramente entregada al amor y á las sensualidades esquisitas. Sin embargo, en algunas ocasiones, para ocultar el peligro de estas teorías y satisfacer á la parte generosa del carácter de Rodolfo, le presentaba las mas encantadoras utopias.

Segun el modo de pensar del abate, un príncipe inteligentemente voluptuoso, podia mejorar á los hombres por medio del placer, moralizarles por la felicidad, inducir á los mas incrédulos á sentimientos religiosos, exaltando su gratitud hácia el Cria-

dor , que en el órden material colmaba al hombre de goces con una prodigalidad inagotable.

Estar siempre en el centro de los placeres , era segun el abate Polidori glorificar á Dios en su magnificencia y en la eternidad de sus dones. Estas teorías conseguian sus frutos.

En medio de aquella córte regularizada y virtuosa , habituada por el ejemplo de su príncipe á los honestos placeres é inocentes distracciones, Rodolfo, instruido por su preceptor, soñaba en las locas tertulias de Versalles, en las orgías de Choisy y en las violentas delicias del parque , y por contraste en algunos románticos amores.

El abate no se habia descuidado en demostrar á Rodolfo , que un príncipe de la Confederacion Germánica no podia pretender mas que enviar su contingente á la Dieta , mucho mas cuando el espíritu de la época no era en verdad muy guerrero.

Dejar correr sus dias con delicia y tranquilidad en medio de las mugeres y de todas las preciosidades del lujo ; descansar sucesivamente de la embriaguez de los placeres sensuales , entregándose al delicioso recreo de las artes ; buscar á veces en la caza, no entregándose ciegamente cual Nemrod , sino como inteligente epicureo, aquellas fatigas pasajeras que duplican el encanto de la indolencia y de la pereza.... Tal era segun el abate la única vida posible para un príncipe , que en medio de la felicidad , encontraba un primer ministro capaz de entregarse con ardor al fastidioso y pesado cargo de los negocios del Estado.

Rodolfo, dejándose llevar de aquellas suposiciones , que no tenian nada de criminal , porque no salian del círculo de las cosas probables , se proponia , cuando Dios llamase á sí al gran duque su padre , entregarse á aquella vida que el abate Poli-

dori le pintaba con tan vivos y risueños colores, nombrando á aquel sacerdote su primer ministro.

No podemos menos de repetir que Rodolfo amaba á su padre, y hubiera sentido entrañablemente su pérdida, aunque su muerte le hubiera dejado dueño de realizar aquellas ilusiones; y nos parece inútil decir, que el jóven príncipe guardaba el mas profundo secreto sobre las desgraciadas esperanzas que fermentaban en su imaginacion.

Sabiendo que los héroes predilectos del gran duque eran Gustavo Adolfo, Cárlos XII y el gran Federico (Maximiliano Rodolfo era pariente cercano de la casa real de Brandemburgo), pensaba Rodolfo con razon que su padre, que profesaba una profunda admiracion á aquellos reyes guerreros, con sus perpétuas espuelas é inseparables armaduras, miraria á su hijo como perdido si le creyese capaz de reemplazar en su corte la gravedad tedesca por las costumbres licenciosas de la Regencia. Pasáronse diez y ocho meses de este modo, sin que Murph estuviese de vuelta á pesar de que anunciaba su próximo regreso.

Vencida su primera repugnancia por los halagos de su preceptor, Rodolfo se aprovechó de la instruccion científica del abate, y adquirió, si no un conocimiento muy estenso, á lo menos nociones superficiales, que unidas á una penetracion natural, á su vivacidad y talento, le permitian pasar por mas instruido de lo que efectivamente era, y á honrar mas á su preceptor.

Murph volvió de Inglaterra con su familia, y lloraba de alegría al estrechar en sus brazos á su antiguo discípulo.

Al cabo de algunos dias, sin poder penetrar la razon de un cambio que le affligia profundamente, el digno squire encontró á Rodolfo frio y reservado

con él, y casi irónico cuando le recordaba su vida ruda y agreste. Seguro de la bondad natural del jóven príncipe, advertido por un presentimiento secreto, creyóle Murph por un momento pervertido por la perniciosa influencia del abate Polidori, á quien instintivamente detestaba, y al cual se determinó á observar atentamente.

El abate, por su parte, vivamente incomodado del regreso de Murph, cuya franqueza y buen sentido temia, no tuvo mas que un pensamiento; el de desacreditar para con Rodolfo al buen inglés.

En esta época, pues, fué cuando Tom y Sarah se presentaron y fueron recibidos con la mayor distincion en la córte de Gerolstein. Algun tiempo antes de su llegada, habia salido Rodolfo con un ayudante de campo y con Murph, á inspeccionar las tropas de algunas guarniciones. Siendo esta inspeccion enteramente militar, habia creido el gran duque que no convenia que le acompañase el abate en el viage, y este vió con gran sentimiento que Murph volveria á tomar por algunos dias sus antiguas funciones cerca del jóven príncipe.

El squire confiaba poder instruirse en este viage de las causas de la indiferencia de Rodolfo; pero este se hallaba por desgracia demasiado enterado del arte de disimular, y creyendo peligroso dejar que su mentor penetrase sus proyectos futuros, estuvo con él tan afectuoso, fingió sentir tanto que hubiera pasado el tiempo de su primera juventud y sus rústicos placeres, que le tranquilizó casi completamente.

Decimos *casi*, porque ciertas personas se hallan dotadas de un admirable iustinto. A pesar de las muestras de afecto que le prodigaba el jóven príncipe, Murph presentia vagamente que habia algun secreto entre ambos. En vano quiso aclarar sus sos-

pechas : sus tentativas fueron inútiles por la precóz dobléz de Rodolfo.

El abate no habia permanecido ocioso durante este viage.

Los intrigantes se adivinan ó se reconocen por ciertos signos misteriosos que les permiten observarse hasta que su interés les decide á una alianza ó á una hostilidad declarada.

Algunos dias despues de la instalacion de Sarah y su hermano en la córte del gran duque, Tom estaba en muy íntimas relaciones con el abate Polidori.

Este sacerdote se concedia á sí mismo con un odioso cinismo , que sentia una afinidad natural, casi involuntaria , hácia los embrollos y maldades; y asi decian , sin adivinar positivamente el objeto adonde tendian Tom y Sarah , se habia encontrado atraido hácia ellos por una simpatía demasiado viva, para no suponerles alguna intencion diabólica.

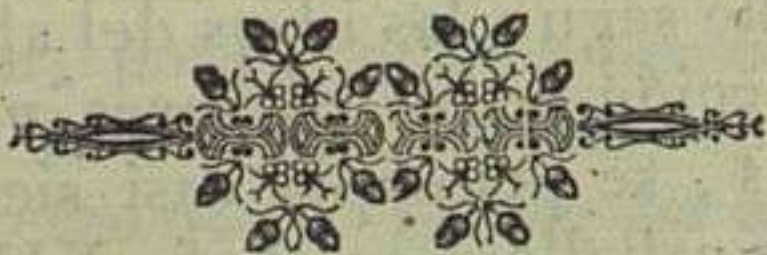
Algunas preguntas de Tom Seyton sobre el carácter y sobre los antecedentes de Rodolfo , preguntas insignificantes para un hombre menos perspicáz que el abate Polidori , le hicieron conocer al momento las tendencias de los hermanos , y únicamente no creyó á la jóven escocesa con miras á la vez tan honestas y ambiciosas.

La llegada de aquella muger encantadora , pareció al abate un augurio feliz. Rodolfo tenia ocupada la imaginacion de amorosas ilusiones , y Sarah debia ser la realizacion de aquellos brillantes sueños , porque segun las ideas del abate , antes de llegar á la eleccion de los placeres y á la variedad de los deleites , se principia casi siempre por un afecto único y caballeresco. Luis XIV y Luis XV no fueron sin duda fieles á otras que á *Maria Mancini* y á *Rosita de Arey*.

El abate confiaba que sucediera lo mismo á Rodolfo con la jóven escocesa ; que esta adquiriría sin duda una inmensa influencia sobre un corazon sometido al maravilloso encanto de un primer amor, y formó el plan de dirigir y esplotar esta influencia para perder á Murph. Como persona inteligente, dió á entender perfectamente á los dos ambiciosos, que era necesario contar con él, siendo para con el gran duque el único responsable de la vida privada del jóven príncipe.

Erale ademas necesario desconfiarse de la persona del antiguo preceptor que estaba entonces acompañando á Rodolfo á una inspeccion militar: aquel hombre rudo, grosero, lleno de absurdas preocupaciones, habia dominado muchísimo en otro tiempo el entendimiento del príncipe, y podia ser un guardian peligroso ; y lejos de escusar ó tolerar las locuras y extravíos juveniles, se creería obligado á denunciarlos á la severa moral del gran duque.

Tom y Sarah comprendieron en pocas palabras que el abate habia penetrado sus secretos desig-nios, aun cuando no le hubieran comunicado nada acerca de ellos. A la vuelta de Rodolfo y el squire, todos tres congregados por su comun interés, se habian tácitamente ligado contra Murph, á quien consideraban como su mas temible enemigo.



CAPÍTULO XXXV.



LOS PRIMEROS AMORES.

Lo que estaba previsto, sucedió.

Rodolfo, despues de su vuelta, se enamoró perdidamente de Sarah, á quien veía todos los dias. Ella no tardó mucho en confesarle que participaba de su amor, aunque preveía que debiera causarle muchos sinsabores, y que jamás podrian ser felices, porque les separaba una gran distancia. Por esta misma razon recomendó á Rodolfo la mayor reserva para no despertar las sospechas del gran duque, que seria inexorable y les privaria de la única dicha por entonces posible; la de verse diariamente.

Rodolfo prometió ocultar su amor, siguiendo estos consejos de Sarah. La escocesa era demasiado ambiciosa, y tenia sobre sí demasiado dominio, para dar á entender su inclinacion á los cortesanos;

y el jóven príncipe se habia persuadido de tal modo de la necesidad del disimulo , que imitó la prudencia de Sarah , y el secreto amoroso estuvo perfectamente guardado por algun tiempo.

Asi que los dos hermanos vieron que la pasion desenfrenada de Rodolfo habia llegado á su paroxismo , y su creciente exaltacion era cada dia mas difícil de contener , llegando hasta el punto de estar próxima á estallar y destruirlo todo , dieron el gran golpe meditado.

Autorizando el carácter del abate Polidori una confianza enteramente moral , Tom le habló algunas palabras manifestándole la necesidad de un matrimonio entre Rodolfo y Sarah ; pues de lo contrario, añadió sinceramente, él y su hermana abandonarían inmediatamente á Gerolstein.... Sarah correspondia al amor del príncipe ; mas preferia la muerte al deshonor , y no podia ser mas que la muger de S. A.

Estas pretensiones dejaron estupefacto al sacerdote : jamás habia creído á Sarah tan audaz y ambiciosa. Semejante matrimonio , rodeado de innumerables dificultades , de peligros de toda especie, pareció imposible al abate , y manifestó francamente á Tom las razones porque el gran duque no consentiría jamás en semejante union.

Tom comprendió y reconoció la importancia de aquellas razones ; pero propuso como *mezzo término* que todo podia conciliarlo un matrimonio secreto en toda regla , y que no se declarase hasta la muerte del gran duque reinante.

Sarah pertenecia á una noble y antigua casa , y semejante union no carecia de precedentes. Tom dió al abate , y por consiguiente al príncipe , ocho dias de tiempo para decidirse : su hermana no podia soportar por mas tiempo las crueles angustias

de la incertidumbre, y si era necesario renunciar al amor de Rodolfo, tomaria esta dolorosa resolucion lo mas pronto posible.

Con el fin de preparar la brusca marcha que podia tener lugar, Tom habia dirigido á uno de sus amigos de Inglaterra una carta que debia echarse en Lóndres en el correo, y dirigida á Alemania, y esta carta contendria unos motivos bastante poderosos para que Tom y Sarah apareciesen absolutamente obligados á dejar por algun tiempo la córte del gran duque.

El abate Polidori tenia formada la peor opinion de los hombres, y escudado esta vez por este convencimiento, adivinó la verdad: tratando de investigar el oculto motivo de la honradéz de Sarah, al saber que queria legitimar su amor por medio del matrimonio, vió en este acto una prueba, no de virtud, sino de ambicion. Hubiera creido en el amor desinteresado de la jóven, si hubiese sacrificado su honor á Rodolfo, de lo que en un principio se imaginó fuera capaz, persuadido que sus deseos no se estendian mas que á ser la querida de su discípulo, pues segun los *principios* del abate, no es amor aquel que se pára en condiciones y no atropella por todo sin hacer caso del cielo y de la tierra.

Seguro de haber descubierto el objeto de Sarah, el abate permaneció perplexo. La manifestacion de Tom en nombre de su hermana, era en extremo honrada, pues exigia una separacion ó una union legítima. A pesar de su cinismo, no se atrevió á manifestar á Tom su estrañeza por los motivos que impulsaban la conducta de este último, y echarle en cara con aspereza que él y su hermana habian trabajado diestramente para inducir al príncipe á un enlace desproporcionado.

El abate podia tomar tres partidos. Advertir al duque de aquel complot matrimonial; instruir á Rodolfo de las maniobras de Tom y Sarah, ó prestarse enteramente á aquel matrimonio.

Pero si advertia al gran duque, podia indisponerse para siempre con el presunto heredero de la corona: instruir á Rodolfo sobre las miras interesadas de Sarah, era esponerse á ser recibido como suele serlo por un amante, cualquiera que desprecia al objeto de su amor, y ademas dirigia á la vanidad y al corazon del jóven príncipe un golpe terrible, revelarle que solo se aspiraba á su enlace por su posicion soberana; y finalmente, ¡cómo podria, revestido del carácter de sacerdote, criticar la conducta de una jóven que queria permanecer pura, y no conceder más que á su esposo los derechos de un amante! Prestándose, al contrario, á este matrimonio, se atraía al príncipe y á su esposa por un profundo reconocimiento, ó al menos por arrostrar juntos los peligros de un acto atrevido.

Indudablemente se esponian si llegaba á descubrirse, á sufrir la cólera del gran duque; pero una vez verificado el matrimonio, la union seria validera, pasaria la tempestad, y el futuro soberano de Gerolstein se encontraria tanto mas ligado con el abate, cuantos mayores fueran los riesgos que hubiera corrido por servirle.

Despues de maduras reflexiones se decidió por servir á Sarah, aunque con cierta restriccion, de que hablaremos mas adelante.

La pasion de Rodolfo habia llegado á su último período: violentamente exasperado por el disimulo y las habilísimas seducciones de Sarah, que manifestaba padecer aun mas que él por los obstáculos insuperables que el honor y el deber oponian á su felicidad, estaba el jóven príncipe muy próximo á romper por todo.

Nada tenia esto de extraño.... amaba por primera vez , y aquel amor era tan ardiente como sencillo , tan confiado como afectuoso. Sarah , para escitarlo , habia desplegado los recursos infernales de la mas refinada coqueteria : las emociones vírgenes de un jóven lleno de corazon y de fuego , no fueron jamás tan diestra y constantemente escitadas : jamás muger alguna fué mas peligrosamente seductora que Sarah.... A la vez alegre y triste , casta y apasionada , púdica é incitativa , sus grandes ojos negros , desmayados y ardientes , encendieron en el alma efervesciente de Rodolfo un fuego inextinguible.

Cuando el abate le propuso que dejase de ver para siempre á aquella jóven encantadora , ó que para poseerla era necesario que se casara secretamente con ella , Rodolfo saltó al cuello del sacerdote , y le llamó su salvador , su amigo , su padre. Si el altar y el ministro hubieran estado allí , el príncipe se hubiera casado en aquel momento.

El abate quiso encargarse de todos los preparativos : buscó un ministro y los testigos ; y la union , cuyas formalidades fueron minuciosamente inspeccionadas y aun llevadas á cabo por Tom , se celebró secretamente durante un corto viage del gran duque , llamado á una conferencia de la Dieta germánica.

Las predicciones de la profetiza escocesa , se veían ya cumplidas. Sarah era esposa del heredero de un trono.

La posesion , sin amortiguar el fuego amoroso de Rodolfo , le hizo mas circunspecto , y calmó aquella violencia que hubiera podido comprometer el secreto de su pasion por Sarah. Los dos esposos , protegidos por Tom y Polidori , se portaron tan

bien , guardaron tanta reserva en sus relaciones, que nadie pudo traslucirlas.

Durante los tres primeros meses de matrimonio, Rodolfo fué el mas feliz de los hombres : cuando sucedió la reflexion al primer entusiasmo y contempló á sangre fria su posicion , no sintió haberse ligado á Sarah con un lazo indisoluble ; renunció sin pesar para el porvenir á aquella vida galante, voluptuosa y afeminada que soñara en otro tiempo con tanto ardor, y formó en compañía de su esposa los mas bellos proyectos del mundo sobre su futuro reinado.

En aquellas lejanas hipótesis , el papel de primer ministro que el abate se habia reservado *in petto* , disminuía mucho de importancia : Sarah se reservaba estas funciones gubernamentales : demasiado imperiosa para no ambicionar el poder y la dominacion , esperaba reinar en vez de Rodolfo.

Un acontecimiento que Sarah esperaba con impaciencia , cambió bien pronto esta calma en tempestad. La escocesa se hizo madre , y entonces empezó aquella muger á manifestar exigencias enteramente nuevas y espantosas para Rodolfo : declaróle deshecha en lágrimas hipócritas , que no podia soportar por mas tiempo la situacion en que vivia, situacion que hacia aun mas penosa, su estado de embarazo. En este extremo , proponia resueltamente á Rodolfo confesarlo todo francamente al gran duque , quien profesaba á Sarah de cada dia mayor afecto , asi como la gran duquesa viuda. Sin duda alguna , añadia , se indignará y exasperará de pronto vuestro padre ; pero ama á su hijo tan ciegamente , con tal ternura , y quiere tanto á Sarah , que la cólera paterna se irá calmando poco á poco , y ella adquiriría finalmente en la córte de Gerolstein el rango que le correspondia , por dos

motivos, si así puede decirse, pues iba á dar un hijo, presunto heredero del gran duque.

Aquella pretension dejó petrificado á Rodolfo: conocia el profundo afecto de su padre; pero al mismo tiempo no ignoraba la inflexibilidad de principios del gran duque respecto á los deberes del príncipe.

Sarah respondia á todas sus objeciones de esta manera implacable:

—Yo soy vuestra esposa ante Dios y los hombres. Dentro de algun tiempo no podré ocultar mi embarazo, y no quiero ruborizarme de una posicion con la que estoy tan orgullosa, y que me deja levantar mi frente con altivéz.

La paternidad habia aumentado la ternura de Rodolfo hácia Sarah. Colocado entre el deseo de acceder á sus votos y el temor de la cólera de su padre, sufría horribles tormentos. Tom tomaba el partido de su hermana.

—El matrimonio es indisoluble, decia á su *sereñisimo* cuñado. El gran duque, lo mas que puede hacer, es desterraros de la córte con vuestra esposa. El os ama demasiado para resolverse á semejante medida, y preferiría tolerar lo que no ha podido impedir.

Estas razones, por mas justas que fuesen, no calmaban la ansiedad de Rodolfo.

En este intermedio tuvo Tom que salir, por encargo del gran duque, á revistar algunas yeguas que tenia en Austria. Le era imposible negarse á esta mision, que sin embargo no debia retenerle mas que unos quince dias, y partió á su pesar en unos momentos muy decisivos para su hermana.

Esta sentia y estaba á la vez muy satisfecha de la ausencia de su hermano, porque perdía el apoyo de sus consejos; pero tambien de este modo, si lle-

gaba á descubrirse todo, estaba al abrigo del resentimiento del gran duque.

Sarah debia instruir diariamente á Tom de las diferentes fasces de un negocio que tanto interesaba á los dos; y á fin de hacerlo con mas secreto y seguridad, convinieron en una clave. Esta sola precaucion, prueba que Sarah tenia que tratar con su hermano de otras cosas que de su amor á Rodolfo. En efecto, aquella muger egoista, fria, ambiciosa, no habia podido fundir el hielo de su corazon con el fuego del amor apasionado que habia encendido.

La maternidad no fué para ella mas que un nuevo medio de accion sobre Rodolfo, y ni aun consiguió enternecer aquella alma de diamante. La juventud, el loco amor, la inesperienza de aquel príncipe, casi niño, tan pérfidamente atraído á una posicion embarazosa, apenas le inspiraban el menor interés: en sus secretas cartas con Tom, se quejaba con desden y amargura de la debilidad de aquel adolescente, que temblaba ante el mas paternal de los príncipes alemanes, *que ya vivia demasiado.*

En una palabra, esta correspondencia entre los dos hermanos, descubria claramente su egoismo interesado, sus ambiciosos cálculos, su impaciencia.... casi homicida, y ponía en claro los resortes de aquella trama tenebrosa, coronada por el matrimonio de Rodolfo.

Pocos dias despues de la marcha de Tom, se encontraba Sarah en la tertulia de la gran duquesa viuda: varias señoras la miraban con aire de sorpresa, y cuchicheaban entre sí. La gran duquesa Judit, á pesar de sus noventa años, tenia un oído muy fino y una vista muy penetrante, y no dejó de notar aquellos secretos. Hizo seña á una de sus damas para que fuese á su lado, y supo de este modo

que se hablaba de que la señorita Sarah Seyton de Halsbury , parecia menos esbelta y menos elegante que lo tenia de costumbre.

La princesa adoraba á su jóven protegida, y hubiera respondido á Dios de la virtud de Sarah. Indignada de la maldad de aquellas observaciones, se encogió de hombros , y dijo en voz alta desde el extremo del salon en que se hallaba:

—Mi querida Sarah , escuchad.

Sarah se levantó : fuéle preciso atravesar la sala para llegar junto á la princesa , que queria con la mejor intencion y por el único medio de aquella *travesia*, confundir á los calumniadores y probarles victoriosamente, que el talle de su protegida no habia desmerecido nada de su gracia y elegancia.

¡Pero ah! la mas pérfida enemiga no hubiera podido imaginar un medio mas á propósito contra Sarah , que el que imaginó la escelente princesa con el objeto de defenderla. Esta se dirigió á su lado ; pero fué necesario todo el profundo respeto que se tenia á la gran duquesa , para comprimir un murmullo de sorpresa é indignacion cuando la jóven atravesó la concurrencia. Hasta los menos perspicaces conocieron que Sarah *no queria* ocultar mas largo tiempo , porque su embarazo hubiera podido disimularse aun ; pero aquella muger ambiciosa habia provocado aquel escándalo para obligar á Rodolfo á declarar su matrimonio.

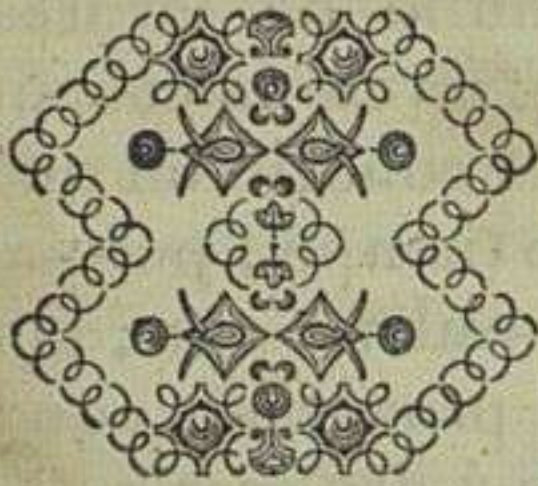
La gran duquesa , que no queria convencerse todavía á aquella evidencia , le dijo á Sarah en voz baja:

— Querida , estás horriblemente vestida.... Tienes un talle que puede abarcarse con las manos , y hoy estás desconocida.

Mas adelante contaremos las consecuencias de este descubrimiento, que produjo terribles sucesos; pero no dejaremos de decir desde ahora lo que ya tal vez el lector habrá adivinado.... que la *Guilla-baora*, que *Flor celeste*, era el fruto de aquella desgraciada union.... que ella era, en fin, la hija de Rodolfo y de Sarah, que entrambos creían muerta.

.....
No habrá olvidado el lector que Rodolfo, despues de haber salido de la casa de la calle del Temple, regresó á su palacio, y que debia en aquella misma noche asistir á un baile de la embajadora de***.

A este baile, pues, acompañaremos á S. A. el gran duque reinante de Gerolstein GUSTAVO RODOLFO, que viajaba por Francia bajo el nombre de *conde de Duren*.



CAPÍTULO XXXVI.



EL BAILE.

Eran las once de la noche, y un suizo abria la puerta de un palacio de la calle de Plumet, para dejar salir una magnífica berlina azul tirada por dos soberbios caballos tordillos de grande alzada: sobre el pescante, vistosamente ataviado con flecos de seda, se sentaba un enorme cochero, que parecia mucho mas grueso por un capoton azul forrado con cuello de pieles y galoneado de plata, sobre una gran casaca: en la trasera, un lacayo de talle gigantesco, y muy bien peinado, vestido con librea azul, y á su lado un cazador con bigotes formidables, con tantos galones como un tambor mayor, y cuyo sombrero, lleno de anchos bordados, estaba casi oculto por las innumerables plumas amarillas y azules.

Los faroles despedían una viva claridad sobre el interior del carruaje, forrado de raso, y podía verse en él á Rodolfo sentado á la derecha, el baron de Graün á la izquierda, y delante el fiel Murph.

Por deferencia al soberano á quien representaba el embajador en cuya casa se daba el baile, Rodolfo llevaba solamente sobre su frac la placa de diamantes de la órden de***.

El baron de Graün y sir Walter Murph, llevaban pendientes del cuello con una cinta anaranjada, la cruz esmaltada de gran comendador del *Aguila de oro de Gerolstein*. No haremos mencion de un considerable número de cruces de todos los paises, que se distinguían colgando de una cadenilla de oro colocada al nivel de los dos primeros ojales de su frac.

—Estoy muy contento, dijo Rodolfo, de las buenas noticias que me dá la señora Jacinta sobre mi pobre protegida de la granja de Bouqueval; los cuidados de David han producido un efecto maravilloso. A no ser por la tristeza que persigue á esa desgraciada criatura, estaria mucho mejor. Y á propósito de la Guillabaora, confesad sir Walter Murph, añadió Rodolfo sonriendo, que si alguna de vuestras amigas de la Cité os viera ahora *disfrazado*, habiéndoos conocido como un famoso carbonero.... se quedaria estupefacta.

—Creo tambien, monseñor, que V. A. causaria la misma sorpresa si quisiera ir esta noche á la calle del Temple á hacer una visita amistosa á la señora Pipelet, con el fin de distraer un poco de su melancolía al pobre Alfredo.... que no quiere mas que amaros, segun ha dicho á V. A. esa estimable portera....

—Cuyo marido, interrumpió el baron, nos ha

descrito monseñor tan perfectamente, con su magistoso leviton verde, su aire doctoral, y su inmovible sombrero, que casi le creo estar oyendo dentro de su cuarto oscuro y ahumado. Me parece que V. A. habrá quedado satisfecho de los apuntes de mi agente secreto. ¿La casa de la calle del Temple, ha correspondido completamente á las esperanzas de monseñor?

—Sí, dijo Rodolfo; he encontrado en ella mas de lo que esperaba. Luego, despues de un momento de triste silencio, y para alejar de sí las ideas terribles que le causaban sus temores respecto á la marquesa de Harville, continuó con tono risueño: No me atrevo á confesar esta puerilidad; pero encuentro bastante atractivo en estos contrastes: un dia pintor de abanicos, sentándome á la mesa de una taberna de la calle de Feves: esta mañana mercader ambulante, ofreciendo un vaso de licor á la señora Pipelet; y esta noche.... uno de los privilegiados *por la gracia de Dios*, que reinan en este mundo sublunar. *Un hombre que tenia cuarenta escudos*, decia, *mis rentas*, de la misma manera que si fuera un millonario.... añadió Rodolfo á manera de paréntesis, haciendo alusion á la corta estension de sus Estados.

—Pero muchos millonarios, monseñor, no tendrían los raros y admirables sentimientos del hombre de los cuarenta escudos, dijo el baron.

—Gracias, mi querido Graün; sois demasiado amable; me adulais, replicó Rodolfo fingiendo un aire á la vez encantado y embarazoso, mientras que el baron miraba á Murph con el aspecto de un hombre que conoce demasiado tarde que ha dicho una necedad.

—En verdad, continuó Rodolfo con una seriedad imperturbable, que no sé, mi querido Graün,

cómo reconocer la buena opinion que quereis formar de mí, y cómo, sobre todo, corresponderos del mismo modo.

— Monseñor.... os suplico que no os tomeis ese trabajo, contestó el baron, que habia olvidado por un momento que Rodolfo se vengaba siempre de las adulaciones, á las que profesaba un odio mortal, por burlas implacables.

— ¡Qué es lo que decís, mi querido baron! no quiero quedaros deudor: hé aqui lo que puedo ofreceros por de pronto: debo deciros, á fé mia, que á lo mas parece que tengais veinte años; el mismo Antinoo no tiene facciones mas frescas que las vuestras.

— ¡Ah! monseñor, perdonad....

— Mirad, Murph, el Apolo de Belvedere, ¿tiene formas á la vez mas esbeltas, mas elegantes y mas juveniles?

— Monseñor.... hacia tanto tiempo que no me habia sucedido....

— ¡Oh! ¡y qué bien le sienta el manto de púrpura!

— Monseñor.... yo me corregiré.

— Y ese círculo de oro, que retiene sin ocultarlo los bucles de esa hermosa cabellera negra, que flota sobre su cuello divino....

— ¡Ah! monseñor.... perdon.... perdon.... yo me arrepiento.... dijo el infeliz diplomático con una espresion de desesperacion cómica. (El baron, como no se habrá olvidado, tenia cincuenta años, los cabellos grises, crespados y empolvados, su cuello rodeado de una corbata blanca, el rostro macilento, y con gafas de oro).

— ¿No es verdad, Murph, que no le falta mas que una aljaba de plata en la espalda, y un arco en la mano, para parecerse al vencedor de la serpiente Pithon?

— Disimuladle , monseñor ; no le fatiguen con el peso de toda esa mitología.... dijo riendo el squire; yo salgo garante á V. A., que en mucho tiempo no se atreverá á deciros.... ninguna adulacion , puesto que en el nuevo diccionario de Gerolstein se traduce de este modo la palabra verdad.

— ¡Cómo! ¿tambien tú, mi viejo Murph? Te atreves ahora....

— Monseñor , me compadece el pobre baron.... y deseo compartir su castigo.

— Señor carbonero , hé aqui un sacrificio á la amistad , que os hace mucho honor. Pero sériamente hablando , mi querido Graün , ¿cómo olvidais que no permito la adulacion mas que á Har-meins y á los que se le semejan? porque es preciso ser justos ; ellos serian incapaces de otra cosa ; ¡pero un hombre de vuestro gusto , de vuestro talento!... ¡ vamos , vamos , baron !

— Pues bien , monseñor , dijo resueltamente el baron ; perdone V. A. que le diga que hay mucho de orgullo en su aversion á las alabanzas.

— Sea enhorabuena : baron , prefiero esto , pero esplicaos.

— Voy á hacerlo , monseñor : es absolutamente lo mismo que si una muger muy hermosa dijera á uno de sus admiradores : os aseguro que ya sé que soy bonita , y por lo mismo vuestra aprobacion es perfectamente vana y fastidiosa. ¿Por qué habeis de querer demostrar la evidencia? ¿Se va, acaso, gritando por las calles que el sol alumbra?

— Eso ya es mas ingenioso , baron , pero tambien mas peligroso ; y para variar vuestro suplicio , os confesaré que el mismo abate Polidori no hubiera encontrado un medio mejor para disimular el veneno de la lisonja.

— Pues entonces me callo.

—¿V. A., dijo entonces sériamente Murph, sigue en la persuasión de que sea el abate Polidori el mismo que ha encontrado bajo el nombre y facciones del charlatan?

—No me queda duda alguna, desde que me habeis dicho que hacia algun tiempo que se hallaba en París.

—Habia olvidado, ó mas bien omitido hablaros de él, dijo tristemente Murph, porque sé lo que incomoda á V. A. la memoria de ese hombre.

Las facciones de Rodolfo tomaron nuevamente un aspecto sombrío, y sumergido en tristes reflexiones, guardó silencio hasta que el carruage entró en el patio de la embajada.

Todas las ventanas de aquel inmenso palacio brillaban iluminadas en medio de la oscuridad: una fila de lacayos, de gran gala, se extendia desde el peristilo y antecámara hasta los salones de descanso, donde se hallaban los ayudas de cámara: todo respiraba una régia magnificencia.

El conde y la condesa de^{***}, habian tenido el cuidado de estar en la antesala hasta la llegada de Rodolfo; este no se hizo esperar mucho, y entró seguido de Murph y del baron de Graün.

Rodolfo contaba entonces treinta y seis años; pero aun quando se acercase á la declinacion de la vida, la perfecta regularidad de sus facciones, demasiado embellecidas tal vez para un hombre, el aire de dignidad afable esparcido en toda su persona, le hubiesen hecho siempre notable, aun quando estas cualidades no hubieran sido realzadas por el augusto brillo de su rango.

Quando se presentó en el primer salon de la embajada, parecia trasformado: no era ya aquella fisonomía pendenciera, aquella marcha alegre y atrevida del pintor de abanicos vencedor del Ter-

rible; no era ya el mercader vivaracho que tan alegremente simpatizaba con Mad. Pipelet.... era un príncipe en la idealidad poética de la palabra.

Rodolfo lleva la cabeza erguida y con dignidad; sus cabellos castaños, naturalmente rizados, adornaban su frente ancha, noble y franca; su mirada está llena de dulzura y dignidad. Si habla á alguno con la viva benevolencia que le es natural, su sonrisa llena de encanto y de finura, deja ver unos dientes de marfil, que contrasta con el tinte sombreado de su ligero bigote, que los hace parecer mas blancos y brillantes. Sus patillas oscuras, sirviendo de cuadro al óvalo perfecto de su rostro, descenden hasta debajo de su barba, un poco puntiaguda.

Rodolfo iba vestido con mucha sencillez. Su corbata y chaleco son blancos; su frac azul, abotonado bastante alto, y en uno de cuyos lados brilla una placa de diamantes, dibuja su talle tan fino, como elegante y flexible; finalmente, su aire varonil y su aspecto resuelto, corrige lo que hay tal vez de *demasiado* agradable en aquel gracioso conjunto.

Rodolfo se presentaba tan poco en las reuniones, su exterior demostraba tanta magestad, que su llegada produjo cierta sensacion: todas las miradas se dirigieron á él cuando se presentó en el primer salon de la embajada, acompañado de Murph y del baron de Graün, que se mantenian á algunos pasos detrás.

El conde y la condesa de^{***}, avisados por un enviado de su llegada, fueron á recibir á Rodolfo, diciéndole la condesa:

—No sé cómo espresar á V. A. mi reconocimiento por el favor con que se digna honrarme.

—Sabeis, señora embajadora, que tengo mucho

honor en asistir á vuestras reuniones, y soy muy feliz en poder decir á vuestro esposo, que le profeso un grande afecto, porque somos amigos antiguos, señor conde.

—V. A. me hace mucho favor en acordarse de mí, y darme un nuevo motivo para no olvidar jamás sus bondades.

—Os aseguro, señor conde, que no es culpa mia el tener siempre presentes ciertos recuerdos: tengo la felicidad de no olvidar jamás lo que me ha sido grato.

—Pero V. A. siempre el mismo, dijo sonriendo la condesa de***.

—¿Qué he de hacer, señora? Así, de aquí á muchísimos años, espero que tendré el placer de recordar este día, y el gusto y elegancia extrema que presiden á este baile.... Porque francamente, os lo diré en confianza, no hay otra persona como vos para dirigir estas funciones.

—¡ Monseñor!...

—Y no es eso solo; decidme sino, señor embajador, ¿por qué me han de parecer siempre mas hermosas las mugeres aquí que en otra parte?

—Porque V. A. estiende hasta á ellas su benevolencia con nosotros.

—Permitidme que no sea de vuestra opinion, señor conde; yo creo que todo eso depende absolutamente de la señora embajadora.

—¿Querrá V. A. tener la bondad de esplicarme ese prodigio? dijo la condesa sonriendo.

—Eso es muy sencillo, señora; sabeis recibir á todas esas hermosuras con una urbanidad tan perfecta, con una gracia tan esquisita; les decís á cada una palabras tan halagüeñas y encantadoras, que las que no merecen enteramente.... enteramente esa alabanza tan amable, dijo Rodolfo sonriendo

con malicia, se encuentran tan satisfechas de ser distinguidas por vos, mientras que las que lo merecen.... se encuentran no menos satisfechas de vuestro aprecio. Estas inocentes satisfacciones ponen radiantes todas las fisonomías; la felicidad hace atractivas aun á las menos agradables, y hé aqui, señora condesa, por qué las mugeres parecen siempre mas hermosas en vuestra casa que en otra parte.... Estoy seguro que el señor embajador será de la misma opinion que yo.

—V. A. me dá demasiado buenas razones para que deje de pensar del mismo modo.

—Y yo, monseñor, dijo la condesa de***, á riesgo de hacerme tan bonita como las hermosas que no merecen enteramente.... enteramente las alabanzas que se las dá, acepto la halagüeña esplicacion de V. A. con tanto reconocimiento y placer, como si fuera una verdad....

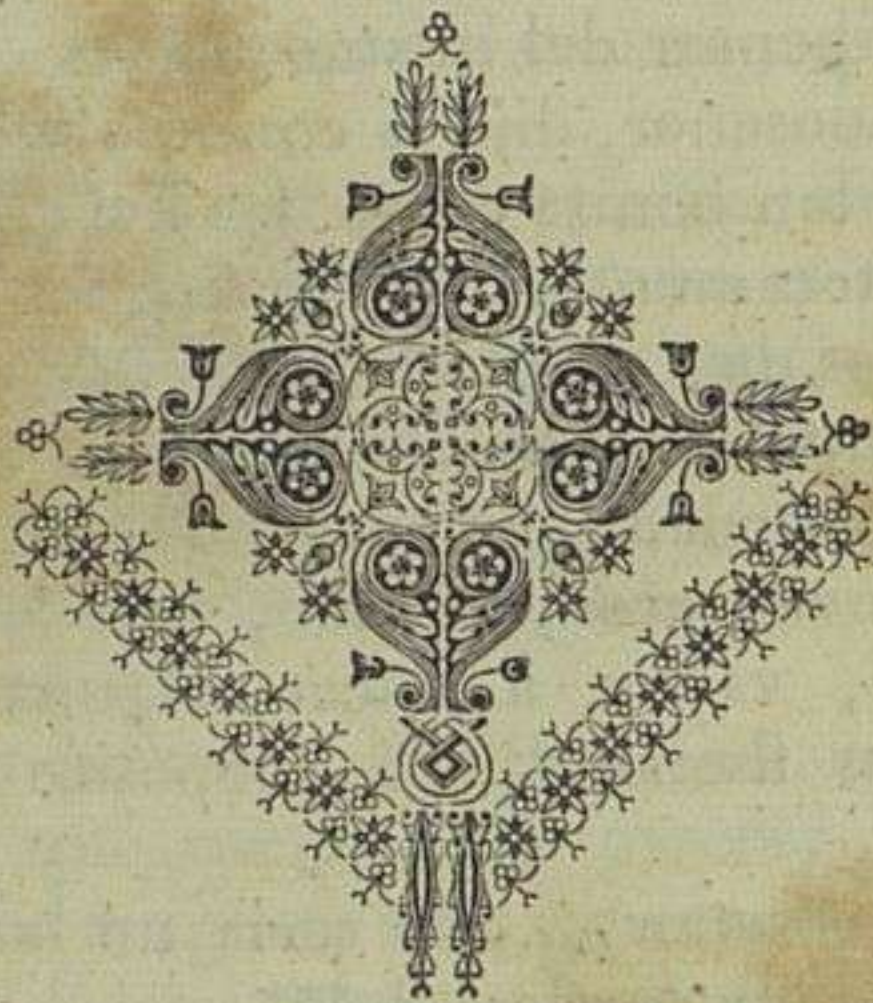
—Para convenceros, señora, que no hay nada mas cierto, vamos á hacer algunas observaciones en las fisonomías, á propósito de alabanzas....

—¡ Ah! monseñor.... eso seria un lazo horrible, dijo sonriendo la condesa de***.

—Vamos, señora embajadora, renuncio á mi proyecto, pero con una condicion.... y es que me permitais ofreceros por un momento mi brazo.... Me han hablado de un jardin de flores.... cosa verdaderamente mágica en el mes de enero.... ¿Tendriais la bondad de acompañarme á esa maravilla de las *Mil y una noches*?

—Con muchísimo gusto, monseñor.... pero han hecho concebir á V. A. una idea demasiado exagerada de él.... lo cual podrá juzgar ahora mismo.... á menos que su indulgencia habitual se lo haga parecer diferente....

Rodolfo dió el brazo á la embajadora , y entró con ella en los demas salones , mientras que el conde de*** quedó en conversacion con el baron de Graün y con Murph , á quien conocia hacia algun tiempo.





CAPÍTULO XXXVII.



EL JARDIN DE INVIERNO.

Nada en efecto mas mágico y mas digno de las *Mil y una noches*, que el jardin de que habia hablado Rodolfo á la condesa de***.

Figúrese un terreno de cuarenta toesas de longitud sobre treinta de latitud, que desembocaba en una ancha y espléndida galería; una bóveda de cristales de extrema ligereza, cubria á una altura de unos cincuenta pies este paralelógramo; sus paredes, cubiertas de una inmensidad de lunas de espejos, sobre las que se cruzan los pequeños rombos verdes de un enrejado de juncos de mallas muy cerradas, se semejan á una cuna de un emparrado al aire libre, gracias á la reflexion de la luz sobre los espejos: una empalizada de naranjos tan gruesos como los de las Tullerías, y de camelias de igual

lozanía, los primeros cargados de frutos brillantes como otras tantas manzanas de oro, sobre un follage de verde lustroso, y las segundas esmaltadas de flores purpúreas, blancas y rosadas, tapizaba toda la estension de las paredes.

Esta era la parte que cerraba el jardin.

Cinco ó seis enormes bosques de árboles y arbustos de las Indias ó de los trópicos, plantados en profundas cajas de su tierra nativa, están rodeados de unos andenes de mármol y de un brillante mosaico de conchas, bastante anchos para que puedan pasarse dos ó tres personas de frente.

Es imposible pintar el efecto que producía en medio del invierno, y por decirlo así, en medio de un baile, aquella rica y poderosa vejetacion exótica.

Aquí los hermosos plátanos, ascienden y casi llegan á tocar los cristales de la bóveda, mezclando sus largas palmas de un verde lustroso, con las hojas lanceoladas de las grandes magnolias, que se ven cubiertas de gruesas flores, tan olorosas como magníficas: de su cáliz, en forma de campanilla, purpurado por dentro y plateado al exterior, salen unos estambres de oro; mas lejos los cocoteros americanos, las palmeras de Levante, las del Brasil, con sus hermosos dátiles; las higueras de la India, árboles todos robustos, vivaces, con grandes ramages, completaban aquellas inmensas masas de verdura; verdura subida, lustrosa como toda la de los vejetales de los trópicos, que parecen tomar el brillo de la esmeralda, según están revestidas las hojas de aquellos árboles, espesas, carnosas, y barnizadas de tintes brillantes y metálicos.

A lo largo de los enverjados, entre los naranjos y los bosques, enlazados de un árbol á otro, por aquí en guirnaldas de hojas y flores, por allá en

contornos espirales, mas allá mezclados como una red enmarañada, corren, serpentean, trepan hasta la bóveda cristalina, una innumerable cantidad de plantas sarmentosas; la pasionaria, las pasifloras, encarnadas y cerúleas, con anchas flores de púrpura estriadas de azul, y coronadas de un penacho de violeta oscuro, se dejan caer de la cima de la bóveda como guirnaldas, y parecen querer subir de nuevo, lanzando sus delicados zarcillos á las ramas de los gigantescos aloes.

Por otra parte una bignonia de la India con sus largos cálices de un amarillo azufrado, y con hojas verdes, está cercada de una stephanotis de flores carnudas y blancas, que esparcen un olor suavísimo: estas dos plantas enlazadas, festonan con su franja verde con campanillas de oro y plata, las hojas inmensas y aterciopeladas de una higuera de la India.

Mas lejos, en fin, saltan y caen como en una cascada vegetal y matizada, una innumerable cantidad de tallos de asclepias, cuyas hojas y umbelas de quince ó veinte flores estrelladas, son tan espesas, tan pulidas, que se diria que eran unos ramilletes de blanco esmaltado, rodeados de hojitas de porcelana verde.

Al rededor de los bosquecillos se hallan colocados brezos del Cabo, tulipanes de Thol, narcisos de Constantinopla, jacintos de Persia, ciclaminos y lirios, que forman una especie de tapiz natural, en donde se hallan todos los colores y se confunden todos los matices de la manera mas espléndida.

El jardin está iluminado por faroles chinescos de una seda trasparente, los unos azules, y otros de color de rosa pálido, medio ocultos por los árboles.

Es imposible describir la claridad misteriosa y suave que resultaba de la mezcla de estos dos mati-

ces ; claridad encantadora , fantástica , que gozaba del límpido azulado de una hermosa noche de verano , ligeramente sonrosada por los encarnados reflejos de una aurora boreal.

Llegábase á este inmenso jardín por una larga galería que deslumbraba por la gran cantidad de oro , de espejos , de cristales y de luces. Esta radiante claridad servia de cuadro , por decirlo así , á la penumbra , en que se dibujaban vagamente los grandes árboles del jardín de invierno , que se distinguían al través de una ancha puerta medio cerrada por dos altas mamparas de terciopelo carmesí.

Hubiérase dicho que era una gigantesca ventana abierta sobre algun hermoso paisaje de Asia , durante la serenidad de una noche crepuscular.

Vista desde el fondo del jardín , en donde habia colocados inmensos divanes , bajo una bóveda de follage y de flores , la galería formaba un contraste inmenso con la suave oscuridad que en él habia. Parecia á lo lejos una especie de niebla luminosa , dorada , sobre la que brillaban y reflejaban como en un bordado viviente los colores vivos y variados de los trajes de las señoras , y los centelleos prismáticos de las pedrerías y diamantes.

Los sonidos de la orquesta , debilitados por la distancia y por el sordo y alegre murmullo de la galería , venían sordamente á morir entre el ramaje inmóvil de los grandes árboles exóticos.

Involuntariamente se hablaba en voz baja en este jardín , en el que apenas se oía el ruido de los pasos y el crujido de los vestidos de raso : aquel aire , á la vez ligero , caliente y embalsamado de los mil suaves olores de las plantas aromáticas ; aquella música vaga , lejana , sumergía á todos los sentidos en una deliciosa calma.

Dos amantes tiernos y felices , sentados sobre la

seda en cualquier rincón sombrío de aquel Eden, embriagados de amor, de armonía y de perfumes, no podrían encontrar un cuadro mas encantador para su pasión ardiente, y aun en su aurora, porque uno ó dos meses de felicidad pacífica y asegurada, cambian por lo regular á dos amantes en frios esposos.

Al llegar á aquel hermoso jardín de invierno, no pudo Rodolfo contener una exclamación de sorpresa, y dijo á la embajadora:

—En verdad, señora, que jamás hubiera creído posible esta maravilla. Se vé aqui, no solamente un gran lujo unido á un gusto exquisito, sino la poesía de la acción: en vez de escribir como un poeta, de pintar como un gran pintor, creais.... lo que ellos no se atreverian á soñar.

—V. A. me hace muchísimo favor.

—Confesad, que aquel que pudiera pintar fielmente este cuadro encantador, con su brillantéz de colores y contrastes, allá aquel tumulto deslumbrador, aqui este delicioso retiro, confesad, señora, que bien fuera pintor ó poeta, haria una obra admirable.... y esto solo con reproducir la vuestra.

—Las alabanzas que la indulgencia de V. A. le inspira, son tanto mas peligrosas, cuanto que no puede una menos de estar encantada de vuestro talento, y las escucha á pesar suyo con extremo placer. Pero mirad, monseñor, qué muchacha tan linda. No podrá negarme V. A. que la marquesa de Harville debe ser hermosa en todas partes. ¿No tiene una gracia encantadora? ¿No gana aun por el contraste con la severa beldad que le acompaña?

La condesa Sarah Mac-Gregor y la marquesa de Harville, bajaban en aquel momento los peldaños de la escalinata que de la galeria conducian al jardín de invierno.

CAPÍTULO XXXVIII.



LA CITA.

Las alabanzas dirigidas á la marquesa de Harville por la embajadora , no eran exageradas.

Nada podrá dar una idea de su finura encantadora , que estaba entonces en la flor de su delicada belleza ; belleza aun mas rara , cuanto que residia menos aun en la regularidad de las facciones , que en el encanto indefinible de la fisonomía de la marquesa , cuyo rostro se velaba , por decirlo asi, bajo una tierna espresion de *bondad*.

Insistimos sobre esta palabra , porque por lo regular no es la *bondad* la que predomina en la fisonomía de una jóven de veinticinco años , hermosa , de talento , obsequiada y adulada como lo era la marquesa de Harville. Por lo mismo, todos se sentian vivamente interesados por el contraste de esta

dulzura inefable, con las prendas que acompañaban á Mad. de Harville, sin contar las ventajas de su nacimiento, de su nombre, y de la fortuna que reunia.

Veremos si podemos hacer comprender nuestro pensamiento.

Demasiado digna, demasiado eminentemente dotada la marquesa de Harville para hacer caso de la coquetería, para adquirir homenajes, se mostraba sin embargo tan afectuosamente reconocida á las atenciones que se la prodigaban, como si apenas las hubiese merecido: no le causaban orgullo, pero sí placer: indiferente á las alabanzas, pero muy sensible á la benevolencia, distinguía perfectamente la adulacion de la simpatía.

Su talento exacto, fino y sutil, pero sin malicia, se divertia sobre todo en burlarse de una manera ingeniosa é inofensiva de aquellos seres pagados de sí mismos, siempre ocupados en llamar la atencion y poner en evidencia su figura radiante de felicidad y de necio orgullo.... seres, decia alegremente Mad. de Harville, que parece que se hallan toda su vida ocupados en mirarse á un espejo invisible, y sonreirle con satisfaccion.

Un carácter á la vez tímido y casi orgulloso en su reserva, inspiraba por el contrario á la marquesa un seguro interés.

Para facilitar, por decirlo así, el conocimiento de la belleza de Mad. de Harville, diremos unas pocas palabras.

Su tez, de una brillante pureza, estaba ligeramente teñida del mas fresco sonrosado: largos bucles de cabello castaño claro flotaban sobre sus espaldas contorneadas, firmes y lustrosas como un hermoso mármol blanco. Con dificultad podria pintarse la belleza angelical de sus grandes ojos

pardos, velados por sus largas pestañas negras. Su boca de carmin, de una dulzura adorable, era á sus ojos encantadores lo que su palabra afable y tierna debia ser á su mirada melancólica y dulce. No hablaremos ni de su esbelto talle ni de la esquisita distincion de toda su persona. Llevaba un vestido de crespon blanco, guarnecido de camelias naturales y de hojas del mismo arbusto, entre las cuales brillaban aqui y allá los diamantes medio ocultos, como otras tantas gotas de brillante rocío, y una guirnalda semejante estaba colocada con gracia sobre su frente pura y blanca.

El género de belleza de la condesa Sarah MacGregor, hacia aun realzar la de la marquesa de Harville. Sarah, aunque de edad de unos treinta y cinco años entonces, apenas demostraba treinta. Nada hace conservar tanto á las personas, como el frio egoismo: con este yelo, conserva largo tiempo la frescura.

Ciertas almas secas, duras, inalterables á las emociones que gastan el corazon y marchitan las facciones, no sienten jamás otra cosa que los percances del orgullo, ó los desengaños de la ambicion; y estos pesares no ejercen mas que una débil reaccion en la parte física. La *conservacion* de Sarah probaba la verdad de nuestras aserciones. Excepto una ligera gordura que daba á su talle, algo mayor, pero no menos esbelto que el de la marquesa de Harville, una gracia voluptuosa, Sarah conservaba todo el brillo de la juventud: pocas miradas podian sostener el fuego engañoso de sus ojos ardientes y negros; sus labios húmedos y rosados expresaban la resolucion y la sensualidad. La redequilla azulada de sus venas temporales y de su cuello, aparecian bajo la blancura lactea de su cútis transparente y fino.

La condesa Sarah llevaba un vestido de moaré de color de paja , bajo de otro de crespon del mismo color : una simple corona de hojas de un verde esmeralda ceñía su cabeza , y guardaba una perfecta armonía con sus trenzas de cabello negro como el ébano , y dividido sobre su frente. Este peinado daba un aspecto antiguo al perfil imperioso y apasionado de aquella muger.

Muchas personas , engañadas por su fisonomía , ven en ella una irresistible vocacion en su carácter. El uno cree ver un aire escesivamente guerrero , y se entrega á la guerra ; el otro de poesia , y se entrega á la rima ; otro conspirador , y conspira ; otro político , y se consagra á la política ; otro predicador , y predica.... Sarah se encontraba , no sin razon , una fisonomía perfectamente real , y por lo tanto debió aceptar las predicciones medio realizadas de la highlandesa , y persistir en su creencia de ocupar un destino soberano.

La marquesa y Sarah habian visto á Rodolfo en el jardin de invierno , en el momento en que bajaban ; pero el príncipe pareció no verlas , porque se encontraba al revolver de una calle de árboles cuando ellas llegaron.

.....
—Muy ocupado está el príncipe con la embajadora , dijo la marquesa á Sarah , pues no ha fijado la atencion en nosotras.

—No lo creais , querida Clementina , respondió la condesa , que era íntima amiga de la señora de Harville ; el príncipe nos ha visto perfectamente , pero yo le causeo miedo.... su antipatia es eterna.

—Ahora menos que nunca comprendo su terquedad en no encontrarse con vos : muchas veces le he reprendido su estraña conducta.... habiendo sido tan amigos en otro tiempo. « La condesa Sarah

y yo, somos enemigos mortales, me ha respondido chanceándose; yo he hecho voto de no hablarla jamás; y es bien necesario, ha añadido, que este voto sea bien sagrado, para que me prive de la conversacion de una persona tan amable.» Asi, mi querida Sarah, por mas singular que me haya parecido esta respuesta, me he visto obligada á contentarme con ella (1).

— Yo os aseguro, que la causa de ese odio mortal, medio alegre, medio seria, es sin embargo de lo mas inocente: si no hubiera un tercero interesado, hace ya largo tiempo que os hubiera confiado ese gran secreto.... ¿Pero qué es lo que teneis, amiga mia?... parece que esteis preocupada.

— No es nada.... hacia en la galería tanto calor, que he sentido un poco de jaqueca; sentémonos aqui un momento, y espero que pasará.

— Teneis razon; justamente estaremos en un sitio bastante oscuro, y podeis estar perfectamente al abrigo de las investigaciones de aquellos á quienes vuestra ausencia va á desconsolar, añadió Sarah sonriendo y recalando bien estas palabras.

Las dos se sentaron en un divan.

— He dicho de *aquellos* á quienes vuestra ausencia va á desconsolar, mi querida Clementina.... ¿No agradeceis mi discrecion?

La jóven marquesa se sonrojó ligeramente, bajó la cabeza, y nada respondió.

— ¡Cuán injusta sois! la dijo Sarah en tono de amigable reconvencion. ¿No teneis confianza en mí, querida mia? ¡Cuán niña sois! Sí, niña; tengo edad suficiente para llamaros hija mia.

(1) El amor de Rodolfo con Sarah, y los acontecimientos que sucedieron á este amor, contaban diez y siete ó diez y ocho años; pero estaban completamente ignorados de todos, porque Sarah y Rodolfo se hallaban igualmente interesados en ocultarlos.

— ¿No tener confianza en vos? dijo la marquesa á Sarah con tristeza; ¿no os he dicho, por el contrario, lo que ni aun debiera haberme confesado á mí misma?

— Perfectamente. Pues bien, vamos á ver.... hablemos de él: ¿habeis jurado desesperarle hasta la muerte?

— ¡Ah! exclamó la señora de Harville con espanto; ¿qué decís?

— Aun no le conocéis, pobre niña.... Es un hombre de una fria energía, que no hace ningun caso de la vida. Ha sido siempre muy desgraciado, y se creeria que teneis aun placer de atormentarle.

— ¡Dios mio! ¡y pensais eso de mí!

— Será tal vez sin querer, pero lo cierto es que asi sucede.... ¡Oh! ¡si supierais cuán dolorosamente susceptibles é impresionables son aquellos que ha perseguido un largo infortunio! Callad, pero he visto deslizarse dos gruesas lágrimas de vuestros ojos.

— ¿Será verdad?

— Sin duda.... Y eso en medio de un baile, y á riesgo de perderse por el ridículo, si llegase á conocerse ese amargo pesar. ¿Sabeis que es necesario mucho amor para padecer asi.... y sobre todo para no tratar de ocultar al mundo lo que se padece?...

— Por favor, no me hableis de eso, repuso la marquesa de Harville con voz conmovida; me causais un mal horrible.... Conozco demasiado esa espresion de padecimiento, á la vez tan dulce y resignado.... ¡Ay de mí! la piedad que me inspira, es la que me ha perdido.... dijo involuntariamente la señora de Harville.

Sarah pareció no haber comprendido el significado de aquella palabra, y repuso:

— ¡Qué exageracion!... ¡perdida por estar coque-

teando con un hombre, que lleva su discrecion y reserva hasta el punto de no dejarse presentar á vuestro esposo por temor de comprometeros! ¿Monsieur Cárlos Robert, no es un hombre lleno de honor y de delicadeza? Si lo defiende con este calor, es porque vos le conocisteis por primera vez en mi casa, y porque os profesa tanto respeto como afecto....

—Jamás he dudado de sus nobles cualidades, habiéndome vos hablado tan bien de él.... Pero bien sabeis, que lo que en particular lo ha hecho interesante á mis ojos, ha sido sus infortunios.

— ¡Y cuán digno es de ese interés! confesadlo. Y ademas, sus admirables facciones, ¿cómo no deben ser el espejo del alma? Con su elevada y graciosa estatura, me trae á la memoria los tiempos caballerescos. Una vez tan sola lo he visto de uniforme, y era imposible que tuviera un aire mas esbelto. Si la nobleza se midiera por el mérito de la figura, ciertamente que en vez de ser Mr. Cárlos Robert á secas, seria duque ó par. ¿No representaría maravillosamente uno de los mayores títulos de Francia?

—Bien sabeis que no hago un gran caso de la nobleza del nacimiento, puesto que algunas veces me habeis echado en cara ser algun tanto republicana, dijo la marquesa de Harville sonriendo.

—Tambien yo he pensado del mismo modo que vos, que Mr. Cárlos Robert no tenia necesidad de títulos para ser amable; y luego, ¡qué talento! ¡qué voz tan encantadora! ¡De qué recurso no nos ha sido en nuestros conciertos íntimos de la mañana! ¿no os acordais? La primera vez que cantasteis juntos, ¡con qué espresion os acompañaba vuestro duo! ¡qué emocion!....

—Callad, Sarah, callad, yo os lo suplico, dijo la

marquesa de Harville despues de un largo silencio; mudemós de conversacion.

— ¿Por qué motivo?

—Esta me entristece profundamente; lo que me acabais de decir de su desesperacion....

—Os aseguro que un esceso de pesar, un carácter tan apasionado, puede buscar en la muerte un término á....

—¡Oh! callad, callad, dijo la marquesa interrumpiendo á Sarah; tambien me ha ocurrido ese pensamiento.... Despues de un largo silencio, continuó: os repito que hablemos de otra cosa.... de vuestro enemigo mortal, añadió con una alegría afectada; hablemos del príncipe, á quien hacia tanto tiempo que no habia visto. ¿Sabeis que está siempre encantador, aunque casi rey? A pesar de mi republicanismo, encuentro pocos hombres que puedan igualarse con él.

Sarah echó al descuido una mirada escrutadora y llena de sospechas sobre la señora de Harville, y dijo alegremente:

—Confesad, querida Clementina, que sois bien caprichosa. Os he conocido varias alternativas de admiracion y aversion singular hácia el príncipe; hace unos cuantos meses, cuando llegó, estabais tan fanática por él, que aqui, entre nosotras, temí por unos momentos por la tranquilidad de vuestro corazon.

—Gracias á vos, al menos, contestó Mad. de Harville sonriendo, mi admiracion no duró mucho tiempo: habeis hecho tan bien el papel de enemiga mortal; me habeis revelado tales cosas del príncipe.... que, lo confieso, la indiferencia ha reemplazado al *fanatismo* que os hacia temer por la tranquilidad de mi corazon; tranquilidad que por otra parte tampoco pensaba en turbar vuestro ene-

inigo, porque poco tiempo antes de vuestras revelaciones, el príncipe, continuando en visitar con intimidad á mi marido, habia casi cesado de honrarme con sus visitas.

— A propósito; ¿ha venido al baile vuestro marido? dijo Sarah.

— No, no ha querido salir, respondió la marquesa de Harville con embarazo.

— Me parece que va retirándose del mundo.

— Sí.... á veces prefiere quedarse en casa.

La marquesa estaba visiblemente cortada; Sarah lo observó, y continuó:

— La última vez que le ví, estaba mas pálido que de ordinario.

— Sí.... ha estado un poco indispuerto.

— Escuchad, querida Clementina; ¿quereis que os hable con franqueza?

— ¡Oh! sí.

— Cuando se habla de vuestro marido, siempre estais en una ansiedad singular.

— ¿Yo?... ¡Qué locura!

— A veces, hablando de él, y esto bien á vuestro pesar, vuestra fisonomía espresa.... ¡Dios mio! ¿cómo os lo diré?... y Sarah se detuvo sobre las palabras siguientes, pareciendo querer leer hasta en el fondo del corazon de Clementina: sí, vuestra fisonomía espresa una especie.... de repugnancia temerosa....

Las facciones impasibles de la marquesa de Harville, desafiaron entonces á la mirada inquisitorial de Sarah; sin embargo, esta percibió un ligero temblor nervioso, pero casi insensible, que agitó un momento el labio inferior de la jóven. No queriendo llevar mas lejos sus investigaciones, y sobre todo, despertar la desconfianza de su *amiga*, la condesa se apresuró á decir para cambiar el sentido á sus primeras palabras.

— Sí, una repugnancia temerosa, como la que generalmente inspira un celoso impertinente....

Con esta interpretacion, cesó el ligero movimiento convulsivo del labio de la marquesa de Harville; pareció consolada de un peso enorme, y respondió:

— No lo creais; el marqués de Harville no es impertinente ni celoso.... Luego, buscando sin duda un pretesto para romper una conversacion que le incomodaba, exclamó de repente: ¡Ah! ¡Dios mio! mirad al insoportable duque de Lucenay, uno de los amigos de mi marido.... ¡Ojalá que no nos vea! ¡De dónde habrá salido, cuando le creía á mil leguas de aqui!

— En efecto, decian que habia emprendido un viage á Oriente por uno ó dos años, y hace apenas cinco meses que dejó á París. Hé aqui un regreso intempestivo, que no debe haber gustado mucho á la duquesa de Lucenay, aunque el duque no sea muy incómodo, dijo Sarah con maliciosa sonrisa; no será ella sola quien maldiga esa maldita venida.... Mr. de Saint-Remy la acompañará en el sentimiento.

— No seais murmuradora, mi querida Sarah: decid que su vuelta será incómoda.... para todo el mundo.... porque el duque es generalmente antipático, para que vos singulariceis vuestra proposicion.

— ¿Murmuradora? No á fé mia; yo no soy en esto mas que un eco. Aun se dice tambien, que Mr. de Saint-Remy, modelo de los elegantes, que ha aturdido á todo París con su fausto, está casi arruinado, aunque apenas haya disminuido su lujo: verdad es que Mad. de Lucenay es estremadamente rica....

— ¡Ah! ¡qué horror!...

—Vuelvo á repetiros que solo soy un eco.... ¡Ay! ¡Dios mio! ya nos ha visto el duque; se dirige hácia nosotras, y es preciso resignarse. Pero esto es horrible: no conozco nada en el mundo mas insoportable que ese hombre: su compañía es un tormento, porque rie á carcajadas de sus propias necedades, y causa un alboroto de mil diablos: si no quereis perder vuestro abanico, defendedlo valerosamente de sus manos, porque tiene ademas el inconveniente de romper cuanto puede coger, y esto con el aire mas ligero y mas satisfecho del mundo.

Descendiente de una de las mas distinguidas familias de Francia, jóven aun, de unas facciones que no hubieran sido desagradables sin la longitud desmesurada de su nariz, el duque de Lucenay reunia á una turbulencia y á una agitacion perpétua, una voz y unas risotadas tan extraordinarias, conversaciones las mas veces detestables, actitudes de una desenvoltura tan inesperada, que era necesario recordar á cada momento su nombre para no maravillarse de verle en medio de la sociedad mas distinguida de París, y para comprender que pudieran tolerarse sus gestos y lenguaje escéntricos, á los cuales el hábito habia por otra parte asegurado una especie de prescripcion ó de impunidad. Huiase de él como de la peste, aunque no careciese de cierto talento, que despuntaba en varias ocasiones al través de la mas increíble exuberancia de palabras. Era uno de aquellos estraños vengadores, en cuyas manos agradaba que cayeran los séres ridiculos ú odiosos.

La duquesa de Lucenay, una de las señoras mas agradables y mas elegantes de París, á pesar de sus treinta años cumplidos, habia dado motivo varias veces á que se hablara de ella; pero casi se es-

cusaba la ligereza de su conducta , pensando en las insoportables extravagancias de Mr. de Lucenay.

La última propiedad de este carácter singular, era una intemperancia y un cinismo de espresiones inaudito , á propósito de indisposiciones descabelladas , ó de enfermedades imposibles ó absurdas que se divertia en suponer á cualquiera, y de las que se compadecia en alta voz en presencia de miles de personas. Perfectamente atrevido y valiente por otra parte , y arrostrando las consecuencias de sus pesadas chanzas , habia dado y recibido diferentes estocadas , pero sin corregirse por ello.

Con estos antecedentes haremos llegar á los oídos del lector la voz ágría y aguda del duque de Luce-nay , que desde lo mas lejos que pudo ver á la marquesa de Harville y á Sarah , se puso á gritar:

— ¡Hola ! ¡hola ! ¿qué es esto ? ¿qué es lo que estoy viendo ?... ¡Cómo !... ¿la reina del baile tan retirada ?... ¿como puede permitirse semejante cosa ? ¿Es preciso que yo venga de los antípodas para romper semejante escándalo ? Por de pronto , si continuais ocultándoos á la admiracion general , marquesa , grito como un condenado.... gritaré lamentando la desaparicion del mas precioso ornamento de esta fiesta.

Y pará esta perorata , Mr. de Lucenay se echó , por decirlo así , medio recostado al lado de la marquesa , sobre el divan , despues de lo cual cruzó su pierna izquierda sobre su muslo derecho , y tomó el pie con la mano.

— Caballero , ¿cómo habeis vuelto tan pronto de Constantinopla ? dijo la marquesa de Harville retrocediendo con impaciencia.

— ¡Tan pronto ! estoy seguro que decís lo mismo que ha pensado mi muger , porque no me ha que-

rido acompañar esta noche en mi vuelta al mundo. Volved á sorprender á vuestros amigos, para ser recibido de este modo.

—Eso era muy sencillo : os hubiera sido muy fácil permanecer allí.... con vuestra amabilidad.... dijo Mad. de Harville sonriendo.

—Es decir , permanecer ausente , ¿no es verdad? ¡Es un horror , una infamia lo que estais diciendo! exclamó Mr. de Lucenay descruzando sus piernas, y dando sobre su sombrero con los dedos como si fuera un tambor.

—Por amor de Dios , señor de Lucenay , no gritéis tanto y estaos quieto , pues de lo contrario vais á hacernos marchar de aqui, dijo Mad. de Harville incomodada.

— ¡Marcharos de aqui! en ese caso me daríais vuestro brazo , y pasearíamos por la galería.

—¿Con vos? Seguramente que no. Dejad en paz mi abanico y mi ramillete , porque vais á romperlo como teneis de costumbre....

—Si no es mas que eso , ya he roto mas de uno; sobre todo , uno magnífico chino que Mad. Vaudemont habia regalado á mi muger.

Mientras decia esto Mr. de Lucenay , estaba enredando con unas ramas de un árbol que tiraba hácia sí á cada momento , hasta que concluyó por desprenderlas del árbol que las sostenía , y cayeron , encontrándose el duque , por decirlo asi , como coronado.

Entonces fueron las carcajadas tan fuertes , tan locas , tan estrepitosas , que Mad. de Harville hubiera huido de aquel incómodo y fastidioso personaje , si no hubiera visto á Mr. Carlos Robert (el comandante , como le llamaba la señora Pipelet), que se acercaba por el opuesto extremo de la calle. La jóven temió que se interpretase que iba á su en-

cuentro, y permaneció al lado del duque de Lucenay.

—Decid, señora Mac-Gregor, ¿no es verdad que debería parecerme al Dios Pan, á una nayade, á un silvano ó á un salvage bajo este follage? dijo Mr. de Lucenay dirigiéndose á Sarah, junto á la cual fué bruscamente á sentarse. A propósito de salvage, es preciso que os cuente una historia diabólicamente singular.... Figuraos que en Otaiti....

—¡Señor duque!... le dijo Sarah con tono glacial.

—Pues bien, dejémoslo estar; no os contaré mi historia, y la guardaré para Mad. de Fombonne que viene aquí.

Era una mugercilla regordeta, de cincuenta años, muy presumida y muy ridícula, cuya barba tocaba á su garganta, y que mostraba siempre el blanco de sus ojos saltones, hablando de su alma, de la languidez de su alma, de las necesidades, de las aspiraciones de su alma.... Aquella noche llevaba un horrible turbante de color cobrizo, con unos dibujos verdes.

—¡Lo guardo para Mad. de Fombonne! gritó el duque.

—¿De qué se trata, señor duque? dijo Mad. de Fombonne haciendo mil contorsiones, y poniendo sus ojos en blanco.

—Se trata, señora, de una historia horriblemente estraña, indecorosa é incongruente.

—¡Ay Dios mio! ¿Y quién se atrevería? ¿quién se habia de permitir?

—Yo, señora: eso haria avergonzar al mismo diablo, pero yo sé vuestro gusto.... Escuchadme, y vereis.

—¡Caballero!...

—Está bien: no sabreis, pues, mi historia; y el hecho es, porque vos que vestís siempre tan bien,

con tanto gusto , con tanta elegancia , llevais esta noche un turbante , que , os lo digo sin rebozo , se parece , á fé mia , á una cacerola vieja cubierta de moho.

Y el duque se echó á reir á carcajadas.

— Si habeis regresado de Oriente para volver á empezar con vuestras impertinentes chanzas , que se os toleran porque estais medio loco , dijo la regordeta irritada , pesará mucho á todo el mundo vuestra llegada , caballero....

— Es preciso que sea yo todo paciencia para no ir y quitarle la cofia á esa maldita , dijo Mr. de Lucenay ; pero la respeto porque es huerfanita.... ¡ Ah , ah , ah ! y volvió á soltar la risa. ¡ Pero tate ! ¡ Mr. Carlos Robert ! repuso Mr. de Lucenay. Le encontré en los baños de los Pirineos.... es un magnifico jóven ; canta como un cisne.... Vais á ver , marquesita , cómo voy á embromarle.... ¿ Quereis que os lo presente ?

— Estaos quieto y dejadnos en paz , dijo Sarah.

Mientras que Mr. Carlos Robert avanzaba lentamente , afectando admirar las flores de las macetas , Mr. de Lucenay habia maniobrado bastante diestramente para apoderarse de un frasquito de Sarah , y se ocupaba en silencio y con un estremo cuidado en sacar el tapon de aquella alhaja.

Mr. Carlos Robert se iba adelantando ; su grande estatura era perfectamente proporcionada ; sus facciones de una intachable pureza ; su traje de una estrema elegancia ; sin embargo , su rostro , su figura , carecian de encanto , de gracia , de distincion : su andar era atado , entorpecido ; sus manos y sus pies gruesos y vulgares. Asi que vió á Mad. de Harville , se borró la regularidad de sus facciones , reemplazándolas una espresion de profunda melancolia , demasiado súbita para no ser fingida ; sin

embargo, aquel semblante era perfecto. Mr. Robert tenia un aspecto tan horribilmente desgraciado, tan naturalmente desolado cuando se acercó á la marquesa de Harville, que esta no pudo menos de pensar en las siniestras palabras de Sarah, sobre los excesos á que pudiera llevarle la desesperacion.

—Felices, amigo, le dijo Mr. de Lucenay deteniéndole el paso; no he tenido el gusto de volveros á ver desde que os encontré en los baños.... ¿Pero qué es lo que teneis? Estais muy desfigurado.

Mr. Carlos Robert dirigió una larga y melancólica mirada á la señora de Harville, y respondió al duque con voz sentimental:

—En efecto, estoy malo, señor de Lucenay....

—Dios mio, Dios mio, ¿aun no habeis podido curaros de la *pituíta*? le preguntó el duque con un aire del mas sério interés.

Esta pregunta era tan descabellada, tan absurda, que Mr. Carlos Robert quedó por un momento estupefacto, atónito; pero subiéndosele luego la cólera á la cabeza, dijo con voz firme y cortada á Mr. de Lucenay:

—Puesto que tanto interés os tomáis por mi salud, caballero, espero que mañana temprano vendreis á saber noticias mias.

—¿Cómo es eso, amigo mio?... pero os aseguro que no dejaré de enviar.... dijo el duque con altivez.

Mr. Carlos Robert hizo un medio saludo, y se alejó.

—Lo mas famoso de todo esto, es que tanta pituita tiene él como el gran turco, dijo Mr. de Lucenay acercándose nuevamente á Sarah, á menos que no lo haya adivinado sin saberlo. Decidme, señora Mac-Gregor, ¿creeis por el aspecto de ese hombre, que tenga la pituita?

Sarah volvió bruscamente la espalda á Mr. de Lucenay , sin volver á contestarle.

Todo esto habia pasado con la mayor rapidéz, y Sarah habia apenas podido contenerse sin soltar la risa.

Mad. de Harville habia sufrido horriblemente, pensando en la atroz posicion de un hombre que se vé ridiculizado delante de una muger á quien ama: estaba atemorizada, pensando que aquello podia dar lugar á un duelo, y entonces, llevada por un sentimiento de irresistible piedad, se levantó bruscamente, tomó el brazo de Sarah, alcanzó á monsieur Carlos Robert, y le dijo al pasar por su lado:

— *Iré mañana á la una....*

Y luego subió con la condesa á la galería, y abandonó el baile.



CAPÍTULO XXXIX.

—NON—

¿Cómo tan tarde, ángel mío?

Rodolfo, al asistir á aquel baile para cumplir con un deber de etiqueta, queria tambien tratar de descubrir si sus temores respecto á la señora de Harville eran fundados, y si era realmente la heroína de la historia de Mad. Pipelet.

Despues de salir del jardin de invierno con la condesa de***, habia Rodolfo en vano recorrido varios salones, con la esperanza de encontrar á madama de Harville. Volvia al jardin, cuando detenido un momento sobre el primer escalon de la galería, fué testigo de la escena rápida que pasó entre Mad. de Harville y Mr. Carlos Robert, despues de la detestable chanzoneta del duque de Lucenay. Rodolfo sorprendió un cambio de miradas muy significativas, y un presentimiento secreto le advirtió

que aquel jóven alto y hermoso era el comandante. Queriendo asegurarse de ello, volvió á entrar en la galería.

Iba á empezarse un wals; al cabo de algunos minutos vió á Mr. Cárlos Robert de pie, junto al ángulo de una puerta. Parecía doblemente satisfecho por su respuesta á Mr. de Lucenay (y Mr. Cárlos Robert era muy valiente á pesar de sus ridiculeces), y de la cita que le habia dado Mad. de Harville para el dia siguiente, bien seguro por esta vez que no faltaria.

Rodolfo fué á encontrar á Murph, y le dijo:

—¿Ves aquel hombre rubio que está allí en medio de aquel grupo?

—¿Aquel caballero alto que parece tan satisfecho de sí mismo? Sí, monseñor.

—Procura acercarte bastante á él, para poderle decir en voz baja, sin que él te vea y sin que pueda oírte mas que él, estas palabras: *¿Cómo tan tarde, ángel mio?*

El squire miró á Rodolfo con aire estupefacto.

—¿Lo decís sériamente, monseñor?

—Sériamente. Si se vuelve al oír estas palabras, guarda esa magnífica sangre fria que varias veces he admirado en tí, á fin de que ese caballero no pueda descubrir al que le ha dicho esas palabras.

—Aunque no comprendo nada de lo que decís, monseñor, os obedezco.

El digno Murph, antes de concluirse el wals, habia conseguido colocarse inmediatamente detrás de Mr. Cárlos Robert.

Rodolfo, perfectamente apostado para no perder nada del efecto de este experimento, siguió atentamente á Murph con la vista: de allí á unos segundos, Mr. Robert se volvió bruscamente con aire estupefacto.

El squire , impasible , no hizo el menor movimiento ; y seguramente aquel hombre alto , calvo , y de un aspecto imponente y grave , fué la persona que menos pudiera hacer sospechar al comandante que hubiera pronunciado aquellas palabras , que le recordaban el *quid pro quo* de que Mad. Pipelet habia sido causa y heroína.

Concluído el wals , Murph volvió al lado de Rodolfo.

—Y bien, monseñor, ese jóven se ha vuelto como si le hubiera mordido una serpiente. ¿Son, acaso, mágicas esas palabras?

—Mágicas son, mi querido Murph, porque me han descubierto lo que queria saber.

Rodolfo no podia menos de compadecer á madama de Harville por un error tanto mas peligroso, cuanto que presentia vagamente que Sarah era su cómplice ó confidenta. Este descubrimiento le causó un sentimiento grave, no dudando ya de la causa de los pesares de su íntimo amigo Mr. de Harville: estaba ya persuadido que los celos habian envenenado su existencia. Su muger, dotada de cualidades brillantes, se sacrificaba á un hombre que no la merecia. Dueño de un secreto descubierto por la casualidad; incapáz de abusar de él, no pudiendo intentar nada para desengañar á Mad. de Harville, que por otra parte cedia al atractivo ciego de la passion, Rodolfo se veía condenado á ser testigo impasible de la pérdida de aquella jóven. Mr. de Graün vino á sacarle de aquellas reflexiones.

— Si V. A. quiere concederme un momento de conversacion en el salon del centro, en donde no hay nadie, tendré el honor de darle cuenta de las noticias que me ha mandado adquirir.

Rodolfo siguió á Mr. de Graün.

— La única duquesa á quien puedan referirse las

iniciales N. y L., es la señora duquesa de Lucenay, hija de Noirmont, dijo el baron, y no ha venido esta noche. Acabo de ver á su marido que salió hace seis meses para un viage á Oriente, que debia durar mas de un año, y ha vuelto súbitamente hace dos ó tres dias.

El lector recordará, que en su visita á la calle del Temple, Rodolfo habia encontrado en la meseta de la escalera, y habitacion del charlatan César Bradamanti, un pañuelo empapado en lágrimas, ricamente guarnecido de encaje, y en uno de sus ángulos las iniciales N. y L., cubiertas de una corona ducal. Segun sus órdenes, aunque ignorando estas circunstancias, Mr. de Graün se habia informado del nombre de las duquesas que en la actualidad se hallaran en París, y habia obtenido las noticias que acabamos de manifestar.

Rodolfo lo comprendió todo....

Ninguna razon tenia para interesarse por madama de Lucenay; pero no pudo menos de estremecerse, pensando que si realmente habia visitado al charlatan, este miserable, que no era otro que el abate Polidori, poseía el nombre de aquella muger, á quien habia hecho seguir por Jorobeta, y que podia abusar horriblemente del terrible secreto que ponia á la duquesa bajo su dependencia.

— La casualidad es á veces bien singular, monseñor, dijo Mr. de Graün.

— ¿Qué quereis manifestar con eso?

— En el momento que Mr. de Grangeneuve me acababa de dar estas noticias sobre el duque de Lucenay y su esposa, añadiendo con tono malicioso que la vuelta del duque no debiera haber sentado muy bien á la duquesa, y á un jóven el mas elegante de París, al vizconde de Saint-Remy, me ha preguntado el embajador si creía que V. A. le

permitiría que le presentara al vizconde, que se halla aquí y acaba de ser agregado á la legacion de Gerolstein, pues tendria sumo gusto en darse á conocer á V. A. en esta ocasion.

Rodolfo no pudo reprimir un movimiento de impaciencia, y dijo:

—En verdad que me es infinitamente desagradable.... pero no puedo negarme á ello.... Vamos, decid al conde de^{***}, que puede presentarme cuando guste á Mr. de Saint-Remy.

A pesar de su mal humor, Rodolfo sabia cumplir demasiado con los deberes de etiqueta, para dejar de ser afable en esta ocasion, y por otra parte decian que Mr. de Saint-Remy era el amante de la duquesa de Lucenay, y esta circunstancia escitaba vivamente la curiosidad de Rodolfo.

El vizconde de Saint-Remy se acercó acompañado por el conde de^{***}. Mr. de Saint-Remy era un bello jóven de veinticinco años, delgado, esbelto, de un talle el mas elegante, y de la mas agradable fisonomía: su tez era bastante morena, pero de un moreno trasparente de color de ámbar, que se advierte en los retratos de Murillo; sus cabellos negros, con un reflejo azulado, separados en su sien izquierda, muy lisos sobre su frente, caían rizados á una y otra parte al rededor de su rostro, y dejaban ver apenas la estremidad incolora de sus orejas; el negro brillante de sus pupilas se destacaba del globo del ojo, que en vez de ser blanco, se nacaraba de aquella sombra ligeramente azulada que dá á la mirada de los indios una espresion tan encantadora. Por un capricho de la naturaleza, la espesura sedosa de su bigote contrastaba con la imberbe juventud de su barba y sus megillas, que parecian las de una linda muchacha: llevaba una corbata de satin negro, plegada con coqueteria, y muy baja, que dejaba ver su elegante cuello, dig-

no de una antigua escultura. Una sola perla reunía los largos pliegues de su corbata, perla de un precio inestimable por su grosor, la pureza de su forma, y su brillo natural tan vivo como un ópalo. Lo demás del traje de Mr. de Saint-Remy, guardaba una perfecta armonía con aquella alhaja de una magnífica sencillez, y su figura y persona sobresalía tanto del tipo ordinario de los elegantes, que nadie podía olvidar al vizconde de Saint-Remy si le había visto una sola vez.

Su lujo en carruages y caballos, era extremo: grande y atrevido jugador, el total de su *libro de apuestas de caballos* ascendía regularmente cada año á dos ó tres mil luises. Citábase su casa de la calle de Chaillot como un modelo de elegante suntuosidad: dábanse en ella convites exquisitos, y luego se jugaba á un juego infernal, en el que perdía sumas de gran consideración, con la mayor indiferencia del mundo; y sin embargo se sabía, á no dudar, que el vizconde hacía mucho tiempo que había disipado su patrimonio.

Para explicar estas prodigalidades incomprensibles, los envidiosos y maldicientes hablaban como lo había hecho Sarah, de las grandes rentas de la duquesa de Lucenay; pero ignoraban que sin hacer mérito de la vileza de esta suposición, Mr. de Lucenay llevaba naturalmente una cuenta de cargo y data de las rentas y gastos de su muger, y que el vizconde de Saint-Remy gastaba lo menos cincuenta mil escudos, ó doscientos mil francos al año. Otros hablaban de usureros imprudentes, porque Mr. de Saint-Remy no esperaba herencia alguna: otros, en fin, le tenían por DEMASIADO feliz en el *Turf* (1), y hablaban por lo bajo de gi-

(1) *Turf*, terreno para las corridas de caballos, en donde se hacían las apuestas.

netes y jockeis corrompidos por él para hacer perder á los caballos contra los que él habia apostado mucho dinero.... pero la mayor parte de las gentes del gran mundo, se cuidaban poco de los medios á que recurria Mr. de Saint-Remy para subvenir á su fausto.

Por su nacimiento pertenecia á la clase mas distinguida; era alegre, valiente, travieso, buen compañero; daba escelentes comilonas, muy bien servidas, y entraba al momento en cuantas diabluras le proponian.... ¿qué mas podia exigírsele?

Las mugeres le adoraban, y apenas podian enumerarse sus conquistas: era galante y magnífico en extremo en todas cuantas ocasiones puede serlo un hombre con las mugeres del gran mundo: en fin, era tal la manía hácia su persona, que la oscuridad con que rodeaba la fuente del Pactolo, de donde sacaba á manos llenas sus recursos, daba aun á su vida cierto misterioso encanto, y se decia con sonrisa indiferente: «Es preciso que ese diablo de Saint-Remy haya encontrado la piedra filosofal.» Y al saber que se habia hecho agregar á la legacion francesa, cerca del gran duque de Gerolstein, otras personas habian pensado que el vizconde queria hacer una *retirada honrosa*.

El conde de*** dijo á Rodolfo presentándole á Mr. de Saint-Remy:

—Tengo el honor de presentar á V. A. al señor vizconde de Saint-Remy, agregado á la legacion de Gerolstein.

El vizconde saludó profundamente, y dijo á Rodolfo:

—¿V. A. se dignará excusar la impaciencia que experimento en ofrecerme á sus órdenes? Tal vez haya sido demasiado solícito de gozar de un honor que consideraba de la mayor importancia.

—Yo tendré, caballero, mucha satisfaccion de volveros á ver en Gerolstein.... ¿Pensais marchar muy pronto?

—La permanencia de V. A. en París, hace que no tenga tanta impaciencia por partir.

—El apacible contraste de nuestras córtes alemanas os admirará mucho, estando acostumbrado á la vida de París.

—Puedo asegurar á V. A., que la favorable acogida que se sirve dispensarme, y que espero que tendrá la bondad de continuar dispensando, será suficiente á impedirme echar de menos á París.

—No dependerá de mí que no penseis siempre del mismo modo mientras que continúeis en Gerolstein.

Y Rodolfo hizo una ligera inclinacion de cabeza, que anunciaba á Mr. de Saint-Remy que la presentacion habia terminado. El vizconde saludó profundamente, y se retiró.

Rodolfo era muy fisonomista, y estaba sujeto á simpatías ó aversiones casi siempre justificadas. Despues de las pocas palabras que habia hablado con el vizconde, experimentó hácia él, aunque sin poderse esplicar la causa, una especie de antipatía involuntaria. Encontrábase en su mirada cierta astucia páfida, y una *fisionomia peligrosa*.

.....
Volveremos á encontrar á Mr. de Saint-Remy en circunstancias que formarán un contraste terrible con la brillante posicion que ocupaba cuando fué presentado á Rodolfo, y podrá juzgarse de la realidad de los presentimientos de este último.

.....
Terminada la entrevista, reflexionando Rodolfo en los singulares encuentros que le habia deparado la casualidad, volvió á bajar al jardin de invierno.

Habia llegado la hora de cenar, y los salones estaban casi desiertos: en el sitio mas lejano del jardin, terminaba un bosquecillo en el ángulo de dos paredes, que un enorme plátano rodeado de plantas enredaderas, ocultaba casi enteramente: una puercecilla escondida entre el follage, que conducia á un pabellon por un largo corredor, habia quedado entreabierta, no lejos de aquel árbol robusto. Al abrigo de aquel cenador de verdura se sentó Rodolfo, y se hallaba algunos momentos sumergido en una profunda meditacion, cuando su nombre fué pronunciado por una voz bien conocida que le hizo estremecer.

Sarah, sentada á la otra parte de los árboles que ocultaban enteramente á Rodolfo, hablaba en inglés con su hermano Tom.

Tom estaba vestido de negro. Aunque no tuviera sino algunos años mas que Sarah, sus cabellos eran casi blancos: su rostro anunciaba una voluntad fria, pero invariable: su acento era breve, su mirada sombría, su voz hueca. Este hombre debia estar poseido de un gran pesar, ó de un grande odio.

Rodolfo escuchó atentamente la siguiente conversacion:

—La marquesa ha marchado un momento al baile del baron de Nerval; afortunadamente se ha retirado sin poder hablar á Rodolfo que la buscaba, porque temo siempre la influencia que ejerce sobre ella, influencia que tanto me ha costado combatir y destruir en parte.... En fin, esta rival, á quien siempre he temido por un presentimiento, y que mas tarde podia destruir mis proyectos.... esta rival estará perdida mañana.... Escuchadme, Tom, porque esto es cosa grave....

—Os engañais; Rodolfo no ha pensado jamás en la marquesa.

— Es tiempo ahora de daros algunas esplicaciones respecto á esto.... Han sucedido muchas cosas durante vuestro último viage.... y como es preciso obrar con mas celeridad de lo que yo creía.... esta noche mismo... al salir de aqui, es indispensable que hablemos.... Felizmente estamos solos.

— Ya os escucho.

— Estoy segura que esa muger no habia amado nunca hasta que ha visto á Rodolfo.... No sé por qué razon experimenta una invencible aversion á su marido, que la idolatra: en esto hay un misterio que en vano he querido penetrar. La presencia de Rodolfo habia escitado en el corazon de Clementina mil emociones nuevas. Yo sofoqué este naciente amor por revelaciones que le he hecho contra el príncipe; pero despertada ya en la marquesa la necesidad de amar, encontrando en mi casa á ese Carlos Robert, se admiró de su belleza, pero con aquella admiracion que se tiene á la vista de una pintura: ese hombre es desgraciadamente tan estúpido como hermoso, pero tiene una mirada sentimental. Yo exageré la nobleza de su alma, la exaltacion de su carácter. Sabia la *bondad* natural de que se hallaba dotada Mad. de Harville, y pinté á Mr. Robert como perseguido por las mas interesantes desgracias: le recomendé que estuviera siempre mortalmente triste, que hablase poco, y siempre acompañando sus palabras con profundos suspiros, y ha seguido exactamente mis consejos. Gracias á su disposicion para el canto, á su figura, y sobre todo á su aspecto de tristeza incurable, ha llegado casi á hacerse amar de Mad. de Harville, que de este modo ha satisfecho esa necesidad de amar que solo la vista de Rodolfo habia despertado en ella.... ¿Comprendeis ahora?

— Perfectamente: continuad.

— Robert y Mad. de Harville no se veían con intimidad mas que en mi casa: dos dias en la semana teníamos conciertos por la mañana, los tres solos. El galancete no hacia mas que suspirar; decia algunas tiernas palabras en voz baja, y la entregó dos ó tres billetes. Yo temia aun mas sus escritos que sus palabras; pero las mugeres son siempre indulgentes para las primeras declaraciones que reciben, y las de mi protejido no le perjudicaron: lo que importaba era obtener una cita. Esta marquesa tenia mas severidad de principios que amor, ó por mejor decir, no tenia bastante amor para olvidar sus principios.... Sin que ella misma lo supiera, existia en el fondo de su alma un recuerdo de Rodolfo, que velaba, por decirlo así, sobre ella, y combatia su débil inclinacion hácia Mr. Carlos Robert.... inclinacion mas bien ficticia que real.... pero sostenida por su vivo interés por las desgracias imaginarias de Mr. Carlos Robert, y por la incesante exageracion de mis alabanzas hácia este Apolo sin cerebro. En fin, Clementina, vencida por el aire profundamente desesperado de su desgraciado adorador, se decidió un dia á concederle la cita tan deseada.

— ¿Y os hizo su confidenta?

— Solamente me habia confiado su afecto á Carlos Robert, y yo no traté de trabajar para saber mas.... pero él lleno de alegría, ó mas bien de orgullo, me participó su felicidad, sin decirme el dia ni el punto de la cita.

— ¿Y cómo lo habeis sabido?

— Karl fué de mi órden por dos dias desde muy temprano á emboscarse á la puerta de Mr. Robert, y le siguió. A medio dia del segundo, nuestro enamorado tomó un coche de alquiler, y se dirigió á un barrio estraviado, y en la calle del Temple se

apeó en una casa de mal aspecto; permaneció allí sobre hora y media, y luego marchó. Karl esperó largo tiempo para ver si salía alguien detrás de Mr. Robert, pero nadie salió: la marquesa habia faltado á su promesa. Al dia siguiente lo supe por el mismo amante, tan avergonzado como engañado. Aconsejéle que no perdiera la esperanza, y que redoblara su tristeza afectada. Clementina se compadeció nuevamente, y le dió otra cita, pero tan inútil como la primera. A la tercera vez llegó hasta la puerta, y esto ya era un progreso. Ya veis cuánto lucha esa muger.... ¿y por qué? Estoy segura, y esto es lo que causa mi odio, que el motivo de esta conducta es porque tiene siempre en el fondo de su corazon, aunque ella lo ignore, la memoria de Rodolfo, que parece estarla siempre protegiendo. En fin, esta noche ha dado la marquesa á ese Robert una cita para mañana, y no dudo que asistirá á ella. El duque de Lucenay ha ridiculizado tan groseramente á ese jóven, que la marquesa, desconcertada con la humillacion de su amante, le ha concedido por piedad lo que no hubiera tal vez hecho sin este motivo, y os repito que esta vez cumplirá su promesa.

—¿Y cuáles son vuestros proyectos?

—Esta muger obedece á una especie de interés de caridad exaltada, pero no al amor: Carlos Robert es tan incapáz de comprender la delicadeza del sentimiento que ha dictado esta noche la resolucion de la marquesa, que querrá aprovecharse mañana de la cita, y se perderá completamente en la opinion de Clementina, que se resigna á este paso comprometido sin pasion alguna, y solamente por piedad. En una palabra, no dudo que asista allí por un acto de valeroso interés, pero perfectamente tranquila y segura de no olvidar sus deberes ni

un momento. Cárlos Robert no podrá concebir esto, y la marquesa le odiará; y una vez destruida su ilusion, volverá á caer bajo la influencia de la imágen de Rodolfo, que estoy persuadida que existe en el fondo de su corazon.

—¿Y qué quereis?

—¿Qué quiero? Que se pierda enteramente para Rodolfo. Yo creo firmemente que este hubiera tarde ó temprano hecho traicion á la amistad de Mr. de Harville, correspondiendo al amor de Clementina; pero llegará á aborrecerla si la cree culpable de una falta de que no haya sido él el objeto: este es un crimen imperdonable para un hombre. En fin, dando por pretesto la amistad que le une á Mr. de Harville, no volverá á ver jamás á esa muger que habrá engañado á un amigo á quien tanto aprecia.

—¿Y pensais instruir al marido?...

—Sí, y esta misma noche, á menos que no opinéis de diferente modo. Por lo que me ha dicho Clementina, tengo unas vagas sospechas sin saber sobre quién fijarlas.... Es media noche, y vamos á dejar el baile; entrareis en el primer café que encontremos, y escribis á Mr. de Harville que su muger irá mañana á la una á la calle del Temple, número 17, para una entrevista amorosa. El es celoso, sorprenderá á Clementina, y lo demas lo dejo á vuestra penetracion.

—Eso es una accion abominable, dijo Tom con frialdad.

—¡Estais escrupuloso!

—Haré lo que querais; pero os repito que es una accion abominable.

—Pero no obstante, ¿consentís?

—Sí.... esta misma noche quedará enterado de todo Mr. de Harville. Y.... ¡pero me parece que

hay alguien detrás de estos árboles! dijo de repente Tom, interrumpiéndose y hablando en voz baja; he creído oír ruido de hojas.

—Miradlo pues, dijo Sarah con inquietud.

Tom se levantó, dió una vuelta al grupo de árboles, y no vió á nadie. Rodolfo habia desaparecido por la puertecilla de que hemos hablado.

—Me he engañado, dijo Tom despues de dar la vuelta; no habia nadie.

—Eso es lo que á mí me habia parecido....

—Escuchad Sarah; yo no creo á esa muger tan peligrosa como vos pensais para nuestros proyectos futuros: Rodolfo tiene ciertos principios que jamás olvidará. La jóven que hace seis semanas condujo á aquella granja, disfrazado; esa criatura á quien rodea de cuidados, á quien dá una educacion esmerada, y á quien ha ido á visitar varias veces, me inspira mas sérios cuidados. Nosotros ignoramos quién sea, aunque parezca pertenecer á una clase oscura de la sociedad. Pero la rara belleza de que está dotada, segun dicen; el disfráz que tomó Rodolfo para acompañarla á esa aldea; el interés con que la mira, todo prueba que este afecto no es de poca importancia. Tambien yo me he adelantado á vuestros deseos. Para destruir este obstáculo mas real, segun creo, ha sido necesario obrar con extrema prudencia, tomar noticias circunstanciadas sobre todas las gentes de la granja, y sobre las inclinaciones y método de vida de esa jóven.... Estas noticias las tengo ya, y ha llegado el momento de obrar. La casualidad me ha deparado nuevamente el encuentro de aquella vieja que conservó mi cartera: sus relaciones con gentes de la especie del bandido que nos atacó cuando hicimos nuestra incursion en la Cité, nos servirán de mucho. Todo está previsto.... no hay ninguna prueba contra nosotros.... Y ade-

mas, si esa criatura, segun parece, pertenece á la clase obrera, no vacilará entre nuestros ofrecimientos y la suerte que puede soñar, por mas brillante que quiera pensarla, porque el príncipe ha guardado un profundo incógnito.... En fin, mañana quedará resuelta esta cuestion; si no.... ya veremos....

—Una vez separados esos dos obstáculos.... Tom, entonces nuestro grande proyecto....

—Ofrece dificultades, pero pueden vencerse.

—Confesad que tendrá mas probabilidades de buen éxito, si lo ejecutamos en el momento en que Rodolfo se vea doblemente abatido por el escándalo de la conducta de Mad. de Harville, y la desaparicion de esa criatura por quien tanto se interesa.

—Yo lo creo.... Pero si esta última esperanza nos sale tambien fallida, entonces quedaré en libertad de.... dijo Tom mirando á Sarah con aire sombrío.

—Sí, podreis hacer lo que gusteis....

—¿No renovareis ya las súplicas que por dos veces han suspendido, á mi pesar, la venganza? Luego, mostrando con una mirada la gasa que rodeaba su sombrero, y los guantes negros que cubrian sus manos, añadió Tom con una siniestra sonrisa: Yo estoy siempre esperando.... Sabeis que hace diez y seis años que llevo este luto.... y que no lo abandonaré hasta que....

Sarah, cuya fisonomía espresaba un temor involuntario, se apresuró á interrumpir á su hermano, y le dijo con ansiedad:

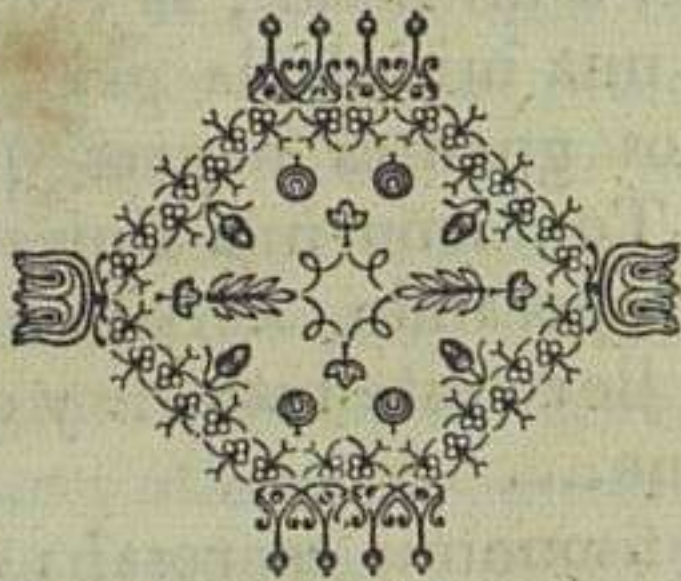
—Ya os he dicho que podreis hacer lo que gusteis.... Tom.... porque entonces, esa profunda confianza que hasta el presente me ha sostenido en circunstancias tan diversas, porque ha sido justificada mas allá de la prevision humana.... me habrá abandonado enteramente.... Pero hasta entonces

quiero apartar á cualquier precio todo peligro por pequeño que sea en apariencia.... El éxito depende las mas veces de las causas mas insignificantes.... Tal vez se encuentren en mi camino obstáculos algo graves en el momento en que voy á llegar al fin; yo quiero tener el campo libre, y los destruiré. Mis medios son odiosos, sea en buen hora.... ¿pero se ha tenido consideracion conmigo?... exclamó Sarah levantando involuntariamente la voz.

— ¡Silencio! salen de cenar, dijo Tom. Puesto que creéis útil prevenir al marqués de Harville de la cita de mañana, vámonos.... pues se hace tarde.

— La hora avanzada de la noche en que recibirá este aviso, le probará su importancia.

Tom y Sarah salieron del baile de la embajadora de***.





CAPÍTULO XL.



LOS CELOS.

Queriendo Rodolfo advertir á cualquier precio á Mad. de Harville del peligro que corria, salió de la embajada sin esperar el fin de la conversacion de Tom y Sarah, ignorando por consiguiente el complot tramado por ellos contra *Flor celeste*, y el peligro inminente que amagaba á esta jóven; pero á pesar de su celo, no pudo por desgracia salvar á la marquesa como esperaba.

Esta, al salir de la embajada, debia por ciertas consideraciones presentarse por un momento en casa de Mad. de Nerval; pero vencida por las emociones que la agitaban, la marquesa de Harville no tuvo valor para asistir á aquella segunda reunion, y entró en su casa.

Este contratiempo lo echó todo á perder.

Mr. de Graün, así como casi todos los convidados al baile de la condesa de***, lo estaban también á casa de Mad. Nerval; Rodolfo lo llevó rápidamente en su coche para que buscara á Mad. de Harville en el baile, y le dijera que el príncipe deseaba hablarla aquella misma noche sobre un asunto del mayor interés, y que le encontraría á pie delante de su casa, y se acercaría al carruaje de la marquesa para hablarle por la portezuela, mientras que abrieran la puerta cochera.

Después de haber perdido mucho tiempo buscando á la marquesa de Harville en aquel baile, volvió el barón á decir al príncipe que no se había presentado en él. Rodolfo se desesperó; había pensado con razón que ante todo era lo más conveniente advertir á la marquesa de la traición de que querían hacerla víctima; porque entonces la delación de Sarah, que ya no podía impedirse, pasaría por una calumnia. Pero era demasiado tarde; aquella carta infame había llegado á manos del marqués á la una de la noche.

.....

.....

Al día siguiente por la mañana, Mr. de Harville se paseaba con lentitud por su cuarto, amueblado con elegante sencillez, y solamente adornado de una panoplia de armas modernas, y de unos estantes llenos de libros.

La cama no había sufrido la menor alteración que manifestase haberse hecho uso de ella, y sin embargo el cobertor de seda estaba hecho trizas; una silla y un velador de ébano se veían tirados cerca de la chimenea, y además se observaban sobre la alfombra los fragmentos de un vaso de cristal, bugías medio rotas, y un candelabro de dos mecheros que había rodado por el suelo.

Este desórden parecia causado por una lucha violenta.

Mr. de Harville tendria unos treinta años; su rostro era varonil y caracterizado por una espresion habitualmente dulce y agradable, pero entonces contraida, pálida y violacea; llevaba el mismo vestido de la vispera; su cuello estaba desnudo, su chaleco abierto; su camisa, rasgada, parecia cubierta de algunas manchas de sangre; sus cabellos oscuros, ordinariamente rizados, caían lasos y en desórden sobre su frente lívida.

Despues de haber dado varios paseos por largo tiempo, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, la mirada fija y los ojos encarnados, Mr. de Harville se detuvo bruscamente delante de su chimenea apagada, á pesar del gran frio de la noche anterior. Tomó una carta que habia sobre la meseta de la chimenea, y la volvió á leer con una atencion devoradora, á la pálida claridad de un nebuloso dia de invierno.

«Mañana á la una debe acudir vuestra esposa á una entrevista amorosa á la calle del Temple, número 17. Seguidla, y lo sabreis todo.... ¡Sois un marido feliz!»

A medida que iba leyendo estas palabras, aunque ya leidas tantas veces, sus labios amoratados por el frio, parecian deletrear letra por letra aquel funesto billete.

En este momento se abrió la puerta y entró un criado. Era un viejo con cabellos blancos y con un aspecto de completa honradéz y bondad.

El marqués volvió bruscamente la cabeza, sin cambiar de posicion, teniendo siempre la carta en sus manos.

—¿Qué quieres? dijo con aspereza al criado.

Este, en vez de contestar contemplaba con do-

loroso estupor el desorden de la habitacion ; y luego, mirando atentamente á su amo, exclamó:

— ¡Sangre en vuestra camisa!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¿estais herido, señor?... estabais solo.... ¿por qué no me habeis llamado.... como otras veces, cuando habeis sentido los....

— Véte....

— Pero, señor marqués, ¿no observais que se ha apagado la lumbre, que hace aqui un frio mortal, y sobre todo.... despues.... vuestra....

— ¡Cállate!... ¡déjame.

— Pero, señor marqués, repuso el ayuda de cámara temblando; habeis dado orden á Mr. Doublet que viniera esta mañana á las diez y media; es ya esta hora, y se halla esperando con el escribano.

— Es verdad, dijo con amargura el marqués, recobrando su sangre fria. Cuando uno es rico, es necesario que piense en negocios de interés.... ¡Son tan bellos los bienes de fortuna!... y luego añadió: haz entrar á Mr. Doublet en mi despacho.

— Está ya en él, señor marqués.

— Dadme ropas para vestirme.... Al momento voy allá....

— Pero, señor marqués....

— Haz lo que te digo, José, dijo Mr. de Harville con tono mas suave; y luego añadió: ¿ha entrado alguien en el cuarto de mi muger?

— Creo que todavía no ha llamado la señora marquesa.

— Cuando llame, avisame.

— Muy bien, señor marqués.

— Dí á Felipe que venga á ayudarte, si no nunca vas á acabar.

— Pero, señor, permitid que arregle esto algo, respondió tristemente José; observarían este des-

orden , y no podrian comprender lo que ha podido suceder esta noche al señor marqués....

—Y si lo comprendieran.... seria vergonzoso , ¿no es verdad? repuso Mr. de Harville en tono doloroso.

— ¡ Ah! señor , exclamó José ; gracias á Dios , nadie imagina....

— ¿ Nadie? ¡ No! nadie.... respondió el marqués con aspecto sombrío.

Mientras que José se ocupaba en reparar el desorden del cuarto de su amo , este se dirigió á la panoplia de que hemos hablado , examinó atentamente durante algunos minutos las armas que la componian , hizo un gesto de satisfaccion siniestra , y dijo á José:

— Apostaría cualquier cosa á que te has olvidado de hacer limpiar las escopetas que están en el cuarto de arriba.

— Pero , señor marqués , ¡ si no me habeis dicho nada! dijo José asombrado.

— Sí que te lo he dicho , pero lo habrás olvidado.

— Protesto al señor marqués....

— ¡ En buen estado se hallarán!...

— Apenas hace un mes que las han traído de casa el armero.

— No importa ; asi que esté vestido , vé á buscarlas , porque tal vez mañana ó pasado quiera salir de caza , y quiero examinar mis escopetas.

— Luego las bajaré.

Asi que estuvo el cuarto arreglado , entró un segundo criado á ayudar á José ; y cuando el marqués acabó de vestirse , entró en el gabinete , donde le esperaban Mr. Doublet , su mayordomo , y un pasante del escribano.

— Esta es la escritura que vienen á leer al señor marqués , y luego podrá firmarla.

—¿La habeis leído, señor Doublet?

—Sí, señor marqués.

—En ese caso, es suficiente.... venga y firmaré....

Firmó, y el pasante se marchó.

—Con esta adquisicion, señor marqués, dijo Mr. Doublet con aire de triunfo, vuestra renta, en buenas propiedades, asciende lo menos á ciento veintiseis mil francos.... ¿sabeis que es rara, señor marqués, una renta de ciento veintiseis mil francos en tierras?

—Soy un hombre muy feliz, ¿no es verdad, señor Doublet? ¡Ciento veinte mil francos en propiedades rústicas!.... ¡es una felicidad sin igual!

—Sin contar las demas rentas.... sin contar....

—Ciertamente, y sin contar.... otras muchas felicidades aun....

—Alabado sea Dios, señor marqués, porque no os falta nada, juventud, riquezas, bondad, salud, todas las felicidades reunidas en fin; y en medio de todas, dijo Mr. Doublet sonriendo agradablemente, ó mas bien á su frente.... coloco la de ser esposo de la señora marquesa, y tener por hija á una niña encantadora que se semeja á un querubín....

Mr. de Harville arrojó una mirada siniestra sobre su mayordomo. Imposible es pintar la expresion de ironía con que dijo á Mr. Doublet, dándole con familiaridad golpecitos sobre la espalda:

—Con ciento veintiseis mil francos de renta en tierras, y una muger como la mia.... y una niña que se semeja á un querubín.... no queda ya nada que desear, ¿no es verdad?

—¡Ah! sí, señor marqués, contestó sencillamente el mayordomo; queda que desear el vivir el mayor tiempo posible para poder casar á vuestra hija, y que os dé nietecitos.... que llegueis á ser abuelo,

es lo que os deseo de todo corazón, así como á la señora marquesa....

— ¡Qué ocurrencias teneis, señor Doublet!

— ¿El señor marqués tiene algo que mandarme?

— ¡Nada! Ah, sí. ¿Cuánto dinero teneis en caja?

— Diez y nueve mil trescientos y algunos francos, señor marqués, sin contar el dinero colocado en el banco.

— Me traereis esta mañana diez mil francos en oro, y los entregareis á José si he salido.

— ¿Esta mañana?

— Sí.

— Dentro de una hora estarán aquí.... ¿El señor marqués no tiene nada más que mandarme?

— No, señor Doublet.

— ¡Ciento veinte mil francos de renta en tierras, en tierras! repitió el mayordomo al marcharse; ¡cuán feliz soy en este día! ¡temia tanto no poder conseguir esa quinta que de tal manera nos convenia!... Servidor vuestro, señor marqués.

— Hasta la vista, señor Doublet.

Apenas salió el mayordomo, se dejó caer Mr. de Harville sobre un sillón, apoyó sus dos codos sobre la mesa de su despacho, y ocultó el rostro entre sus manos.

Por primera vez, desde que habia recibido la carta de Sarah, pudo llorar.

— ¡Oh! decía; ¡cruel irrisión del destino!... ¡quién me ha hecho rico!... ¡qué he de colocar ahora en este cuadro de oro! ¡Mi vergüenza.... la infamia de Clementina! ¡Infamia que un escándalo va á hacer resaltar tal vez hasta sobre la frente de mi hija! Este escándalo debo yo resolverme á darlo, ó debo tener piedad.... de.... Luego, levantándose, con los ojos centelleantes, los dientes convulsivamente cerrados, exclamó con voz sorda:

¡No.... no!... ¡sangre.... sangre! ¡Lo terrible salva del ridículo! ¡Ahora comprendo su aversion!... ¡miserable!... Luego, deteniéndose de repente como aterrado por una reflexion, repuso con voz sorda: ¡Su aversion!... ¡oh! bien sé lo que la causa: ¡yo la causo horror.... la espanto!... Y despues de un largo silencio: ¡Pero tengo yo la culpa por ventura? ¿Debe ella engañarme por esta causa?... En vez de odio, ¿no soy digno de compasion? repuso animándose por grados. No, no, ¡sangre!... ¡mue-
ran los dos.... sí, los dos!... porque ella se lo ha comunicado *todo*, sin duda, al OTRO.

Este pensamiento redobló el furor del marqués; levantó sus dos puños cerrados hácia el cielo: luego, pasando por sus ojos su mano ardiente, y sintiendo la necesidad de permanecer tranquilo delante de sus criados, volvió á entrar en su cuarto con una tranquilidad aparente: allí encontró á José.

— ¡Y las escopetas, dónde están?

— Aquí las teneis, señor marqués; están corrientes.

— Veámoslo.... ¿Mi muger ha llamado?

— No lo sé, señor marqués.

— Vé á preguntarlo.

El ayuda de cámara salió.

Mr. de Harville se apresuró á tomar de la caja de municiones un flasquito de pólvora, balas y pistones; luego cerró la caja y guardó la llave; tomó de la panoplia un par de pistolas de un grandor regular; las cargó, y las metió en los bolsillos de su leviton de por la mañana. En este momento entró José.

— Señor, ya se puede entrar en el cuarto de la marquesa.

— ¿Ha pedido la señora su carruage?

— No, señor marqués: Julieta ha dicho delante

de mí al cochero de la señora marquesa, que iba á recibir las órdenes de por la mañana, que como hacia frio y estaba el tiempo seco, la señora saldria á pie.... si acaso salia.

—Muy bien.... ¡Ah! se me olvidaba; si voy á caza será mañana ó pasado.... Dí á Williams que examine esta mañana mismo la briska verde. ¿Lo oyes?

—Sí, señor marqués.... ¿No quereis vuestro tilburi?

—No.... ¿No hay aqui cerca una plaza donde se alquilan coches?

—Sí señor, en la esquina de la calle de Lille.

Despues de un momento de vacilacion y de silencio, repuso el marqués:

—Vé á preguntar á Julieta, si la marquesa está visible.

José salió.

—Vamos.... será una comedia como otra cualquiera. Sí, quiero ir á su cuarto y observar la máscara dulce y pérfida bajo la que esta infame sueña sin duda en su próximo adulterio: escucharé la mentira de su boca, mientras que leeré el crimen en su corazon ya viciado.... Sí.... será cosa curiosa ver cómo mira, habla y responde una muger que un momento despues va á cubrir vuestro nombre de una de aquellas manchas ridículas y horribles que no se lavan mas que con arroyos de sangre.... ¡Cuán loco soy! ¡ella me mirará como siempre, con la sonrisa en los labios y el candor en la frente! ¡ella me mirará como mira á su hija, besándola en la frente y haciéndola rogar á Dios!... La mirada.... ¡el espejo del alma! y se encogió de hombros con desprecio: cuanto mas dulce y púdica es, tanto mas falsa y corrompida. Ella lo prueba.... y yo he sido tan necio.... ¡Oh rábia! ¡con qué frio é inso-

lente desprecio debia contemplarme al través de ese *espejo* impostor, cuando en el momento tal vez en que iba á encontrar al *otro*.... la colmaba de pruebas de estimacion y de ternura.... le hablaba como á una tierna y casta madre en quien yo habia depositado la esperanza de toda mi vida!... ¡No! ¡no! exclamó Mr. de Harville sintiendo aumentar su furor; no la veré, no quiero verla.... ni tampoco á mi hija.... porque me haria traicion á mí mismo y comprometeria mi venganza.

Al salir de su habitacion, en vez de entrar en la de su esposa, dijo tan solo á la camarera de la marquesa:

—Direis á Mad. de Harville, que deseaba hablarla esta mañana, pero que he tenido precision de salir por un momento: si por casualidad quiere almorzar en mi compañía, que vendré antes de medio dia, si no que no me espere.

Pensando que voy á volver, se creerá mas en libertad, se dijo Mr. de Harville. Y se dirigió á la plaza cercana á su casa, donde habia coches de alquiler.

—Cochero, andando.

—Vamos, mi amo. Son las once y media. ¿Hacia dónde?

—Calle de Belle-Chaise, esquina á la de Santo Domingo: parará junto á las tapias de un jardin que hay alli.

—Corriente, mi amo.

Mr. de Harville tiró los cristales. El coche partió, y no tardó en llegar frente á la casa del marqués. Colocado alli, nadie podia salir de su casa sin que él lo viese. La cita de su muger era para la una, y esperó con la vista ardientemente fija en la puerta de su morada. Su pensamiento estaba arrasado por un torrente de cólera tan espantosa, y

por cierto vértigo, que le parecía que el tiempo pasaba con increíble rapidéz.

Daban las doce en el reloj de Santo Tomás de Aquino, cuando se abrió lentamente la puerta del palacio de Harville, y salió la marquesa.

—¡Tan pronto!... ¡ah! ¡qué exactitud! ¡Teme, sin duda, hacer esperar al *otro*!... dijo entre sí el marqués con una ironía feroz.

El frío era intenso; las calles estaban secas. Clementina llevaba un gorro negro cubierto con un velo de blonda del mismo color; y una drulleta de seda de color de *pasa de Corinto*; su inmenso chal de cachemir azul turquí, caía hasta el volante de su vestido, que ella levantó ligera y graciosamente para atravesar la calle: gracias á este movimiento se vió hasta la garganta su pie pequeño, estrecho y arqueado, calzado por unos botitos de satin turco.

A pesar de las terribles ideas que le trastornaban, Mr. de Harville observó en este movimiento el pie de su muger, que jamás le habia parecido tan precioso. Esta vista exasperó su furor; sintió que llegaban hasta lo mas vivo las agudas mordeduras de los *celos sensuales*.... vió al *otro* de rodillas llevando con embriaguéz este lindo pie á sus labios. En un momento, todas las ardientes locuras del amor, del amor apasionado, se pintaron en su imaginacion con caractéres de fuego. Y entonces, por la primera vez de su vida, sintió en su corazon un horrible dolor físico, un latido profundo, incisivo, penetrante, que le arrancó un grito sordo. Hasta entonces no habia sufrido mas que su alma, porque hasta entonces no habia pensado mas que en la santidad de los derechos ultrajados. Su impresion fué tan cruel, que apenas pudo disimular la alteracion de su voz para hablar al cochero, bajando á medias el cristal.

— ¿Ves á esa señora con chal azul y gorro negro que va junto á la pared del jardin?

— Sí, mi amo.

— Anda al paso tras ella.... si va á la plaza donde estabas á alquilar algun carruage, detente, y luego sigue al coche en que suba.

— Corriente, mi amo.... ¡Hola, hola, esto es divertido!

Mad. de Harville se dirigió en efecto á la plaza, y subió en uno de los coches de alquiler. El cochero de Mr. de Harville la siguió. Los dos carruages partieron.

A poco tiempo, con gran admiracion del marqués, su cochero tomó el camino de la iglesia de Santo Tomás de Aquino, y al momento se detuvo.

-- ¿Qué es lo que haces?

— Señor, la señorita acaba de entrar en la iglesia.... ¡Cáspita! ¡qué pierna tan linda!... ¡Esto es divertido!

Mil pensamientos diversos agitaron á Mr. de Harville. Primeramente creyó que su muger, observando que la seguian, queria eludir las persecuciones. Luego pensó que tal vez la carta que habia recibido seria una calumnia indigna.... Si Clementina era culpable, ¿á qué venia esta falsa apariencia de piedad? ¿No era una irrision sacrilega? Por un momento tuvo Mr. de Harville un ligero brillo de esperanza; tanto era el contraste entre esta aparente piedad y el paso de que acusaba á su muger.... pero esta ilusion consoladora no duró mas que un momento. Su cochero se inclinó, y le dijo:

— Mi amo, la señorita vuelve á subir en el carruage.

— Siguela.

— Allá voy.... ¡Muy divertido.... muy divertido!...

El carruage , despues de haber atravesado varias calles , llegó por fin á la del Temple.

—Señor, dijo el cochero volviéndose hácia Mr. de Harville ; el camarada acaba de parar en el número 17 , y nosotros estamos en el 13 : ¿debemos detenernos?

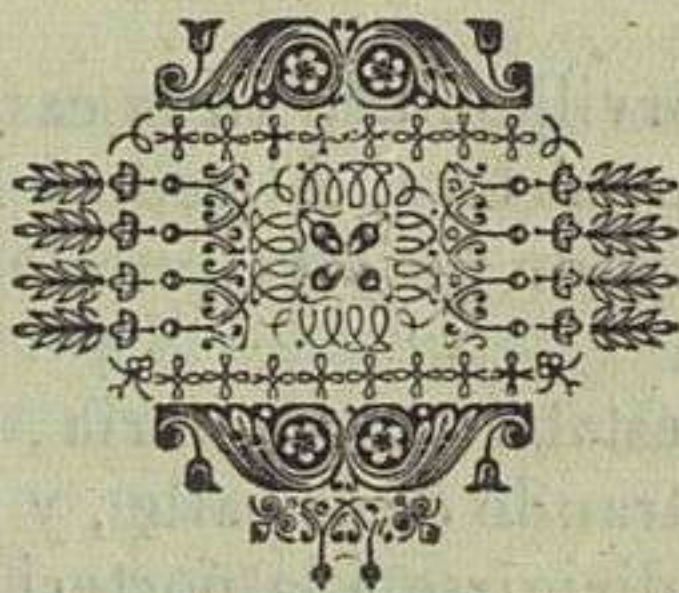
—¡ Sí!...

—Mi amo , la señorita acaba de entrar en el patio del número 17.

—Abreme.

—Si señor....

Algunos minutos despues entraba Mr. de Harville en el patio de la misma casa , detrás de su muger.



CAPÍTULO XLI.



UN ANGEL.

Mad. de Harville entró en la casa. Atraídos por la curiosidad, la portera, Alfredo y la vecina, estaban agrupados y de pie á la puerta de su habitación.

La escalera estaba tan sombría, que no podía distinguirse entrando de la calle, y la marquesa se vió precisada á dirigirse á la portería para preguntar á la señora Pipelet.

— ¿Ha venido el señor Cárlos.... señora?... dijo con voz alterada y desfallecida.

— ¿El señor.... qué?... repitió la vieja fingiendo no haber oído, á fin de dar tiempo á su marido y á la vecina de examinar las facciones de aquella infeliz, al través de su velo.

—Pregunto.... por el señor Cárlos.... señora, re-

pitió Clementina con voz temblorosa , y bajando la cabeza , como tratando de ocultar sus facciones á las miradas que la examinaban con tan insolente curiosidad.

— ¡ Ah! ¿ el señor Carlos? ; Lo dijerais!... Hablaís tan bajo, que no os habia comprendido : pues bien, señorita ; puesto que buscáis al señor Carlos, buen mozo, jóven.... subid todo derecho , y á la primera puerta....

La marquesa , llena de confusion, puso el pie sobre el primer escalon.

— ¡ Vaya , vaya! añadió la vieja riendo ; parece que lo que es por hoy no habrá motivo para quejarse. ¡ Viva la gloria!

— No tiene mal gusto el comandante ; linda muchacha va á tener.... exclamó la vecina.

Si no le hubiera sido necesario volver á pasar por delante del cuarto donde se hallaban aquellas personas , Mad. de Harville , muerta de vergüenza y de espanto, hubiera vuelto á bajar al instante; mas haciendo un esfuerzo, llegó al rellano de la escalera.

¡ Pero cuál fué entonces su sorpresa!... se encontró frente á frente con Rodolfo, que poniéndole un bolsillo en la mano, le dijo precipitadamente:

— Vuestro marido lo sabe todo , y os sigue....

En este momento se oyó la voz áspera de la señora Pipelet , que gritaba:

— ¿ Dónde va V., caballero?

— ¡ El es! y añadió rápidamente, empujando, por decirlo así , á la marquesa de Harville hácia la escalera del segundo piso. — Subid á la buhardilla; venís á socorrer á una familia desgraciada que se llama Morel....

— Caballero , pasareis por encima de mi cuerpo antes que subais sin decirme adonde vais , exclamó

la señora Pipelet interceptando el paso á Mr. de Harville.

Viendo desde la pared de enfrente que su mujer estaba hablando con la portera, se habia detenido por un momento.

—Voy con esa señora que acaba de entrar, dijo el marques.

—Eso ya es otra cosa; de ese modo podeis pasar.

Habiendo oido un ruido inusitado, Mr. Carlos Robert entreabrió la puerta: Rodolfo entró bruscamente en la habitacion del comandante, y se encerró con él en el momento en que Mr. de Harville llegaba á la puerta. Rodolfo, temiendo que á pesar de la oscuridad le reconociese el marqués, se aprovechó de esta ocasion para escaparle mas fácilmente.

Mr. Carlos Robert, magníficamente vestido con su bata chinesca y su gorro griego de terciopelo bordado, se quedó estupefacto á la vista de Rodolfo, á quien no habia observado en el baile de la embajadora, y que se hallaba en este momento vestido mas que modestamente.

—Caballero.... ¿qué significa?...

—¡Silencio! dijo Rodolfo en voz baja, y con tal espresion de angustia, que Mr. Carlos Robert se calló.

Un ruido violento como el de un cuerpo que cae y rueda sobre muchos escalones, resonó en el silencio de la escalera.

—¡Desgraciado! ¡la ha asesinado! exclamó Rodolfo.

—¡Asesinado! ¿quién? ¿Pero qué es lo que está aqui sucediendo? dijo Mr. Carlos Robert en voz baja y palideciendo.

Rodolfo, sin responderle, abrió la puerta y vió bajar presuroso y brincando á Jorobeta, que llevaba en la mano el bolsillo de seda encarnado

que acababa él de dar á la marquesa de Harville. Jorobeta desapareció.

Oyóse el paso ligero de Mad. de Harville, y el mas pesado de su marido, que continuaba siguiéndola á los pisos superiores. Rodolfo, sin comprender cómo tenia Jorobeta el bolsillo en su poder, pero mas tranquilo, dijo á Mr. Robert:

—No salgais de aqui, pues por poco lo echais todo á perder....

—Pero, en fin, caballero, repuso Mr. Robert con tono impaciente é incomodado: ¿me direis qué es lo que significa todo esto? ¿quién sois y con qué derecho?...

—Esto significa, que Mr. de Harville lo sabe todo, que ha seguido á su muger hasta vuestra puerta, y que la sigue hasta allá arriba.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio! exclamó Cárlos Robert levantando al cielo las manos con espanto. ¿Pero qué es lo que va á hacer ella allá arriba?

—Eso os importa bien poco: permaneced en vuestro cuarto sin salir hasta que os avise la portera.

Dejando á Mr. Robert tan espantado como estupefacto, Rodolfo bajó á la portería.

—¡Y bien! ¡parece que esto se lo lleva la trampa! exclamó la señora Pipelet con aire radiante; ha venido un caballero que sigue á esa linda señorita. Sin duda alguna será el marido; al momento lo he adivinado, y le he hecho subir. Va á romperse la cabeza con el comandante, y esto va á hacer ruido en el barrio, y vendrá mucha gente á ver la casa, como sucedió en la del número 36, en la que se cometió un asesinato.

—Mi querida señora Pipelet, ¿quereis hacerme un singular favor? dijo Rodolfo poniendo cinco lises en la mano de la portera: cuando vaya á bajar

esa señora , preguntadle cómo están los pobres Morel ; decidle que hace una acción muy buena socorriéndolos , como lo había prometido al venir á informarse sobre su infelicidad.

La señora Pipelet miró al dinero y á Rodolfo con estupor.

— ¡Cómo!... caballero, ¿este oro.... es para mí?... ¿y esa señorita.... no está en casa del comandante?

— El caballero que la sigue , es el marido. Advertida á tiempo , la pobre muger ha podido subir á casa de Morel , aparentando venir á socorrerlos: ¿lo comprendéis?

— ¿Si os comprendo? ¡pues no faltaba mas! es necesario que yo os ayude á confundir al marido.... ¡eso me viene de perilla! ¡Ya vereis! lo haré como si toda mi vida no me hubiera ocupado en otra cosa.

En esto se vió el sombrero de Mr. Pipelet, que salia bruscamente de la penumbra de su cuarto.

— Anastasia , dijo gravemente Alfredo ; ya te vas haciendo como Mr. César Bradamanti , y no respetas nada sobre la tierra : hay cosas que no deben jamás hablarse , aunque sea con los mas íntimos amigos....

— Vamos , vamos , viejo mio , no vayas á hacer el tonto , y no me pongas esos ojazos.... bien sabes que esto no son mas que chanzas. ¿Acaso ignoras que no hay persona alguna en el mundo que pueda alabarse de.... En fin , basta.... Si yo sirvo á esa jóven , lo hago tan solo en obsequio de nuestro nuevo inquilino , que es tan bueno. Luego , volviéndose hácia Rodolfo : ¡vais á ver cómo trabajo!... ¿quereis permanecer ahí en el rincon , detrás de la cortina? Oid ; justamente ya bajan.

Rodolfo se apresuró á ocultarse.

— El marqués y la marquesa no tardaron en bajar,

y Mr. de Harville daba el brazo á su muger. Cuando llegaron frente á la portería, las facciones de Mr. de Harville espresaban una felicidad profunda, acompañada de asombro y confusion. Clementina estaba tranquila y pálida.

— ¡Y qué tal, mi buena señorita! exclamó la portera saliendo de su cuarto; ¿habeis visto á la pobre familia de Morel? Eso rompe el corazon. ¡Válgame Dios! Esa obra que haceis es de lo mas escelente.... Ya os habia dicho que eran muy dignos de lástima, la última vez que vinisteis á informaros. ¡Ah! señora, no perdereis cuanto podais hacer por tan buenas gentes.... ¿no es verdad, Alfredo?

Alfredo, cuya escrupulosa rectitud natural se lastimaba con solo la idea de entrar en este complot anti-conyugal, respondió vagamente por una especie de gesto negativo: la señora Anastasia continuó:

— Alfredo está algo indispuerto, lo que hace que no se le oiga: á no ser por esto os diria lo mismo que yo; que esos infelices rogarán eternamente á Dios por vos, mi buena señora.

Mr. de Harville miraba á su muger con admiracion, y repetia:

— ¡Es un ángel, sí, un ángel! ¡Oh! ¡la calumnia!

— ¿Un ángel? Teneis razon, caballero, y un ángel de bondad....

— Amigo mio, vámonos, dijo Mad. de Harville, que sufría horriblemente desde su entrada en aquella casa, y sentia que iban á abandonarla sus fuerzas.

— Marchémonos, dijo el marqués; y añadió al salir del patio: Clementina, tengo mucha necesidad de perdon y de piedad....

— ¿Y quién no lo necesita? dijo la jóven dando un suspiro.

Rodolfo salió de su retiro, profundamente con-

movido por esta escena de terror, mezclada de ridiculéz y grosería, desenlace singular de un drama misterioso que habia dado motivo á pasiones tan diversas.

—Y bien, dijo la señora Pipelet; me parece que lo he desempeñado perfectamente. Estoy persuadida que colocaría ahora á su muger en un altar.... ¡pobre hombre! ¿Y vuestros muebles, señor Rodolfo? aun no los han traído.

—Voy á ocuparme de ello.... Ahora, si gustais, direis al comandante que ya puede marcharse.

—Es verdad.... ¡vaya una broma que ha corrido mi señor!... Parece que haya alquilado su habitacion para el diablo.... me alegro.... con sus malditos doce francos al mes....

Rodolfo salió.

—Ahora si que voy á reirme lindamente del comandante; ¿no es verdad, Alfredo? dijo á este la portera.

Y subió á la habitacion de Mr. Carlos Robert: llamó, y él abrió.

—Mi comandante, y Anastasia llevó militarmente el dorso de su mano á su peluca; vengo á sacaros de la prision.... Han marchado cogidos del brazo marido y muger, y en vuestras barbas. Eso no importa; pero os habeis libertado de buenas, gracias al señor Rodolfo: le debeis un gran favor.

—¿Ese caballero delgado con bigotes, se llama Rodolfo?

—El mismo.

—¿Y quién es ese hombre?

—¡Ese hombre.... exclamó la señora Pipelet con aire de indignacion, vale tanto como otro hombre, y tal vez como dos! Es un comisionista, inquilino de esta casa, que tiene una habitacion, que no es nada mezquino.... no señor; pues me dió seis fran-

cos por cuidar de su cuarto ; seis francos asi que se los pedi ; ¡ seis francos sin regatear!

—Muy bien.... muy bien.... tomad la llave.

—¿Será necesario encender fuego mañana, mi comandante?

—No.

—¿Y pasado mañana?

—Tampoco.

—¿Qué tal, mi comandante? ¿no os acordais de lo que os dije, que no lograríais nada, y....

Mr. Carlos Robert echó una mirada de desprecio á la portera, y salió, no pudiendo comprender cómo un dependiente de comercio se hallaba instruido de su cita con la marquesa de Harville. En el momento en que salia del patio, se encontró con Jorobeta que venia saltando y brincando.

—Hola, maldito, ¿dónde vas? dijo la portera.

—¿No ha venido á buscarme la tuerta? preguntó á la señora Pipelet sin responderle.

—¿La Mochuelo? no, diablillo. ¿Y á qué habia de venir á buscarte?

—¡Toma! para llevarme al campo.

—¿Y tu amo?

—Mi padre ha pedido á Mr. Bradamanti que me dejase ir hoy al campo.... al campo.... dijo cantando el hijo del Zurdillo, y redoblando sobre los vidrios de la portería.

—¿Quieres estarte quieto, tunante? ¡Mira que vas á romper los vidrios! pero ahí tienes ya un coche.

—¡Ah! sí, ya está aqui la tuerta, dijo el muchacho: ¡qué gusto, ir en coche!

En efecto, al través de los cristales y sobre el fondo opuesto, se veía dibujar el perfil terroso y

horrible de la tuerta, que hizo señas á Jorobeta, y este corrió hácia el coche. El cochero abrió la portezuela, y él subió en el carruaje.

La Mochuelo no estaba sola. Al otro lado del coche, envuelto en una capa vieja, con el cuello forrado, la cara medio oculta por un gorro de seda negro que le cubria hasta las cejas.... se hallaba el Dómine. Sus rojos párpados dejaban ver, por decirlo así, *dos ojos blancos*, inmóviles, sin pupilas, que hacian mas espantoso aun su rostro lleno de costurones, que el frio hacia parecer violados y lívidos....

—Vamos, trompeta, acuéstate entre las piernas de mi hombre, y le darás calor, dijo la tuerta á Jorobeta, que se acurrucó como un perro entre las piernas del Dómine y de la Mochuelo.

—Ahora, dijo el cochero, á la *manida* (1) de Bouqueval; ¿no es esto, Mochuelo? Ya verás como sé dirigir un carruaje.

—Y sobre todo, *pifa los almifores* (2), dijo el Dómine.

—Calla, *sin columbres*, *peñarán hasta el cruzado* (3).

—¿Quieres que te dé un consejo? dijo el Dómine.

—¿Cuál? respondió el cochero.

—Pasar al escape por delante de los *golondrinos* (4), porque pueden conocerte, y entonces....

—Ya abriré el *quemante* (5), dijo el otro subiendo sobre su asiento.

Esto lo hablaron todo en caló, lo que prueba que

(1) La granja.

(2) Aprieta los caballos.

(3) Ciego, correrán hasta las afueras.

(4) Empleados de puertas.

(5) El ojo.

el cochero improvisado era un bandido, digno compañero del Dómine.

El carruaje dejó la calle del Temple.

Dos horas despues, á la caída de la tarde, este coche, en el cual iba el Dómine, la Mochuelo y Jorobeta, se detuvo delante de una cruz de madera que marcaba el principio de un camino áspero y desierto que conducia á la granja de Bouqueval, en donde estaba la Guillabaora bajo la proteccion de la señora Jacinta.



FIN DEL TOMO PRIMERO.





INDICE

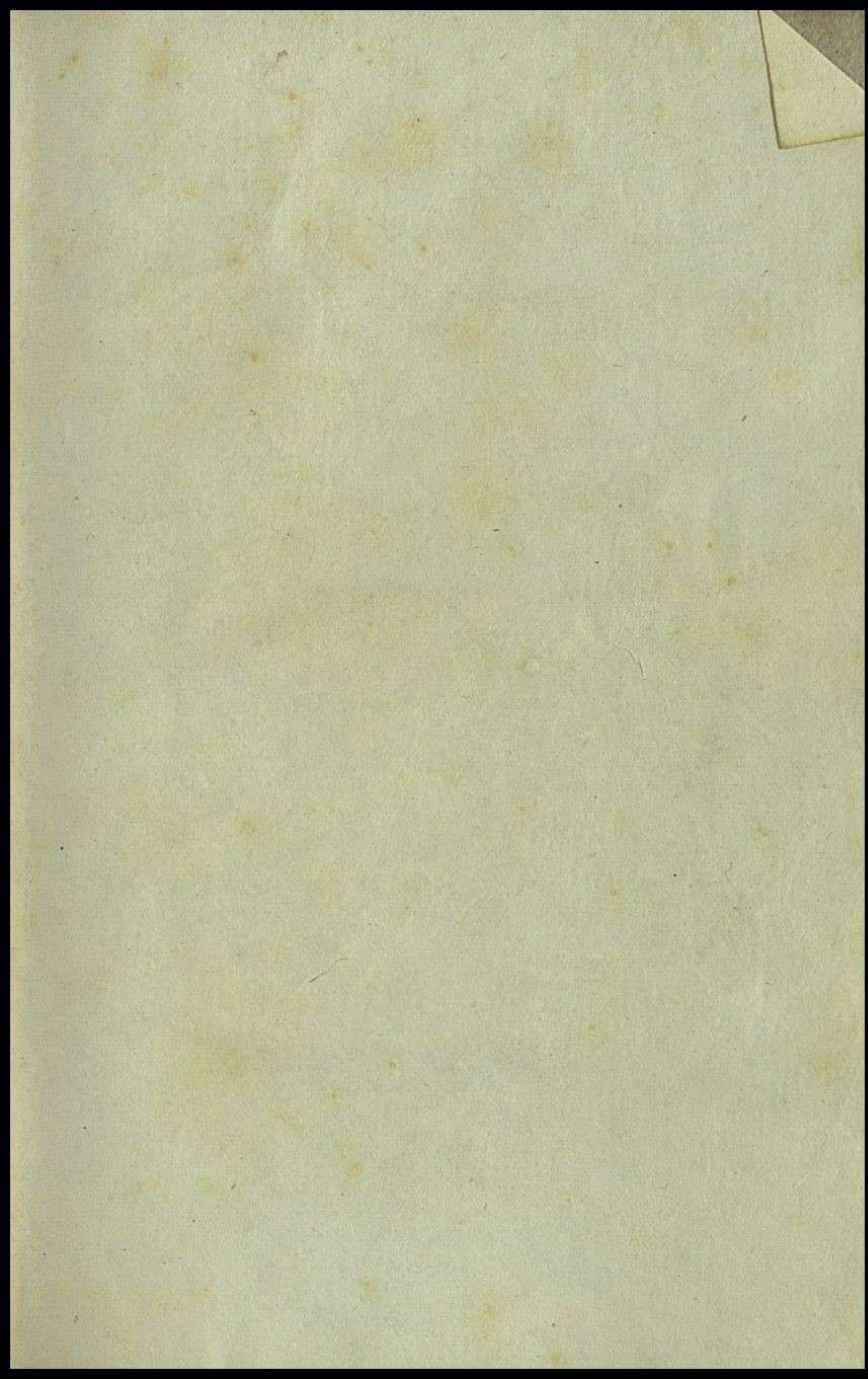
de los capítulos que contiene este tomo.

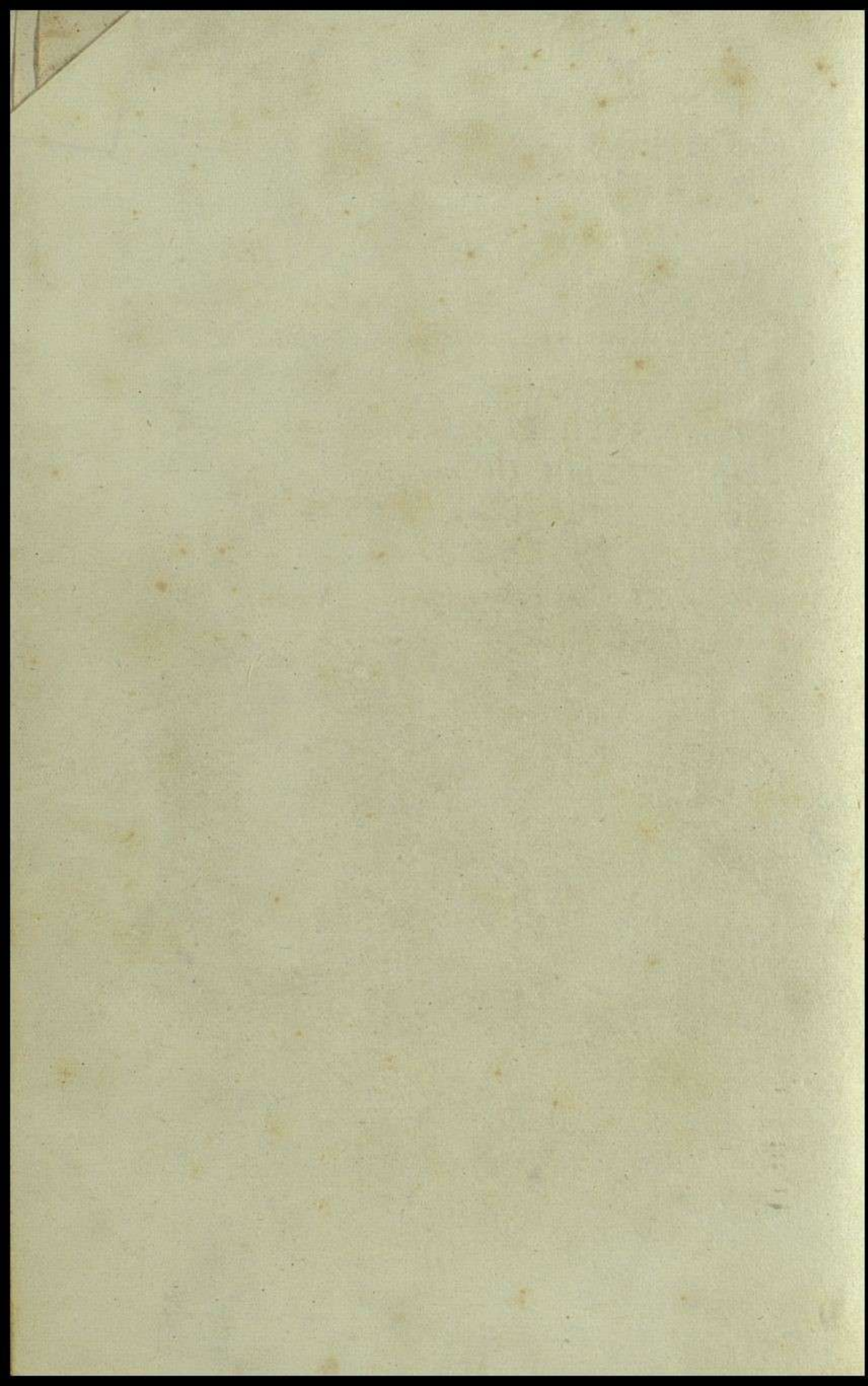
	<u>PAGINAS.</u>
Capitulo I. <i>La tasca.</i>	5
Cap. II. <i>La hostelera.</i>	17
Cap. III. <i>Historia de la Guillabaora.</i>	31
Cap. IV. <i>Historia del Terrible.</i>	46
Cap. V. <i>La sorpresa.</i>	58
Cap. VI. <i>Tom y Sarah.</i>	68
Cap. VII. <i>La bolsa ó la vida.</i>	78
Cap. VIII. <i>El paseo.</i>	85
Cap. IX. <i>El vigia.</i>	98

Cap. X. <i>La granja.</i>	108
Cap. XI. <i>Los deseos realizados.</i>	118
Cap. XII. <i>Llegada á la granja.</i>	125
Cap. XIII. <i>Murph y Rodolfo.</i>	130
Cap. XIV. <i>La despedida.</i>	143
Cap. XV. <i>La cita.</i>	155
Cap. XVI. <i>Los preparativos.</i>	171
Cap. XVII. <i>El corazon sangriento.</i>	179
Cap. XVIII. <i>La caverna.</i>	189
Cap. XIX. <i>El enfermero.</i>	195
Cap. XX. <i>Relacion del Terrible.</i>	202
Cap. XXI. <i>El castigo.</i>	216
Cap. XXII. <i>La isla de Adam.</i>	234
Cap. XXIII. <i>La recompensa.</i>	242
Cap. XXIV. <i>La partida.</i>	256
Cap. XXV. <i>Investigacion.</i>	261
Cap. XXVI. <i>Noticias de Francisco German.</i>	275
Cap. XXVII. <i>El marqués de Harville.</i>	279
Cap. XXVIII. <i>Historia de David y Ce- cilia</i>	289
Cap. XXIX. <i>Una casa en la calle del Temple.</i>	302
Cap. XXX. <i>Los tres pisos.</i>	318
Cap. XXXI. <i>Alfredo Pipelet.</i>	331
Cap. XXXII. <i>Principal, segundo, ter-</i>	

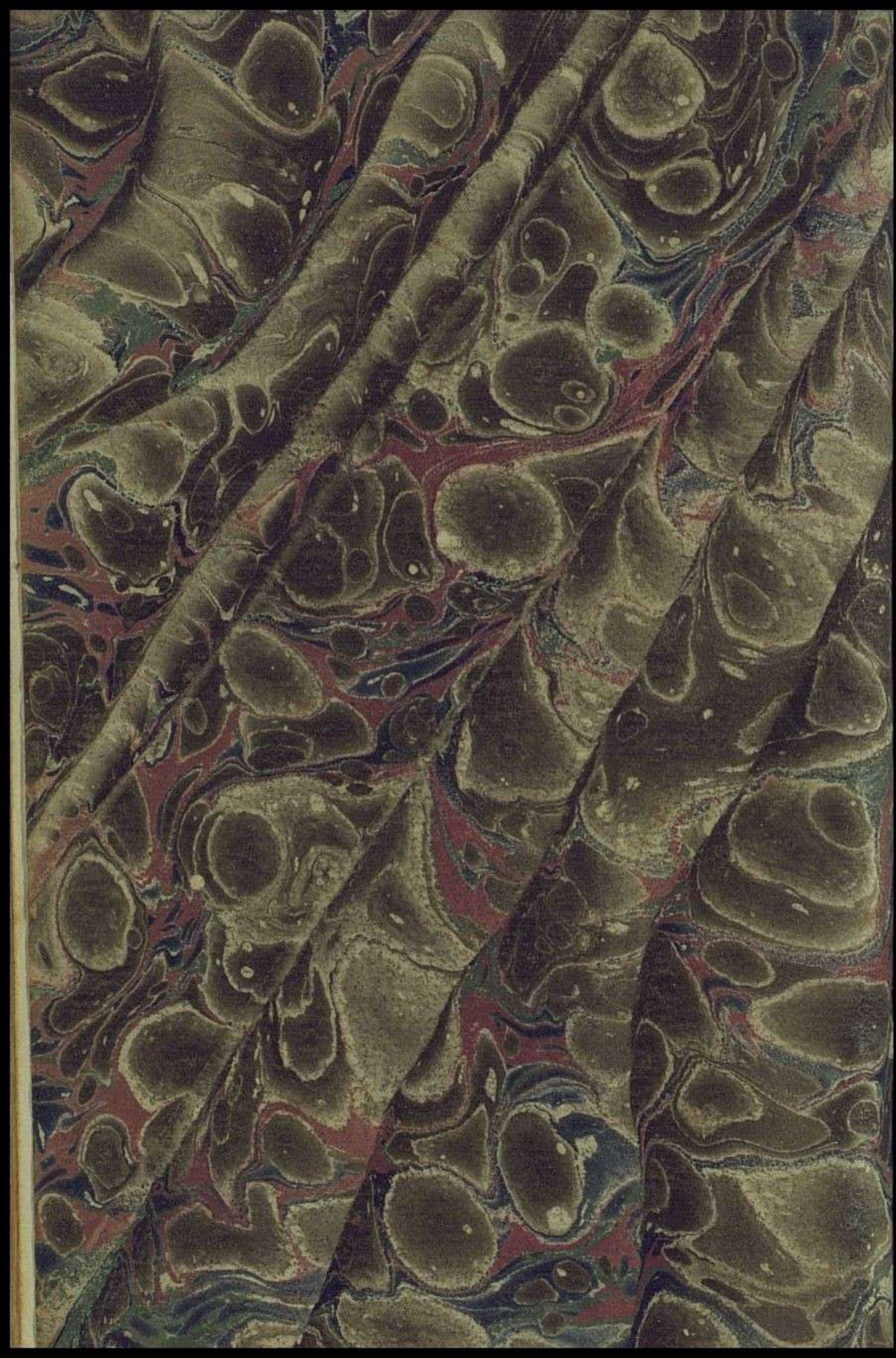
<i>cero y cuarto.</i>	344
Cap. XXXIII. <i>Historia de Tom y Sarah.</i>	356
Cap. XXXIV. <i>Sir Walter Murph, y el abate Polidori.</i>	365
Cap. XXXV. <i>Los primeros amores.</i>	377
Cap. XXXVI. <i>El baile.</i>	387
Cap. XXXVII. <i>El jardin de invierno.</i>	397
Cap. XXXVIII. <i>La cita.</i>	402
Cap. XXXIX. <i>¿Cómo tan tarde, ángel mio?</i>	419
Cap. XL. <i>Los celos.</i>	435
Cap. XLI. <i>Un ángel.</i>	448

344
345
346
347
348
349
350
351
352
353
354
355
356
357
358
359
360
361
362
363
364
365
366
367
368
369
370
371
372
373
374
375
376
377
378
379
380
381
382
383
384
385
386
387
388
389
390
391
392
393
394
395
396
397
398
399
400

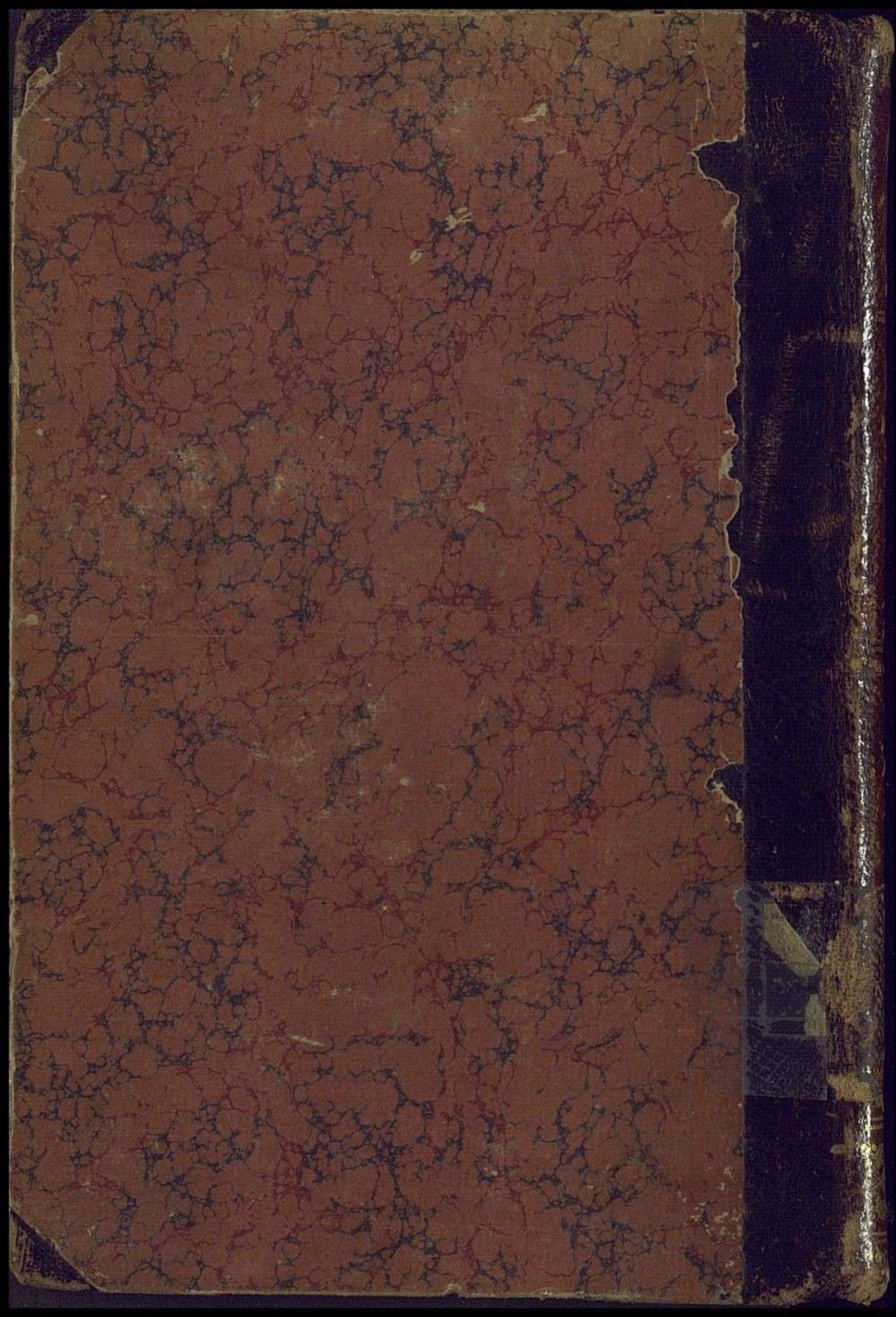












MONUMENTAL

LOS

MISTERIOS

DE PARIS



1

